

EL
MONSTRUOSO

RELATO DE

*Prosper
Redding*



ALEXANDRA BRACKEN

RBA

EL
MONSTRUOSO

RELATO DE

Prosper

Redding



ALEXANDRA
BRACKEN

Traducción de Montse Triviño

RBA

Título original inglés: *The Dreadful Tale of Prosper Redding*.
Autora: Alexandra Bracken

© Alexandra Bracken, 2017.
© de las ilustraciones: Marco Marella / Lilla Rogers Studio,
para Disney Enterprises, Inc., 2017.
Reproducidas con permiso de Disney · Hyperion Books.
Todos los derechos reservados.
© de la traducción: Montse Triviño González, 2018.
© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2018.
Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
rbalibros.com

Diseño de cubierta: Compañía.

Primera edición: febrero de 2018.

RBA MOLINO
REF.: ODBO177
ISBN: 978-84-272-1389-0
DEPÓSITO LEGAL: B.629-2018

COMPOSICIÓN · EL TALLER DEL LLIBRE

Impreso en España - *Printed in Spain*

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito
del editor cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida
a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Para el clan Garrett-Geyster-Bracken



Unas palabras del maléfico

Enciende una vela y acércate al espejo. Tenemos poco tiempo y no podemos desperdiciarlo.

En otra época, en otro mundo, ni me habría dignado a mirarte. Sin embargo, ni siquiera yo puedo incumplir los términos de nuestro pacto. Así que, si sigues siendo lo bastante estúpido como para seguir adelante, hay tres cosas —tres— que debes saber. Tres lecciones que debes escuchar, obedecer y recordar. Y que algún día, tal vez, resulten cruciales para tu supervivencia, humano. Si no prestas atención, es tu problema. Yo no tengo tiempo para aguantar a estúpidos.

La primera es que nunca debes confiar en un Redding. Los miembros de esa familia te susurrarán mentiras entre dientes y te suplicarán piedad hasta que ya no les quede aliento. No cedas. Tápate las orejas, cierra los ojos y no respíres su cobarde hedor. Esos son los humanos que incumplieron un pacto firmado con sangre cuando vieron peligrar su fortuna. Los guía su estupidez. Pero no son tu familia.

Escucha. Préstame atención, porque la luz se apaga y se acerca la hora. Los Redding te dirán que los engañaron, que son unos incomprendidos. Te dirán que soy un mentiroso, un tramposo, un sinvergüenza. Pero no olvides que me tenían miedo hasta cuando yo dormía. Y lo mismo deberías hacer tú.

Porque lo segundo que debes comprender es que a mí me guía la venganza. Y lo tercero: que cualquier cosa que yo te dé, te la puedo quitar —y no

dudaré en hacerlo— cuando me apetezca.

Que, en el caso de los Redding, es todo.



El día del fundador

A ver, la cosa es así.

En el gran esquema del universo y del planeta Tierra, la ciudad de Redhood no es más que un puntito. Un puntito muy pero que muy minúsculo. Ni os molestéis en buscarlo en el mapa, porque en la mayoría de ellos ni siquiera sale. En esta ciudad no se ha celebrado ningún juicio por brujería ni se ha iniciado ninguna revolución; tampoco fue aquí donde llegaron los Padres Peregrinos, sino a una roca que está a más de trescientos kilómetros. Para muchos, lo único interesante de Redhood es la familia que fundó este pueblo.

En fin, será mejor que sepáis que los Redding no somos precisamente interesantes. Sí, vale, mi tata algo estuvo a punto —a punto de verdad, ¿eh? — de firmar la Declaración de Independencia, pero tuvo la mala suerte de pillar un dolor de garganta que acabó con él apenas dos días después. Un dolor de garganta. Lo siento, ¿vale?, pero es que es una forma muy cutre de morir. Y no creo que haya que felicitarlo por «casi» haber firmado la Declaración. Es como si yo les dijera a mis padres que «casi» he sacado la nota más alta en un examen de mates: total, del 4 al 10 solo van seis puntos, ¿no?

En fin, la cuestión es que mi familia lleva siglos aquí y no parece que

quiera irse a ningún lado. Las paredes de la Casita están llenas de retratos de antipáticos antepasados, vestidos con abrigo negro y sombrero. Vamos, que aquí todos los días es como una representación chapucera de Acción de Gracias.

Y debajo de esos retratos hay unas cuantas decenas más: generales de cuatro estrellas, importantes congresistas y varios directores generales. A mi abuela le gusta decir que si alguien de la familia (es decir, ella) decidiera presentarse a la presidencia, la nación entera caería tan rendida a sus pies (los de ella) que renunciaría a esta «molesta democracia» y nombraría monarca (reina) a la presidenta Redding (o sea, a ella).

Los rasgos físicos de mi familia han ido cambiando de una generación a otra, pero no puede decirse lo mismo de Redhood. La verdad es que este lugar no cambia nunca. Para que aquí se haga algo, supongo, son necesarios muchos plenos municipales y muchas votaciones. Por ejemplo, cuando mi abuela —la alcaldesa— accedió finalmente a que llegara a la ciudad la banda ancha, la noticia se publicó en las portadas de todos los periódicos. Antes de ese día, creo que mi abuela no había tocado un ordenador en su vida.

Redhood era como una página arrancada de un viejo libro de historia y olvidada bajo un pupitre. Seguía en el mismo sitio, acumulando polvo, pero nadie la encontraría a menos que la estuviera buscando. Las familias iban y venían, pero a la larga siempre acababan regresando. Y lo peor es que todo el mundo estaba constantemente metiendo las narices en los asuntos de los demás, especialmente en los de mi familia. La ciudad se me hacía cada día más pequeña.

Y, precisamente por eso, me pareció muy raro que nadie más se fijara en el forastero que había llegado a Redhood.

El día del Fundador todo el mundo iba a pasear por Main Street, bajo las cuerdas repletas de cálidas luces titilantes que colgaban entre la Academia Peregrine S. Redding y el juzgado.

Los escalones de aquellos dos edificios de ladrillo rojo estaban cubiertos de cojines rellenos de paja y sillas plegables. Los habitantes de la ciudad

ocupaban hasta el último centímetro cuadrado de espacio para poder ver el Desfile de las Velas por la noche. Los turistas que acudían a Redhood para presenciar aquella famosa celebración se sentían tan fascinados por todo lo que veían que ni siquiera sabían que tenían que reservar asiento antes de la puesta de sol.

Por lo general, yo siempre estaba dispuesto a lo que fuera por largarme de aquel pueblo, pero el día del Fundador es la excepción. Ese día, la ciudad despierta del dulce sopor veraniego y espira la extraña magia que habita en su interior. Se puede notar cómo cambia, cómo deja de ser un lugar rígido como el lomo de un libro para transformarse en un laberinto de balas de heno, coronas y guirnaldas. El aire es fresco y dulzón, y respirarlo es como darle el primer mordisco a una manzana recién cogida del árbol.

Cuando llega la medianoche de ese día de octubre, los árboles de Main Street se iluminan y lo llenan todo de color. Inclínados sobre las calles, crean una deslumbrante bóveda dorada por la mañana, cuando la luz del sol los ilumina. Aún no he encontrado el tono adecuado de pintura para capturar ese instante y puede que nunca lo encuentre. La mayoría de las hojas caídas se recogen y se usan para rellenar espantapájaros que los asistentes a la celebración pueden llevarse a casa.

Lo mejor de todo, sin embargo, es la niebla matutina que se arrastra por las calles y resplandece lo justo para enmascarar todas las cosas feas y podridas de este lugar.

Una gélida brisa se coló bajo la chaqueta de mi uniforme escolar y agitó las puntas de mi cuaderno. Lo sujeté con el puño para evitar que saliera volando y se fuera a hacer compañía a las hojas que el viento arrastraba.

Tendría que haberle sacado punta al lápiz antes de salir de la academia. Cuando traté de dibujar a unos niños que jugaban a lanzar anillas al tallo de una calabaza, me salieron todos con aspecto de trols de juguete. No muy lejos de allí, sus padres los observaban congregados en grupitos ante la carpa de rayas blancas y naranjas que el café Pilgrim's Plate había montado para vender tartas, pastelillos y rosquillas de sidra.

Creo que ese fue el motivo de que me fijara en él. No formaba parte de ninguno de aquellos grupitos de unidades parentales que bebían sidra caliente.

No, el forastero estaba al otro lado de la calle, junto al carro en el que vendían castañas asadas que desprendían un aroma dulzón. Era delgado como un palo de escoba y, si hubiera tenido que dibujar su rostro, habría empezado por la larga nariz. Adoptó una expresión desdeñosa cuando alguien quiso pasarle un trozo de papel para que lo arrojara a la alegre hoguera que ardía en el centro de la plaza.

Iba vestido de Padre Peregrino, pero, por triste que eso parezca, la verdad es que tampoco era tan raro. Eran muchos los que se disfrazaban en Redhood el día del Fundador, especialmente los ancianos. Supongo que porque a los viejos les encantan esos enormes sombreros de hebilla y esas camisas blancas con chorreras.

Me fijé en el sombrero de paja que llevaba, de ala ancha, y luego en sus zapatos. Sin brillantar y sin hebillas. Tenía suerte de que mi abuela no estuviera por allí, porque lo habría arrojado a él a la hoguera, en lugar de arrojar la tira de papel en la que se anotan las malas acciones que uno quiere quemar.

Y es que la hoguera era lo más importante de la fiesta del día del Fundador: era el momento en que se podía dejar que el fuego devorara los malos pensamientos, los sentimientos desagradables o los secretos, para así librarnos de todas esas cosas. O eso dice mi abuela. Yo creo que la mayoría de la gente solo usaba la hoguera para tostar malvavisco.

El tipo, fuera quien fuera, esperó hasta que el hombre que atendía el puesto se volvió para servir a otro cliente y aprovechó el momento para robarle unas cuantas castañas. Debió de darse cuenta de que yo lo estaba mirando, porque se volvió hacia mí con una mueca y me guiñó un ojo.

«Pues vale», pensé, y me concentré de nuevo en mi dibujo. Un segundo después, me puse en pie de un salto.

—¡Ay, jolines!

De mi pastel de Silence había caído una gota de jarabe de arce que había ido a parar a la página de mi cuaderno, para luego resbalar lentamente hasta aterrizar justo en el peor sitio posible de mis pantalones. Alucinante.

Suspiré, me metí en la boca el resto del dulce y arranqué la ya inservible hoja del cuaderno. El trabajo de toda una hora, convertido en servilleta para

limpiarme los pegajosos restos de hoja de calabaza.

Sí, eso he dicho. En algunas ciudades, comen manzanas de caramelo. En otras, se atribuyen el mérito de tal o cual dulce de chocolate. Nosotros comemos hojas de calabaza fritas.

Un poco de historia: hace mucho tiempo, y digo mucho, antes incluso de que Redhood se llamara Redhood, los colonos que llegaron aquí con sus feos sombreros y sus antipáticos rostros vieron cómo sus cosechas se echaban inevitablemente a perder, una tras otra. Durante un año especialmente malo, a la esposa de Honor Redding, el fundador de nuestra ciudad, no le quedó nada más que las hojas de su triste y moribunda cosecha de calabazas. Se llamaba Silence, cosa que lo dice casi todo acerca de lo que se esperaba de ella en esta vida. Total que, según cuenta la leyenda, aquella mujer salvó a nuestra incipiente ciudad del hambre al compartir con los demás sus hojas de calabaza y descubrir distintas formas de prepararlas. Y así fue como sobrevivieron al invierno.

Puesto que nadie querría comerse una hoja cruda de calabaza, a no ser que se estuviera muriendo de hambre, ahora las freímos y luego las bañamos en miel, jarabe de arce o chocolate y clavamos unas cuantas en un palito para comerlas como si fuera un pincho. Y las llamamos «pasteles de Silence» en su honor, porque a su marido, que casualmente se llamaba Honor, ya se le atribuye el mérito de casi todo lo demás.

Se oyó el tañido de la campana del reloj de la torre: «Bong, bong, bong». Levanté la vista, sobresaltado, y comprobé la hora. ¿Cómo? ¿Ya eran las cinco?

Me puse de pie en el banco y escudriñé las cabezas y sombreros de la multitud, de los incontables voluntarios que estaban empezando a encender las velas que más tarde transportarían las carrozas o que llevarían los miembros del coro del colegio mientras cantaban, durante el desfile. Prue se había alejado con su grupo de amigas, todas vestidas con la chaqueta azul marino y la falda de cuadros de la academia, y el corazón me empezó a martillar en el pecho, solo un poquito, al darme cuenta de que me había concentrado tanto en mi estúpido dibujo que la había perdido completamente de vista.

Pero... Ah, no, allí estaban, junto al laberinto de balas de heno. Bajé de un

salto y me abrí paso entre la cola de turistas que esperaban su turno para pintar calabazas.

Un cuarteto de cuerda interpretaba la obra de no sé qué compositor muerto en el cenador blanco, bajo una pancarta que decía: «CONMEMORACIÓN DE LOS 325 AÑOS DE HISTORIA DE REDHOOD». Justo en el momento en que ellos terminaban y los presentes empezaban a aplaudir, se encendieron en la calle las farolas de hierro negro. Tropecé con una de las calabazas de Halloween iluminadas que se alineaban en la acera.

Jopé. Nos iba a tocar correr.

Me abrí paso a empujones entre la multitud que rodeaba el cenador, entre un mar de codos y cochecitos de bebé.

—Cuidado...

—¡Eh!

No les hice ni caso. Es decir, hasta que una mano me cogió por el pescuezo y me sacudió con tanta fuerza que se me cayó la mochila. Me bastó coger aire para saber de quién se trataba. El señor Wickworth olía siempre a limón y a rotuladores de pizarra blanca. Se me encogió el estómago, como si lo tuviera lleno de escurridizos gusanos.

—Señor Redding. ¿Puede usted explicarme a qué viene este comportamiento tan innecesariamente grosero?

¿Sabíais que las personas pueden cloquear? En serio, pueden. Yo no lo descubrí hasta que el profesor Henry Wickworth me pilló echando una cabezadita en clase de inglés, el primer día del primer curso de instituto. Se le puso la cara de un tono morado que no es fácil de encontrar en la naturaleza, y el resto de la clase y yo tuvimos que aguantar un sermón de diez minutos sobre el «comportamiento respetuoso» y la «mala educación». Luego me dijo que quería una redacción en la que explicara la diferencia entre ambas cosas aquella misma tarde, cuando me quedara castigado.

Sí, castigado el primer día de instituto. Bueno, en realidad me han castigado todos los días durante la primera semana. Hasta el momento, he escrito redacciones sobre la «falta de respeto», la «desconsideración» y el «honor». Un día pensé que hasta iba a sacar su regla y partírmela en la cabeza, cuando me pidió que escribiera una redacción para definir «sabiondo» y yo

me limité a escribir una frase: «Prefiero sabelotodo, señor».

Lo cierto es que el señor Wickworth dedicaba más tiempo a ver esos programas de supervivientes en su ordenador del instituto que a enseñarnos algo. Las paredes de su clase estaban decoradas con citas de autores famosos que yo creo que se había inventado («El colegio es importante. Presta atención en clase». — Ernest Hemingway). Creedme, si me dieran la oportunidad de elegir entre escuchar una hora de estática en la tele o soportar una de sus clases, la estática me parecería como cien mil veces más interesante.

—¿Y bien? —dijo pellizcándome los hombros con los dedos—. ¿Algo que decir, Prosperity?

A veces, me gustaría que me reprogramaran para pensar antes de abrir la boca.

—¿Desde cuándo tengo yo algo que decirle a usted fuera de clase?

¿Os imagináis un huevo en el microondas? La yema empieza a temblar, luego se hincha y luego explota y deja las paredes hechas un asco. Estoy convencido de que mamá habría tenido que llevar mi uniforme a la tintorería para que limpiaran los restos del cerebro de señor Wickworth de no ser porque Prue apareció justo en ese momento.

—¡Por fin te encuentro, Prosper! —dijo alegremente. Sus amigas llegaron tras ella y me observaron por encima de su hombro—. Ah, ¡hola, señor Wickworth! ¿Qué le parece la fiesta? Mi abuela me ha pedido que lo salude y que le dé las gracias por lo mucho que se esfuerza usted.

El señor Wickworth apartó la mano con la que me sujetaba y me volví justo a tiempo de ver el sorprendente cambio que se estaba produciendo en su expresión. Separó los labios, y el rostro, hasta ese momento tan encendido como el pelo rojo fuego de Prue, adquirió un tímido tono rosado.

—Ah, señorita Redding. Discúlpeme, no la había visto.

El señor Wickworth, lo mismo que todos los que se hallaban cerca, se apartó para dejar paso a Prue. Cuando Prue llegó junto a mí, me puso una mano en la cabeza y me dio una palmadita. Era una odiosa costumbre que había adoptado durante el verano, después de haber crecido siete u ocho centímetros más que yo. Estaba claro que no éramos idénticos. Yo tenía el pelo moreno y los ojos oscuros, mientras que ella era pelirroja y tenía los ojos

azules, como si fuéramos hijos de distintos padres.

Pero yo recordaba cómo eran antes las cosas. Recordaba las habitaciones de hospital. Recordaba cuando tenía que ir al colegio sin ella: al volver, le enseñaba todos los dibujos que había hecho, pues teníamos prohibido encender los móviles para hacer fotos. Recordaba todas las veces en que se me había helado la sangre si la veía pálida o respirando con dificultad.

Y recordaba que, cuando éramos muy muy pequeños, yo me levantaba de la cama en plena noche para ir a ver cómo estaba. Para asegurarme de que el corazón le seguía latiendo.



Una racha de mala suerte

Mi abuela decía que la afección cardíaca de Prue era la única mala suerte que había tenido nuestra familia durante siglos. Y es cierto. Pero, incluso en los peores días, yo conseguía hacerla reír con alguna historia tonta, me sentaba a ver alguna peli con ella, la ayudaba a moverse por casa o la obligaba a comer cuando nuestros padres estaban de viaje. Me sabía de memoria los números de emergencia de sus médicos. Y aún me los sé.

Pero Prue era una Redding y sobrevivió, por mucho que los médicos dijeran que no sobreviviría. Nuestros padres fundaron Heart2Heart, una organización benéfica internacional dedicada a recaudar fondos para niños con cardiopatías congénitas. Prue se convirtió en el rostro de la organización, y el país entero estaba a su lado en cada operación. La más reciente, apenas dos años atrás, la había convertido en una niña sana y lo bastante fuerte como para hacer todas las cosas que hasta entonces no le habían permitido hacer.

Prue se matriculó en la academia, conmigo. Hizo amigos que no pertenecían a nuestra familia y esos niños resultaron ser los mismos de los que yo nunca le hablaba: los que me metían basura en la mochila o me robaban los deberes.

Y entonces, como si le tocara de golpe toda la buena suerte de los Redding

que hasta entonces se le había negado, se convirtió en la delegada de su clase, batió tres récords consecutivos en atletismo, equitación y tiro con arco, y ganó un concurso nacional de redacción sobre la necesidad de hacer llegar el agua potable a las zonas más desfavorecidas de la India. La única vez que llegó a casa con un notable entre un mar de excelentes, fue el profesor quien le pidió disculpas a ella por no haber sido capaz de enseñar al nivel de sus expectativas.

Prue es increíble, todo el mundo lo sabe. El problema era que... ahora sabía toda la verdad acerca de mí. Ya no podía ocultarle lo que los demás pensaban de mí, porque ella misma podía verlo con sus propios ojos.

Veníamos de una familia de ganadores, plusmarquistas, triunfadores..., y no pasaba ni un solo día sin que mi abuela me recordara que yo no estaba entre ellos.

Pues bueno. Yo, Prosperity Oceanus Redding, tenía el orgullo de anunciar que había sido el primero en establecer el récord de cabezadas en clase durante un solo año académico..., lo cual me valió cierto descrédito a ojos de mis padres y de mis profesores y veinticuatro visitas al despacho del director durante el último curso de primaria. El único motivo por el que no me habían expulsado de la academia era que mi tatarabuelo la había construido con sus propias manos.

¿Os parece que es patético llamarse Prosperity? Pues probad lo que se siente cuando uno se llama Prosperity y, encima, solo saca insuficientes en el instituto y todo el mundo en su familia le empieza a insinuar que considere la posibilidad de ponerse a trabajar como basurero en lugar de pensar en la universidad. Pues no sé qué tiene de malo, la verdad. Los basureros son buena gente, se pasan el día subidos a la parte de atrás del camión y hacen un trabajo muy importante, que es mantener las calles limpias. A mí me mola.

Pero, el día en que me quedé dormido por primera vez en una de sus clases, el señor Wickworth decidió que yo era basura de la que había que deshacerse. Cada vez que Prue intervenía y se comportaba como si tuviera que arreglar los líos en los que yo me metía, por pequeños que fueran, no hacía más que darle la razón a Wickworth.

—Ya sabe usted cómo es Prosper —contestó Prue con voz dulce—. Es...

Bueno, en fin... Es Prosper. Pero está claro que necesita gafas.

Tras ella, las otras chicas se echaron a reír.

—Las gafas no lo harán menos tonto —dijo una de ellas.

—Ni menos feo —apostilló otra.

Me encogí cuando Prue carraspeó para disimular la risa. Algunos de los adultos que estaban por allí cerca también se rieron entre dientes, al tiempo que estiraban el cuello para vernos mejor. Así era ser un Redding: cuando estábamos en Redhood, éramos como animales del zoo. Me sorprendió que nadie nos interrumpiera para hacerse un selfi.

—¿Nos disculpa, por favor? —prosiguió Prue—. Nos esperan en la Casita para una cena familiar. ¿Nos veremos esta noche en el Desfile de las Velas, señor Wickworth?

El pobre no pudo contenerse. Movié la cabeza arriba y abajo, como si le estuviera dedicando una pequeña reverencia.

—Allí nos veremos, señorita Redding.

—Lo mismo digo, allí nos veremos —murmuré entre dientes—. Si es que consigo agenciarme un par de gafas.

—Más le vale, jovencito —dijo el señor Wickworth—. A ver si con ellas consigue usted encontrar sus buenos modales.

Tenía ya una respuesta preparada que soltarle, pero Prue me sacó de allí a rastras y nos alejamos de Main Street. A nuestra espalda, la hoguera ardía en todo su apogeo y lanzaba chispas hacia las sombras del cielo vespertino. La gente aplaudía y gritaba con entusiasmo, y no tardó en formarse una cola de lugareños dispuestos a arrojar a las llamas sus listas de malas acciones. Volví la vista atrás, una sola vez, para fijarme en la forma en que resplandecía la estatua de Honor Redding a la luz de la hoguera: quería grabarme esa imagen en la memoria para dibujarla más tarde.

Cuando ya nadie podía vernos desde la plaza, Prue me soltó finalmente el brazo.

—¿Por qué siempre tienes que meter las narices en todas partes? —le pregunté—. Ya me consideran un idiota, así que no necesito tu «ayuda».

Prue hizo un gesto de impaciencia.

—Si no hago yo de heroína, ¿quién te va a rescatar? Además, llegamos

tarde. Quien tú ya sabes nos va a matar.

Prue aflojó el paso para que yo pudiera alcanzarla, mientras rebuscaba algo en su mochila. Sacó un cuaderno azul.

—Toma... Lo he cogido sin querer, pensaba que era el mío.

Se me subieron los colores de golpe y, al mismo tiempo, dejé caer los hombros en un gesto de alivio. Se lo quité de un manotazo y me lo guardé en mi mochila, como si con eso fuera a enterrarlo para siempre. Que lo había encontrado, sí, sí. ¿Cómo podía haber sido tan tonto? Seguro que ella y sus amiguitas habían mirado todos los dibujos y se habían partido de risa. Tendría que haberlo dejado donde lo había encontrado al darse cuenta de que dentro no estaban sus apuntes de clase. Se me hizo un nudo en la garganta.

—Algunos de tus dibujos son muy buenos, ¿sabes? —dijo como quien no quiere la cosa—. Vale, no eres Leonardo da Vinci, pero tampoco están mal. No sabía que todavía conservabas el cuaderno y que dibujabas todos esos... personajes.

Vale, se refería a los de las historias que solía contarle para hacerla reír, cuando aún estaba confinada en la cama del hospital. ¿Que por qué seguía dibujándolos? No lo sé. Tal vez porque tenía la esperanza de que algún día ella quisiera volver a escuchar todas aquellas historias. Pero, por la forma en que me miraba en ese momento, con los labios apretados para contener la risa, supuse que eso solo pasaría cuando las ranas criaran pelo.

Sujeté con fuerza la correa de mi mochila. «No sabes nada de mí —quise decirle—. Es la primera vez que hablamos desde hace una semana».

—¿Por qué no se los enseñas a alguien? A la señorita Peters, por ejemplo.

He aquí algunas cosas que estaría dispuesto a hacer para no tener que enseñarle mis dibujos a la gruñona profesora de arte de la academia.

1. Cortarme los dedos de los pies.
2. Comerme mi propio hígado.
3. Recorrer andando todo Estados Unidos, después cruzar a nado un océano infestado de tiburones hasta llegar a Hawái y, una vez allí, arrojarme al cráter de un volcán.

Los otros niños del instituto ya tenían bastantes motivos para burlarse de mí, no les hacía ninguna falta saber que me gustaba dibujarlos, por no hablar ya de dibujar bancos y jardines de Redhood.

—¿Y mamá? ¿O papá? Me parece que les gustan los museos.

Por muy loca que estuviera mi familia y mucho talento que tuviera, ni un solo Redding podía considerarse un (o una) artista. La única excepción, quizás, era nuestro primo lejano Nathaniel Redding: había escrito un libro llamado *El drakkar perdido*, con el que había conseguido colarse en la lista de títulos más vendidos del *New York Times*. Se trataba de una historia sobre vikingos que viajaban en el tiempo y su conspiración para ocultar que habían matado a los Padres Peregrinos del *Mayflower* en una encarnizada batalla. Tuvo mucho éxito.

A mí me pareció buenísimo, pero a mi abuela casi le da un patatús cuando leyó los primeros capítulos. Papá le había regalado un ejemplar a mamá, medio en broma. Y solían reírse juntos cuando él le leía algunos pasajes en voz alta. Venga reír y reír.

Así que no me hacía falta imaginar la cara que pondrían mis padres si se me ocurriera enseñarles el cuaderno de dibujo. No hacía falta que les dijera que me gustaba el arte, porque ya sabía cuál iba a ser su reacción. «Cuando Prue y tú seáis lo bastante mayores para ayudarnos a llevar la Fundación —diría papá—, entonces sí que cambiaremos el mundo». Y entonces mamá sonreiría y empezaría a decir aquello de que lo más importante en este mundo es ayudar a los demás. Y, luego, una idea quedaría fijada en mi mente: el arte era algo que me encantaba, pero no servía para cambiar el mundo, ¿verdad? Solo era algo que me hacía feliz a mí.

Así que procuraba que mis cuadernos estuvieran cerrados hasta asegurarme de que no hubiera nadie cerca.

Sacudí la cabeza de un lado a otro, con la vista clavada en el suelo.

—¿Podemos darnos un poco de prisa? Ya llegamos tarde.

—Entonces, vamos por aquí —dijo Prue.

Abandonó la carretera cubierta de hojas y noté un escalofrío en la espalda. Había un oscuro bosque, no muy grande, que se extendía entre Main Street y la Casita. Lo conocía muy bien, teniendo en cuenta que me había pasado los doce

años y medio de mi vida tratando de evitarlo. Puede que fuera un buen atajo, pero eso no me hizo sentir mejor mientras descendía por la embarrada colina.

El bosque siempre me hacía sentir como si la piel se me fuera encogiendo sobre los huesos. Lo iluminaba una extraña luz que convertía las relucientes hojas marrones en una especie de mantillo gris. Más o menos cuatrocientos años atrás, un pavoroso incendio había arrasado la zona y estaba claro que los árboles nunca habían llegado a recuperarse del todo. En los troncos había vuelto a crecer la corteza, cosa que ocultaba las cicatrices, pero los árboles estaban retorcidos. Se apartaban del centro mismo del bosque, como si hubieran intentado arrancar las raíces del suelo para huir de las llamas.

A veces, cuando la lluvia caía entre sus ramas desnudas, me parecía oír el eco de los gritos de los árboles. «No seas tonto», pensaba entonces, pero aquel sonido se me quedaba atrapado en los oídos durante días. Era un lugar húmedo, frío y brumoso, o una combinación de las tres cosas, incluso en verano. Ni siquiera a las ardillas les gustaba, lo cual lo dice casi todo.

—Prosper —dijo Prue de repente—. ¿Por qué te castiga tanto Wickworth? Pensaba que ya estabas mejor...

Me encogí de hombros.

—A veces me duermo en clase.

—Pros...

—No quiero hablar de eso, ¿vale?

Aceleré el paso, eché a correr y la dejé atrás. La rabia y la frustración me producían una sensación extraña, como si la cabeza me hirviera por dentro.

—Los profes son aburridos y no me gusta el instituto.

No era del todo cierto. La verdad es que me gustaba el instituto, si quitamos los exámenes y los deberes. Era solo que algunas noches tenía unos sueños que... Un gigantesco gato negro con unos ojos que relucían en la oscuridad, uno azul y otro negro, se me acercaba con aire amenazador. A veces, se limitaba a observarme tras una línea de trémulas llamas, caminando de un lado a otro, de un lado a otro, rechinando los dientes de pura impaciencia. Otras noches, estaba royendo la carne de algún hueso, lamiéndose la sangre de los dientes. Y siempre, antes de despertarme, oía una especie de gruñido que repetía lo mismo una y otra vez: «Despierta al hueso

que canta».

Había leído en alguna parte que los sueños, incluso las pesadillas, son la forma en que nuestro cerebro trata de solucionar un problema o recordar algo que hemos olvidado. O sea que mi cerebro me estaba intentando decir que mi abuela se proponía despellejarme y comerme vivo un día de estos.

Pero lo mío no era nada. Comparado con lo que había tenido que soportar Prue, ni siquiera era digno de mención. No quería que mis padres tuvieran que preocuparse por mí más de lo que ya se preocupaban.

Prue abrió la boca para decir algo, pero la volvió a cerrar enseguida. Se me acercó y me dio un golpecito en el hombro.

—Lo que tu digas. Pero siempre puedes contar conmigo para que te rescate.

Y ese era el problema. Que yo no esperaba que me rescatara. Solo esperaba que volviera a quererme como antes.

—Ya hemos llegado —anuncié.

Bajé la barbilla hacia el pecho y esperé a que ella abriera la marcha. Como siempre. Prue echó a correr, pero se detuvo de golpe unos pasos más allá.

—¿Qué le...? —empecé a decir, pero la frase se me quedó a medias.

Al pie de la colina se encontraba el principio del largo camino de entrada de la Casita... y había decenas de personas, conocidas y desconocidas, allí esperando.

Esperándonos a nosotros.



Una bienvenida preocupante

No es exactamente que Prue y yo odiásemos a nuestra abuela. Solo pensábamos que podía ser el mismísimo Diablo con traje etiqueta.

Después de que los padres de mamá —abuelita y papa— murieran en un trágico accidente de coche, y de que el abuelo Redding la palmara de un ataque al corazón, ella era la única abuela que nos quedaba. Teniendo en cuenta que vivíamos a unas pocas calles de distancia, lo lógico sería que hubiéramos estado muy unidos, ¿no?

Pues no.

Ni siquiera se molestaba en disimular la maldad que acechaba bajo sus joyas y su ropa cara. Era capaz de despellejar a un cachorrillo y hacerse un bonito sombrero con su piel. Aparte de dar dinero falso a los sintecho, nombrarse a sí misma alcaldesa de Redhood durante diez años consecutivos y, en una ocasión, obligar a un jardinero a seguir podando sus rosas —después de que el pobre hombre se hubiera caído de la escalera y se hubiera roto ambos brazos— solo porque ella quería dar una fiesta esa noche, mi abuela también era la culpable de mi nombre.

En los trescientos veinticinco años de historia de la familia Redding, solo habían existido dos parejas de gemelos: Prosperity Oceanus Redding y

Prudence Fidelia Redding en el siglo XVII y Prosperity Oceanus Redding y Prudence Fidelia Redding en el siglo XXI.

No sé cómo convenció a mamá y a papá para que nos pusieran esos nombres. Puede que mamá aún estuviera medio grogui o puede que mi abuela sobornara al médico y a las enfermeras para que le permitieran rellenar el certificado de nacimiento. Y, sí, vale, ya sé que podríamos haber heredado otros nombres puritanos mucho peores, como Gracias a Dios, Ayuda Divina, Timidez y Obediencia, solo por nombrar unos cuantos de entre los más asombrosos de nuestra familia. Dejadme que os diga, sin embargo, que cuando se vive rodeado de primos que se llaman David o Josh, tener un nombre como el mío resulta un poco ridículo.

Y, precisamente, allí estaban David y Josh, esperándonos en el camino de entrada.

—¿Qué le...? —dijo Prue observándolos con los ojos entrecerrados.

Me sentí como si alguien me hubiera dado un cabezazo en todo el pecho.

—Ay, no —dije al tiempo que dejaba caer la mochila—. A papá y mamá les ha pasado algo.

Aquella era la única explicación. El día del Fundador siempre acudían algunos de nuestros extravagantes primos lejanos, pero no tantos. La última vez que había visto tantos familiares juntos fue cuando la había espichado una prima segunda nuestra. La mitad de la familia se había presentado en la Casita para ver si les había dejado algo en su testamento.

—No puede ser —dijo Prue negando con la cabeza—. Nos lo habrían dicho en el instituto. Ni siquiera conozco a la mitad de esa gente... Como de costumbre, la abuela estará celebrando alguna fiesta especial y se le habrá olvidado decírnoslo.

Vale, no era del todo imposible, pero... ¿por qué tenía yo la sensación de que nos estaban esperando a nosotros?

El viento sopló entre los árboles que nos rodeaban e hizo susurrar las hojas que cubrían el suelo. Me pareció que me empujaba, que me hacía descender más rápidamente el empinado sendero, hacia el camino adoquinado que conducía a la casa. La hiedra silvestre que crecía a ambos lados del camino se detenía en el punto exacto en que la tierra se convertía en piedra,

como si temiera seguir creciendo en dirección a la casa. Los pájaros de los árboles dejaron de gorjear y echaron a volar hacia la verja de hierro forjado que custodiaba la finca como si fuera una serpiente cubierta de púas.

—¿Esa es...? —empecé a decir observando con los ojos entrecerrados.

Lo era. Mi abuela se hallaba al frente de la familia, sosteniendo en las manos una bandeja de plata repleta de galletas con gotas de chocolate.

Apenas la reconocí. Mi abuela, que exigía que la llamaran siempre «abuela» o *grandmère*, aunque ninguno de nosotros era francés ni tenía intención de serlo, era una mujer de rasgos muy marcados. Tenía el pelo del mismo tono gris que el cielo encapotado y lo llevaba siempre recogido en un apretado moño en la base de la nuca. Era alta e iba siempre muy tiesa. Y cuando digo «tiesa», quiero decir «tiesa». A veces, cuando se ponía un vestido gris, tenía la sensación de estar hablando con una gélida farola.

—¡Ooh, niños! —canturreó—. ¿Queréis daros prisa? Os estábamos esperando.

Se acabó. Di media vuelta con un único objetivo: echar a correr colina arriba, a través del espeluznante bosque, y largarme de Redhood. Que nos ofreciera dulces y nos hablara con aquella voz tan rara y babosa solo podía significar una cosa: que se disponía a envenenarme.

Prue me cogió por el brazo.

—Perdón por llegar tarde. La orquesta de la señorita Marsh estaba tocando en el cenador y estábamos disfrutando tanto de la interpretación que el tiempo se nos ha pasado volando.

A la anciana le tembló ligeramente el ojo derecho, pero se recobró enseguida.

—No importa, queridos.

Le entregó la bandeja de galletas a una de mis tías y le indicó a la otra que cogiera nuestras mochilas.

Una gota de sudor me resbaló por la nuca, a pesar de que el aire era fresco. Todo el mundo —cincuenta personas por lo menos— nos estaba mirando. Hasta el tío abuelo Bartholomew, que llevaba años enzarzado con mi abuela en una sangrienta batalla por la Casita. Al pobre hombre le faltaba el ojo izquierdo y la abuela juraba que se debía a un «desafortunado encuentro»

con un atizador. En realidad, yo creo que ella le apuntaba al corazón, pero había fallado.

La abuela le dio a Prue un torpe abrazo, con los brazos tiesos como ramas. Luego le dio una palmadita en la espalda, como si estuviera ayudando a un bebé a eructar.

Yo retrocedí un paso, pero mis primos se me acercaron rápidamente.

—Prosp, me alegro de verte —dijo David, que una vez me había encerrado en la bodega de la Casita durante diez horas para ver si los ratones se me comían.

—¡Ha pasado mucho tiempo! ¿Qué tal? —preguntó Josh, que en una ocasión había hecho correr por la academia el rumor de que yo aún mojaba la cama.

Sarah, que le había robado a mi abuela uno de sus brazaletes de diamantes y me había echado la culpa a mí, me preguntó:

—¿Qué tal el instituto? Me han dicho que este año tienes al señor Wickworth...

Y Charlotte, la mayor de todos nosotros, la responsable de haberme lanzado por un balcón desde un segundo piso para ver si sabía volar, se limitó a sonreír y a pasarme un brazo por encima de los hombros. Todos se parecían mucho a mis tías: altos, increíblemente rubios y muy bronceados, incluso en pleno invierno de Massachusetts.

El resto de la familia se fue acercando a nosotros como hormigas que pululan en torno a un trozo de caramelo abandonado en la acera. Nos vimos atrapados en un mar de trajes blancos, vestidos de seda y abrigos de piel. Me fueron pasando de un familiar a otro, pero a la mitad de ellos ni siquiera los conocía. Y no me dejaron en paz hasta que llegué al pie de la escalinata curva de mármol que subía hacia la espléndida entrada de la Casita. Mi abuela estaba en el escalón más alto, observándome con la nariz levantada.

Dio tres palmadas, para que los demás guardáramos silencio. Las luces se encendieron tras ella: las velas de los farolillos colgados cobraron vida como por arte de magia. Levanté la mirada hacia el oscuro cielo y se me hizo un nudo en el pecho. A nuestra espalda, los jirones de niebla del bosque cercano descendían por la colina y se extendían sobre la hierba como dedos curiosos.

Tratando de no echarme a temblar, me volví para mirar a Prue.

Capté un destello de su melena pelirroja en el otro extremo de la multitud. Y junto a ella, como si tuviera derecho a estar allí, estaba el forastero. Me lanzó una mirada y entrecerró sus relucientes ojos. Arrastré los pies, cohibido, y bajé la vista al suelo.

—Buenas noches —dijo finalmente mi abuela. Le entregó su delantal a una sirviente que había aparecido tras ella como una margarita que florece de repente—. Llevamos mucho tiempo esperando esta noche y me llena de orgullo el corazón ver que sois muchos los que hoy habéis decidido viajar hasta el hogar de vuestros ancestros. Tened la seguridad de que esta noche dejaremos todo esto atrás y concluiremos la gran obra de nuestro antepasado. Nos liberaremos de la última cadena que nos ata.

Resoplé y el sonido retumbó en aquel silencio. La abuela se volvió a mirarme y entrecerró los ojos mientras una tensa sonrisa se le formaba en el rostro.

—Bienvenidos a casa.



Una especie de reunión familiar

Bueno, vamos a aclarar una cuestión: la Casita no era en realidad una casita. No era una casa de madera, con flores y muros blancos cubiertos de hiedra, como las que salen en los libros de cuentos de hadas. No. Una definición más adecuada hubiera sido «finca» o «palacio».

La revista *New England Architecture* la describió como «castillo», pero eso es pasarse. Sí, claro, en la parte de atrás están las caballerizas y también una media hectárea de terreno ocupada por el jardín de la abuela, pero tampoco es que la Casita tenga un foso y un puente levadizo. Como mi padre trató de explicarle al menos unas diez veces al periodista durante la visita guiada, la Casita se llamaba así solo porque se hallaba en el sitio que en otros tiempos ocupaba la cabaña de los primeros Redding que se habían establecido en Redhood.

«Se trata de un edificio difícil de describir —había escrito el periodista—, pues es una mezcla de castillo de piedra, como los que aún pueden verse en Europa, y hacienda de la época colonial. La impresión general es la de una mole maciza, imponente y de una opulencia obscena. Lo que en otros tiempos fue una sencilla cabaña de un solo espacio contiene hoy treinta y ocho chimeneas, mármol importado desde España, una piscina interior, una bodega,

un pórtico delantero del tamaño de una casa normal, cincuenta habitaciones para invitados, *spa* privado y una serie de torres coronadas por pináculos, gabletes y torrecillas».

A la abuela se le iluminó el rostro tanto como la luna cuando leyó aquellas palabras, pero, sinceramente, a mí me pareció que el periodista estaba describiendo más bien un hotel de esos en los que asesinan a los ricos. De esos que salen en las pelis de terror. De esos en los que hay monstruos que merodean por los pasillos hecha en mano.

Con una mano en el hombro de Prue y otra en el mío, la abuela nos guio hasta la sala más grande de la primera planta: el salón Luis XIV. No tenía ni idea de quién era Luis XIV, pero alguien tendría que hablar con ese tío sobre su obsesión enfermiza con las estatuas doradas de querubines desnudos.

Una tía nuestra, decoradora de interiores para Lilly Belle, ya sabéis, la de *Southern Comfort*, me estaba explicando por qué debía interesarme la escena de corderitos pintada en el techo cuando apareció la primera bandeja de comida. Los camareros se deslizaban por la habitación, y sus rojos uniformes, recién planchados, resplandecían entre un mar blanco.

Cuando sabes que alguien no te quita los ojos de encima, tienes una especie de sensación rara, como si te estuvieran clavando dos agujas en la base del cráneo. Me volví para echar un vistazo por encima del hombro, justo a tiempo de ver a mi tía desviar la mirada y concentrarse en su copa de vino. Junto a ella, su tío hizo exactamente lo mismo, aunque en este caso él se volvió hacia el retrato de Silence Redding que colgaba de la pared y se comportó como si se dispusiera a charlar con ella.

El crujido de los vetustos huesos de la casa quedó amortiguado por el lamento que arrancaron los violinistas (primos lejanos) a sus instrumentos en el vestíbulo. Cada nota se me clavaba en la piel. Empecé a escabullirme de la sala, pero alguien me dio un golpe en la espalda... lo bastante fuerte como para dejarme sin aliento y enviarme de nuevo hacia mi tía abuela. Había sido el tío abuelo Phillip. Le tembló el blanco y esponjoso bigote, todavía húmedo de sidra. Arqueó una ceja igual de poblada que el bigote mientras me clavaba dos huesudos nudillos y señalaba con la cabeza a su esposa, tan absorta aún en la contemplación del techo que ni siquiera había reparado en mi huida.

—...sin embargo, para ser una auténtica réplica de Versalles, la señora Redding... —Señora Redding es como todo el mundo llamaba a la abuela—. En fin, tendría que hacer lo que Lilly Belle, ya sabes, de *Southern Comfort*, ¿no? Tendría que hacer lo que hizo Lilly Belle y colocar espejos. Paneles de espejos. No entiendo por qué se niega a tener espejos en casa.

Eso mismo se había preguntado el periodista de *New England Architecture*. Papá se había limitado a encogerse de hombros y le había explicado que en la casa no había espejos debido a la extraña superstición de nuestra ciudad —perdón, extraordinaria superstición, tal y como insistía la abuela— acerca de los fantasmas y la mala suerte. Que, más o menos, decía lo siguiente: si uno no tapaba los espejos cuando se ponía el sol, estaba invitando a entrar en su hogar a todos los males habidos y por haber. Lo creáis o no, eran muchos en Redhood —sobre todo las familias más antiguas— los que al caer la noche aún cubrían los pocos espejos que tenían.

Mientras echaba un vistazo a mi alrededor, en busca de una posible escapatoria, me topé de nuevo con la mirada del forastero.

Se movía sigilosamente al fondo de la sala, entre bustos de antepasados y poetas muertos y estanterías repletas de libros antiguos. Cada vez que le pasaba cerca una bandeja de comida, levantaba una huesuda mano y robaba un canapé. Y luego volvía a desaparecer entre las sombras. ¡Puf!

—Ah, Bertha, quería volver a felicitarte por el buen trabajo que hiciste en nuestro cenador.

Una prima segunda cogió del codo a mi tía abuela y la alejó de mí. No desperdiicé la oportunidad. Agaché la cabeza y salí corriendo del salón, esquivando muebles, miradas airadas y personal de servicio.

¿Dónde estaba Prue? La había perdido de vista cuando habíamos entrado en el salón, pues la abuela se la había llevado a un rincón para presumir ante su hermana de los últimos logros de Prue. De vez en cuando, me parecía verla, pero no tardaba en descubrir que en realidad solo estaba viendo anuncios de Heart2Heart o portadas enmarcadas en las que aparecía ella.

No había conseguido recorrer ni dos metros de pasillo cuando mi tía me agarró por el cuello de la chaqueta y me estrujó en un torpe abrazo que olía a perfume de rosas. Eso sí que era una novedad.

—Bueno, ¿adónde han ido de viaje tus... adorables —dijo torciendo los labios al escupir esas palabras— padres esta vez?

—A China —respondí—. Están a punto de abrir una nueva sede de la organización benéfica.

—Es verdaderamente... encantador.

«Ojo, no te vayas a herniar por hacer un cumplido», pensé.

—¿Y no te preocupa —empezó a decir tía Claudia, mientras se humedecía los dedos con la lengua para alisarme el pelo por detrás— que se estén gastando todo vuestro dinero en otros niños?

—Estoy seguro de que en esta casa hay al menos un centenar de diccionarios, por si te apetece buscar el significado de «organización benéfica» —murmuré al tiempo que me apartaba de ella.

Había mantenido esa conversación, o alguna variante, por lo menos diez mil veces. Mis padres regalaban casi todo su dinero, lo cual los convertía automáticamente —a ojos de los demás miembros de la familia, al menos— en perturbados mentales.

—Sí, la beneficencia no es una enfermedad que se cure fácilmente —oí la voz de la abuela a mi espalda—, pero algún día tu padre se dará cuenta. Ah, ahí está, Prudence. ¿Verdad que está guapísima?

Seguí su mirada y vi a Prudence en lo alto de la escalera curva, en el descansillo de la segunda planta. Se había cambiado de ropa y llevaba un largo vestido de terciopelo negro con cuello blanco de encaje. Hasta ella era plenamente consciente de su ridículo aspecto, pues tenía las mejillas del mismo color encendido que el pelo.

Intenté llamar su atención, pero la abuela me sujetó el brazo y prácticamente me alzó en vilo hasta el primer escalón.

—Vete arriba, Prosperity. A ti también te he preparado ropa para cambiarte. Y hazme el favor de lavarte la cara.

Al fin, después de casi una hora, conseguí decir lo que quería decir.

—¿Iremos juntos a Main Street? El desfile empezará pronto.

—Primero celebraremos una especie de reunión familiar —me respondió ella en voz baja, al tiempo que me clavaba las uñas en la manga de la chaqueta—. Este año, el día del Fundador es muy especial. Y, ahora, pórtate bien y...

La nueva doncella, una joven llamada Mellie, apareció en ese momento junto a la abuela. Nerviosa, se retorció el bajo de su uniforme negro.

—¿Qué ocurre? —le soltó la abuela.

—Otra vez el teléfono, señora. Su hijo insiste en que tiene que hablar urgentemente con uno de los niños...

Se interrumpió de golpe al verme. Por el tono blanco que adquirió su piel, me pareció que estaba medio muerta de miedo. La abuela endureció el rostro hasta parecer una de las gárgolas del tejado de la Casita.

—¿Ah, sí? —murmuró con una tensa sonrisa—. ¿Te importaría decirle que ahora mismo estamos muy ocupados?

No era una petición, era una orden. Una orden, por otro lado, que yo estaba más que dispuesto a ignorar.

Mellie y yo nos alejamos de la abuela al mismo tiempo. La doncella regresó a la cocina y yo eché a correr escalera arriba. Disponía de un segundo, puede que menos.

Abrí la puerta del antiguo estudio de mi abuelo y rodeé su enorme escritorio de madera oscura para descolgar un viejo teléfono.

Contuve el aliento al oír que la doncella decía:

—...lo siento, señor, pero la señora dice que están ocupados...

—¿Puedes decirme al menos por qué no cogen los móviles?

Hasta entonces, nunca había oído a mi padre utilizar ese tono. Hablaba en voz más alta de lo normal, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo para no gritar. Me aparté del borde del escritorio para palparme los bolsillos y un instante después recordé que había olvidado el móvil en la mochila. Se oyó entonces un ruido al otro lado de la línea, como si mi padre se dispusiera a colgar.

—Papá... ¿Papá?

—¿Prosper?

Mellie pareció estremecerse y contuvo una exclamación. Sabía, intuyo, de lo que era capaz la abuela para impedirle encontrar trabajo en el estado de Massachusetts, por no hablar ya del planeta Tierra.

—No diré nada, Mellie —le juré—. Pero déjame hablar con él, por favor.

La muchacha bajó la voz hasta convertirla en un susurro.

—Pero la señora Redding... —empezó a decir.

—*Yo me ocuparé de ella* —la interrumpió papá—. *No vas a perder tu trabajo.*

Lo vi por el rabillo del ojo: un extraño destello plateado en aquel estudio en penumbra. Una foto enmarcada. En ella, mi propio padre mostraba orgulloso su flamante diploma de Harvard. Mis tías estaban junto a él, cada una cogida de un brazo. Era absurdo, pero el hecho de ver el rostro sonriente de mi padre me hizo sentir un poco mejor.

En la foto, sin embargo, había algo raro. La tía Claudia tenía la otra mano apoyada en el hombro de otro chico. Este último estaba en el extremo del grupo, con las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros y la cabeza medio oculta bajo una gorra de Harvard. La instantánea lo había sorprendido de perfil y tenía la cara ligeramente inclinada hacia abajo, pero me pareció que era..., me pareció que era mi tío.

Se oyó un chasquido en la línea cuando Mellie colgó el otro teléfono en la cocina. Antes de que tuviese tiempo de preguntarle qué estaba ocurriendo, papá empezó a hablar a toda prisa.

—*Prosper, escúchame bien. Tienes que coger a tu hermana y salir de la Casita ahora mismo. No me puedo creer que sea capaz de hacerlo, que sea tan...* —La conexión iba y venía—. *Mamá y yo estamos intentando volver a casa, pero...*

Una luz de un tono blanco lechoso inundó de golpe la habitación cuando se abrió la puerta que tenía a mi espalda. Sorprendido, dejé caer el teléfono, lo cual le proporcionó a mi queridísima abuelita la oportunidad de recogerlo del suelo y colgarlo bruscamente.

—¡Eh! —protesté—. Estaba hablando con...

La abuela me observó fijamente durante un segundo. Respiraba agitada y estaba roja de ira.

—Tú —empezó a decir, al tiempo que me sacaba a rastras del estudio con una fuerza sorprendente—. Tú has sido como una piedra en el zapato desde el día en que naciste.

—Ya, bueno, tú tampoco es que seas un diamante, abuelita.

Papá nos leyó una vez un libro de mitología en el que había un relato que

hablaba de un monstruo llamado Medusa, que en lugar de pelo tenía un montón de serpientes y podía convertir a alguien en piedra con solo mirarlo. Bueno, puede que a mi abuela le faltaran las serpientes, pero la ira que centelleaba en sus ojos me hizo sentir como si tuviera las piernas y los brazos de cemento. Ni siquiera pude tragar saliva.

—Solo espero que seas tú —dijo entre dientes.

Luego me cogió por el cuello de la camisa y me arrastró escaleras abajo.



La prueba

Rayburn, el delgado mayordomo de la Casita, nos esperaba con Prue en el descansillo situado entre la primera y la segunda plantas. Daba impacientes golpecitos con su bastón en la alfombra, junto al pie de Prue. Para tratarse de un tipo que había criado en persona a tres generaciones de niños Redding y había visto —literalmente— ir y venir a cientos de miembros de la familia Redding, albergaba una sorprendente cantidad de odio hacia todo aquel que no hubiera cumplido aún los cuarenta.

Llevaba tanto tiempo abriendo la puerta principal que ya nadie recordaba quién había llegado antes, si él o la casa. No es que trabajara en la Casita, sino que más bien la rondaba como un fantasma.

—Señora —dijo con una voz ronca y cascada por la edad—. Los demás nos esperan abajo.

Prue, que estaba observando la larga procesión de familiares que se abría paso hasta el salón de la primera planta, se volvió en ese momento hacia mí.

—¿Qué está pasando aquí?

«Prosper, escúchame bien —había dicho papá—. Tienes que coger a tu hermana y salir de la Casita ahora mismo».

Podía coger a Prue y echar a correr. Sí, vale, era más alta que yo, pero

tampoco hacía falta que cargara con ella. Todo el mundo se dirigía hacia la parte de atrás de la Casita, así que podíamos huir por la puerta delantera. No me iba a resultar fácil, pero tenía que llamar su atención.

A mi espalda, los escalones crujieron cuando empezaron a bajar el tío abuelo Bartholomew y el tío abuelo Theodore. Los hermanos de mi abuelo rondaban los sesenta y algo, pero eran altos y tenían los hombros anchos de quien ha jugado mucho al fútbol americano. Bartholomew le ofreció el brazo a Prue, que lo aceptó sin rechistar —¡tonta, tonta, tonta!— y empezó a charlar con él mientras bajaban la escalera.

La seguí y bajé los dos primeros escalones con el corazón desbocado. Intenté abrirme paso entre ellos y estiré la mano todo lo que pude para tocar la de mi hermana. Pero yo bajaba demasiado rápido y perdí el equilibrio. Le agarré los dedos con fuerza y tiré de ambos hacia atrás, para evitar que nos estrelláramos contra Bartholomew, pero todo se volvió negro cuando resbalamos en los escalones y caímos en un enredo de piernas y brazos.

—Lo siento —jadeé—. Lo siento, Prue, pero...

Me apartó de un empujón y se puso de pie, con las mejillas rojas de rabia.

—¿Qué es lo que te pasa? Ya no necesito que me cojas de la mano..., ya no necesito tu ayuda. Ay, Dios, ¿por qué no maduras un poco?

Retrocedí un paso y noté en las entrañas el aguijonazo de sus palabras, pero ella se limitó a fulminarme con la mirada y a dar media vuelta. Me tembló todo el cuerpo cuando el tío abuelo Theodore me pasó un brazo por los hombros y me estrujó con la fuerza suficiente como para que me crujiera la espalda. Me quedé como un pelele junto a él, contemplando el alfiler con el emblema de la familia que llevaba prendido en la chaqueta de color marfil, en lugar de contemplar la melena de Prue por detrás.

Y, precisamente por eso, solo me di cuenta de que nos dirigíamos a la mazmorra cuando ya habíamos llegado.

De pequeño, solía pensar que la Casita tenía su propia voz secreta. Una voz que se arrastraba hacia mí cuando todas las lámparas estaban apagadas y solo la luz quitamiedos me protegía de la oscuridad. La voz de la Casita hablaba en

susurros de las personas que habían vivido entre sus paredes, de las que habían muerto en sus camas, y gruñía bajo el peso de los siglos que había visto transcurrir. «Ven aquí abajo —decía entre dientes—, baja, baja, baja, baja...». Por debajo de los pasadizos ocultos que usaban los sirvientes, por debajo de la tenebrosa cocina, hasta el sótano repleto de cosas olvidadas. Hasta la pesada puerta que estaba cerrada día tras día, minuto tras minuto, siempre.

La mazmorra.

Se suponía que era una broma, pero... ¿por qué tenía que estar siempre cerrada, si solo servía para guardar cosas? ¿Qué escondía allí la abuela, qué era lo que no quería dejar ver a nadie? Me pregunté cuántas personas habrían bajado hasta allí en la larga, larga, larga vida de la Casita y cuántas habían tenido en la mano la pesada llave de hierro.

Rayburn tenía una especie de sexto sentido en lo que respectaba a aquella puerta cerrada, además de la aterradora costumbre de surgir de entre las sombras cada vez que alguien se acercaba hasta allí. Y, aunque él no estuviera presente, la puerta disponía de cuatro —sí, cuatro, los tengo contados— cerrojos de acero, cada uno de los cuales se abría con una llave distinta. A David le gustaba hablarme de los instrumentos de tortura que allí se guardaban y también me decía que la abuela no veía la hora de utilizarlos conmigo. «Te meterá en la armadura llena de pinchos. Comprobará si eres capaz de tenderte en la cama de clavos sin que te atraviesen las tripas. Te atará con las correas y girará la rueda hasta arrancarte los brazos y las piernas, hasta que tu sangre salpique las paredes...».

Odiaba la Casita, la verdad. Pero aún odiaba más a David.

El tío abuelo Bartholomew gruñó mientras me obligaba a cruzar la puerta a empujones. Intenté agarrarme al marco con los brazos, pero él era mucho más alto y pesaba muchísimo más que yo, y tampoco quería que me desencajara los brazos, para qué engañarnos. Puede que me hicieran falta en un futuro próximo.

Los escalones eran irregulares y tan lisos que resultaban resbaladizos, como si soportaran un flujo constante de pies. Pero eso no tenía mucho sentido, la verdad. A menos que... A menos que aquella zona formara parte de los antiguos cimientos de la casa. De la época en la que pasó de ser una

cabaña del siglo XVII a lo que era en la actualidad. Los sencillos apliques para velas de las paredes apuntaban en esa dirección. No había electricidad. Ni calefacción, al parecer.

El frío y la humedad me helaron los huesos. Cuando llegamos al descansillo, oí voces que venían de las profundidades, tan temblorosas como la luz de las velas. Tragué saliva y noté en la garganta el olor de la cera, del polvo y de algo más, algo que olía a huevos podridos. Los pensamientos se me dispersaron por la mente como si fueran arañas, tan rápido que no podía atraparlos.

Pero resultó que la mazmorra solo era una habitación vacía, sin ventanas, en la que no había más que una mesa pequeña y unos cincuenta familiares míos. Con tanta gente apretujada allí dentro, apenas quedaba sitio para las sombras, por no hablar ya de Prue y de mí. El corazón se me desbocó en el pecho mientras observaba a uno de mis tíos abuelos —el tipo de aspecto repulsivo que nunca dejaba de sonreír— ayudar a mi hermana a avanzar. Se abrió paso con ella en la abarrotada habitación y noté que el tío abuelo Bartholomew me empujaba hasta colocarme justo detrás de ella. Intenté ignorar la presión de todas aquellas miradas y el movimiento de todos aquellos dedos, que se retorcían para evitar hasta el más mínimo roce conmigo.

«Salir de aquí, salir de aquí —pensé—. Tengo que salir de aquí».

En la parte delantera de la mazmorra se hallaba una pequeña mesa, cubierta por una tela de terciopelo. Me volví hacia el resto de la familia, tratando de descifrar la expresión de sus rostros. El cálido resplandor anaranjado de cientos de velas iluminaba los trajes y vestidos blancos que nos rodeaban. Si hubiera tenido tiempo para hacer un boceto de aquella escena, habría dibujado a los presentes con trazos ligeros, como fantasmas que flotaban en los ángulos de mi visión.

Prue me dio un fuerte codazo en las costillas para llamar mi atención y me señaló el extraño bulto que descansaba sobre la mesa, justo delante de nosotros. La tela de seda negra podría haber pasado por una mancha de tinta.

«Ay, madre —pensé, al tiempo que trataba de retroceder un paso—. Ahora resulta que mi familia es una secta».

El tío de la página web tenía razón.

—Bien —empezó a decir la abuela—, nuestra tradición familiar sostiene desde hace mucho que...

—¡Ve al grano! —gruñó el tío abuelo Bartholomew—. Todos sabemos por qué estamos aquí. No tiene sentido retrasar más las cosas.

—¿Quieres sacar la lengua para que pueda cortártela? —le respondió ella entre dientes. A la abuela le palpitaron las abultadas venas del dorso de las manos cuando acarició la tela negra con los dedos—. ¿No? Pues cierra el pico.

Tragué saliva con dificultad.

—Nuestra tradición familiar sostiene desde hace mucho —empezó de nuevo con una voz aún más gélida— que seremos llamados a prestarle un gran servicio a este mundo. Y, esta noche, vamos a dar el primer paso para conseguirlo.

La abuela retiró la tela de la mesa de un tirón. Di un salto hacia atrás, asustado, y arrastré a Prue conmigo. Estaba convencido de que lo que fuera que se ocultaba bajo la tela me iba a saltar a la cara para devorarme.

Pero... no era más que un libro.

Un libro muy muy viejo y mucho más grande que los que yo usaba en el instituto. La encuadernación en cuero marrón estaba agrietada y manchada por el paso del tiempo. Daba la sensación de que en algún momento hasta había tenido un candado, pero alguien lo había arrancado. El libro olía a humo, como si las páginas albergaran recuerdos de fuego.

—¿Abuela? —dijo Prue, que no sabía muy bien hacia dónde mirar.

Los demás, al parecer, se sentían igual. El tío abuelo Theodore sudaba tanto detrás de mí que me cayó en la coronilla una gota de su sudor.

La abuela levantó cuidadosamente con las dos manos la cubierta del libro y la dejó a un lado. La encuadernación estaba medio descosida. El libro contenía cientos de gruesas páginas amarillentas, pero la mayoría de ellas estaban sueltas.

—Prudence, querida —dijo la abuela—, lee la primera página, por favor.

Me llevé la mano al cuello de la camisa y tiré de él. Hacía un calor sofocante en aquella habitación. Cuanto más tiempo pasaba allí, más rápido

me latía el corazón, hasta el punto casi de desbocarse.

Prue se inclinó hacia delante, tan cerca del libro que su melena rozó la página. Torció el gesto, como si estuviera preocupada. Yo me puse de puntillas para mirar por encima de su hombro... y a punto estuve de caerme.

Me froté los ojos para secarme el sudor y luego me los volví a frotar. A simple vista, la página parecía tan blanca como una hoja de papel. Pero poco a poco fueron apareciendo en la superficie manchas de tinta roja, como si estuvieran empapando cientos de páginas. Pronto empezaron a correr riachuelos de tinta que parecían minúsculas serpientes enredadas entre sí. Las manchas se retorcían y se alargaban, y los extremos no tardaron en unirse hasta formar una maraña de garabatos en cursiva.

Demonios de la oscuridad, espíritus de lo diabólico,
prohibida tenéis la entrada en este libro mágico.

—Pero... —empezó a decir Prue mientras miraba a nuestra abuela—. No hay nada escrito. Está en blanco.

—¿Qué estás diciendo? —pregunté, al tiempo que me acercaba y giraba el libro hacia mí—. Mira ahí, dice...

Noté un agudo dolor en el pecho, como si alguien me hubiera atravesado con una barra al rojo vivo.

Un estridente chillido, a medio camino entre el dolor y la ira, me perforó los tímpanos. Me acerqué una mano a la garganta para tocármela, aturdido. No había salido de mí; yo ni siquiera había movido los labios. El dolor que notaba en el pecho cambió. Fue como si me quedara sin aire en la garganta, como si me abrieran en canal y arrojaran mis huesos a los parientes que esperaban allí al lado, jadeando como perros. Me dejé caer de rodillas y me golpeé la cabeza contra el borde de la mesa. El mundo entero tembló y la Casita empezó a dar vueltas a mi alrededor. Oí otro grito, esta vez más alto, y me obligué a mirar hacia arriba.

El libro que descansaba sobre la mesa empezó a arder de golpe, con un fuego incandescente.



Más y más extraño

Todavía no recuerdo muy bien qué es lo que ocurrió a continuación.

Mi memoria se volvió negra y fangosa en las orillas, como un estanque contaminado. De vez en cuando, el fogonazo de una imagen se abría paso entre aquel lodo de incertidumbre, pero me perdía entre fragmentos, trozos y dudas. Me pareció oír a Prue gritar mi nombre y también me pareció ver un destello de su melena pelirroja, iluminada por el resplandor de la mesa. Mi abuela cubrió de nuevo el libro con la tela negra y apagó las llamas antes de que saltaran y le prendieran los faldones de su chaqueta blanca.

No hubiera sabido decir si estaba expulsando el fuego y el humo, o si me estaba entrando en el pecho. Hasta el último centímetro de mi piel chisporroteaba por el calor. El ruido sordo empezó en lo más profundo de mi pecho. Era como un golpeteo intenso: los dientes me castañeteaban y los dedos me temblaban. Tuve la sensación de que los huesos se me estaban reorganizando en una serie de líneas puntiagudas y retorcidas.

«Aaaaaaaah», bostezó una voz, junto a mi oído.

Varios pares de pies huyeron en estampida hacia la escalera e hicieron temblar el suelo que yo tenía pegado al pecho. Pero un par de aquellos pies, en cambio, se dirigieron hacia mí. No estaban lejos. Vi unos tacones altísimos

que resonaban sobre la piedra, clicclac, clicclac. Las puntas de aquellos zapatos parecían afiladas como cuchillos.

«Levántate —pensé—, levántate ya». Con un gruñido, me di la vuelta. Quedé tendido de espaldas y traté de incorporarme apoyándome en los brazos. Me invadió una especie de mareo, desde la cabeza hasta los insensibles dedos de los pies, y la oscuridad se desdibujó. Cuando por fin todo se aclaró, vi de verdad a Prue. Estaba de pie en la escalera y tenía el rostro tan blanco como la cera que goteaba de las velas.

—¡Prosper! ¡Prosper!

Intentó correr hacia mí, pero el tío abuelo Theodore la sujetó por la cintura con sus gigantescos brazos y se la llevó de allí a rastras. Prue pataleaba, gritaba y trataba de soltarse.

—¡No! —me atraganté.

Tenía que ayudar a Prue. Tenía que protegerla, esa era mi responsabilidad. Pero el tío abuelo Bartholomew se dirigía hacia mí y sostenía en las manos algo largo y plateado. La curva del filo reflejó la luz de las velas y solo entonces supe qué era.

Un cuchillo.

Rayburn me golpeó en el hombro con la punta de goma de su bastón y me obligó a tenderme de nuevo en el suelo. Traté de patearle las artríticas rodillas a aquel viejales para derribarlo al suelo, pero era como si el resto de mi cuerpo no escuchara las órdenes que el cerebro le enviaba. El rostro tenso de la abuela flotaba ante el mío. Una mirada de profunda repulsión —peor aún que la que normalmente me dedicaba— apareció en él. Cogió el cuchillo.

«¡No! —aulló una voz en mis oídos—. **¡Ni esta noche ni nunca!**».

Una repentina ráfaga de viento descendió en ese momento desde la puerta abierta, en lo alto de la escalera. Lanzó escalera abajo a la tía Claudia, que gritaba sin parar, y devoró las llamas de todas las velas. Nos quedamos completamente a oscuras.

Todo el mundo gritaba. Eran muchos los pies que aporreaban la piedra, retumbando como truenos y haciendo que el suelo temblara y crujiera. Algo muy afilado se me clavó en el brazo izquierdo, justo por debajo del codo, y solté un grito de dolor que hizo aullar como locos a los perros de la calle.

Noté entonces un dolor agónico en la herida, que me abrasó la piel, las venas y el hueso como si fuera cera caliente.

Por encima de mi cabeza, todo era movimiento. Me llegó hasta la nariz un repulsivo olor a sudor y a pino, en el mismo instante en que algo blanco pasaba volando a escasos centímetros de mi rostro. Rayburn y la abuela chocaron y cayeron al suelo en un enredo de vetustos brazos y piernas.

Empecé a patalear y me apoyé en los pies para poder girarme. El cuchillo cayó al suelo y rebotó con un sonido metálico sobre las baldosas. Extendí un brazo y lo busqué para defenderme de los otros monstruos cuando, de repente, apareció una pálida mano y se hizo con él.

En la oscuridad, no pude ver bien el rostro del forastero. Solo lo reconocí por su hedor y por la forma en que la enorme camisa se hinchaba a su alrededor como si fuera un diente de león. Despedía un intenso calor, como si se tratara de una lámpara recalentada. Me puse a gatas e intenté huir, porque una cosa era que mi familia quisiera liquidarme y otra muy distinta que un forastero se hubiera propuesto destriparme. Y menos cuando aún tenía que encontrar a Prue.

Pero, en lugar del aguijonazo del metal al rojo vivo que esperaba notar en la espalda, dos manos me sujetaron por la parte posterior del uniforme escolar. Esa fue la única advertencia. Un segundo después, me encontré sobre el hombro del forastero, como si fuera un saco de patatas.

—¿Estás bien, chaval?

Noté la vibración de aquellas palabras en los estrechos hombros del tipo. Yo no podía hablar y el tipo no podía verme asentir, pero el hecho de que yo siguiera respirando fue, al parecer, suficiente respuesta para él.

El detector de humos y los rociadores automáticos se pusieron en marcha al mismo tiempo y convirtieron los gritos de pánico en exclamaciones de indignación por aquella repentina invasión de agua gélida.

—¡Tú! —gritó la abuela entre el siseo de los rociadores.

No le vi la cara, solo vi a unos cuantos parientes lo bastante estúpidos como para quedarse de pie en la escalera, contemplando la escena. En realidad, no vi ninguna otra parte de su cuerpo, por lo menos hasta que el hombre se volvió hacia las escaleras y echó a correr.

Rayburn estaba fuera de combate y la abuela luchaba por quitárselo de encima. Tenía de punta hasta el último pelo de la cabeza. Los rociadores se habían detenido, pero el siseo no. Y no lo entendí hasta que miré hacia abajo.

Me había vuelto majara. Se ve que mi cerebro había decidido pirárselas, porque no podía ser que yo estuviera humeando. Literalmente. El agua que me empapaba la ropa se estaba evaporando, abandonaba mi piel y mi chaqueta en forma de niebla blanca. Era como si alguien hubiera subido la temperatura de la mazmorra hasta unos mil grados. Cogía una bocanada de aire tras otra y todas me sabían a carne asada, humo y huevos podridos.

«**Huid** —resonó en mi mente la misma voz remilgada de antes—. **Huid, Gusano. Por esta vez os ayudaré**».

Creo que el forastero lo oyó —tuvo que oírlo—, porque salió disparado a la velocidad de una bala de cañón. Varias personas intentaron retenerme, pero gritaron de dolor nada más tocarme y retiraron las manos: tenían las palmas llenas de ampollas, como si yo los hubiera quemado.

Cuando llegamos a lo alto de la escalera, el humo de la mazmorra ocultaba buena parte del desastre. De vez en cuando aparecía algún que otro rostro, como si flotara, pero no tardaban en tragárselo las volutas de humo gris. Lo último que vi antes de que volvieran a encenderse las luces de emergencia, fue a mi abuela, que luchaba por ponerse en pie. Se le habían roto los tacones y tenía el vestido blanco manchado de hollín y porquería.

—¡No te lleves a ese niño! —aulló.

Las fuerzas me empezaron a abandonar cuando aspiré la siguiente bocanada de aire. De repente, me parecía imposible mantener los ojos abiertos. Notaba los párpados muy pesados... Todo me pesaba mucho.

«Despierta —me ordené a mí mismo—. ¡DESPIÉRTATE!».

El forastero me sujetó aún con más fuerza por detrás de las rodillas mientras abría una puerta a patadas. Los pulmones se me llenaron entonces de aire fresco y limpio, y las lágrimas me empañaron los ojos. Tenía que encontrar a Prue, no podía marcharme sin Prue...

«**No**».

La voz era pulcra y atronadora al mismo tiempo. Debía de tener la misma edad que yo, más o menos, aunque pronunciaba y arrastraba las vocales de una

forma muy extraña.

«**No** —prosiguió la voz—. **Ahora descansaremos**».

Y no puede decirse que yo tuviera elección. Las palabras me hervían entre las orejas, como si estuvieran atrapadas en mi cerebro palpitante. Me sumí en un profundo y oscuro sueño.



Un cosquilleo en los huesos

El gigantesco gato negro, una pantera, se dirigía hacia mí, arañando el suelo con las garras. «Despierta al hueso que canta, despierta al hueso que canta», ronroneaba en la oscuridad, al tiempo que curvaba la cola como si fuera un signo de interrogación. Me observaba con sus ojos verdes, pero yo no podía moverme, ni siquiera podía parpadear. Me sentía como si alguien me tuviera atrapado en su puño sudoroso, como si fuera apretando más y más cada vez que yo respiraba. Y, entonces, el gato hizo algo que yo no me esperaba, algo que nunca antes había hecho: la luz que iluminaba los ojos de la criatura centelleó y adquirió un vivo tono verde, casi líquido.

Y luego emprendió el vuelo.

«¿Qué es el hueso que canta?», intenté gritar, pero notaba la boca como si me la hubieran cosido. No podía moverme. Dime... Dime... Déjame... ¡despierta!

DESPIERTA.

Las palabras aullaban dentro de mí, rebotando de un lado a otro de mi cerebro hasta que, de repente, fui consciente de mí mismo. Notaba el brazo izquierdo como si lo tuviera en carne viva. Lo moví un poco, tratando de despertar aquella extremidad entumecida, y me entraron ganas de vomitar.

Mantuve los ojos cerrados con fuerza y respiré hondo una y otra vez, pero estaba envuelto en ásperas mantas que me apretaban. Traté de quitármelas de encima a patadas y retorcí el cuerpo entero para huir de aquel calor asfixiante.

La brisa fresca y seca que entraba por la ventana me reconfortó y me trajo el olor a humo de una chimenea cercana. Mamá debía de estar horneando otra tarta abajo, porque el olor a canela sazonó el aire y se mezcló con un toque de lavanda. No muy lejos de allí, en alguna parte, oí risas de niños y el crujido de las hojas secas bajo las ruedas de sus bicicletas. Un perro les ladró, pero el sonido quedó amortiguado por el motor de un coche que en ese momento pasaba.

Suspiré mientras me tendía bocabajo y hundía la cara en la almohada. El nudo que se me había formado en el estómago se fue aflojando.

Estaba en casa.

A salvo.

Bien.

Acababa de tener la madre de todas las pesadillas, pero por suerte solo había sido una pesadilla.

Y, entonces, abrí los ojos.

Y me encontré con los ojos amarillos, enormes y perfectamente redondos de una oscura bola de pelo.

—¡Jolín! —dije casi sin aliento—. Pero ¿qué...?

Aquella cosa bufó, me clavó las garras un poco más en el pecho y me mostró dos afilados colmillos, dignos de un vampiro.

—¡Ay!

Mi cuerpo reaccionó antes que el cerebro y di un salto. La bola de pelo —¿un gatito?— se refugió bajo el sofá con la rapidez de una sombra. Un segundo más tarde, me precipité al suelo y levanté una pequeña nube de polvo al estrellarme contra la alfombra. Mientras estaba ocupado echando los pulmones por la boca y estornudando como un poseso, esperé a que desaparecieran los puntos negros que flotaban en mi campo visual y a que la habitación fuera cobrando forma.

Me acerqué el brazo herido al pecho y traté de recuperar el aliento a pesar del dolor. Jadeé entre dientes y eché un vistazo a mi alrededor.

Ayayay. No había sido una pesadilla. No había sido una pesadilla.

El techo, por encima de mi cabeza, era bajo y se inclinaba bruscamente hacia arriba en el centro. No podía ponerme de pie en los extremos de la habitación, pero tampoco importaba mucho, teniendo en cuenta que estaba repleta de muebles por todas partes. Las vigas de madera se cernían sobre muebles viejos y rotos que, en su mayoría, habían sido reconvertidos en otras cosas. Una pila de gruesos libros antiguos, encuadernados en cuero, sustituía la pata ausente de una mesa. De una pared colgaba el respaldo de una silla de madera, medio oculto bajo enredaderas que parecían oscuras cintas de terciopelo. Los cajones de un viejo armario estaban abiertos y repletos de tierra y hierbas; en los estantes superiores había frascos llenos de turbios líquidos amarillos o marrones, y cazos de cobre.

En el rincón más alejado, junto a un escritorio rebosante de libros y hojas de papel que empezaban a curvarse como largas uñas, se veía una ruca cubierta de telarañas.

Un destello de un tono naranja que no es fácil de encontrar en la naturaleza me llamó en ese momento la atención. Bajé entonces la vista, muy despacio, hasta que... Sí. Llevaba una camiseta de color naranja chillón que, desde luego, no era mía. La estiré un poco con la mano derecha para ver qué era el dibujo estampado.

Una sonriente y gigantesca calabaza de Halloween. En ese momento, no hubiera sabido decir qué era peor, si la calabaza o los suaves calcetines tejidos a mano que me protegían los pies del frío. En el pie derecho aparecía bordado «TRUCO» y en el izquierdo, «TRATO». También llevaba unos calzoncillos. Unos calzoncillos enormes que me llegaban hasta las rodillas, con un estampado de brujitas verdes que volaban montadas en sus escobas.

Lo más importante, sin embargo, era el vendaje blanco que me envolvía cuidadosamente el brazo izquierdo, por debajo del codo. Una mancha de color rojo rabioso lo había empapado, igual que había hecho la tinta roja con las páginas del libro en la mazmorra.

En ese momento, recordé algunos detalles de la noche, que me llegaron como fognazos envueltos en humo y luz. El libro. El cuchillo. La voz. El forastero. Y...

«¡Prue!», pensé, mientras me ponía de rodillas. Me apoyé en el pecho el brazo herido, que palpitaba, y me esforcé mucho, mucho, mucho por mantener la posición vertical. Aquel no era mi hogar, ni tampoco era la Casita. Y si yo estaba allí, ¿dónde estaba Prue? ¿El forastero también se la había llevado a ella?

Me temblaban las piernas, pero conseguí ponerme en pie apoyando la espalda en el sofá azul celeste del que me había caído. Por la ventana abierta y por las grietas de la pared se colaba furtivamente la hiedra, como si buscara el calor que no encontraba en la calle. Las hojas se empezaban a arrugar al marchitarse con el cambio de estación y las ramas se extendían como venas sobre la madera oscura de las paredes. Durante un segundo, me las quedé mirando y comparé aquellos colores con los de las pinturas que guardaba en una caja, debajo de mi cama. El sol del atardecer teñía la habitación de un delicado color sidra que casi hacía brillar el hollín en la vieja chimenea repleta de velas.

En el otro extremo de la habitación vi un agrietado espejo de cuerpo entero, decorado con un polvoriento marco dorado. Me acerqué cojeando hasta él, tropezando con las pilas de ropa del suelo y las bolsas negras repletas de basura que se amontonaban junto a las paredes. Cuando finalmente me hallé delante del espejo, tardé un segundo entero en darme cuenta de que me estaba viendo a mí mismo.

Y no era solo por el moretón —negro, azul y casi verde en algunos puntos— que tenía en un lado de la cara. Apoyé un dedo justo en el centro y enseguida me arrepentí de haberlo hecho. Tenía el pelo negro de punta, como si estuviera formado por penachos de plumas de cuervo. Eché un vistazo a mi alrededor, en busca de un peine o de un poco de agua para intentar alisármelo. Eso fue un segundo antes de recordar que no tenía ni idea de dónde estaba y que no deberían importarme ni mi aspecto ni la ropa que llevara puesta, porque existía una posibilidad tan real como inquietante de que alguien fuera a asesinarme.

Todos los Redding son famosos por algo, ¿sabéis? También sería mala suerte que yo pasara a la historia como «el Redding que murió vestido de calabaza gigante».

Estuviera donde estuviera, tenía que salir de allí. Me dirigí cojeando hacia una gastada escoba vieja, apoyada en una librería que parecía a punto de vomitar miles de páginas arrugadas y rasgadas. La madera nudosa y retorcida del mango era suave al tacto, pero las cerdas parecían más bien un montón de paja vieja sujeta con un cordel. Tras pensarlo mejor y decidir que no era buena idea golpear a un posible atacante con lo que en realidad no era más que una ramita reseca, cogí uno de los cazos de cobre.

Había dos estrechas camas dispuestas en L en el otro extremo de la habitación, justo al lado de una montaña de viejos baúles de cuero que las separaban de una minicocina. Bueno, si es que puede llamarse cocina a un fregadero, un carrito metálico, una mininevera y un microondas.

La bola de pelo, aún debajo del sofá, volvió a bufar. Lo único que veía eran sus enormes y centelleantes ojos redondos.

—Ya, bueno —le dije no muy convencido—. Tú tampoco me caes bien a mí. Así que... quieto ahí.

Ladeó un poco la cabeza y, durante un segundo, solo pude pensar en la enorme pantera que me acechaba en sueños. Aquel gatito era tan pequeño y estaba tan arropado en su propio abrigo que más bien parecía una bola de pelo escupida por la criatura de mis pesadillas.

La madera sin pulir del suelo crujió bajo mis pies descalzos. En cuanto la nariz se me acostumbró al perfume dulzón del aire que se colaba por la ventana, y al de las hierbas y flores puestas a secar sobre el escritorio, empecé a percibir nuevos olores. Polvo, moho y leche agria. Una hoja roja cayó a la madera sin pulir del suelo y bailó con un recorte suelto de prensa sobre la sucia alfombra tejida.

¿Qué era aquel lugar? ¿Dónde estaba aquel lugar?

No me había fijado antes en ellos, porque en aquel sitio todas las cosas parecían apiladas unas sobre otras. Pero por la ventana se coló un nuevo soplo de brisa y fue entonces cuando descubrí de dónde había salido aquel recorte de prensa. Había hileras enteras de recortes clavados en la pared, sobre una de las camas. Me acerqué el cazo de cobre al pecho y avancé unos pasos. El viento los hacía revolotear: subían y volvían a bajar al unísono, lo cual creaba la ilusión de que la pared respiraba. Además de recortes de prensa, había

decenas de fotografías, pero ninguna de ellas del forastero ni de su familia.

No, no. En todas las fotografías aparecía mi familia.

Instantáneas publicadas en revistas. Una imagen —acoso fotográfico puro y duro— en la que aparecíamos Prue y yo el día del Fundador del año anterior, justo antes de que me empujaran desde la carroza de la escuela y acabara en el barro. Las felicitaciones navideñas de cinco años. Y hasta instantáneas de papá y mamá cuando aún eran muy jóvenes, apenas unos años mayores que yo.

LA FAMILIA REDDING ESTABLECE UN NUEVO RÉCORD
LA FORTUNA DE UNA FAMILIA ES EL TESORO DE LA CIUDAD
LA CASITA DE REDHOOD

En todos los recortes de prensa y de las revistas aparecía la Casita, la ciudad de Redhood o alguien de nuestra familia.

Subí a la cama deshecha para echar un vistazo de cerca. A la derecha de los recortes, como si alguien los hubiera añadido a última hora, había varios dibujos. Todos en blanco y negro, a tinta probablemente. No, me dije al reconocerlos, no eran dibujos. En el Museo de Redhood había varios del mismo estilo. Eran grabados de la época colonial, aunque en este caso no representaban a alegres colonos plantando sus cosechas o cuidando de sus familias. Aquellos grabados resultaban aún más inquietantes que ver una foto de mi abuela en su época de reina de la belleza. En uno de los grabados, aparecían hombres y mujeres con gorros, sombreros, vestidos largos y abrigos negros, todos ellos reunidos en torno a una hoguera con los brazos en alto. En otro, se veía a una mujer encorvada sobre un libro, con una escoba en la mano.

Extendí un brazo y arranqué uno de aquellos grabados de la pared. Un desagradable escalofrío me recorrió la espalda. Los protagonistas de aquella ilustración colgaban de la rama de un árbol como gansos muertos, con una soga en torno al cuello. Y... Fui arrancando los otros grabados, presa del pánico, y los extendí sobre la cama sin dar crédito a lo que estaba viendo. En todos ellos aparecía un pequeño demonio con cuernos, cola terminada en punta, alas de murciélago y una horca en la mano.

Levanté de nuevo la mirada y la detuve en un árbol genealógico hecho a mano, justo en el centro de los recortes que la brisa hacía temblar. Se remontaba hasta el mismísimo Honor Redding. Y la línea roja que serpenteaba por el centro terminaba justo en mi nombre.

Desesperado, busqué un teléfono o un ordenador por toda la habitación, algo que pudiera utilizar para ponerme en contacto con mis padres. No encontré nada.

Claro. Si me habían secuestrado, no iban a proporcionarme los medios para huir, ¿verdad? Un hilillo de sudor me resbaló entre los omóplatos y dejó tras él un rastro de piel de gallina. El pánico me atenazó la garganta y se me escapó un gritito de terror al respirar. Peor aún: había regresado el olor a huevos podridos y esta vez era tan intenso que casi lo notaba en la lengua.

Busqué el abrigo y los zapatos, cualquier cosa que pudiera ayudarme a escapar o, por lo menos, a averiguar dónde estaba. Pero, cuando ya me había resignado y tenía un pie colgando fuera de la ventana, oí a la chica.

—¡...es mi nombre! ¡Porque no tendré otro mientras viva!

Su voz sonaba ronca, como si estuviera a punto de echarse a llorar. Un montón de pensamientos se atropellaron en mi mente, mientras trataba de recordar dónde había oído antes aquellas palabras.

Acerqué una mano al pequeño pomo metálico y, antes de que el cerebro pudiera impedírmelo, empecé a girarlo. Respiré hondo una vez y salí al oscuro pasillo.

Oscuro estaba, y mucho. Y también era largo y estrecho. Solo se adivinaba un resquicio de luz entre las negras cortinas que ocultaban una ventana, en la otra punta. Noté que algo suave me rozaba la mejilla y, al apartarme de un salto, tropecé conmigo mismo. Extendí los brazos para no perder el equilibrio, pero lo único que conseguí fue enredarme aún más en las largas telarañas blancas que colgaban del techo.

—¡Porque no merezco besar el polvo que pisan los pies de los que van a ser ahorcados! ¿Cómo voy a vivir sin mi nombre?

Fue entonces cuando la vi. Por desgracia, también vi el resto del pasillo. Las paredes y las puertas estaban decoradas con hachas y espadas manchadas de sangre, todas las cuales apuntaban hacia el ataúd y hacia la chica que

estaba frente a él. Agitaba un puño cerrado, en dirección a los relucientes huesos de un esqueleto. Aquella cosa le devolvía la mirada desde sus cuencas negras y vacías. Tenía la mandíbula desencajada y la fila inferior de dientes le colgaba, como si se hubiera visto sorprendido en pleno grito de terror.

—¡Le he entregado el alma! —prosiguió la chica, al tiempo que bajaba la voz hasta convertirla en un gruñido sordo e inquietante—. ¡Déjeme al menos mi nombre!

Se dejó caer al suelo y a punto estuvo de arrastrar también al esqueleto. Y entonces, tras un segundo de silencio, suspiró y se puso en pie.

—No, es un poco exagerado... —murmuró.

Luego se colocó de nuevo frente al ataúd, como si se dispusiera a repetir lo mismo otra vez. Sacudió una mano y por un momento dio la sensación de que...

No. Me estaba imaginando cosas. El esqueleto no había cerrado la boca de golpe. Y tampoco había subido una mano y se la había apoyado en la barbilla, como si estuviera contemplando a la chica. En cualquier caso, no entendí cómo era posible que aquella chica no hubiera visto al imbécil de la chillona camiseta naranja, enredado en las telarañas y con un cazo de cobre aún en la mano.

—Esto... ¿Qué tal si me echas una mano? —farfullé mientras trataba de huir de la descomunal araña que colgaba del techo.

La chica gritó y se volvió de golpe. Sacudió de nuevo la mano y yo me sentí como si un centenar de puños invisibles cruzaran el aire y me aporrearan el pecho. Las telarañas se rompieron y de repente empecé a volar, a volar, a volar..., y luego a caer, a caer, a caer entre fantasmas de plástico y cortinas opacas. El cazo salió rodando y desapareció bajo las gigantescas patas de plástico de la araña.

—¿Es que no te han enseñado —preguntó la chica echando chispas mientras se precipitaba hacia mí— que nunca hay que espiar a una bruja?



Nell y Barnabas

—¿A una qué?

Durante un segundo, no me cupo la menor duda de que había dicho «bruja». El viento que había irrumpido con fuerza por la ventana, tras ella, debía de haberme atontado el cerebro o algo. Me apreté el brazo herido contra el pecho, mientras contaba las estrellitas negras que de nuevo flotaban en mi campo visual. El pobre brazo aulló de dolor mientras yo trataba de quitarme de encima calabazas y cortinas negras, y trabajo me costó no aullar yo también. Antes incluso de que pudiera ponerme en pie, una especie de rayo negro entró volando por la puerta abierta y me saltó a la cara. Con las garras extendidas.

—¡No, Sapo! —gritó la chica.

Me agaché y me tiré al suelo. El gatito se estrelló contra la pared y, ¡plaf!, se quedó allí durante unos segundos, con las afiladas garras clavadas en el muro. Enfadado, batió sus alitas de murciélago para soltarse.

Sus... alitas... de... murciélago.

—Ay, Dios —dije mientras retrocedía, tropezaba y me caía.

La chica se acercó a mí y le susurró algo a aquel demonio peludo. En la melena negra y rizada llevaba prendidas decenas de cuentas en forma de

estrella, de esas que brillan en la oscuridad.

—¿Qué es... qué es «eso»?

Aquella cosa voló —literalmente— hasta los brazos extendidos de la chica.

—Así me gusta, Sapo, buen chico —le dijo mientras a él le daba un golpecito en el minúsculo hocico negro y a mí me ignoraba—. Ya lo hemos hablado antes. Nada de atacar a nuestro invitado, ¿te acuerdas? Los invitados son amigos, no enemigos.

El gatito se lamió la pata, indignado.

—¿Qué estás mirando? —me dijo entonces la chica—. Te comportas como si nunca hubieras visto un gato.

—Eso no es un gato, ¡es un monstruo! —dije tratando de no mirar aquellos enormes ojos.

—¿Un monstruo? —gritó ella para hacerse oír por encima de los bufidos del gato—. ¡El único monstruo que veo por aquí es el Redding que está delante de mí! Espera... —La chica sostuvo entonces al gatito delante de ella y dejó que extendiera las alas—. ¿Las ves?

—Pues claro.

—Ah. —Toda su rabia pareció desinflarse en aquel momento. Dejó al animal en el suelo y se incorporó de nuevo para colocarse bien sobre la nariz sus gafas multicolor decoradas con brillantes—. Así que ves más allá de los glamures. Ayer lo hablemos y le dije que seguramente podrías.

—Ayer lo «hablemos».

—«Hablemos» —me corrigió.

—No, es «hablemos» —insistí.

Era la única clase de gramática que recordaba, gracias.

Gato y chica entornaron los ojos y me fulminaron con la mirada.

—Vamos abajo. Supongo que no puedo explicarte nada hasta que él vuelva.

¿Él? ¿El forastero?

—Yo no voy a ninguna parte contigo —dije retrocediendo.

Eché un rápido vistazo a mi alrededor. Había ventanas a ambos lados del estrecho pasillo, pero debíamos de estar en un primer o segundo piso, por lo

menos. Si saltaba, me convertiría en «el Redding que se partió la crisma vestido de calabaza gigante». El suelo de madera se combaba un poco en el centro de la sala. Había dos puertas: la que había utilizado para entrar y otra, bloqueada en ese momento por el esqueleto. Las dos parecían torcidas en la desnuda pared de madera oscura.

—¡Ni siquiera sé quién eres! —le dije.

—Me llamo Nell Bishop —respondió ella con las manos apoyadas en las caderas. El suéter que llevaba parecía confeccionado con tres retales de distinto estampado floral y era lo bastante grande como para caerle por encima de los vaqueros—. Soy tu... soy tu prima, más o menos.

Fascinante. Justo lo que más deseaba: otro primo que me odiara.

—Más o menos... —repetí—. ¿Más? ¿O menos? A ver si nos aclaramos.

Entrecerró los ojos.

—Eres tan irritante como imaginaba. Pues vale. Por mí ya te puedes quedar aquí arriba haciéndote preguntas. Yo tengo que empezar a prepararme para el espectáculo de esta noche.

Nell dio media vuelta y se dirigió hacia la escalera. Desenganchó una cadena de la que colgaba un cartel de «Privado» y bajó ruidosamente los escalones. El techo entero tembló con el estruendo. Y, para no convertirme en el «Redding que murió aplastado al caerle el techo encima» o «el Redding que murió tras el ataque de un gato mutante», la seguí.

De haber estado en casa, sentado a mi escritorio, habría abierto mi cuaderno de espiral y habría intentado dibujar la pesadilla más horrenda... que, todo sea dicho, habría resultado encantadora en comparación con aquella casa.

Para empezar, descubrí que no estaba en el segundo piso, sino... ¡en el cuarto! El desván. La escalera descendía justo por el centro de aquella vieja casa, como si fuera una achacosa columna vertebral, e iba revelando un horror tras otro.

En el descansillo de la tercera planta había tres puertas abiertas. La de la izquierda dejaba entrever una oscuridad completa, a excepción de un fascinante espectáculo de luz en el centro, como si un millar de fantasmas

estuvieran revoloteando y girando a la velocidad de un tornado. El aire que salía de allí me bañó la piel de copos de nieve y hielo. La habitación del centro, en cambio, parecía un oscuro bosque de pesadilla, en el que los árboles estaban infestados de arañas y cubiertos de todo tipo de espejos.

Me detuve en seco cuando capté un reflejo de mi propia imagen en el espejo de mayor tamaño. No, aquel no podía ser yo: un viejo de cien años por lo menos, con los mismos ojos y la misma boca que yo, me devolvió la mirada. Gritaba y aporreaba el cristal, como si estuviera suplicando que lo dejaran salir de allí.

¡Pam! Prácticamente salté por encima de la barandilla para alejarme de la puerta de la derecha, donde algo daba golpes contra la reluciente madera, como un desesperado latido.

En la segunda planta, bastaron una habitación llena de tumbas y la fantasmagórica aparición de una mujer que lloraba, vestida con ropa de otra época, para que se me helara la sangre. La mujer me miró, y, cuando habló, fue como si me estuviera susurrando al oído: «¿Eres mi bebé? ¿Eres mi pequeñín? Ven conmigo, angelito. Tu mamá te quiere mucho...».

Por algún motivo, varias nubes flotaban sobre la cabeza de aquella mujer. Y, por algún motivo, aquellas nubes se abrieron de repente y descargaron una sangrienta lluvia.

Giré hacia la escalera, pero Nell estaba allí en medio, de pie. Cuando intenté pasar junto a ella, me cortó el paso y se echó a reír.

—No es real, cerebritito. Mira.

Extendió una mano hacia el interior de una habitación y, aunque se veía — y se oía— la sangre que caía sobre las tumbas y el fantasma, ni una sola gota le mojó la mano. Solo era una ilusión.

Pero yo habría jurado que, cuando finalmente la aparté a un lado y seguí bajando la escalera, Nell se asomó al interior de la habitación, se pasó rápidamente un dedo por la garganta y se oyó, a modo de respuesta, un irritado «¡brrr!».

Me agarré con fuerza a la barandilla y me obligué a bajar la vista hacia los pies y no hacia lo que pudiera estar esperando en la segunda planta.

—¿Qué es este sitio? —murmuré cuando llegamos a la primera planta.

En lugar de una sala de estar, una tele o una cocina, solo había paredes manchadas de sangre falsa. En la más grande de las manchas se veían garabateadas —con las uñas, seguramente— las palabras: «NO TIENES ESCAPATORIA». A poco más de medio metro de allí, tendido en una camilla de acero inoxidable, había un cadáver. «Un falso cadáver», pensé cuando el zumbido que notaba en los oídos empezó a volverse insoportable. El muerto tenía la boca abierta y los intestinos de plástico le colgaban hasta el suelo. A simple vista, daba la sensación de que estaban hechos de un material suave al tacto. El maniquí tenía la piel cubierta de pelo, un pelo erizado y muy real.

El estómago me dio un desagradable vuelco cuando Nell se sentó junto al cadáver de un salto y se entretuvo haciendo girar los intestinos, como si fuera un lazo.

—¡Estás en la meca de las noches terroríficas y la locura mágica! — exclamó Nell al tiempo que extendía los brazos.

A su espalda, una marioneta vestida de enfermera zombi salió disparada de un panel oculto en la pared, con un chillido que por suerte no consiguió amortiguar el mío.

—¿Quieres relajarte, hombre? —dijo Nell echándose a reír—. Tío, tú no estás bien, ¿verdad? Es toooodo falso... Bueno, vale, el noventa por ciento es falso y el diez por ciento que queda no muerde. Nunca te expondríamos a un peligro real. —Fue bajando la voz mientras hablaba, en un gesto teatral que, lo admito, le salió muy bien—. A diferencia de los monstruos reales que hay en tu vida.

Bajó de un salto de la camilla y extendió una mano hacia la camilla. Sapo (¿Gato? ¿Murciélago? ¿MurciéGato?) bajó revoloteando la escalera, tan ligero y etéreo como una pluma. Aterrizó en la mano de Nell y trepó por su brazo hasta posarse en el hombro. Yo retrocedí hacia la pared, sin dejar de mirar a Nell y tocando con los dedos los agujeros que aquella criatura ya me había hecho en la camiseta.

Pensé entonces en los cuadros impresionistas que había visto con mi padre en algunos museos. De lejos, parecían la típica escena de personas o paisajes. Pero, de cerca, se podía ver que la imagen estaba compuesta por miles de delicadas pinceladas. En cierta manera, Nell era así. De cerca, era como un

caleidoscopio de color y movimiento. Tenía la piel de un castaño cálido, una tonalidad o dos más clara que su pelo negro. Solo en ese momento me fijé en que lo llevaba recogido en dos moños altos. Era como si hubiera robado las estrellas de cielo y se las hubiera prendido en el pelo. Centelleaban mientras se movía, irisadas como su suéter multicolor.

En ella no había nada rígido, ni frío. Nadie podría pintarla jamás como habían pintado los artistas a mis antepasados: monótona, pálida, enfermiza y con el ceño fruncido. Nell tenía más o menos la misma estatura que yo y supongo que también mi misma edad, pero ahí terminaba todo parecido entre nosotros.

—Este es Sapo —dijo Nell acercándomelo un poco—. Será mejor que os volváis a presentar, esta vez en mejores circunstancias.

—¿Llamas Sapo a tu gatito mutante?

La criatura resopló y cambió de posición, de manera que las patitas le quedaron colgando sobre el hombro de Nell y pudo cruzar sus peludos bracitos, como si fuera humano. Ante aquella imagen irreal, el pánico empezó otra vez a hacer estragos en mi cerebro. Estaba alucinando. Clarísimamente.

—Qué grosero —dijo Nell al tiempo que sacaba un trocito de zanahoria del bolsillo. La criatura se la quitó con la patas y revoloteó hasta el cadáver, donde se sentó a devorarla—. Sapo tiene más de cien años. Y no es un gatito. Es un «suplantador». Esa es la forma que ha elegido de momento. Yo me he limitado a encantarlo para que todos los humanos lo vean como un simple gato negro. Incluido B, así que no le digas ni una palabra, ¿entendido? Sapo es capaz de transformarse en una motosierra si se enfada.

Me apoyé en la pared y me dejé caer al suelo esquivando por muy poco a la enfermera zombi, que en ese momento se bamboleaba con un puñado de jeringuillas repletas de un burbujeante líquido carmesí. Oculté la cara entre las manos e inicié una cuenta atrás desde diez, para no vomitar. O algo peor.

Cuando abrí los ojos, Nell, el MurciéGato y los zombis seguían allí.

—Vale, ahora en serio... ¿Dónde estoy, a quién estamos esperando y por qué ese esqueleto del rincón está bailando *La Macarena*?

—¿*La Macarena*? —dijo Nell, girando en redondo—. ¡Yo diría que es la *Danse Macabre*! «Escuchad mi voz mientras os digo...». Bueno, da igual. Ya

lo arreglaré luego.

Chasqueó los dedos y el falso hombro del esqueleto pareció hundirse un poco cuando los huesos entraron traqueteando en el ataúd que esperaba abierto.

—¿Qué está pasando? —gimoteé—. ¿En qué se ha convertido mi vida?

Nell arqueó una oscura ceja en un gesto de indiferencia.

—Eres más teatrero que yo, y eso es mucho decir. Estás en Salem. En la Casa de los Siete Terrores, o sea, un espectáculo que representa una casa encantada. Y todo va a ir bien, ¿vale?

¿Salem? ¿En serio? Redhood estaba a unas dos horas al sur de Salem, en Cape Cod. Pero por mí como si hubiéramos estado en otro país, pues no tenía ni idea de cómo volver.

Nell se agachó delante de mí y me observó a través de sus extrañas gafas. No pude evitarlo. Me ruboricé de rabia y vergüenza. Tuve la sensación de estar ardiendo por dentro y, a pesar del aire frío y seco que entraba por la puerta, me di cuenta de que estaba sudando. Sentí la estúpida necesidad de gritar.

—Vale —repetí—. ¿Vale? ¡Pues claro que no vale! Mi numerosa familia ha intentado asesinarme, mis padres están atrapados en China y mi hermana...

Me invadió una oleada de energía al pensar en mi familia. En mi familia de verdad. No en mis primos, ni en mi abuela, ni en ninguno de los otros extraños con los que casualmente compartía el ADN. ¿Dónde estaban mi padre y mi madre? ¿Dónde estaba Prue?

Nell me dio la espalda solo durante un segundo, pero no desaproveché la oportunidad. Me puse en pie de un salto, la aparté de un empujón y salí disparado hacia la puerta del pasillo. Oí el ruido de una palmada y, antes de poder dar otro paso, algo me agarró por la nuca y me arrastró hacia atrás. Fui resbalando por la falsa sangre reseca que cubría el suelo y de repente me encontré justo donde estaba Nell. Me miró con indiferencia y soltó un resoplido.

—Sí, ya —dijo haciendo un gesto de impaciencia—. Como si eso te fuera a funcionar.

Intenté sentarme, pero me hizo un gesto con el dedo y me vi empujado

hacia abajo sin demasiados miramientos. Me acerqué el brazo herido al pecho, sin hacer caso de lo mucho que me ardía.

—Tenía que... intentarlo..., ¿no? —dije casi sin aliento.

—Eres un poco más torpe de lo que esperaba, siendo hijo de quien eres —dijo entonces otra voz—. Pero veo que has perfeccionado la cobardía de los Redding.

Un par de botas polvorientas se me acercaron sin vacilar y se detuvieron a centímetros de mi nariz. Fui subiendo la mirada por las medias de aquel hombre, hasta sus anticuados pantalones, su camisa con chorreras... y su rubia cola de caballo. El forastero: todo aquello me resultaba cada vez más y más extraño.

—No —dije liberándome finalmente de lo que fuera que me estaba sujetando. Me lancé hacia delante tambaleándome—. ¡Alejaos de mí!

—Prosperity...

—Yo me ocupo de él... —empezó a decir Nell.

—¡No! —dijo el forastero—. Basta de magia, ¡ya lo has asustado bastante!

Intenté de nuevo echar a correr, pero no conseguí llegar muy lejos. El tipo aquel me cogió por el pescuezo y me sujetó con fuerza contra el pecho. Pataleé e intenté pisotearle los dedos de los pies, como me había enseñado uno de los vigilantes de seguridad de la Casita, pero era como si aquel tipo fuera de piedra. Encajó todos mis golpes como si le estuviera lanzando plumas. Clavé los pies en la alfombra, para evitar que me llevara a la parte trasera de la casa y me asesinara, hasta que el forastero suspiró y me cargó al hombro. Otra vez.

—¿Qué le has hecho a Prue? —grité aporreándole la espalda con los puños mientras nos dirigíamos escalera arriba—. ¡Eh! ¡Eh! ¡Suéltame!

Nell subió detrás de nosotros y me lanzó una mirada que venía a decir: «Ni que tuvieras dos años...».

Cuando finalmente llegamos al desván, me sentía como si los brazos y las piernas se me hubieran convertido en plomo. Estaba agotado y, por si eso no fuera suficiente, me sentía de nuevo como si estuviera ardiendo. El fuego se inició en el estómago y luego empezó a latir y a chisporrotear por todas las venas de mi cuerpo. Para rematarlo, Sapo llegó dando brincos justo cuando el forastero me dejaba caer otra vez en el sofá. La criatura sacudió la cola y

cerró la puerta.

—Estás a salvo —fue lo primero que me dijo el forastero. Los cojines se hundieron un poco cuando se sentó junto a mí—. Cornelia y yo te sacamos de allí justo a tiempo.

—Nell —lo corrigió la niña apretando los dientes.

Y en eso tenía razón. Tenía más pinta de Nell que de Cornelia.

—Ellos... —empecé a decir—. Un momento..., ¿ocurrió de verdad?

En lugar de responderme, el forastero me cogió la muñeca izquierda y me levantó el brazo. El vendaje estaba más rojo que antes.

—Hierro —explicó el hombre al tiempo que volvía a bajarme el brazo—. Eso te lo han hecho con un cuchillo maldito. Puede que la herida no llegue a curarse jamás, pero lo intentaremos.

—¿Quién eres? —le pregunté cuando finalmente encontré las palabras que estaba buscando.

—Soy tu tío Barnabas —dijo el hombre con una sonrisa triste—. Aunque supongo que nunca has oído hablar de mí.

Pues sí. No solo había oído hablar del tío Barnabas, sino que me había pasado la mayor parte de mis casi trece años intentando averiguar cómo había conseguido que lo podaran de nuestro árbol genealógico. Que yo recordara, papá solo había mencionado a su hermano en una o dos ocasiones y en ambas había sido más bien un desliz. Nunca había contado historias como: «Cuando mi hermano y yo éramos pequeños, íbamos a pescar al río que pasa por detrás de la Casita». Ni tampoco se había hecho jamás preguntas del estilo: «¿Qué pensaría tu tío de esto o lo otro?». Ni siquiera se llamaban por sus cumpleaños.

Nadie se atrevía a mencionar su nombre en presencia de la abuela. Mamá decía que papá quería mucho mucho a su hermano, pero yo no sabía si creérmelo o no. Cuando alguien quiere de verdad a otra persona, ¿por qué va a permitir que los demás le digan cómo tiene que tratarlo?

—Ah.

—Pues sí —dijo Barnabas sacudiendo la cabeza de un lado a otro—. Los rumores sobre mi presunta muerte son muy exagerados.

—Nadie ha dicho que estés muerto —lo tranquilicé—. Solo que trabajas

como camarero en un casino de Las Vegas, que intentas conseguir una audición para bailar en el musical de los Beatles y que vendes autorretratos tuyos vestido de elfo en el Strip.

Lo cual, para la abuela, era probablemente un destino peor que la muerte.

Tras oír aquellas palabras, el tío Barnabas se puso rojo.

—Qué... imaginativo.

Lo observé bien durante el silencio que siguió. Barnabas tenía una nariz larga y fina que no encajaba mucho con el resto del linaje de los Redding. Gruesas cejas. Pómulos marcados y una mandíbula cuadrada espolvoreada con el principio de una barba clara y rasposa. Prue y yo no éramos idénticos, claro, pero me sorprendió un poco que el tío Barnabas y papá fuesen tan distintos. Y no solo en el aspecto físico, sino también en el porte. Percy —mi padre— era varios centímetros más alto que su hermano, y tenía el mismo pelo oscuro y los mismos ojos marrones que yo. Desprendía tanta seguridad en sí mismo que, a su lado, aquel tipo parecía ir por ahí con un ejército de hormigas rojas en los calzoncillos.

Pero, aunque solo lo había visto fugazmente en la foto del estudio de mi abuelo, aquel tipo... Sí, podría ser mi tío Barnabas. Tenía que serlo.

—Y si él es él —empecé a decir al tiempo que me volvía hacia Nell—, ¿quién eres tú?

Nell abrió la boca, pero Barnabas fue más rápido.

—Nell es mi hija. Nos hemos... conocido hace poco, tras la triste defunción de su madre.

Me alegré de estar mirando a Nell mientras Barnabas pronunciaba esas palabras. La expresión petulante de su rostro pareció transformarse durante un segundo en auténtico dolor. Desapareció con la misma rapidez, pero lo había visto.

Claro que estaba enfadada. Había perdido a su madre. ¿Podía haber algo peor? Yo llevaba tres días sin ver a la mía y ya la echaba de menos... Ni siquiera podía imaginar la posibilidad de no volver a verla nunca.

Sapo empezó a zigzaguear entre los pies de Nell, como si tratara de consolarla.

—Vale —dije—. Pero... ¿qué hago aquí?

El tío Barnabas señaló a Nell con la cabeza e intercambiaron una extraña mirada. Como si fuera una conversación silenciosa. Sin decir ni una palabra, Nell se puso en pie y se dirigió a las camas. Se subió a una de ellas para coger el voluminoso árbol genealógico de los Redding.

—Con esta clase de historias, es mejor empezar desde el principio —dijo el tío Barnabas—. Dime, Prosperity, ¿qué sabes acerca de la maldición familiar?



El maléfico

—Sé que nació en 1945, que odia a los cachorritos y que le divierte bajar a las mazmorras para asesinar a sus nietos a cuchilladas.

El tío Barnabas se me quedó mirando tanto tiempo que empecé a pensar que había heredado el gen de la abuela para «no reírse a menos que sea del sufrimiento ajeno».

Luego desplegó una enorme sonrisa y soltó una carcajada que le salió desde lo más profundo del estómago y que prácticamente hizo temblar el sofá entero. A su lado, Nell se limitó a cruzar los brazos con la vista clavada en la pared de enfrente.

—Todo un detalle por tu parte que te tomes todo esto tan en serio —murmuró—. Pero, en fin, ¿qué se puede esperar de ti? Eres un Redding.

—Has heredado el sentido del humor de tu padre —resopló el tío Barnabas.

«Es prácticamente lo único», pensé con cierta tristeza. Como si se hiciera eco de esos pensamientos, la brisa que entraba por la ventana movió las botellas del estante, que tintinearón y temblaron. Crucé los brazos sobre el pecho e hice un esfuerzo por escupir las palabras.

—Mi padre y mi madre... ¡No saben dónde estoy! ¡No saben lo que ha

ocurrido!

«Tienes que coger a tu hermana y salir de la Casita ahora mismo».

Ni siquiera eso había podido hacer. Oculté la cara entre las manos y traté de ignorar el escozor de los ojos. Se iban a enfadar mucho conmigo. Si le ocurría algo a Prue... No, jamás me lo perdonaría.

El tío Barnabas me apoyó una mano en el hombro, en un gesto cálido y reconfortante.

—Son conscientes de que estás conmigo y de que estás a salvo —dijo.

—Eso no lo sabes —repliqué al tiempo que me apartaba de él y trataba de ponerme en pie—. Yo no te conozco a ti y tú no me conoces a mí... ¡Ni siquiera sé si todo lo que estás diciendo es verdad!

—Tú no te acuerdas de mí, Prosperity, pero yo sí me acuerdo de ti. Cuando no eras más que un bebé, me acercaba hasta Redhood para verte de lejos. La última vez que lo hice fue cuando tenías cinco años, justo antes de Navidad. —Hablabas en tono afable y me seguía apretando el hombro con la mano—. A tu hermana le llevé una colección de libros y a ti una caja de pinturas. Tuve que dejarlos en la puerta, porque estaba tan nervioso que no me atrevía ni a entrar. Además, estabais todos en el hospital con tu hermana.

—¿Fuiste tú? —le pregunté perplejo.

Había encontrado la caja de pinturas varios años más tarde, mientras hurgaba en un trastero. Aún conservaba un gran lazo verde y rojo, además de una tarjeta con mi nombre. Por el motivo que fuera —tal vez porque era un regalo del hermano de papá—, mis padres habían decidido conservarlo en lugar de tirarlo, como sin duda habría hecho la abuela.

El tío Barnabas asintió y sonrió con dulzura. Se volvió hacia la niña.

—Cor... Nell, ¿serías tan amable de ir a buscar la carta?

Nell lo observó un momento, perpleja. Sapo, que se había alejado y se había acomodado en uno de los cajones abiertos del armario, masticaba despreocupadamente las hierbas que allí crecían. Al oír aquellas palabras, ronroneó y señaló el escritorio con la cola. Fue en ese momento, al batir Sapo las alas sin que el tío Barnabas reaccionara, cuando recordé lo que había dicho Nell, lo de que las personas normales no podían ver a través de los... ¿Cómo los había llamado? ¿Glamures?

Así pues..., el MurciéGato era una especie de secreto, supuse. Cuando Barnabas lo miró, me pregunté si de verdad veía tan solo un minúsculo gato negro.

Nell dejó escapar una especie de ruido gutural y asintió, al tiempo que se acercaba al escritorio. Hurgó entre pergaminos enrollados y libros de páginas arrugadas, hasta que encontró un sobre y sacó la carta que contenía. Cuando me la plantó delante de las narices, ni siquiera se molestó en mirarme.

«Prosper», empezaba la carta. Al reconocer la caligrafía de mi padre, noté una sacudida que fue directa del corazón al cerebro. Las letras, normalmente pulcras y del mismo tamaño, parecían garabateadas, como si hubiera escrito con muchas prisas.

Esperaba que no tuviéramos que llegar a esto, pero tu abuela no quiere entrar en razón. Tu madre y yo hemos tomado las precauciones necesarias para asegurarnos de que tú o Prue, el que sea de los dos, esté a salvo, lejos de su alcance. Por favor, pórtate bien con tu tío Barnabas y escucha lo que te diga. Por muy difícil que te resulte creerlo, es la verdad. Hará todo lo que esté en su mano para conseguir la ayuda que necesitas. Hasta entonces, es demasiado peligroso que intentemos acercarnos a ti, o que tú intentes acercarte a nosotros. No nos llames. No nos envíes mensajes. No le digas tu nombre a nadie. Ten paciencia. Y sé valiente.

Y luego la había firmado... con su nombre completo. No con un «Te quiero, Papá». Tal vez era su forma de demostrar, en caso de que yo tuviera dudas, que la carta era auténtica. Pasé los dedos por los trazos alargados del nombre, «Percy Redding», y me pregunté por qué de repente tenía la sensación de que el corazón me estaba bombeando hielo.

—¿Por qué... por qué envió una carta? —le pregunté—. ¿Por qué no me contó todo esto en persona, por qué no me llamó o me envió un correo?

—Por culpa de tu abuela —dijo el tío Barnabas—. Porque sabía que tu abuela os estaba vigilando a todos y había contratado a varios tipos para que espieran vuestros correos y vuestros teléfonos. Yo no tengo ni una cosa ni otra, por mi propia seguridad y, desde ahora, también por la tuya. Era la única forma.

Todo aquello, por desgracia, sonaba muy creíble. Cuando se tiene más dinero que Bill Gates y mucho tiempo libre, se pueden alcanzar cotas insospechadas de entrometimiento. Mi abuela había pasado de ser

simplemente mala a convertirse en una auténtica supervillana.

Nell, que estaba paseando de un lado a otro de la habitación, se detuvo de golpe y me interrumpió cuando me disponía a decir algo.

—¿No podrías saltarte todo ese rollo sensiblero y pasar a la parte en que le dices que tiene un viejo demonio atrapado dentro?

Hice un gesto de impaciencia.

—Ah, ya, igual que tú eres una bruja, ¿no? Venga ya. No digas chorradas.

Pero, mientras pronunciaba esas palabras, recordé la forma en que aquellos puños invisibles me habían empujado y aporreado. En ese momento, un débil chisporroteo de luz pareció recorrer el pelo y la piel de Nell, que entornó los ojos hasta convertirlos en apenas dos rendijas. Me encogí todo lo que pude en el sofá.

Era una bruja de verdad.

Ayayay.

—Prosperity...

—Llámame Prosper —le supliqué—. Por favor.

—De acuerdo, pues Prosper. —Mi tío se aclaró la garganta ruidosamente—. Lo que estoy a punto de contarte tal vez te parezca chocante, demasiado fantástico para ser cierto, pero quiero que me escuches.

Escuchar. Vale, eso podía hacerlo. Las cortinas revolotearon a nuestro alrededor cuando se levantó un poco de brisa, que arrastró a su paso una pila de hojas rojo sangre. Me llegaron de nuevo el olor a canela y el perfume ahumado del otoño, y me obligué a no pensar ni en las cosas ni en las personas que había dejado atrás, en Redhood.

—Tu familia... Nuestra familia, quiero decir —se corrigió el tío Barnabas, al tiempo que miraba de reojo el árbol genealógico—. Tuvimos tratos con un diablo.

Ya, eso no era ninguna novedad.

—Lo sé —dije al tiempo que levantaba el brazo vendado—. Se llama Catherine Westbrook-Redding.

Esta vez, sin embargo, el tío Barnabas no se echó a reír.

—Ojalá estuviera bromeando, pero no es así: si los Redding hicieron fortuna en Estados Unidos, no fue por casualidad. Tanta riqueza, poder e

influencia se debe a que Honor Redding hizo un pacto con un demonio, o un maligno, que es como en realidad se llaman, en 1693.

—Vaaaale —dije mientras pensaba en la galería de fotos y artículos de prensa, rollo psicópata, que adornaban las paredes del desván. Y en los grabados—. Un maligno.

—Esa clase de malignos se conocen como maléficos. Firman pactos con los humanos para concederles todo lo que deseen. A cambio, cuando los humanos mueren, los maléficos vuelven para reclamar sus almas.

El tío Barnabas hizo una pausa, pero yo no tenía muy claro si se trataba de un efecto teatral o si solo le estaba dando tiempo a mi cerebro para que asimilara toda aquella información. Me costaba oír sus palabras por el encima del bum, bum, bum desbocado de mi corazón y el chirrido de las rejillas de hierbas secas contra la pared.

—Honor Redding —prosiguió— ofreció las almas de su familia y de todos los colonos de Redhood para garantizar que los Redding no perdieran su fortuna.

Dado que estábamos en otoño, esperaba que anocheciera pronto y que la oscuridad envolviera la habitación. En el silencio que siguió, sin embargo, pareció llegar todo a la vez. Aquel desván, con sus paredes de madera oscura y sus rincones abarrotados de trastos, empezó a parecer menos un desván y más un ataúd. Y tuve la sensación de que estábamos esperando a que alguien cerrara la tapa.

Nell chasqueó los dedos y las tres lámparas de la habitación se encendieron, cosa que me sobresaltó y ahuyentó mis pensamientos. Parpadeé.

—Como te he dicho, ya sé que es todo muy raro... —dijo Barnabas mientras desviaba la mirada desde sus huesudas manos a mi rostro—. ¿Quieres algo para los nervios? ¿Té? Me parece que me queda un poco de coñac...

—Tengo doce años —le recordé.

—Claro, sí... Claro.

Nell empezó a enrollar el árbol genealógico. Vi los nombres de mis familiares desaparecer rama a rama, hasta que finalmente el mío se unió a los demás y desapareció también.

—Es cierto —dijo Nell—. Suena absurdo porque es absurdo. No creo que te hayan contado jamás toda la historia. Como los Bellegrave. ¿Te suenan de algo?

El tío Barnabas apretó los labios hasta que se le quedaron casi blancos.

—Ah, los Bellegrave.

—Sí que me suenan —dije—. El curso pasado vimos una unidad que iba sobre la historia de Redhood. Los Bellegrave eran la numerosa familia que siguió a los Redding desde Inglaterra y fundó Redhood con ellos en 1687.

El tío Barnabas asintió visiblemente complacido.

—Ambas familias eran rivales. Honor Redding hizo todo lo posible por hundir a Daniel Bellegrave: sabotearle las cosechas, extender péfidos rumores sobre él, robarle la correspondencia... Y, sin embargo, los Bellegrave seguían prosperando. Por entonces, como ya sabes, la ciudad aún no se llamaba Redhood.

—Sí —dije tratando de no lanzarle una mirada de aburrimiento. Me lo habían repetido todos los días de mi vida, desde que nací—. Se llamaba South Port.

—Eso es. Cuando por fin consiguió librarse de los Bellegrave, Honor rebautizó la ciudad en su..., en fin, en su honor.

—¿Y los echó firmando un pacto con un demonio? —dije sin molestarme en ocultar lo estúpido que me parecía todo aquello.

—Un maligno —me corrigió Nell.

—Sí, pues vale, un maligno —dije tratando de ignorar el sabor a ceniza que notaba en la lengua al pronunciar aquella palabra—. Y ¿qué tiene todo eso que ver conmigo y con Prue?

—Ahora voy a eso —dijo Barnabas al tiempo que se ponía de pie.

Se acercó al rincón que hacía las veces de cocina y empezó a rebuscar entre las cajas de té. Me hizo esperar hasta que tuvo una taza dando vueltas dentro del microondas.

—Para conseguir superar a los Bellegrave —dijo finalmente—, Honor recurrió a una magia muy antigua, de la que solo había oído hablar en las historias familiares que habían ido pasando de generación en generación. Invocó a un maléfico.

Cuando el tío Barnabas se acercó de nuevo a nosotros, llevaba en la mano una de las imágenes impresas que colgaban de la pared junto a los recortes de prensa.

La cogí con un nudo en el estómago, como si me diera miedo verla. Había tres hombres y una mujer reunidos en torno a una hoguera, con los brazos en alto. Tenían las manos extendidas hacia... hacia el demonio alado de lengua bífida que flotaba sobre ellos, envuelto en una nube de humo.

—Por entonces, todo lo que asustaba a los colonos se consideraba brujería o hechicería. Nunca llegaron a entender que el Diablo, o la religión, si a eso vamos, no tenía nada que ver con todo eso. La magia existe desde hace mucho más tiempo de lo que podemos recordar, y fluye de un lugar que existe entre nuestro mundo y lo que sea que se extiende más allá.

—¿Como si fuera... internet?

El tío Barnabas tosió y se atragantó con su té.

—Más bien como si fuera otro mundo o u otra dimensión. Las almas enviadas allí no vuelven, claro, y los malignos tienen prohibido hablar sobre su hogar. Por tanto, no tenemos fuentes fiables que puedan darnos una respuesta.

En ese momento, intervino Nell.

—En total hay cuatro mundos, o cuatro reinos. El mundo humano está en lo más alto —dijo al tiempo que extendía una mano y luego deslizaba la otra justo debajo—, es el cuarto reino. El mundo de los malignos es el tercer reino —añadió. Movié de nuevo una mano, creando así otro nivel—. El mundo de los fantasmas, o espectros, es el segundo reino. Y el primer reino es el reino de los Antiguos, la misteriosa raza de criaturas que crearon la magia y equilibraron el mundo cuando este aún era muy joven y estaba sumido en la oscuridad.

—O sea, que... ¿viven en la corteza terrestre o algo así?

—¡No! —dijo Nell haciendo un gesto de impaciencia—. Dimensiones, Prosper. Mundos que existen en distintos niveles, por debajo del nuestro.

El tío B agitó una mano entre nosotros para interrumpir la conversación.

—Nadie sabe qué o quiénes eran los Antiguos. Las civilizaciones más antiguas los consideraban dioses, pero los de su raza ya nunca salen de su

reino. Lo único que sabemos a ciencia cierta es que fueron los primeros pobladores de este mundo y que, para asegurarse de que no se extinguiera la vida, crearon un nuevo mundo para los malignos que estaban arrasando el nuestro. Humanos y malignos no pueden convivir sin destruir el equilibrio entre los reinos y provocar que cada mundo se venga abajo.

—Eeh..., vale —dije. Notaba el cerebro como si fuera una pasta—. Mola un montón y eso, pero... ¿no podemos volver al tema de los maléficos esos? ¿Por qué están en nuestro mundo, si son malignos o como se llamen?

—Cuando un humano malvado muere —empezó a decir Barnabas—, su espíritu, o su fantasma, viaja al reino de los espectros. A menos, claro está, que en algún momento de su vida haya firmado un pacto con un maléfico. Entonces, al morir, su fantasma va al reino de los malignos y sirve durante toda la eternidad a los monstruos que allí viven.

—Hay cientos de clases distintas de malignos —dijo Nell—, pero los maléficos son los únicos malignos que pueden firmar pactos.

—Y ¿para qué sirven esos pactos? —pregunté, aunque no me gustaba mucho el cariz que estaba tomando la conversación.

Todo aquello era increíble, pero... también lo era todo lo que había ocurrido en la mazmorra.

—He oído hablar de distintos pactos que exigen distintas cosas, pero creo que el que Honor Redding firmó con Alastor exigía servitud eterna para toda la familia, a cambio del éxito duradero de los Redding y de un flujo constante de riqueza —dijo el tío Barnabas—. En cierta manera, podría decirse que castigan a las personas al concederles sus deseos.

Nell volvió a intervenir.

—Es como un hada madrina con trampa. O un genio con la etiqueta del precio. Su verdadera misión es recoger almas para servir a los malignos que viven en su mundo. Los maléficos influyen en los humanos a través de la magia, siembran ideas, extienden enfermedades y cosas así. Una vez firmado el pacto, no solo vuelven a buscar los fantasmas, sino que también se alimentan de la desgracia de las víctimas del firmante.

Tenía que haber sido Honor, claro. La imagen de perfección, inocencia, valentía y tenacidad que nos habían inculcado durante toda la vida. Era el

listón que debíamos superar o, como mínimo, igualar. Lo era todo para mi familia; era el verdadero responsable de que hubieran salido adelante. Tendría que haberme dado cuenta antes de que nadie puede ser tan absolutamente perfecto.

Y Honor se había desesperado. No quería fracasar, porque fracasar lo hubiera convertido en un simple humano y no en el tipo adusto e insulso que aparecía en el retrato colgado en la entrada de la Casita.

De repente, tuve una imagen bastante clara de adónde conducía aquella historia.

—¿Qué... qué fue de los Bellegrave?

—La mitad de ellos murieron a causa de las fiebres que asolaron la colonia durante aquel invierno —dijo el tío Barnabas en tono cortante—. Y la otra mitad murió de hambre cuando sus cosechas se convirtieron en ceniza de la noche a la mañana.

—Jolín... —Vale, ya sabía que mi familia no iba a ganar ninguna medalla a la generosidad, pero eso era ser muy malvado—. Pero aún no entiendo qué hago yo aquí ni qué pasó anoche.

—Ya te he dicho que... —empezó a decir Nell, pero el tío Barnabas le hizo un gesto para que guardara silencio.

—Ahora voy a eso —dijo mientras le daba un largo sorbo a su té—. Supongo que sabes lo que ocurrió aquí en Salem, ¿verdad?

—¡Claro! ¡Aquí se fundó la Guardia Nacional!

El tío Barnabas ladeó la cabeza y me dirigió una mirada bastante seria. Tío, qué público tan difícil.

—Pues es verdad —dije al tiempo que cruzaba los brazos sobre el pecho—. Sí, vale, sé lo de los juicios por brujería. Y también sé que hubo otros en Danvers, Ipswich y Andover, no solo en Salem —añadí cuando tuve la sensación de que Nell se disponía a corregirme.

—Durante muchos años —prosiguió el tío Barnabas, que seguía sin parecer contento—, los Redding se beneficiaron de su asociación con el maléfico y no hubo problemas. Las sospechas, sin embargo, no tardaron en proliferar. Cuando aquellas jovencitas de Salem empezaron a señalar con el dedo y a acusar a todo el mundo de confraternizar con el Diablo, puedes

imaginarte lo incómodos que se sintieron los que de verdad recurrían a la brujería. Y entonces, la fiebre de la caza de brujas se extendió por toda la colonia de la bahía de Massachusetts, y las cosas empezaron a ponerse feas.

Contemplé el logo de su taza, WITCH'S BREW, acompañado por el dibujo de una bruja sonriente. Seguro que no habría sonreído tanto hacia 1690, balanceándose de la rama de un árbol con un soga al cuello.

—Los Redding, que jamás habían perdido una cosecha, que jamás habían perdido a nadie a causa de las fiebres ni habían tenido un solo conflicto sangriento con los nativos americanos..., ellos, más que cualquier otra familia, vieron crecer las sospechas a su alrededor, como si fueran sombras no deseadas —dijo el tío Barnabas al tiempo que sacudía la cabeza de un lado a otro—. Así que hicieron lo que creían que debían hacer para que no los descubrieran, acusaran y asesinaran. Rompieron el pacto.

Resultó que romper un pacto con un maléfico no era tan sencillo como rasgar una hoja de papel o chasquear los dedos. Y tampoco se podía sobornar al maléfico, demonio o lo que fuera para que se largara sin más. Había que contratar los servicios de una auténtica bruja.

—Un asunto muy peligroso, contratar a una bruja de verdad en aquella época —dijo el tío Barnabas al tiempo que se reclinaba en el sofá. Por su forma de hablar, parecía un tanto impresionado ante la astucia de Honor Redding—. Pero encontraron lo que necesitaban en Goodwife Prufrock, que les proporcionó el hechizo que necesitaban para atrapar al maléfico en un cuerpo humano.

—Y ¿por qué tenían que hacerlo?

—Los maléficos existen en nuestro mundo como espíritus, lo que significa que no se les puede hacer daño físico. Atrapar a un maléfico en un cuerpo humano es convertirlo en mortal, y la única forma de romper un pacto con un maligno es matándolo.

—Así que cogieron a Alejandro y...

—Alastor —me corrigió Nell.

Bueno, vale, perdón por no saber el refinado nombre de esa criatura

imaginaria.

—Así que... ¿el pobre Al quedó atrapado en el cuerpo de otra persona? ¿Quién?

Yo era el primero en admitir que toda aquella historia estaba un poco por encima de mi capacidad intelectual, pero tampoco había que ser muy listo para entender que, si uno quería matar a un maligno —hipotéticamente, claro, porque no eran reales—, probablemente tenía que matar también a la persona que lo llevaba atrapado dentro.

El tío Barnabas se encogió de hombros.

—Una sirvienta prescindible.

Oh, no.

—Uf, ¿lo dices en serio? —pregunté borrando de inmediato cualquier pensamiento positivo que pudiese haber albergado hasta entonces acerca de Honor Redding. Otro pensamiento, vago y horrendo, se fue deslizado hacia mí y me clavó los colmillos—. Pero la chica... Sobrevivió, ¿verdad?

El tío Barnabas negó con la cabeza.

—¿Cómo murió? —susurré.

—¿Cómo mataban normalmente a las brujas en aquella época? —preguntó Nell en tono siniestro.

Oh, no.

—Quiero decir... ¿Colgada, ahogada, lapidada?

No digas «quemada», no digas «quemada», no digas «quemada»...

—Ardió en la hoguera —respondió el tío Barnabas.

Oculté la cara entre las manos y dejé escapar un lamento.

—Oh, nooooo.

He aquí otra cosa que debéis saber sobre el día del Fundador y la hoguera: en realidad, no conmemoran el día en que se fundó Redhood, sino el día en que cambió la suerte de la familia y se rebautizó la colonia. La leyenda, medio perdida entre la confusión de románticas ideas sobre renacimiento y blablablá, es que Honor empezó la hoguera con no sé qué objeto que, según se decía, estaba maldito. Y cuando ese objeto desapareció...

—Oh, nooooo.

Hasta la hoguera era espantosa. Oficialmente, no había nada bueno en

Redhood excepto los pasteles de Silence. Y, ahora que conocía la verdad acerca de mi familia, seguro que en su día los hacían con corazones de bebés y no hojas de calabaza.

—Ahora no te hagas el escandalizado —me dijo Nell con frialdad—. ¿Es que los sirvientes no son invisibles para tu familia? Solo los valoráis según lo bien que limpien la plata.

Me invadió la rabia.

—Tú no sabes nada de mi familia. Y, sí, ¡estoy escandalizado! Era una persona inocente y no tendría que haber muerto solo porque un tipo se asustó y cometió un error tremendo...

—Chicos, chicos —dijo el tío Barnabas—. Estamos todos de acuerdo, fue un acto terrible. Lo importante es lo que sucedió a continuación. Nell, ¿quieres explicarlo?

Nell aún seguía observándome con cierto recelo, como si tratara de adivinar la mentira en mi expresión, pero asintió.

—Por algún motivo, el hechizo salió mal. Cuando la sirvienta y el maléfico estaban ya a punto de morir, Alastor advirtió a la familia de que sobreviviría al fuego y esperaría el momento de volver a este mundo, renacido en el cuerpo de uno de los descendientes de Honor Redding. Y, cuando recuperara todo su poder, les quitaría todo lo que en su día les había dado.

No, aquella historia... Aquella historia era demasiado extraña. Era irreal.

«¿Y no lo era lo que le sucedió a aquel libro?», pensé.

—Espera, espera, espera —dije—. ¿Qué significa que podía volver? ¿Cómo lo consiguió?

Nell cambió de postura, nerviosa, y pareció reacia a dar explicaciones.

—La magia de una bruja —dijo al fin— está ligada a su linaje, por lo que un conjuro dura mientras quede en la tierra algún descendiente de la bruja. Creemos que el maléfico se alimentó del dolor y del miedo de la pobre sirvienta y del poco poder que le quedaba, y los utilizó para retirarse al Entremundos, un mundo de sombras entre la vida y la muerte. Mientras siguiera con vida alguno de los descendientes de Prufrock, Alastor tenía prohibido volver a menos que quisiera morir.

—¿Cuántos quedan? —susurré—. Cuántos descendientes, quiero decir.

—Ninguno —dijo Nell—. El último murió hace trece años.

—Ah, bueno, yo solo tengo doce —dije—. No puedo ser yo.

—Tu cumpleaños es dentro de dos semanas, ¿no? —preguntó despacio el tío Barnabas.

Lo era. Sí.

El corazón me empezó a aporrear las costillas. Hasta el último centímetro de piel me tembló a causa del pánico y noté un doloroso hormigueo al ser consciente de lo que eso significaba.

—Goody Prufrock contó que el maléfico debía pasar unos trece años alimentándose de la energía de su huésped para recuperar todas sus fuerzas. Solo así podría escapar del cuerpo en el que se encontrara para vengarse de los Redding. ¿Te has sentido cansado durante estos años? ¿Te has notado más débil de lo normal?

No podía respirar, así que me limité a asentir.

—Tu abuela se tomó la molestia de someter personalmente a una prueba a todos los miembros de su numerosa familia cuando cumplían los trece años. Quería comprobar si eran portadores de la maldición, porque cada vez estaba más convencida de que la teoría de Prufrock era correcta y de que las fechas que había pronosticado eran correctas. Todos los familiares a los que viste en aquella mazmorra creen que destruir al maléfico los salvará de la ruina, así que harán lo que sea para protegerse a sí mismos y proteger su fortuna. Tú y tu hermana erais los únicos que aún no se habían sometido a la prueba. Tus padres siempre se habían negado, porque pensaban que todo aquello no era más que una absurda superstición, pero tu astuta abuela sabía que se le estaba acabando el tiempo y que el maléfico podía hacer su aparición en cualquier momento.

—¿Qué era aquel libro? —pregunté. Tenía las palmas de las manos empapadas en sudor, pero no quería que ninguno de los dos me viera secármelas—. Era la prueba, ¿verdad? Yo pude leer la página y Prue no.

—Era el grimorio de Goody Prufrock, es decir, su libro de conjuros. Estaba encantado de tal forma que ningún maligno podría abrirlo, menos aún destruirlo.

—Y cuando yo lo toqué y empezó a arder..., cuando aparecieron las

palabras... —dije, pero los labios me iban más rápido que el cerebro—, fue la prueba de que...

—De que tú —concluyó Nell— eres el Redding sentenciado.



Conversaciones a la luz de las velas

Las mentiras no me eran ajenas. De hecho, si tuviera que poner en fila todas las mentiras que me han contado a lo largo de mi vida, formarían una feísima cadena que probablemente cubriría la distancia entre Redhood y Júpiter. Todos los días tenía que enfrentarme a las mentirijillas de mis primos, como cuando David me convenció de que si comía brócoli me crecerían árboles en el estómago. Y mentiras gordas también, como las que me contaban a veces papá y mamá: «Ay, Prosper, pues claro que tu abuela te quiere, pues claro que te pondrás bien, pues claro que esa enorme pantera que ves en sueños no es real». Había llegado a un punto en que identificaba una mentira en cuanto alguien la escupía.

Pero, cuanto más observaba al tío Barnabas y más esperaba a que mi detector interno de mentiras empezara a sonar, más despacio me circulaba la sangre por las venas, hasta que tuve la sensación de que se había detenido por completo.

—¿Se va a desmayar otra vez? —dijo Nell mientras se inclinaba hacia mí y me estudiaba con atención.

—No se va a desmayar —respondió el tío Barnabas dándome una palmadita en la espalda—. Aunque supongo que debes de estar muy cansado

después de la experiencia que has vivido. Más vale que te dejemos solo para que...

¿Experiencia? Querrás decir «pesadilla».

—Esperad —exclamé—. ¡Esperad!

Vale, no seré precisamente una lumbrera, pero entendí lo que estaban diciendo. Una parte de mi cerebro comprendió lo que estaban insinuando, aunque no me pareciera posible. Mi familia había intentado destruir al maléfico atrapándolo en un cuerpo humano. Y la habían liado. El maléfico había dicho que volvería para vengarse. Pero mi familia, una vez más, quería librarse de él. Para conseguirlo, tenían que librarse también de mí, antes de que el maléfico pudiera escapar y arruinarlos. Huésped humano. Carne de cañón.

—¿Eso significa que no van a parar hasta que yo esté muerto? —La expresión de ambos confirmó mis sospechas—. Ah, genial.

—No hay nada que temer —dijo el tío Barnabas con una falsa sonrisa—. Al menos, mientras estés con nosotros. A diferencia del resto de la familia, nunca hemos creído que matar al portador fuera la solución. Y de ahí que yo ya no sea bien recibido en la Casita.

—Y ¿cómo lo arreglamos? —pregunté—. ¿Cómo lo sacamos de ahí dentro?

La idea de que una especie de plaga, de... de parásito se arrastrara dentro de mí y se ocultara entre mis huesos, me hizo sentir como si tuviera millones de hormigas pululando bajo la piel. Me empecé a rascar el brazo y eso que ni siquiera me picaba.

El tío Barnabas se me quedó mirando unos instantes, mientras se alisaba la coleta. Obtuve una respuesta..., aunque no de él.

«¿Por qué no me lo preguntáis a mí —dijo la voz fría y remilgada en mi mente—, infame tullido sin escrúpulos?».

En las últimas veinticuatro horas, habían empezado a cobrar sentido unas cuantas cosas sobre mi familia.

Para empezar, el odio que sentía la abuela hacia mí y hacia todos mis

primos. Por qué nunca hablaba del tío Barnabas. Qué había exactamente en la mazmorra. En fin, las cosas normales de cualquier familia.

Y ahora que estaba delante del agrietado espejo de cuerpo entero, cuyas patas en forma de zarpas casi me rozaban los dedos de los pies, comprendí por primera vez a qué se debía aquella superstición tan extendida en Redhood acerca de los espejos.

Seguí al pie de la letra las instrucciones del maligno. Busca una vela y enciéndela. Busca un espejo y sitúate delante de él, con la vela encendida en la mano. Quédate ahí. Fácil, ¿no?

—¿Es él? —preguntó el tío Barnabas mientras me seguía hasta el espejo—. Te está hablando, ¿verdad? ¿Qué dice?

Bueno, ese era precisamente el problema. Tenía la sensación de que aquella cosa, criatura, maligno o lo que fuera, hablaba mi idioma, pero soltaba frases y palabras que yo no había oído en mi vida, rollo «descerebrado topo seboso comemoho». No estaba muy seguro de lo que significaba todo aquello y tampoco estaba seguro de querer repetirlo en voz alta. Lo cual funcionó, porque al parecer el tío Barnabas estaba la mar de contento manteniendo una conversación consigo mismo.

—Los malignos utilizan los espejos para viajar entre nuestro mundo y el suyo —estaba diciendo con el ceño fruncido—, pero los malignos más poderosos, por ejemplo los maléficos, tienen que abrir ellos mismos los portales entre ambos reinos. Estaba convencido de que solo se comunicaban a través de los sueños..., o eso es lo que han revelado mis investigaciones. Pero no sabía que los espejos también podían utilizarse para mantener conversaciones... ¡Fascinante!

Dejé que siguiera desvariando y me dediqué a contemplar atentamente mi reflejo en el espejo. Nell me había colocado en la mano una voluminosa vela que olía a cera y miel. Chasqueó los dedos para encender la mecha negra.

Di un bote tan brusco que la llama se apagó y Nell tuvo que volver a encenderla.

—Tranqui —dijo—. «De todas las pasiones serviles, el miedo es sin duda la más maldita».

Hice un gesto de impaciencia.

—Perdona, pero no hablo el idioma de las galletas de la suerte. Tendrás que...

—¡Muy bien! ¡Muy bien! —dijo el tío Barnabas al tiempo que me apartaba de un codazo y contemplaba a Nell con una mirada radiante. Fue como si una nube se hubiera apartado por fin del rostro del sol. Nell le devolvió una sonrisa—. ¡Has estado practicando la magia elemental! ¿Has aprendido alguno de los...? Se pusieron a charlar alegremente y, de vez en cuando, soltaban expresiones como «muy ingenioso», «conjuros básicos» y «hechizos».

¿Y yo? Pues a mí me interesaba un poquitín más lo que me estaba observando desde el otro de la lisa superficie del espejo. Solo Sapo parecía verlo. El MurciéGato voló —¿o debería decir trepó?— hasta lo más alto del armario y allí se quedó, escupiendo y resoplando, aunque no supe si de miedo o de asco.

La llama tembló entre mis manos y luego iluminó el cristal agrietado con un intenso fognazo blanco. Entrecerré los ojos y aparté la mirada. Cuando el corazón empezó a latirme de nuevo, nuestros reflejos habían desaparecido y la superficie del espejo se había convertido en una especie de ventana.

Un zorro blanco, inmóvil y silencioso, estaba sentado en ella. Movía de un lado a otro su peluda cola, en mitad de la oscuridad que lo rodeaba por todas partes. Era un animal pequeño y paliducho, poco más que piel y huesos. Sentí la imperiosa necesidad de acuclillarme para estar a su altura y... y poder verle los ojos más de cerca. Uno de ellos era de un azul muy muy radiante. El otro era tan oscuro como el centro de la mecha encendida de mi vela.

—Un momento... —empecé a decir cuando por fin conseguí llamar la atención de Nell y de Barnabas.

Se acercaron los dos al mismo tiempo y se inclinaron sobre mis hombros. Casi me eché a reír cuando Nell contuvo una exclamación y el tío Barnabas empezó a murmurar:

—¿Qué? ¿Qué? Yo no veo nada.

—¿Tú eres...? —empecé a decir al tiempo que me hacía crujir los nudillos para eliminar parte de la tensión que se había adueñado de mí.

—Lo soy —fue la respuesta.

Las palabras revolotearon por el desván y serpentearon por toda la

estancia, como una cinta de reluciente seda negra. Hasta Barnabas tuvo que oírlas, porque la cara se le puso de un fantasmal tono gris.

Era exactamente la misma voz que había oído en mi mente apenas unos minutos antes y también en la Casita. El acento era refinado y correctísimo, pero sonaba como alguien de mi edad, no como un adulto. Para acabar de arreglarlo, las palabras salían de la boca de un zorro.

—Os diría que es un placer conoceros, Prosperity Oceanus Redding, pero sinceramente, ardo en deseos de destruir vuestra felicidad —dijo el zorro.

Nell, que estaba unos pasos a mi derecha, cruzó los brazos.

—¿Te parece bonito? —preguntó.

El zorro no le hizo ni caso. Se limitó a sonreír (sí, en serio), dejando a la vista una hilera de dientes blancos como el marfil y bastante afilados.

—¿Por qué habla así? —le pregunté al tío Barnabas—. Parece que se haya zampado a un Padre Peregrino.

Pero Barnabas se limitó a mover la cabeza de un lado a otro, al tiempo que abría y cerraba la boca y tragaba saliva con un extraño ruidito.

Nell dio un paso al frente.

—Suenan como si... —dijo, para después sacudir lentamente la cabeza—. ¿Qué sabéis vos de..., esto..., vuestras circunstancias?

—¿Acaso la muchacha sabe hablar como es debido? —preguntó el zorro meneando de nuevo la cola—. ¿O debo rebajarme a usar vuestra corrupta forma de un idioma ya de por sí patético?

—Pues..., eh..., ¿la segunda opción? —contesté, rascándome la nuca—. No hace falta que hables como Shakespeare.

—He permanecido despierto mientras vos dormíais durante el día de ayer —dijo Alastor en un tono que rezumaba orgullo—. Y he escuchado, con gran espanto, vuestro lenguaje de hoy en día. Como podéis comprobar, ya lo domino por completo.

—Vale, tío, si tú lo dices.

—Es... es fascinante —consiguió decir el tío Barnabas. Se acercó más al espejo y lo tocó con un dedo. Retrocedió de un salto, como si le hubiera sorprendido descubrir que la superficie era sólida—. Sí —murmuró como si hablara consigo mismo—. Sí, hablará una forma antigua del idioma hasta que

se adapte a la nuestra. Fascinante.

Dejé la vela en el suelo y me senté junto a ella, con las piernas cruzadas. Me sorprendió sentirme tan tranquilo cuando tenía ante mí la prueba definitiva de que Nell y Barnabas no mentían.

Respiré hondo. Todo aquello iba a resultar más fácil de lo que me había dado a entender el tío Barnabas. El maligno estaba atrapado dentro de mí, lo que significaba que, de momento, no podía hacer daño ni a papá, ni a mamá ni a Prue. En cuanto lo pensé, noté las piernas algo más fuertes.

Y, no os voy a mentir, también ayudaba el hecho de que en esos momentos me estuviera mirando un zorro y no un baboso monstruo comecerebros. Tenía la peluda cabecita inclinada hacia un lado y la lengua curvada hacia arriba, como si quisiera lamerse la naricilla. Hasta me pareció mono y todo.

Alastor no era como los grabados que había visto. No tenía alas puntiagudas, ni horca ni una cola escamosa que enroscar cuando se abandonaba a sus siniestros placeres.

El zorro blanco ni siquiera pestañeó al dirigir de nuevo la mirada hacia mí.

«Vos... o, mejor, tú, deberías ver mi auténtica forma, paleta. Cuando todo esto termine, me acompañarás al Mundo de Abajo y entonces te mostraré el terror».

«¿Puedes oír mis pensamientos? —pensé mientras toda la sangre se me agolpaba en el rostro—. ¿Todos?».

«Lo sé todo sobre vos, Prosperity. Todo lo que lleváis dentro me pertenece. Estoy unido a vuestro fantasma. Conozco todos vuestros miedos, vuestros deseos, vuestros celos..., y también sé dónde escondéis vuestra colección de ponis de porcelana».

Me volví para mirar al tío Barnabas.

—¿Hay alguna forma de conseguir que se calle?

El tío Barnabas cogió la vela y apagó la llama de un soplo. Al desaparecer la llama, desapareció también la imagen del zorro blanco.

—¿Ha funcionado? —preguntó.

Detrás de nosotros, Sapo maullaba desesperadamente, como si intentara llamar nuestra atención. Oí un golpe sordo y supuse que había saltado desde lo

alto del armario. Los arañazos de sus garras sobre las tablas de madera del suelo quedaron amortiguados en mis oídos por el rugido de una carcajada.

«Escúchame bien, jovencito. He oído todo lo que tú y ese hombre tenéis planeado para mí, pero hay algo que vos debéis... que debes saber. He vivido más de ochocientos años y nada, excepto el fin de este mundo, me proporcionará más placer que hacer trizas a vuestra familia y esparcir a los cuatro vientos hasta el último céntimo de su fortuna».

—Adelante —le dije—. Atrévete.

«Ponme a prueba y descubrirás lo frágil que puede llegar a ser el corazón humano. Pero... eso es algo que ya sabes, ¿no es cierto? Imagina lo fácil que sería para mí deshacer lo que la curación ha sanado».

Prue.

—¿Qué es lo que quieres decir? —le exigí. El miedo y la rabia se apoderaron de mí. Sujeté el espejo por ambos lados y lo sacudí con todas mis fuerzas, hasta que empezaron a temblar los estantes que me rodeaban—. ¿¿Qué es lo que quieres decir!?

Nell me arrastró hacia atrás.

—¡Basta! ¿Qué te ha dicho?

Me solté y me dirigí hecho una furia hacia el sofá y la pila de mantas. Cogí la más oscura y gruesa de todas, y regresé junto al espejo para taparlo. Antes de que pudiera hacerlo, sin embargo, los maullidos de Sapo se convirtieron en un furioso aullido. Sus minúsculos colmillos relucieron cuando aquella bestia prácticamente desencajó la mandíbula para después cerrarla en torno al pie de Nell, como si fuera una trampa.

—¡Ay! ¡Sapo! ¿Qué es lo que te pasa?

Sapo movió la cola hacia el espejo y lo señaló con desesperación.

El estúpido zorro blanco había desaparecido, pero el reflejo del desván aún no había vuelto a la polvorienta superficie del espejo. De hecho, daba la sensación de que algo se movía en su interior, algo oscuro que se acercaba más y más. La superficie del cristal se onduló como si fuera agua y, aunque el cerebro me gritaba que me detuviera, me acerqué y rocé el espejo con un dedo. Cuando lo retiré, estaba bañado en lo que parecía pintura plateada.

Y, entonces, la lejana sombra ya no estaba lejos..., y tampoco era una

sombra, ya no. Sus oscuras vestiduras giraron mientras ascendía en espiral, como si estuviera saliendo de un oscuro pozo. Vi el destello de una máscara roja. La cosa cabeceó, flotando justo delante de mí. Y luego inclinó la cabeza a un lado, en un gesto de curiosidad.

—¿Hola? —dije.

—Prosper... —empezó a decir Nell con la voz atenazada por el miedo—. ¡Agáchate!

—¿Qué eres...? —empecé a decir.

Pero, justo cuando me disponía a dar media vuelta, la máscara se levantó y dejó al descubierto cinco hileras de dientes. Y, entonces, de repente, la criatura ya no estaba dentro del espejo.

Lo atravesó y lo rompió en mil pedazos.



Trampa para arpías

En arte, existe lo que se llama «espacio negativo». Es el espacio vacío que rodea el tema o el foco de atención de la obra. A veces crea su propia imagen, que puede incluso resultar más interesante que el tema original.

Aquella sombra ni siquiera era espacio negativo y su imagen tampoco convertía en espacio negativo el resto de la habitación. Era como un agujero negro en forma de criatura que parecía un cadáver humano recortado y apergaminado. Flotaba en silencio en el centro del desván y las puntas deshilachadas de su negra capa dejaban huellas sobre el polvoriento suelo.

Estar junto a aquella cosa era como ese segundo en la montaña rusa, cuando llegas a lo alto y empiezas el descenso. Todo se había quedado inmóvil, hasta los latidos de mi corazón. La máscara seguía levantada y yo solo veía hileras y más hileras de dientes. La criatura respiró hondo y produjo un sonido agudo y sibilante que parecía no tener fin. Se me pusieron de punta todos los pelos del cuerpo.

Y entonces noté el tirón. Empezó en el centro de mi cuerpo, como una chispa, y se convirtió en fuego bajo mi piel. Se me nubló la visión y estoy convencido de que grité algo, porque noté cómo me salían las palabras de la garganta. Sin embargo, no podía oírlas. Me contemplé la mano extendida y

tuve la sensación de que se estaba disolviendo.

«**¡Huye!** —rugió Alastor—, **¡márchate ahora, Gusano!**».

Ya era demasiado tarde. Las piernas se me doblaron bajo el cuerpo, como si estuvieran hechas de papel. La criatura me pasó por la frente una lengua negra y delgada, y me dejó una sustancia negra, maloliente y viscosa que fue resbalando por el puente de la nariz.

«**¿Os atrevéis...** —resonó la voz de Alastor en mis oídos, gélida como el aire matutino— **os atrevéis a robarme? ¿A mí?**».

El peso que notaba en el pecho aumentó cuando la criatura se inclinó hacia delante. La cavernosa boca quedó flotando justo encima de mi cara, rezumando saliva y porquería sobre mi piel. La máscara roja se dividió en dos, luego en tres y luego en cuatro. Parpadeé, tratando de enfocar bien. La oscuridad acechaba en los ángulos de mi visión. Me sentía como si no tuviera huesos. Débil, como si necesitara un año entero para mover un dedo.

—¿Prosper? ¡Pros...!

¿Era Nell? ¿O Prue?

«**¡Bellaco! ¡Vil ladronzuelo!** —rugió Alastor. Su tono de voz fue aumentando con cada palabra que pronunciaba, hasta que tuve la sensación de que se formaban entre mis propios labios—. **Si creéis que os voy a perdonar esto, ¡cometéis un grave error! Vendré a buscaros, y os quitaré hasta el último gramo de poder que me habéis robado! Os pisotearé, os aplastaré hasta que...**».

—¡Abandona la sombra —gritó Nell— y muéstrate ante quien te nombra!

Un haz de luz surgió entonces de las lámparas cercanas y giró sobre sí mismo hasta que una incandescente esfera quedó flotando sobre nosotros, como si fuera la luna. La criatura lanzó un aullido que sonó como el chirrido del metal sobre el cristal y se lanzó hacia el techo. Pero Nell aún no había terminado. Cogió un cubo con ambas manos y lanzó al aire su contenido. Una especie de lluvia blanca explotó en el aire con un sonoro rugido y se pegó a la criatura como si fuera escarcha. Cerré los ojos con fuerza mientras los restos de aquella sustancia blanca —sal— caían a mi alrededor. Y no volví a abrirlos hasta que oí de nuevo el chillido.

La sombra revoloteaba por el desván y a punto estuvo de golpear a Sapo

cuando el MurciéGato, encaramado al respaldo del sofá, trató de lanzarle un zarpazo. Momentos antes, las vestiduras flotaban silenciosamente, con elegancia, como si la sombra se moviera en el agua. En ese instante, sin embargo, se habían endurecido y la criatura crujía y chillaba a medida que sus extremidades y su capa se iban convirtiendo en reluciente obsidiana.

Nell saltó por encima de mis piernas para recuperar el cubo y lo lanzó de nuevo hacia arriba con un gruñido. El cubo se estrelló contra el centro mismo de la criatura y estalló en un millar —un millón— de esquirlas que quedaron flotando y revoloteando sobre nuestras cabezas. La máscara roja, vacía, me cayó sobre la rodilla un segundo antes de que el resto de la sombra se precipitara también al suelo, convertida en lluvia.

Pero la reluciente esfera del conjuro de Nell achicharró las esquirlas, convirtiéndolas en simple arena negra.

—¿Estás bien? —me preguntó Nell mientras se sacudía tranquilamente la arena que le había caído en el pelo, como si no acabara de destruir a una criatura de la oscuridad.

—Sí, bien —conseguí decir, aunque aún no podía mover las piernas.

—Se lo decía a Sapo. Que tú estás bien ya lo veo.

Se inclinó, recogió la máscara roja y la sostuvo en alto para que el tío Barnabas la viera.

—¡Ay, la leche! —dijo Barnabas—. Una arpía.

—¿Una qué?

Notaba los labios entumecidos, pero finalmente empezaban a moverse. Poco a poco, conseguí apoyarme en los codos.

«Una sanguijuela —refunfuñó Alastor—. Criaturas inmundas y despreciables. Creía que ya las habíamos derrotado hace mucho..., lo cual era necesario, dado que necesitan alimentarse de los malignos superiores. Pero al parecer no conseguimos erradicarlas por completo. Tendré que modificar esa cuestión».

—También las llaman «vampiros psíquicos» —me explicó el tío Barnabas, al tiempo que tiraba de mí hacia delante para que pudiera sentarme erguido. Intentó, en vano, sacudirme la sal del pelo—. Se alimentan de la energía de los malignos o... de los humanos con un don. El maléfico debe de

haber abierto un portal cuando intentaba engañarte para que miraras al interior del espejo.

—No sé —dije intentando recuperar algo de sensibilidad en las manos—. Alastor parecía tan enfadado y flipado al verla como yo. No creo que esa arpía fuera su invitada.

«¿Qué significa eso de... “flipado”? ¡Exijo una respuesta, Gusano!».

No le hice ni caso.

—Lo que quiero decir es que si se estaba alimentando de alguien, no era de mí.

—Sí, eso es verdad —dijo Barnabas—. Puede que nos haya hecho un favor y le haya robado al maligno parte del poder que había conseguido recuperar. Pero, a partir de ahora, tenemos que extremar las precauciones. Nell, tienes que destruir todos los espejos que haya en la casa.

—¡Un momento! —exclamé—. ¿No dicen que eso trae mala suerte? ¿Siete años o no sé cuántos por cada espejo?

—Tú sí que traes mala suerte —me soltó Nell—. Si te crees capaz de superar la clásica vanidad de los Redding y dejar de admirarte a ti mismo durante un ratito, a partir de ahora intenta no contemplarte en ninguna superficie reflectante.

Me estaba empezando a cansar de que una prima que nunca había pasado tiempo con nosotros se permitiera juzgar a los Redding. Vale, sí, no se equivocaba al pensar que muchos de mis parientes eran así, pero no todos.

—Se te olvida que tú también eres una Redding, ¿no? —le dije.

Nell respiró hondo por la nariz y entreabrió los labios, como si se dispusiera a decir algo. El tío Barnabas se aclaró la garganta y la interrumpió. Luego le tendió la máscara roja y señaló la ventana con la barbilla.

—Ve a colgarla y pon una línea de sal en el alféizar. Eso las mantendrá a raya durante un tiempo. Prosper ya tiene bastante con ese maléfico que le chupa la energía. Lo que menos necesita ahora es la visita de otras criaturas.

—Un momento —dije al tiempo que levantaba una mano para detener a Nell. Los quería a los dos en la habitación porque necesitaba respuestas—. ¿Cuál es el plan? Vale, tengo un maléfico dentro... ¿Qué hago? ¿Lo atrapo en un espejo para que salga? ¿Se lo doy de comer a una arpía para que él no me

coma a mí?

«**Vuestras suposiciones son incorrectas, ciruelo inculto** —dijo Alastor, que parecía ofendido por mi comentario—. **Yo no me alimento de inmundas almas humanas. Saben a rayos de sol y menta. Puaj**».

El tío Barnabas dirigió la mirada al techo, mientras se rascaba la cabeza.

—En estos momentos estamos..., esto..., sopesando unas cuantas opciones para sacarte de este aprieto.

—O sea, que no tenéis ni idea, ¿verdad? —dije lisa y llanamente.

—No, no, no —respondió Barnabas al tiempo que agitaba las manos—. Estamos estudiando otras posibilidades, es cierto, pero creemos que nuestra mejor opción es terminar lo que Goody Prufrock empezó. Lo trasladaremos desde tu cuerpo al de otro huésped vivo, no sé, una rana o una araña, y... —Unió de nuevo las manos—. El problema, claro, es que tenemos que encontrar los ingredientes necesarios para el conjuro.

—Y ¿cuáles son? —pregunté—. ¿No se pueden comprar por internet?

—Algunos —dijo Nell—. Pero para el conjuro necesitamos tres dedos de los pies de un hombre ahorcado por sus crímenes...

—Uy —dije—, eso es muy específico, ¿no?

Nell me lanzó una mirada asesina y prosiguió:

—Tres dedos de los pies de un hombre ahorcado por sus crímenes, la baba regalada de una anguila recién nacida, las alas de un escarabajo negro arrancadas en pleno vuelo, dos huevos de víbora robados de noche y una piedra brillante lanzada desde la luna. Todo eso hervido en un caldero a mediodía... y el hechizo adecuado, claro.

Los dedos de los pies de un muerto, huevos de víbora, una piedra lunar... Venga ya, ¿en serio?

—Y ¿eso va a funcionar? —pregunté con una voz cada vez más aguda—. ¿En qué os puedo ayudar? ¿Cuál es mi tarea?

Nell me miró como si le hubiera preguntado si me iban a crecer seis piernas más.

—¿En serio? ¿Quieres hacer algo?

—¿Te crees que me voy a quedar aquí sentado contemplando las musarañas y esperando a que esa... esa cosa venga y destruya a mi familia?

Mis padres se habían esforzado mucho para levantar su fundación y no estaba dispuesto a ver cómo todo se convertía en cenizas. No podía sacar a Prue de la Casita, pero algo tenía que hacer. Lo cierto era que mi familia podía permitirse perder algo de dinero, pero... ¿Por qué tenía la sensación de que la palabra «venganza» significaba algo más que perder ingresos? ¿Por qué me parecía que implicaba perder vidas?

«Hum..., me estás dando unas ideas bastante interesantes, Gusano».

—Tu tarea es quedarte aquí y no meterte en problemas —dijo el tío Barnabas—. Los dedos de los pies del muerto se nos están, ejem, resistiendo un poco. Pero tengo una pista. Un contacto en Australia dispuesto a desenterrar a un viejo convicto y, en fin, chas chas.

Contuve un escalofrío.

—Y ¿cuánto va a tardar? ¿Por qué no compramos un billete de avión y nos vamos a Australia a recogerlos?

Pero, nada más pronunciar aquellas palabras, empecé a arrepentirme. Ir en avión a Australia no era barato... Que mi familia tuviera el dinero para hacerlo no significaba que el tío Barnabas también pudiera. Y, lógicamente, no me equivocaba.

—¿Con qué dinero? —se burló Nell—. ¿Con el tuyo?

—Mis padres os han pedido que me ayudéis, ¿no? —volví a intentarlo—. A lo mejor podrían pagarlo ellos...

—No, Prosper —dijo Barnabas en tono brusco. Luego, con voz más dulce, se explicó—: No podemos tener contacto con nadie. Tu abuela está vigilando muy atentamente y supongo que debe de tener acceso a sus cuentas bancarias. Además, no tenemos tu pasaporte y tampoco tenemos tiempo de ponernos ahora a pensar en otra manera de sacarte del país.

A veces, la lógica era una caca.

—Podría hacer una llamadita rápida —les supliqué—. Les podría dejar un mensaje desde un teléfono público o mandarles un correo electrónico...

—¡No! —dijo Nell en un tono lo bastante brusco como para que Sapo diera un brinco en el aire.

El MurciéGato se quedó flotando detrás de Barnabas, con los ojos muy abiertos y atentos, como si estuviera buscando camorra. Cuando el tío

Barnabas se volvió a mirarlo, el bicho se dejó caer rápidamente en el cajón repleto de tierra oscura y hierbas.

—No puedes mantener contacto con nadie —prosiguió Nell—. Nada más salir de Redhood, te lancé un conjuro de glamur. Si alguien te está buscando, el conjuro le impedirá verte, pero solo funciona si no revelas tu ubicación.

—Pero... ¿y todos los demás?

Casi todo el mundo se dedicaba con descaro a sacar fotos de mi familia y enviarlas a las revistas. Bastaría con que una sola persona colgara una foto en la red para que...

—Lo único que ve la gente es el glamur que te he puesto, no tu cara real —dijo. Los ojos le centellearon tras las gafas—. Es como una máscara mágica. No te preocupes, te he dado una nariz enorme y unos ojillos redondos y brillantes.

—Bueno —suspiré—, así estaré más guapo, ¿no? Todo el mundo dice que soy clavadito a mi tío bisabuelo Ichabod y el pobre tenía más bien cara de ardilla rabiosa.

A Nell se le escapó una aguda carcajada, pero enseguida se mordió un labio y se obligó a dejar de reír. Se volvió a sentar, pero esta vez en el extremo más alejado del sofá, como si quisiera mantener las distancias.

—Por favor —dije—. Necesito hacer algo, necesito que me asignéis alguna tarea.

Lo que fuera para tratar de olvidar que llevaba una criatura diabólica en mi interior.

—Bueno..., vale. Supongo que podrías buscar un recipiente adecuado para contenerlo —dijo Barnabas.

—¿Y ya está? —pregunté—. ¿Y lo de arrancarle alas al escarabajo? Podría intentarlo. ¿Qué es lo que necesito? ¿Unas pinzas?

—Las alas ya las hemos comprado —dijo Nell—. «Bien está lo que bien acaba», así que tranqui.

—Vale... —dije con una voz ridículamente aguda—. Pero ¿qué pasa si el maligno recupera todas sus fuerzas antes de que yo cumpla trece años?

—Bueno, si eso ocurre, ya nos preocuparemos en su momento —dijo el tío Barnabas—. Lo único que necesito ahora es que creas en este plan y que no

contactes con tu familia, pase lo que pase.

Asentí al cabo de unos segundos, mientras me limpiaba un hilillo de sangre de la mejilla. Me dolían la cara y las manos, pues se me habían clavado algunas esquirlas de cristal.

—¿No te había pedido que fueras a reponer la sal? —dijo el tío Barnabas, al tiempo que se volvía hacia Nell. La niña se había refugiado en un rincón con Sapo y me observaba a través de sus gafas—. Antes de marcharte, coge la tintura curativa del estante, por favor. No podemos permitir que nuestro invitado vaya por ahí lleno de cortes y moretones.

—Pero...

—Ahora, Cornelia. Y no te olvides de los espejos.

Nell se puso en pie de un salto con un gruñido de frustración, claramente consciente de que la estaban echando. Cogió un pequeño frasco plateado de un estante del armario y prácticamente me lo clavó en el pecho. El tapón se abrió solo y del frasco salió un perfume a menta y áloe que me hizo cosquillas en la nariz. Cogí un poco de aquella crema de color rosa pálido y empecé a aplicármela en la cara, las manos y los brazos. En cuestión de segundos desapareció el dolor y los cortes se me empezaron a cerrar. Al verlo, se me formó otro nudo en el estómago.

Irreal. Todo aquello era tan... irreal.

Nell cruzó la habitación y recogió el cubo del suelo. Por primera vez, me fijé en que las estrellas se le habían caído del pelo y habían quedado esparcidas por el suelo, olvidadas.

—De nada —dijo entre dientes, mientras apretaba el cubo de plástico azul contra el pecho.

Tío... Me sentí como un completo imbécil: ni siquiera le había dado las gracias por salvarme la vida. Pero en lo único que pude pensar fue en el hecho de que me la había tenido que salvar mientras yo estaba encogido en el suelo, como si fuera una gamba. Tengo mi orgullo, ¿sabéis? Aunque no mucho, por suerte.

Antes de que pudiera decir nada, Nell cruzó la puerta hecha una furia.

—Vamos, Sapo —dijo.

El MurciéGato echó a volar tras ella. De repente, como si acabara de

recordar que tenía público, convirtió el vuelo en un salto extrañamente largo, aunque el tío Barnabas ni siquiera se enteró. Pese a que ya habían desaparecido los dos escalera abajo, la rabia de Nell se había quedado en el desván y flotaba en la puerta como una nube de tormenta.

Esperé hasta que las escaleras dejaron de crujir y luego pregunté:

—¿De qué servirá colgar la máscara?

—Servirá para advertir a otras arpías que podrían sentir interés por ti y por el poder del maléfico —respondió Barnabas.

—¿De verdad crees que hemos ganado algo de tiempo? ¿Que la arpía le ha chupado suficiente poder como para cambiar algo?

—Espero que sí. Pronto sabremos algo más, creo —dijo el tío Barnabas—. Ya sé... ya sé que no tengo derecho a decirlo, dado que acabamos de reencontrarnos, pero... estoy orgulloso de lo bien que estás llevando todo esto.

«Estoy orgulloso de ti». ¿Cuándo había oído esas palabras por última vez?

Años. Habían pasado años enteros. Cuando Prue había entrado en shock en casa y yo había llamado a las personas adecuadas en el orden correcto, y el operador del 911 me había indicado cómo hacer una RCP.

—Gracias —dije con sinceridad—. Lo intento. Pero es que... es demasiado. Y estoy preocupado. No entiendo cómo puedo ser huésped y a la vez prisionero de ese maléfico.

«Yo también me lo pregunto».

—Cierra el pico —gruñí.

—¿Cómo dices? —parpadeó el tío Barnabas—. Ah. ¿Te está... hablando?

«Como una llama que ya se ha extinguido, así es la inteligencia de este hombre. Si fuera un poco más lerdo...».

—¿Sabes una cosa? —dije interrumpiéndolo—. A nadie le gusta ese lenguaje tan cursi que usas.

—¿Qué te está diciendo? —insistió el tío Barnabas—. ¿Te está hablando de la maldición?

«¡Desdichado de lengua procaz! —me escupió Alastor—. No oséis hablarme en ese tono informal. ¡Soy vuestro amo y señor! ¡Soy el príncipe de...!».

—Un tonto del culo, eso es lo que sois —dije para luego volverme hacia

mi tío—. No, en serio, ¿no existe una forma de obligarlo a dormir?

—No que yo sepa —dijo el tío Barnabas, mientras se rascaba la nariz con el dedo índice, como si estuviera pensando—. Pero hay un truco que siempre funciona.

—¿Cuál?

—Lo mismo que con los abusones del instituto —dijo acercándose a mí y levantándose del suelo—. Si los ignoras, tarde o temprano se acaban cansando.

Sí, claro. Porque ese truco me había funcionado muy bien durante los últimos doce años, ¿verdad?



La casa de los muchos terrores

Unas tres horas más tarde, estaba completamente desvelado, contemplando el techo. Por las grietas de los tablones de madera del suelo se colaban toda clase de gritos y chillidos de terror. Después del tercer grupo, ya me había aprendido de memoria la secuencia de los distintos animatrónicos de aquella casa del terror: la risa socarrona de la enfermera zombi, los golpes de lo que fuera que estaba encadenado en la habitación de la planta baja, los falsos chillidos de los murciélagos y, menos de dos minutos después, Nell que se aparecía de repente a los turistas, saliendo de un compartimento oculto en lo alto de la escalera al grito de «¡Dadme vuestros cereeeebros!».

Uno de los turistas lanzó un chillido tan agudo que, por un momento, pensé que se iban a romper los cristales de las ventanas. Hasta Sapo, que estaba sentado en el borde del sofá, dio un respingo y me observó con una mirada tan propia de un halcón que, por un momento, me pareció que la naricilla se le convertía en un pico. Entrecerró sus ojos saltones hasta convertirlos en rendijas y me observó sin parpadear mientras movía la cola de un lado a otro, como si fuera el péndulo de un antiguo reloj de pie.

Todo lo cual sirvió, casi, para silenciar en mi mente el canto del maligno. Había compuesto para mí una canción muy especial, al ritmo de una melodía

que sonaba como el himno de Estados Unidos.

«Arráncales los dedos de manos y pies —canturreaba— y entiérralos muy lejos después... ¡o ásalos vivos!».

La habitación estaba a oscuras y hacía mucho frío. Cuando Nell y el tío Barnabas habían bajado a las otras plantas para prepararse ante la llegada de turistas y masocas, habían dejado la ventana abierta porque, según ellos, yo necesitaba «aire fresco».

He aquí una lista de cosas que sí necesitaba:

1. Mi almohada hipoalergénica.
2. Un buen vaso de leche desnatada.
3. Algo cortante para clavarme en los oídos.

—¿Seguro que no quieres bajar a mirar? —me había preguntado Nell.

Ella también participaba en el espectáculo, pero nadie se había molestado en contármelo hasta que apareció de un salto tras el sofá, disfrazada de esqueleto. Si me estremecí no fue por el miedo, sino por el maquillaje tan cutre que llevaba. Parecía como si se hubiera pintado una luna en la cara y luego hubiera garabateado una cuantas rayas negras encima.

—Puedo ayudarte con eso, si quieres... —empecé a decir.

Hasta entonces, no había hecho otra cosa que dar un montón de problemas a Nell y a Barnabas y obligarlos a hacer añicos el resto de los espejos de la casa. Noté un cosquilleo en los dedos solo de imaginarlos a los dos riendo, o a Nell burlándose otra vez de mí.

Y, como era de esperar, Nell arrugó la nariz ante mi ofrecimiento, como si acabara de vomitarle en los pies.

—Solo era una propuesta, allá tú —murmuré mientras cruzaba los brazos y apartaba la mirada.

¿Qué problema tenía? Si se hubiera criado entre los Redding, a lo mejor se habría dado cuenta de que mi pequeña unidad familiar no era tan terrible como el resto de mis parientes. De hecho, mamá, papá y Prue eran los mejores de toda la familia.

«No pienses en ellos», me dije. Y menos aún con el nudo que se me había formado en la garganta. No podía pensar en nada que no fuera mi cómoda cama y el tentempié tardío que mamá me hubiera preparado de haberme

encontrado despierto a aquellas horas. Habríamos visto una peli, los dos solos, o me habría contado alguna historia que nunca antes había oído sobre los viajes de sus padres —científicos los dos— al Amazonas.

¿Dónde estaría mi madre en ese momento? ¿Aún en China? ¿Habrían vuelto a casa papá y mamá al darse cuenta de lo que había ocurrido? Tal vez Prue estuviera con ellos...

—A mí sí me iría bien tu ayuda, Prosper —había dicho el tío Barnabas, al tiempo que me ofrecía la paleta de pinturas para la cara.

El disfraz que llevaba era una mezcla de muerto viviente y director de circo. Completaba su atuendo un sombrero de copa salpicado de sangre.

—Veamos si aquella caja de pinturas te ha resultado útil durante todos estos años.

Estudié su rostro durante unos momentos y me fijé en su larga nariz y en sus radiantes ojos azules. Y, solo para demostrarle a Nell que hablaba en serio, le dibujé a Barnabas un macabro rostro de esqueleto: le pinté la cara de blanco, desde la frente hasta la barbilla, y luego añadí unas pinceladas verdes para darle un aspecto más pútrido. Luego le di unos toques de negro bordeado de púrpura en los huecos y hoyuelos de la cara y, para rematar mi obra, una gotas rojas que simulaban sangre en los puntos de sutura que le había dibujado en ambos lados de la boca.

Cuando terminé, me eché hacia atrás para contemplar mi obra. Dado que ya no había espejos en la casa, Barnabas se volvió hacia Nell y le pidió su opinión.

—¿Qué tal estoy? —preguntó.

—Escalofriante —había admitido Nell arrastrando las sílabas a regañadientes, como si estuvieran repletas de espinas.

Sapo, acurrucado en sus brazos, había levantado una zarpa y le había dado una palmadita en la mano.

Otro grito. Esta vez una chica, que soltó un chillido de esos que perforan los tímpanos. Siguió enseguida la falsa risotada estentórea de Barnabas y entonces, puntuales como un reloj, las estridentes sirenas de la segunda planta, que hicieron enloquecer a un puñado de niños más.

—¡Más clientes satisfechos! —se oyó la voz grave de Barnabas a través

del micrófono. Hablaba con un curioso acento irlandés.

«...hiérvelos en aceite, descuartízalos con una sierra», canturreaba Alastor con voz alegre.

—Eso ni siquiera rima —gruñí al tiempo que me levantaba de la improvisada cama—. Prueba «con deleite».

Después de comprobar que pasear de un lado a otro solo servía para que se me formara un nudo en el estómago y para que Sapo me mordisqueara los tobillos, me dirigí cojeando a los estantes del tío Barnabas y me dediqué a sacar libros para echarles un vistazo. Estaban todos encuadernados en piel y tenían el lomo de distinto color: marrón, negro o azul. Parecían bastante gastados por el uso.

Al colocarlos de nuevo en los estantes, los ordené por color. Sapo me observaba igual que la niñera que en otros tiempos habíamos tenido Prue y yo, la que me pegaba en la palma de la mano —porque así no me dejaba marcas— cuando era «malo», «tonto» o «pesado». En cuanto mamá se imaginó la forma en que aquella niñera pretendía disciplinarnos, la echó a la calle a patadas, con tanta fuerza que la pobre mujer casi sufrió un traumatismo cervical.

La había contratado la abuela.

—Vale, vale, ya los devuelvo a su sitio, no te preocupes —murmuré mientras me frotaba la mano con aire ausente, perdido aún en el recuerdo—. Total, tampoco los puedo leer, están todos en latín. Ay... ¡Jolín!

El último volumen era tan viejo y estaba tan gastado que la encuadernación casi se me deshizo entre las manos. Parte del libro cayó al suelo polvoriento con un ¡plof! lo bastante sonoro como para sobresaltarme. Eché un vistazo a mi alrededor, para asegurarme de que Nell y el tío Barnabas no habían regresado, y recibí un manotazo de Sapo en la nariz como castigo por mi torpeza.

Dejé la mano inmóvil. Las páginas se habían abierto y mostraban un grabado en el que aparecían varios monstruos dibujados en tinta negra. Tenían cuernos y cola y formaban un círculo.

—*Nominibus daemonum* —dije leyendo el título del libro—.
¿Nominibus...?

«El significado os... te resultaría claro si pudiera hallarse en tu cerebro

ni que fuera el más mínimo indicio de inteligencia. Pero es evidente que vos ni siquiera sois capaz de hablar la lengua de vuestros propios antiguos —se burló Alastor con desdén—. **Los nombres de...».**

Algo en aquel repentino silencio, en la forma en que se había interrumpido bruscamente, despertó mi curiosidad. Una curiosidad muy peligrosa.

—¿Los nombres de? —lo presioné—. ¿Los nombres de... los *daemonum*..., ¿demonios? ¿Los nombres de los malignos? ¿Todo un libro solo para una lista de nombres?

Alastor, por primera vez en varias horas, permaneció extrañamente silencioso.

Pasé una página, me encontré con la imagen de un enorme y fiero demonio negro y decidí cerrar el libro. Ya hablaría por la mañana con Nell y el tío Barnabas y les preguntaría por qué el corazón me había dado un vuelco, a pesar de que no estaba nada nervioso.

Tuvo que transcurrir otra hora antes de el cerebro se me empezara a apagar lo bastante como para poder dormir. Me disponía a deslizarme hacia el país de los sueños cuando noté el primer tirón en los dedos de los pies.

Luego se doblaron, se estiraron y se volvieron a doblar otra vez. Ellos solitos.

Me senté de golpe y me subí la manta hasta la barbilla. La luz de la luna que se colaba por la ventana era todo lo que necesitaba para ver cómo se me movían los pies.

—¿Te importaría dejar de hacerlo? —dije entre dientes—. ¡Va en serio!

Sapo, que había enterrado la cara entre las sábanas, la levantó y me miró con expresión soñolienta.

Me sentí como si tuviera los dedos enterrados en una tonelada de arena. Ni podía moverlos por mí mismo ni podía hacer que dejarasen de tamborilear sobre el cojín del sofá. Un-dos-tres-cuatro-cinco, una y otra vez.

—¡Jolín! ¡Para!

«¿Debo parar? Prefiero explorar mi nuevo hábitat».

Alastor soltó una larga carcajada y siguió jugueteando con los dedos de mis manos y de mis pies. Solo eran pequeños movimientos, pero me sentía como si me corrieran agujas al rojo vivo por las venas. El brazo derecho me

ardía como una mala cosa y, de repente, empezó a levantarse él solito. En el brazo izquierdo notaba lo mismo, y el corte también me dolía como una mala cosa..., pero no se movió.

El maligno gruñó por el esfuerzo.

«**Hierro** —dijo entre dientes—. **¿La vieja beoda se atrevió a clavarme un cuchillo maldito?»**».

—Eh, perdona que te diga que me lo clavó a mí, no a ti —dije. Levanté el brazo vendado y me lo coloqué justo delante de la cara—. Eso significa que... si me hubiera cortado también en el otro brazo y en las piernas, ¿tampoco podrías controlarlas?

La idea de que aquel carámbano que tenía por abuela me hubiera hecho un favor —intencionadamente o no— me resultaba tan absurda que no me lo podía creer. Aparté aquel pensamiento.

Alastor volvía a guardar silencio y yo empezaba a sospechar que eso era muy mala señal.

El tío Barnabas me había hecho un millón y medio de preguntas sobre Alastor mientras cenábamos unas hamburguesas frías. Y, cada vez que tenía que responder, las palabras se me quedaban atascadas en la garganta. Lo cierto era que no percibía al maligno de un modo normal. No era como un escarabajo paseándose por debajo de mi piel. Era más... era más como si alguien me hubiera obligado a tragarme una nube de tormenta. Gruñía y rugía y, de vez en cuando, lanzaba una ráfaga de viento. No me costaba saber cuándo se sentía frustrado o enfadado, porque yo también me sentía frustrado y enfadado.

«No pasa nada —me dije—. Pronto lo sacaré de ahí».

La voz de Alastor me llegó como un susurro.

«**Eso ya lo veremos, ¿no?»**».

Aparté la manta de una patada y me levanté del sofá. Me sentía acalorado y empapado en sudor, como si tuviera fiebre. A pesar del viento, se respiraba el cielo nocturno a través de la ventana. Además de febril, me sentía triste y completamente desvelado. Menos mal que no había ningún teléfono ni ordenador en el desván, porque no creo que hubiera podido resistir la tentación de llamar al móvil de mi padre, solo para oír su voz durante un segundo. No habría dudado ni un instante en cargarme el conjuro de Nell si

con ello conseguía largarme de allí, refugiarme en mi casa y asegurarme de que Prue estaba bien.

—¿Siempre has odiado tanto a mi familia? —le pregunté—. ¿Por qué tienes que hacer daño a todo el mundo? Nosotros ni siquiera estábamos vivos en aquella época para impedirles hacer lo que hicieron.

«Dudo que lo hubierais hecho —me llegó la respuesta, como el ruido sordo de un trueno—. El corazón de todos los Redding está envenenado por la codicia».

—El de mis padres no —respondí.

«¿Acaso no ansían recibir halagos del mundo entero? ¿Acaso no ansían encontrar los mejores cuidados, no solo para los demás, sino también para vuestra hermana? —murmuró Alastor—. Puede que vuestros padres no firmaran el pacto, pero aprecian sus efectos y se han beneficiado de ellos mucho más de lo que jamás hubieran podido soñar. Y si ahora todo se viniera abajo, si vuestros padres perdieran su buena reputación... Ah, sería un auténtico placer».

El corazón me dio un doloroso vuelco en el pecho. Como si Sapo hubiera oído el golpe, revoloteó desde la otra punta del sofá y batió las alas delante de mí, rozándome la cara al hacerlo.

—No lo hagas —susurré—. No solo perjudicarías a mi familia. Perjudicarías también a miles de niños de todo el mundo...

«Sentirán el mismo dolor que yo. Sentirán la agonía de aquella pobre muchacha a la que tu antepasado quemó viva —dijo. Casi me pareció oír su sonrisa de desdén—. Y todo será culpa vuestra, Gusano. ¿Quién te aceptará entonces, sabiendo que eres la causa de tanta desgracia e infortunio? ¿Quién podría amar a alguien tan débil y estúpido? Pero vos conocéis muy bien las burlas y el desdén, ¿no es cierto? Todo el mundo verá confirmadas, sin temor a equivocarse, sus sospechas de que en vos no hay nada interesante, nada digno de admiración».

Alastor no se... Traté de respirar hondo, de sobreponerme al escozor que notaba en los ojos. No se equivocaba. Todo lo que había dicho era cierto. Si no conseguía detenerlo, si yo me convertía en el motivo de que mi propia familia fracasara, se tambaleara y se viniera abajo...

«Vuestra desgracia sabe a pimienta, Gusano. Es deliciosa. Pero existe una forma de salvarlos, de asegurarnos de que no os odien. Vuestra propia familia: madre, padre y hermana. Todos a salvo, todos bien atendidos. Y lo único que tienes que hacer es acceder a firmar tu propio pacto...».

Una minúscula patita negra me rozó la punta de la nariz. Sapo me observó con sus ojos verde esmeralda y sacó las garras muy cerca de mis tiernos globos oculares. Pero en lugar de dejarme ciego, retiró la pata y se inclinó para observarme a los ojos. Me fijé entonces en que las orejas no eran tan pequeñas como el resto del cuerpo, sino que estaban dobladas. En ese momento, una de ellas se levantó como si tuviera vida propia y formó un pequeño triángulo. Sapo estaba escuchando.

—¿Lo oyes? —susurré perplejo.

«En mi reino, los suplantadores no son mejores que los ratones —dijo Alastor—. Este maligno no es más que una vulgar mascota. Estúpido. Lo mejor que se puede hacer con ellos es escabecharlos y asarlos sobre un buen fuego».

Sapo respondió a mi pregunta, y a la encantadora imagen mental de Alastor, con un aullido. Sacó de nuevo las garras, dispuesto a atacar. Lo cogí por la barriga y me levanté del sofá de un salto.

—Venga ya, colega, tú sabes que yo no pienso todo eso. Solo intenta ponernos nerviosos. Vamos a buscar alguna distracción.

Puesto que no podía leer la mitad de los libros de los estantes, y la otra mitad solo serviría para provocarme pesadillas, la lectura quedaba descartada. Me quedé en el centro del desván, con las manos apoyadas en las caderas. La camiseta naranja con la calabaza estampada relucía a la luz de la luna. El aire me trajo un olor a leche agria y, de repente, supe lo que debía hacer.

Qué asco, pensé horas más tarde, intentando respirar por la boca mientras ataba las bolsas de basura podrida y trataba de sacarlas por la ventana. Las estrujé y las empujé para hacerlas pasar, pero me entró un escalofrío cuando de una de ellas empezó a gotear un líquido que me empapó las manos. Qué asco, por favor.

Nell y el tío Barnabas no parecieron sorprendidos de encontrarme aún

despierto, pero sí parecieron un poquitín sorprendidos al verme barriendo el suelo.

—¿Qué? —dije a la defensiva—. Estaba sucio.

No soy un maniático de la limpieza, lo juro, pero me gusta ordenar la ropa por colores en el armario y odio encontrar polvo o migajas en mi escritorio. Y tampoco es que hubiera hecho nada malo, ¿no? Nadie debería vivir rodeado de cajas y bolsas con las que tropezar, por no hablar ya de tazas con restos resecos de copos de avena. O camas sin hacer. O cortinas infestadas de arañas. O la amenaza de pilas de libros que en cualquier momento podían caer y aplastar a alguien.

—Está... —empezó a decir el tío Barnabas al tiempo que se quitaba las gafas y las limpiaba antes de volver a ponérselas—. Está muy limpio.

Pues sí que lo estaba, sí.

—¿No podías dormir? —preguntó Nell arqueando una ceja.

Ella no parecía en absoluto cansada y yo me sentía como si hubiera tomado un medicamento para el resfriado. Prácticamente tenía que arrastrarme por la habitación. Era casi medianoche: en casa, nuestros padres nos obligaban a acostarnos a las nueve y media, a las diez como mucho la noche que tocaba sesión familiar de cine.

Aquella noche tocaba sesión familiar de cine.

No pienses en eso, no lo imagines, no lo eches de menos... Como si repetirme todo aquello fuera a servir de mucho.

Aun así, una pequeñísima parte de mí reconoció, entusiasmada, que todo aquello tampoco estaba tan mal: no había hora de irse a la cama, no había comida sosa y aburrida y, sobre todo, no había ni rastro de la abuela. En Redhood, o se vivía conforme a las reglas o no se vivía. Por mucho que yo me empeñara en pensar que mis padres eran distintos, ellos también tenían su propio conjunto de normas. Aquí, en cambio —a excepción de las dos órdenes de la bruja interna: nada de espejos, nada de revelar mi nombre ni mi ubicación—, no había prácticamente ninguna regla.

Al menos, hasta el momento. Porque si Nell y Barnabas se enteraban de lo que había ocurrido, de que Alastor había conseguido moverme un brazo y los dedos de los pies...

—Él... —empecé a decir, pero enseguida me interrumpí.

¿De verdad era buena idea contarles lo del control de los dedos de los pies? Si se enteraban..., ¿me atarían o me encerrarían en algún armario?

—Alastor es como un bebé. Lo único que hacer es lloriquear y gritar.

—Puede que tenga algo para hacerlo callar —dijo Nell—. Nunca lo he probado, pero a lo mejor funciona.

El tío Barnabas me apoyó una mano en el hombro y Nell observó atentamente el gesto.

—¿Es un conjuro nuevo —preguntó ansioso— o un maleficio?

Nell cogió su mochila lila, sacó una hoja de cuaderno y un bolígrafo, y regresó con ambas cosas al sofá.

—No es más que un conjuro básico —respondió ella.

—¿Un conjuro básico? —gruñó el tío Barnabas al tiempo que se quitaba el sombrero de su disfraz y lo lanzaba a su cama—. Esa magia de estar por casa es indigna de ti, Cornelia. Tu madre era una bruja magnífica y me atrevo a pensar que se llevaría una decepción al ver lo poco que te exiges a ti misma.

Nell siguió con la vista clavada en el papel. Me pareció ver que le temblaba la mano, pero enseguida me lo entregó.

—Podría ser útil —dijo en voz muy baja al tiempo que se alisaba un rizo suelto—. Lo que tienes que hacer es escribir el nombre del maligno: A-L-A-S-T-O-R.

—¿Por qué no lo escribes tú?

—Porque el que busca protección eres tú, lumbrera, no yo —dijo al tiempo que me lanzaba una mirada impaciente tras las gafas—. Hazlo y punto.

Alastor tembló en mi mente, como si fuera una pila de hojas caídas que el viento hace revolotear. Mientras yo escribía su nombre, soltó un «¿Ejem?» de curiosidad.

—Ahora dobla la página por la mitad, justo por donde está el nombre. Sigue doblándolo hasta hacerlo cada vez más pequeño. Y, mientras lo haces, imagina que su poder va disminuyendo hasta desaparecer.

«Poco probable».

—Cierra el pico, Alastor —dije. Miré a Nell y, de repente, me sentí muy decidido. Doblé el papel una última vez, hasta que quedó del tamaño de una

píldora—. Y ahora ¿qué?

Nell se puso de pie, con los hombros hundidos, y fue a buscar una vela y una taza a la cocina. Chasqueó los dedos para encender la mecha.

—Préndele fuego al papel y tíralo a la taza... Eso es, muy bien. Y ahora repite conmigo: «Tu control disminuye. Yo te ato».

Aunque me sentí muy estúpido al decirlo y más aún al repetirlo, el conjuro básico funcionó muy deprisa.

Como la magia.

«¡Nooooo! —aulló Alastor—. **¡Basta, maldito seas, basta!**».

Intenté pronunciar las palabras lo más deprisa posible. Seguí repitiendo una y otra vez la frase «Yo te ato», hasta que el maligno dejó de gimotear y aullar y el papel ardió por completo. Nell se inclinó sobre la taza y hundió un dedo en la negra ceniza. Antes de que pudiera impedirselo, me lo pasó por la frente.

No tengo ni idea de lo que supuestamente debía notar, pero mi estómago había dejado de brincar como un saltamontes y ya no sentía dentro el cosquilleo que indicaba la presencia de Alastor. Nell me observó con una mirada radiante desde detrás de sus gafas, y Sapo, que le había trepado por la espalda para acomodarse en el hombro, le lamió una mejilla en señal de aprobación. Sonreí y Nell me devolvió una discreta sonrisa. Puede que no fuera magia de verdad, como había dicho el tío Barnabas, pero algo era, desde luego.

—Bueno, ya basta de emociones por esta noche. Es hora de que os vayáis al catre los dos —dijo el tío Barnabas al tiempo que se ponía de pie y se desperezaba—. Mañana tienes un día muy intenso, Prosper...

—Lo sé —dije mientras sonreía encantado ante la perspectiva de limpiar el polvo de las estanterías y encontrar hojas de papel en blanco para hacer un boceto del desván. Todo un día en casa sin nada que hacer excepto pintar. El paraíso.

—...un instituto nuevo siempre es un reto, pero estoy convencido de que te irá muy bien.

Me sentí como si de repente se me hubiera acercado y me hubiera atizado un puñetazo en la garganta.

—Espera... ¿Qué? ¿¿Por qué??

—Porque uno de nosotros tiene que vigilarte en todo momento, para asegurarnos de que nadie intente secuestrarte o de que el maligno no empiece a dar guerra —dijo el tío Barnabas—. He estado preparando a Cornelia para enfrentarse a esa posibilidad y, dado que ella tiene que ir al instituto porque así lo ordena la ley, tú también irás. Además, el aquelarre local ha lanzado un poderoso conjuro de protección en todo el instituto. Es el único sitio en el que no puede entrar ningún maligno, ni nadie que lleve malas intenciones. Y será muy útil a la hora de crearte una nueva identidad aquí.

—Además, tienen un sistema de rociadores automáticos —dijo Nell como quien no quiere la cosa—, por si acaso intentamos algún conjuro después de las clases y, ejem, no nos sale bien.

Me tumbé en el sofá y me subí la manta hasta la barbilla. Desvié la mirada hacia el tío Barnabas.

—¿No puedo ir a trabajar contigo?

—Lo dice alguien acostumbrado a salirse siempre con la suya —murmuró Nell.

—Me temo que no —respondió el tío Barnabas—. Ya tendremos tiempo de sobra para experimentar después de que haya investigado un poco en los archivos. Lo tengo todo controlado.

Nell salió del cuarto de baño vestida con un pijama rosa. Pasó junto a su padre sin dignarse mirarlo, ni siquiera cuando le dijo que nos despertaría por la mañana. Esperé a que el tío Barnabas entrara en el cuarto de baño y abriera el grifo de la ducha, y entonces me volví hacia la cama de Nell. Se estaba trenzando el pelo, con la mirada clavada en la pared opuesta. Me proponía averiguar a quién intentaba asesinar con aquellas dagas que tenía por ojos cuando, de repente, la luz del desván se apagó.

Mientras apoyaba la cara en la almohada, me acordé de repente del libro que había encontrado.

—¿El nombre de un maligno tiene alguna importancia?

Nell estaba colocando bien las mantas de su cama, pero se interrumpió al oír mi pregunta.

—Son nombres al azar. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque antes he visto uno de los libros y Alastor ha reaccionado de una forma un poco rara —dije.

—Ya sabes su nombre —dijo Nell en tono brusco—. Ese libro solo es... una enciclopedia de malignos conocidos y derrotados. Ahora no vayas de listo y finjas que lo sabes todo sobre este mundo.

—No finjo saberlo todo —le respondí en el mismo tono. ¿Por qué hablar con ella era siempre como pasearse entre las zarzas?—. Por cierto... A mí el conjuro básico me ha parecido una pasada. Me da igual lo que piense el tío B.

Para empezar, ni siquiera tenía claro por qué había sentido la necesidad de decírselo. Tal vez porque antes, cuando el tío Barnabas había mencionado a su madre, yo me había fijado en la expresión de Nell y, durante apenas un segundo, me había parecido ver un rincón secreto de su corazón. Un rincón muy oscuro y muy triste.

—¿Te enseñó tu madre? —le pregunté—. ¿Antes de...?

—Sí —dijo en voz tan baja que tuve que aguzar el oído para oírla—. Me enseñó mucho, pero supongo que no lo bastante para que él esté contento.

—Ya... Bueno, a mí me parece muy guay —le dije—. Es más de lo que puede hacer mucha gente, ¿no?

El grifo de la ducha se cerró con un sonoro lamento de las tuberías. Oí al tío Barnabas murmurando entre dientes, pero no entendí ni una sola palabra de lo que decía.

—¿Prosper? —susurró Nell—. Funcionará. Te lo prometo.

Cerré los ojos, a la espera de oír la risita de Al o el murmullo de su respiración en mis oídos. Pero solo me llegó el silencio del sueño profundo, el silencio de la luz de la luna que titilaba en el cielo.

—Ya ha funcionado.



La hora de las brujas

No había funcionado, en realidad, pero Alastor tampoco quería echarle la culpa a la brujita. Aunque el intento había sido bastante patético.

Temía que su pequeña representación de antes hubiese resultado demasiado teatral como para que Prosper se la tragara, pero había comprobado con satisfacción que su anfitrión era —tal y como ya sospechaba— más tonto que un zapato. El alma del chico se sumió en un profundo sueño y Alastor se alzó para ocupar su legítimo lugar.

Puede que hubiera sido un poco imprudente al revelar su capacidad para controlar el cuerpo del chico, pero no había podido resistirse a la tentación de asustarlo y someterlo. Conseguir que se estremeciera de miedo, notar el terror que anidaba en su corazón... Ah, era maravilloso, la verdad. Se había alimentado del sufrimiento del chico para reponer la energía que le había quitado aquella sanguijuela inmunda que era la arpía.

Poseer un cuerpo era, en otros tiempos, tan sencillo como introducir una mano en un guante de seda. Ahora, sin embargo, requería mucha más concentración. Detestaba la solidez del cuerpo del muchacho, la falta de espacio y el hedor humano. Pero, sobre todo, detestaba volver a sentirse joven y débil cuando aún conservaba los recuerdos de su larga vida anterior.

Había cumplido ochocientos años y estaba atrapado en el cuerpo de un crío que no conocía la diferencia entre un alguacil y un algarrobo. ¡Qué injustas eran las Parcas!

Aun así, resultaba interesante hurgar entre los recuerdos del muchacho. Ver en qué se había convertido el mundo de los humanos se le antojaba aterrador: en las últimas horas había aprendido mucho, pero casi deseaba no haber conocido la verdad.

Alastor levantó las piernas humanas del sofá y las apoyó con cuidado en el suelo, atento a los otros cuerpos que dormían en sus camas, justo enfrente, y al molesto suplantador que echaba una cabezada sobre el pecho de la bruja. Qué fácil, pensó, le resultaría huir y volver directamente a Redhood para acabar con la maldición que había empezado tantos años atrás.

Pero necesitaba a aquellos humanos necios y pulgosos. Los poderes de Alastor estaban volviendo a su máximo nivel, pero si la criatura incorrecta lo encontraba un día antes de lo necesario... En fin, esa opción quedaba descartada.

Alastor cruzó la habitación, saltando de sombra en sombra. La respiración de los humanos, sumidos en un profundo sueño, era lenta y regular. El suplantador movió un poco las orejas al oír el débil sonido de unos pasos, pero no abrió los ojos. Alastor esperó y casi lanzó una victoriosa exclamación cuando la criatura se limitó a cambiar de posición y empezó a roncar ruidosamente.

Existía un motivo por el cual los suplantadores eran, en el reino de Alastor, poco más que roedores a los que había que exterminar. Había oído contar que las brujas del reino de los humanos les habían cogido mucho cariño porque eran muy leales. Los suplantadores establecían un vínculo con el primer ser al que veían nada más nacer y se ataban para siempre a su cuidador. Además de eso, tuvo que admitir Alastor, eran excelentes guardianes, pues poseían un oído y una vista tan aguzados como los seres superiores. Cuando no estaban durmiendo, claro.

Y lo más importante de todo: los suplantadores podían cambiar de aspecto y convertirse en lo que quisieran, incluidos maléficos y otros malignos superiores. Eso no estaba bien: en el Mundo de Abajo, cada maligno tenía su

propio lugar en el orden de las cosas. Todo lo que alterara ese orden, ya fuera un suplantador o una arpía, era un problema que había que regularizar o afrontar.

Aun así, la bruja despertaba en Alastor una extraña curiosidad. Cuando el chico la miraba, notaba un persistente cosquilleo en la memoria, como si le recordara a alguien. Ahora que tenía la oportunidad de observarla de cerca, no pudo resistirse.

Se inclinó sobre ella y respiró el dulce aliento de la niña. Sí, pensó Alastor, seguro que por aquella jovencita pagarían un precio muy alto en el mercado de almas del Mundo de Abajo. Su valentía y su sarcasmo, teñidos de amarga tristeza... Una combinación irresistible.

Lo que más lo impactó en ese momento, sin embargo, fue su rostro, pues se parecía mucho al de la joven sirvienta en cuyo cuerpo lo habían atrapado. La joven que había llorado y suplicado cuando el fuego ya le alcanzaba los pies.

Alastor no pudo apartar de su mente la imagen de aquella muchacha, como si fuera una verruga que le había vuelto a crecer en el corazón y que resistía tenazmente todos sus esfuerzos por arrancarla. Pensó que era terrible no saber siquiera su nombre y, en cambio, recordar que su miedo tenía un sabor metálico, como el de la sangre, y que su dolor sabía a ceniza.

Alastor era un maligno muy coherente y no podía negar, de ninguna de las maneras, que la muerte de la chica había servido para salvarle la vida. Sin su miedo y su agonía, no habría recuperado el poder suficiente para huir al Entremundos y quedarse allí durmiendo, a la espera de que no quedara ningún descendiente de la bruja sobre la faz de la tierra, porque solo entonces podría volver.

Y, durante todo aquel tiempo, había soñado con lo que les haría a los descendientes de Honor Redding.

Alastor echó un vistazo a la habitación. No pretendía ir muy lejos, solo inspeccionar su nuevo entorno. Los destellos de aquel mundo que había vislumbrado durante el trayecto en el carro sin caballos («coche», se corrigió, al recordar cómo lo había llamado la brujita) lo habían puesto un poco nervioso. Recordaba el Salem de su vida anterior, pues había visitado aquel pueblo en una ocasión con Honor Redding.

Honor Redding... Habían transcurrido casi cuatrocientos años y, sin embargo, tenía la sensación de que solo habían pasado unos días desde la última vez que se habían visto. Quizá porque el muchacho se parecía mucho a Honor de joven. Y, desde luego, el parecido no terminaba ahí. Por lo que sabía, la hermana del muchacho había nacido con un corazón defectuoso, pero el muchacho había heredado el corazón débil de Honor, que había ido pasando de cobarde en cobarde. Alastor sabía muy bien que solo era cuestión de tiempo antes de que el chico aceptara firmar un pacto, igual que había hecho su antepasado.

Honor Redding no había sido su amigo. Ni siquiera había sido su socio. Los humanos constituían la forma más baja de vida y, si se los toleraba, era solo por los servicios que podían proporcionar sus fantasmas. Aquel muchacho era el legado de Honor: si podía conseguir que el muchacho aceptara firmar un pacto, la energía resultante del nuevo vínculo lo alimentaría y le proporcionaría el empujoncito de poder que necesitaba para escapar muy pronto del cuerpo del chico, antes de que la brujita y su padre pudieran atarlo a otra forma de vida y matarlo.

Alastor era un ser razonable. Estaba dispuesto a sacrificarse y a renunciar a aquellas cuatro almas —las del chico y sus familiares más cercanos— si eso significaba tener a su disposición cientos de miembros de la familia Redding. Podía invocar a los Redding ya muertos, hacerlos regresar del reino de los fantasmas y ponerlos a construir un nuevo palacio para él en el Mundo de Abajo.

El brazo del chico, que había recibido un corte limpio y rápido con un cuchillo maldito, colgaba inútil a un lado del cuerpo cuando Alastor cruzó la puerta y salió al pasillo. Golpeó a los murciélagos que colgaban del techo y se preguntó cómo podían dormir tan profundamente... y rodeados de humanos, nada menos.

Las demás habitaciones de la casa estaban encantadas y llenas de espectros que vagaban entre los pisos, la mayoría de ellos con sigilo. La magia de aquel lugar florecía al rozar la piel del muchacho como si fuera belladona. Los corazones puros de las brujas que defendían aquel reino manipulaban y sometían su maldad. Alastor se dirigió a la ventana sin perder

tiempo, pero se detuvo un momento a olisquear el esqueleto que allí colgaba. Despedía un olor extraño. No era el hedor a tierra de la mayoría de los humanos, sino un leve olor a algo... quemado, quizás. Un olor que hasta entonces él jamás había percibido. ¿Qué sentido tenía que un humano conservara aquellos huesos tan viejos?

En fin, los humanos eran muy raros, y ahora le parecían aún más raros que antes. Se volvió de nuevo hacia la ventana y la abrió con el brazo bueno del chico. Ah, sí. Había una larga escalera negra sujeta al alféizar. Deslizarse por ella no era cosa fácil —y, desde luego, era una tarea indigna de un ser como él—, pero continuó retorciéndose y arrastrándose hasta que consiguió mantener el equilibrio en lo alto de la escalera.

—¡Por todos los demonios! —jadeó cuando el gélido metal empezó a balancearse.

Con un sonoro chirrido, la escalera se precipitó al suelo. El maléfico maldijo en todos los idiomas que conocía y también en unos cuantos que no conocía. Los pies de aquella bestia metálica se estrellaron contra la tierra húmeda y Alastor salió disparado.

—¡Mal rayo parta esta casa! —dijo entre dientes al tiempo que alzaba un puño y lo sacudía.

Y Alastor, príncipe heredero del reino, maestro coleccionista de almas y comandante del primer batallón de malignos, respiró hondo el aire de la noche y echó a correr.

El Salem que estaba viendo tenía un aire muy peculiar.

Los recuerdos del tiempo que había pasado allí eran un poco borrosos, pero Alastor no recordaba que hubiera tantas casas de humanos, ni tantos faroles encendidos. Estaba claro que los malignos habían fracasado en su tarea de controlar la población humana; por otro lado, sin embargo, daba la sensación de que ellos mismos habían decorado la ciudad y la habían adornado con enormes telarañas, esqueletos y lápidas. Si los edificios estuvieran hechos no solo de piedra, sino también de huesos, y se alzaran en espiral hacia un cielo sin luna, como las altísimas casas del Mundo de Abajo,

Alastor se hubiera sentido mucho más cómodo. Aquellos humanos y sus casas cuadradas de tejados inclinados. Por favor.

El aliento del chico se volvía blanco en contacto con el aire frío de la noche. Cada vez que exhalaba, su respiración era como una sombra pequeña y reluciente. Mientras caminaba, serpenteando y zigzagueando entre las casas, la hierba y los ladrillos dieron paso a un extraño material gris, agrietado y manchado como el trasero de un anciano elfo de los árboles. Consciente de los altos humanos que lo observaban desde el otro lado de la calle, Alastor obligó al cuerpo del muchacho a acuclillarse y respiró profundamente el olor de aquella sustancia dura. Satisfecho de la fragancia terrosa que desprendía, la tocó con un dedo. Sólida. Bien. Por encima de él, unos postes muy altos sostenían cajas negras que lanzaban una y otra vez destellos verdes, anaranjados y rojos.

¿Qué clase de lenguaje era aquel, se preguntó, y qué secretos ocultaba?

—Habladme, gran ser parpadeante —le dijo—. ¡Enseñadme vuestras verdades!

Pulsó el botón de uno de aquellos postes y se fijó en que el patrón se repetía una y otra vez: verde, naranja, rojo. Y lo mismo sucedió las otras cien veces que pulsó el botón. Cruzó la calle y pulsó el botón que estaba al otro lado. Pero las luces se limitaron a emitir destellos: verde, naranja, rojo.

—¡Cretino! ¡Infecto sapo repugnante! ¿Acaso os burláis de mí? —dijo entre dientes cuando le quedó claro que los fabulosos seres que se alzaban sobre él no le iban a dirigir la palabra.

Dio media vuelta, dispuesto a proseguir su camino por aquel extraño y sinuoso sendero plateado, y justo entonces la cara en forma de caja negra de la criatura cambió de nuevo al rojo. Para asegurarse de que aquellos seres conocieran su furia, Alastor fue pulsando todos los botones que encontró por el camino.

El rojo era un color noble, decidió, mientras pasaba la mano del chico por una valla baja y blanca. El dolor de los pinchazos en la maltrecha piel solo sirvió para alimentarlo aún más. El rojo significaba vida. Era la sangre que brotaba de las heridas mortales de su enemigo. Era el color de la rabia, la más poderosa de todas las energías.

Pero el naranja era el color más apreciado en el Mundo de Abajo. Era el color de la realeza, de la superioridad, del alimento.

Y en el Salem de aquella época había mucho color naranja. Banderines de pergamino enrollados en los postes o colgados de los árboles, como si fueran patas de araña que el viento mecía. Banderas con calabazas que ondeaban, temblaban y revoloteaban. Una de aquellas banderas colgaba de un poste, lo bastante baja como para que el chico pudiera alcanzarla y arrancarla. Utilizó las cuerdas para atársela en torno al cuello, a modo de capa, y creyó que le daba un aire muy regio. Disfrutó del azote y de los aullidos del viento.

Alastor se quedó inmóvil, de cara al viento, y dejó que le trajera un ramillete de deliciosos olores: desperdicios abandonados demasiado tiempo al sol, el olor a vegetación podrida de las hojas muertas y un delicioso hedor a pescado putrefacto procedente del puerto cercano. De las farolas que iluminaban la calle, por encima de su cabeza, descendía un resplandor anaranjado.

Cuanto más exploraba, más hambre le entraba. La fachada de la casa de madera que tenía a su espalda, pintada de un horrendo tono blanco, estaba a oscuras, pero había dos hileras de luces que parecían velas a los dos lados del sendero que llevaba hasta la puerta. Incluso con la limitada vista del muchacho, vio las telarañas que colgaban de una de las columnas del porche hasta la otra, y las pequeñas criaturas negras que parecían arrastrarse por ellas. Saltó la valla baja y, mientras se relamía de placer, dejó que el cuerpo del muchacho se dirigiera dando tumbos hasta allí.

Pasó los dedos del muchacho por la sedosa —y, por raro que pareciera, no pegajosa— telaraña, hasta que encontró lo que buscaba: una hermosa araña negra, que de inmediato introdujo en la boca del muchacho.

—¡Puaj! ¡Arg!

La escupió de la boca del muchacho sirviéndose de la lengua humana, aquel órgano de un inquietante color rosa. La araña era dura como una piedra, en vez de crujiente y rellena de deliciosas entrañas. Ni siquiera se había movido ni retorcido al morderla.

Alastor probó la siguiente y luego otra más, hasta que la boca del muchacho estuvo abarrotada de arañas. Las arrojó de nuevo al suelo del jardín

de un único y rabioso escupitajo, giró sobre sus talones y se alejó hecho una furia por el sendero, entre los huesos humanos medio enterrados en el suelo. El viaje, sin embargo, no había sido del todo en vano, porque justo al lado de la puerta azul de la casa había otro botón pequeño. Incapaz de resistirse a la tentación, hundió un dedo en el centro iluminado.

¡Din don! ¡Din don!

—¡Nooooo!

Alastor se tapó los oídos del muchacho y huyó del espeluznante sonido de las campanas. Las luces de la ventana más próxima se encendieron. Alastor se alejó tambaleándose por el sendero y tropezó con una raíz que sobresalía del suelo, justo antes de llegar a otra valla. La saltó como pudo, en el mismo instante en que se abría la puerta de la casa y una vieja bruja asomaba la cara.

—¿Hola? ¿Quién anda ahí?

Vaya. Así que aquellas campanas invocaban a los humanos. En el futuro, haría todo lo posible por evitarlas, desde luego.

Alastor echó un vistazo a su alrededor y se preguntó por qué el cuerpo del muchacho parecía estar hundiéndose ligeramente. La tierra oscura estaba removida en aquella zona y resultaba suave al tacto. Lo cual explicaba, pensó, las tumbas orgullosamente dispuestas delante de aquella casa privada. Qué inteligentes eran los humanos al mantener cerca a sus muertos. Las tumbas eran un lugar de cría perfecto para las víboras sanguinarias, que a su vez cazarían huevos de suplantador y hadas.

Examinó las lápidas con aire de suficiencia. Qué poco tiempo vivían los humanos, felizmente ajenos a los otros reinos.

«Adiós a la pobre Susana —decía una de las lápidas—, fea como una rana». En otra se leía: «Me llamaba Roberto. Y ahora estoy muerto». Y la de al lado: «Momia en proceso». Las lápidas eran pequeñas y, al darle un golpecito a una, se dio cuenta de que estaban huecas. ¡Ni siquiera eran lápidas! Alastor le dio una patada a la guadaña apoyada en un árbol cercano mientras se dirigía al muro bajo de ladrillo que separaba de la calle el otro lado de la casa.

Y entonces lo vio.

El maligno no era mayor que un bebé humano y, de hecho, se parecía

mucho. Pero en lugar del tono sonrosado de la piel de los humanos jóvenes, la piel de aquel vampiro parecía tallada en mármol blanco. Alastor se precipitó hacia aquella criatura y, sin poder contenerse, se aferró a las piernas que colgaban.

El vampiro se le cayó encima y su cabeza hueca se estrelló contra la del muchacho. El cuerpo era ligero, casi como si estuviera relleno de aire, pero también era... blanducho.

—¡Voto al diablo! —dijo con voz ahogada—. ¡Longsharp! ¡Longsharp! ¿Qué os ha ocurrido, amigo mío?

Había conocido a aquel vampiro —o a alguien idéntico a él— en el Mundo de Abajo. Habían jugado muchas veces a «Escabecha al hada», y hasta se habían confiado consejos sobre la mejor forma de arrancarle la cola a un gato de la suerte sin verse expuestos a las garras de aquellos felinos tan poco cooperativos.

Y ahora, Longsharp estaba... ¿muerto? ¿No muerto? Alastor zarandéó el cuerpecillo, tratando de obtener alguna reacción, Como no funcionaba, lo dejó en el suelo, pero al vampiro se le doblaron las piernas y cayó al suelo.

Puede que en este mundo los vampiros durmieran de noche y no de día. No, eso no podía ser. En el Mundo de Abajo era siempre de noche, así que iban y venían a su antojo. Pero nunca había sido así en el mundo humano. El sol los chamuscaba hasta reducirlos a polvo (polvo que, por cierto, era muy apreciado en la elaboración de masa para pasteles, aunque ese ya era otro tema). Qué estúpido había sido aquel vampiro al salir desprotegido al exterior.

Sin pensárselo dos veces, Alastor cogió al vampiro y se lo metió bajo el brazo del muchacho. Empezó a dirigirse hacia la valla, pero enseguida se detuvo. Justo en el lugar donde había encontrado a Longsharp vio una calabaza, con la cara tallada como si fuese un trol.

Olisqueó. Volvió a olisquear.

Pues claro. Naranja, el color del sustento. De la comida. Se metió la calabaza bajo el otro brazo y se alejó alegremente calle abajo con su botín. La calabaza estaba vacía por dentro, pero ya había empezado a pudrirse y estaba muy tierna. Perfecto.

Temía no ser capaz de encontrar el parque del barrio histórico de la ciudad, conocido como Salem Common, pero había indicaciones por todas partes y no quedaba muy lejos. Acompañado por el olor salobre del puerto, a su izquierda, Alastor se dirigió hacia Salem Common. Solo se detuvo una vez para recoger otra calabaza tallada.

El parque parecía ser lo único que había sobrevivido de la histórica colonia. Alastor ni siquiera se había parado a pensar que cuatrocientos años eran mucho tiempo hasta que se fijó en todos los cambios que se habían producido. Las casas eran más amplias y estaban pintadas, cosa que en su época solo podrían haberse permitido los más ricos; las calles también eran más anchas y tenían líneas pintadas. El rugido del primer carruaje —coche— que pasó a toda velocidad junto a él bastó para que se arrojara de cabeza a unos arbustos cercanos.

O sea, que así era el presente: ruidoso, lleno de gente y demasiado limpio. ¡Y ni una triste araña que comer!

Las hojas de los árboles del parque, cubiertas de escarcha en aquella fría noche, formaban un manto de vivos tonos rojos y dorados. Alastor se sentó en el banco que estaba más cerca de un cubo de la basura, para poder disfrutar del delicioso hedor que despedía. Sentó a su lado a Longsharp, que aún dormía.

Notó un cosquilleo en la piel medio entumecida del muchacho cuando se acercó la primera calabaza a la boca y mordió la suave piel. Mientras la masticaba la mar de contento, dirigió la mirada al cielo y buscó la luna entre las ramas de los árboles para saber qué hora era. Probablemente, pensó, ya debía de ser la hora de las brujas, pero era raro que no hubiera ningún maligno merodeando por ahí. Algún recado tendrían que hacer, ¿no? Diablillos enviados por sus amos o amas a recoger huesos en los cementerios, o la temblorosa luz blanca de un doble maligno enviada para advertir a algún humano de la muerte de un ser querido. Ni siquiera se veía a ningún duendecillo haciendo travesuras por ahí.

En fin. Tenía otras preocupaciones más urgentes. La verdad era la siguiente: esa noche no había salido únicamente para ver qué tal le había ido a Salem los últimos cuatrocientos años. Tampoco había salido tan solo para

encontrar la forma de llegar hasta Redhood. Necesitaba aire fresco.

Necesitaba pensar.

Alastor quería entender cuál de sus perversos hermanos había ayudado a los Redding a romper el pacto que habían firmado con él.Cuál de ellos le había revelado su verdadero nombre a Honor Redding.

Le había entrado el pánico cuando el muchacho había preguntado acerca de los nombres de los malignos. Se colocó bien la capa sobre los hombros del Gusano, para proteger aquella piel tan patética y fina. Había estado peligrosamente cerca de revelar la única forma en que podía controlarse a un maléfico, pero... qué estúpido era el muchacho, que no había sabido sumar dos y dos.

Animado por esa última idea, utilizó los dientes de este para roer lo que quedaba de la primera calabaza antes de atacar la siguiente, más pequeña. Poco después, el estómago humano estaba hinchado y Alastor por fin se sentía lleno. Eructó, interrumpiendo el gorjeo de las pequeñas criaturas que poblaban los árboles y esperaban la mañana con impaciencia.

Se reclinó en la húmeda madera del banco y pensó en las criaturas en cuestión. En el Mundo de Abajo, su territorio, si hubiera mirado hacia arriba habría visto hadas parloteando en las ramas. O estúpidos gólems caminando con paso vacilante por las tortuosas calles de adoquines, ocupados en hacer recados para sus amos. Pero las criaturas de este mundo eran más... monas.

Durante un único y espantoso momento, Alastor se permitió pensar si el paso del tiempo habría alterado su propio reino tanto como había alterado el reino de los humanos. Ni siquiera los malignos eran inmunes a las modas y a las mejoras. ¿Seguirían construyendo los edificios con relucientes piedras negras? ¿Seguirían inclinándose, como hombros encorvados, sobre las ya abarrotadas calles? ¿Seguirían, ayudando a su padre el rey, las almas que él mismo había coleccionado?

No podía dejar de hacerse preguntas. ¿Se habría quedado alguno de sus cinco hermanos con el trono que le correspondía legítimamente a él? Alastor era el primogénito, pero el hermano que lo seguía —Bune, nacido apenas unos años después que él— siempre había contemplado el trono de su padre con un destello de fuego en la mirada. Seguro que Bune estaba detrás de todo aquello,

pero... ¿cómo había descubierto el verdadero nombre de Alastor, su nombre secreto? Y ¿por qué había traicionado a los suyos ante los humanos?

—Ya sabéis por qué —murmuró.

Era lo mismo que habría hecho él, de haber sido el segundo en la línea de sucesión al trono del Mundo de Abajo. Matar al heredero para dejar de ser el segundón.

—Os partiré los dedos de los pies —juró— y me haré unas botas con vuestras tripas.

¿Y su queridísima hermana? ¿Seguiría en el Mundo de Abajo o la habrían mandado al reino de los humanos para empezar su colección de almas? Suspiró, incapaz de imaginarlo. Bune y sus otros tres hermanos la habían atormentado sin descanso, le habían destrozado los nervios, le habían hecho pedazos el honor y habían minado su valentía. Y todo porque no era capaz de manifestar una forma animal y, por tanto, no podía viajar al reino de los humanos. Su propia forma, el zorro, representaba según decían la astucia. Del mismo modo, el fabuloso y feroz gato de Bune encarnaba la fuerza.

Tener en la familia un maléfico sin forma animal era la peor de las decepciones, porque indicaba imperfección. Era algo tan deshonoroso, tan vergonzoso, que a Pyra y a todos los maléficos que eran como ella los encerraban para que sus familias no tuvieran vergüenza.

Pero Alastor sabía que la situación de Pyra era como un eclipse. La oscuridad que oscurecía su vida en la torre terminaría tarde o temprano y ella encontraría en su sombra aquella parte, diminuta y resplandeciente, que podía transformarse, que podía mostrar su don a todos los reinos. Tal vez ya hubiera sucedido, tal vez ya estuviera paseándose entre los humanos, firmando pactos y coleccionando fantasmas humanos.

La idea de que Pyra se estuviera enfrentando al jaleo y a los peligros del mundo humano hizo que Alastor se sintiera tan vacío como el brazo inútil e inerte del muchacho.

Cuando terminó de comer, Alastor obligó al cuerpo del muchacho a levantarse y se echó a la espalda la improvisada capa. Antes de que pudiera dar otro paso, sin embargo, algo muy brillante —de un vistoso color naranja— le llamó la atención.

Cerca de los límites del sendero plateado y terroso se hallaba el sombrero más elegante que Alastor había visto en su vida. La base era cuadrada y de ella partía un hermoso cono, manchado de tierra, que culminaba en una fabulosa punta. Y estaba allí abandonado, a la espera de que alguien lo encontrara.

¡Abandonado allí para él, como si fuera cosa del destino!

Le sorprendió comprobar que la textura era muy... cerosa, como la piel de un muerto. Y el peso también le sorprendió, lo mismo que el enorme agujero de la base. El muchacho tenía una cabeza diminuta, a juego con su diminuto cerebro, al parecer. Daba igual, mientras el raquíptico cuello del muchacho fuera lo bastante fuerte para soportar tan espléndido sombrero, Alastor lo luciría con orgullo.

Alastor mantuvo fácilmente el sombrero en equilibrio mientras llevaba a Longsharp hasta el otro lado de calle. Llegó a una estrecha avenida adoquinada, que parecía una especie de paseo. En el Mundo de Abajo había pocas calles como esa: hileras de tiendas en las que se podían comprar productos y mercancías. En el mundo de los humanos, en cambio, parecían abundar. La luna estaba muy alta y brillaba tanto que hasta captó un reflejo de su propia imagen en el escaparate más cercano.

—Estúpidos mortales —se burló admirándose a sí mismo con su capa y su sombrero nuevos.

Y entonces, antes de invocar accidentalmente a otro maligno como ya le había ocurrido con la arpía, siguió caminando hasta el siguiente escaparate, que exponía cajas llenas de repugnantes dulces de colores.

Le pareció una coincidencia bastante extraña olerlos justo en aquel momento. El olfato del muchacho era inferior al suyo, pero esa noche el viento soplaba con fuerza y merodeaba por las calles, levantando polvo y despertando viejos recuerdos. De repente, las hojas caídas se arremolinaron en torno a Alastor y se elevaron hacia la luna. El viento captó restos del delicioso olor a vinagre de los duendes y los lanzó directamente hacia Alastor.

Una vez más, se metió a su amigo vampiro bajo el brazo operativo y empezó a olisquear.

Tras casi un cuarto de hora de búsqueda, Alastor encontró al duende tras

un callejón formado por varias fachadas de cristal. La mirada débil del muchacho pasó por encima sin verlo, pero aquel dulce, dulcísimo olor a fruta podrida era inconfundible.

Los duendes eran siervos muy preciados en el Mundo de Abajo. Constituían una raza entrenada para limpiar y servir a sus superiores. Alastor tenía un ejército de duendes en el Palacio Negro, que se ocupaban de su ropa, entregaban sus mensajes y espiaban a sus hermanos.

Los auténticos trabajadores del reino, sin embargo, eran los fantasmas de los humanos: estaban condenados durante toda la eternidad a realizar tareas como fregar letrinas o recoger fruta en los campos de afiladísimos olivos del desierto. Los duendes, en cambio, merecían respeto y se podía confiar en ellos para que realizaran sus tareas sin quejarse. Las familias de duendes acompañaban a las de malignos, incluida la de Alastor, durante siglos. Su propia niñera había sido la hija de la niñera duende de su padre, que a su vez había sido la hija de la niñera duende de su abuelo.

Los duendes tenían más o menos la estatura de un niño humano y la piel de un maravilloso tono gris ceniza. Lo que más le gustaba a Alastor, sin embargo, eran sus relucientes ojos amarillos, que sobresalían por encima de una nariz tan roja y redonda como un rabanito. Pero la característica que de verdad distinguía a un duende eran los resuellos, resoplidos y sibilancias que producían cuando intentaban aspirar la porquería que debían limpiar.

Alastor se sorprendió bastante al ver que aquel duende llevaba una calabaza medio podrida colgada de uno de sus largos y retorcidos cuernos rojos. En las orejas, sin embargo, no lucía aros de oro que indicaran sus años de servicio. En lugar de la inmaculada seda blanca de araña que tanto gustaba a los duendes del Mundo de Abajo, aquel llevaba una especie de traje hecho con hojas de periódico y una especie de papel plateado. El traje se le arrugó cuando el duende le lanzó una rama a un gato asilvestrado que le estaba bufando. El duende, al parecer, estaba custodiando una torre de ordenada basura construida con cajas y contenedores de brillantes colores y cartones, todo ello apilado en forma de castillo.

—¡FUERA DE AQUÍ!

La voz del muchacho salió más bien como un chillido, pero fue suficiente

para espantar al gatito, que se alejó de un salto por el callejón y desapareció en la oscuridad.

Alastor se quedó inmóvil, a la espera de que el duende se dirigiera a él formalmente, pero la criatura se limitó a suspirar y a concentrarse de nuevo en su creación. Con cuidado, pero sin vacilar, colocó su bastón espada sobre la abertura de una caja en la que podía leerse: «HEINZ KETCHUP», y, tras apoyarse en sus huesudas manos y rodillas, se arrastró hacia el interior.

Aquello tenía que ser una especie de broma, pensó Alastor. Se aclaró la garganta y, al ver que el duende no volvía a aparecer, carraspeó. De forma ruidosa.

Finalmente, cuando ya empezaba a oír el débil sonido sibilante de los ronquidos de aquella condenada criatura, dijo:

—Siervo, exijo vuestra atención. Presentaos servicialmente ante mí y, a cambio, os ofrezco... eh... —Alastor hizo una pausa para echar un vistazo a su alrededor. Longsharp empezaba a pesarle mucho bajo el brazo, así que lo dejó en el suelo y cogió una manzana de aspecto bastante repulsivo—. Te ofrezco este raro fruto.

Lo único que veía Alastor eran los ojos del duende, que resplandecían en la oscuridad de su hogar.

—¿Aceptas mis condiciones?

Pasó un buen rato antes de que el duende respondiera.

—No. No sirvo a humanos. ¡Puaj!

—Sal a la noche —le ordenó Alastor—, pues no soy ningún humano.

—Que no.

La criatura respiró hondo y, con un sonido parecido al disparo de un cañón, se tapó un lado de la nariz y expulsó por el otro un moco azul que aterrizó en los pies descalzos del muchacho.

—¡Duende! —exclamó Alastor—. ¡Voto al diablo! ¿Acaso un simple mortal podría oír vuestra voz? ¿O hablar con vos?

El duende pareció meditar la cuestión.

—Creo que no.

—Entonces, la lógica dicta que no soy un humano, ¿no es así?

Alastor empezó a retirar el vendaje del brazo del muchacho. El corte

seguía presentando un color intensamente rojo y de entre las costras negras aún rezumaba sangre, cuyo olor metálico impregnaba el aire. Alastor oyó al duende respirar hondo una vez, con un ruido vibrante, y luego otra.

—¿Se... señor? —le llegó la débil voz, desde el interior de la caja—. ¿Eres...?

Los malignos podían averiguar todo lo que querían saber de otros malignos solo con olerlos. Aunque su propio olor quedaba enmascarado por el repulsivo hedor floral que desprendía el chico, decía claramente lo que era Alastor: no solo un maligno, sino también un príncipe.

El duende salió disparado de su casa y se postró, llorando, ante los pies del muchacho.

—¡Perdóname, señor! ¡Soy una criatura estúpida, me avergüenzo de mí mismo! ¡Arráncame el cuerno, por favor! ¡Hazlo!

Cuando un duende disgustaba a su amo o ama, el castigo más habitual era cortarle uno de aquellos cuernos retorcidos. Fue entonces cuando Alastor se fijó en que al duende ya le faltaba uno.

—Ahora mismo no me apetece castigaros, siervo. Pero podéis limpiarme.

El duende se puso manos a la obra de inmediato: lamió sus mocos de los pies del muchacho y, ya que estaba puesto, toda la suciedad acumulada, hasta llegar prácticamente a la rodilla. Alastor permaneció inmóvil con las manos unidas a la espalda, disfrutando de la sensación que la baba cálida del maligno le iba dejando sobre la piel. El olor a podrido que quedó después le levantó un poco el ánimo.

—Bien, y ahora decidme. ¿Cuál es vuestro nombre?

El duende mantuvo la mirada clavada en el suelo.

—Es Nightlock.

—Nightlock —repitió Alastor—. Excelente nombre. Podéis dirigiros a mí como «amo y señor», o «eterno príncipe de las pesadillas que acechan en todos los sueños oscuros».

—Mi... mi amo y señor, no pretendo ser... no pretendo ser rudo, pero este duende se pregunta... —empezó a decir Nightlock. Una de las orejas le temblaba de miedo—. Este duende se pregunta por qué apareces con esa forma humana. Tu magia es fabulosa, sí, pero ¿por qué, oh, dime, por qué debes

humillarte de esa forma?

—Me estoy ocultando —respondió Alastor—. Ningún miembro de mi familia debe saber que estoy aquí. Y esa es tu primera orden.

Por la mirada que había aparecido en los ojos del duende, Alastor supo que Nightlock estaba intentando averiguar cuál de los seis hermanos era.

—Dime —le preguntó—, ¿quedan muchos de los nuestros en este pueblo?

—¡Oh, señor! —dijo el duende con los ojos bañados en lágrimas azules—. Unos cuantos, sí, unos cuantos, pero este lugar está maldito. Los otros y yo también nos estamos escondiendo.

—¿Qué noticias puedes darme del Mundo de Abajo? —preguntó Alastor—. ¿Qué tal se encuentra nuestra raza?

Una expresión de profunda tristeza cruzó el rostro del duende, como una nube que pasa por delante de la luna.

—No puedo decirte nada, por mucho que quiera. Ni siquiera por orden de mi señor.

Alastor notó una sensación gélida que le atravesaba el pecho.

—Han cerrado las puertas y no dejan entrar a nadie —le explicó Nightlock—. Y los expulsados han sido desterrados, jamás se les permitirá regresar.

—Eso es... —empezó a decir Alastor. Tragó saliva con dificultad, luchando contra la tensión acumulada en el cuerpo del chico—. Eso es absurdo. ¿Quién ha dado tal orden? ¿Quién ocupa el trono negro?

La calabaza podrida se deslizó hacia el rostro del duende cuando este bajó la cabeza, avergonzado.

—Alguien —dijo— que se ha ocupado de hechizar su nombre para que no pueda ser pronunciado en este mundo.

De todos los malignos, solo un maléfico poseía el poder necesario para lanzar una maldición de ese tipo.

—Mi señor, mi señor —lloriqueó el duende—. Lo siento muchísimo. ¡Pídele a este duende cualquier cosa, pídele que haga lo que tú quieras, y seré tu siervo hasta que los reinos se vengan abajo!

—Tonterías —dijo Alastor al tiempo que se volvía para recoger a Longsharp.

Se le ocurrieron un montón de posibilidades. ¿Su padre? No, ¿para qué

necesitaba él una maldición? Los malignos ya le tenían miedo. Uno de sus hermanos, entonces, o tal vez un rival de la familia. Sonaba un poco a maldición de bruja, pero eso era imposible. Cuando una bruja viajaba al Mundo de Abajo, sus poderes rápidamente desaparecían.

Alastor se volvió de nuevo hacia Nightlock y se dio cuenta de que ya no estaba llorando ni resoplando y de que la deliciosa burbuja de moco que le caía de la nariz se había convertido en un simple hilillo. Nightlock ya no tenía miedo de apartar la mirada del suelo. Contempló a Longsharp y los relucientes ojos amarillos sobresalieron aún más en su cráneo perfectamente redondo.

—Si el señor necesita un muñeco, puedo fabricarle uno magnífico —dijo casi estremeciéndose por la emoción—. A mi última ama le encantaban los juguetes. Es una de mis muchas habilidades.

¿Un juguete? Alastor contempló de nuevo el rostro del vampiro. Los ojos, que antes le habían parecido rojos, relucientes y perfectos, ahora le parecieron simples bolas de cristal. Lamió uno de ellos para asegurarse.

—Ya veo —dijo con voz remilgada al tiempo que dejaba caer el muñeco al suelo, a sus pies.

El duende lo recogió rápidamente, pero con cuidado, y no tardó en encontrarle un nuevo sitio.

—¿Tienes hambre, amo? —preguntó Nightlock rompiendo así el silencio que se había impuesto entre los dos.

Cogió una bolsa con una etiqueta en la que podía leerse: «ARENA DE GATO» y le ofreció a Alastor un puñado de gruesa y reluciente arena. El maléfico la lamió directamente de la mano del muchacho, mientras murmuraba con aire reflexivo.

—Muy bien, siervo, ahora tenemos que pensar en un plan de acción. El muchacho en cuyo cuerpo residido tiene que aceptar un pacto en las próximas doce noches, como muy tarde. Hasta el momento, lo ha rechazado.

El duende contuvo una exclamación de sorpresa y varias gotas de baba salieron volando de su boca.

—¿Ha rechazado tu oferta? ¿Tan fuerte es su voluntad? Tu poder de persuasión es legendario, mi señor...

—Sí, sí —dijo Alastor haciendo un gesto vago con la mano—. Ese

pilluelo no cede al miedo, ni se doblega ante las amenazas. Si insisto un poco, tal vez..., si le lanzo amenazas mucho más aterradoras.

—¿Qué es lo que desea, mi señor? —preguntó el duende al tiempo que le ofrecía otro puñado de crujiente arena de gato.

—Algo muy patético de nombrar —replicó Alastor.

Aceptación. Qué poco sabía aquel desdichado muchacho que la búsqueda de algo así lo haría infeliz para siempre.

—Y..., entonces..., ¿sabe ese pilluelo qué más puedes ofrecerle? —preguntó Nightlock—. ¿No es habitual con los humanos tener que enseñarles que desean algo antes de que sepan que lo desean?

Alastor contempló la luna y se golpeó el pecho con el puño del muchacho. Era un genio de primera categoría, una auténtico príncipe.

—Se me acaba de ocurrir la solución, Nightlock. ¿Sabéis... sabes que los humanos a menudo ignoran que desean un objeto mundano hasta que lo ven?

—No, mi señor —dijo rápidamente el duende—, este duende no lo sabía.

Alastor se sujetó el sombrero e hizo revolotear su capa al girar sobre los talones para dirigirse a la casa de la brujita. Un nuevo plan daba vueltas y revoloteaba en su interior, como si fuera un veneno.

—Vamos, siervo. La luna se oculta y sale este maligno.



Nuevo en el insti

Al día siguiente, cuando me desperté, me sentía como si no hubiera dormido en toda la noche.

Durante unos minutos, me quedé tumbado en el sofá bajo una montaña de mantas y contemplé la luz del sol que iba iluminando a regañadientes el desván. Cerré los ojos y esperé oír la voz de mamá, diciéndome que era hora de levantarse. Pero los únicos sonidos que se oían en aquella habitación eran los estridentes ronquidos de Sapo y los ruidos de Nell al dar vueltas en la cama.

—Venga, arriba —murmuré, mientras pensaba en lo que papá decía siempre—. Cuanto antes empieces, antes acabarás.

Otro primer día en el instituto. Se me encogió el estómago solo de pensarlo, mientras me dirigía tambaleándome al cuarto de baño. Me sentía pesado, como si el miedo hubiera echado raíces dentro de mí y hubiera empezado lentamente a extender sus siniestras ramas oscuras.

«Eso es, Gusano —dijo alegremente el maligno—. Tu tristeza es lo único que necesito. Regodéate en ella, sumérgete en ella...».

Cerré con pestillo la puerta del cuarto de baño y abrí el grifo de la ducha. El agua gélida me salpicó el brazo desnudo. Notaba un dolor en lo más

profundo del corazón. El impacto de mi frustración y de mi tristeza al chocar entre ellas me provocó un zumbido en los oídos. Apoyé los puños en la frente y me llené los pulmones con el aire cálido y húmedo que subía desde la antigua bañera de patas en forma de garras.

Si pensar en mi familia solo servía para que Alastor se alimentara de mi energía, entonces tendría que evitar acordarme de ellos durante todo el tiempo que pudiera. Y, la verdad, empezar el día sin un maléfico canturreando sobre todas las formas que conocía de escabecharme el cerebro iba a ser un gran paso adelante, ¿no?

Me metí en el agua, me lavé rápidamente el pelo y me froté la piel con una pastilla de jabón de un inquietante color negro, salpicada de florecillas y hierbas. La tintura que me habían dado no me había curado todos los arañazos de las manos y de los brazos. O eso, o Sapo se había dedicado a arañarme en algún momento de la noche, lo cual tampoco hubiera sido tan raro. Mis pies soltaron tierra y suciedad, que se dirigió en forma de riachuelos hacia el desagüe. Observé toda aquella porquería entre el vapor, con los ojos entrecerrados, y me pregunté cómo era posible que el suelo del desván hubiera estado tan sucio.

Cuando terminé, me vestí con los vaqueros, la camiseta y la sudadera que había encontrado doblados a los pies del sofá. Me pregunté dónde estaría el uniforme del instituto, pero un segundo después pensé que seguramente no había.

Sin uniforme. Por primera vez en mi vida... ¡sin uniforme!

Sapo fue el primero en despertarse, bostezando. En lugar de quedarse bajo las mantas, voló hasta la ventana, la abrió de un empujón, salió y se marchó volando. ¿Iría a hacer sus... necesidades? ¿A buscar comida?

Noté el suelo helado bajo los dedos de los pies todavía húmedos. Fui saltando de un pie a otro delante del radiador, tratando de que aquel trasto empezara a soltar calor con sus habituales gruñidos. Cuando comprendí que probablemente hacía falta la magia de Nell para conseguir que funcionara, me rendí y me dirigí a la nevera temblando de frío.

Mamá nos había enseñado a cocinar a Prue y a mí, así que me consideraba capaz de improvisar un desayuno. Lo malo era que... no había mucho con lo

que improvisar un desayuno: tres huevos y un yogur que olía como si hubiera convencido a una rata para que se sumergiera en él hasta morir.

La mayoría de los cazos y sartenes se habían destinado a otros usos, ya fuera como macetas o como recipientes para recoger el agua de las goteras del tejado. Los cacharros que no cumplían ninguna de esas funciones estaban cubiertos por una misteriosa y pegajosa capa de suciedad. Cogí un par de sartenes del escritorio y las olisqueé. Apestaban a plantas marchitas. Acabé por cascar los huevos, repartirlos entre tres tazas desportilladas y meterlos en el microondas hasta que alcanzaron el grado máximo de esponjosidad.

El pitido del aparato y el olor a comida fueron los responsables de que los topos abandonaran su nido de mantas. Retrocedí cuando se dirigieron tambaleándose hacía mí, tanteando a ciegas con las manos en busca de las tazas calientes, como si fueran un par de zombis.

Se dejaron caer en torno a la mesita de café que estaba delante de mi sofá cama, engullendo los huevos y lanzando iracundas miradas a todo lo que se movía, incluidas las cortinas de la ventana. Solo cuando terminaron de comer empezaron a parecer otra vez seres humanos.

—Por las mañanas no somos muy sociables —dijo el tío Barnabas, cuando Nell cogió su ropa del viejo baúl que estaba a los pies de la cama y cerró la puerta del cuarto de baño tras ella.

—Jamás lo hubiera dicho —respondí en tono irónico.

El tío Barnabas se alisó el pelo negro y se remetiÓ la parte inferior dentro de los pantalones. La noche anterior me había explicado que tenía dos empleos diurnos que iba combinando durante la semana: lunes, miércoles y viernes, en el Museo de Historia de las Brujas. Martes, jueves y sábado, en el Pueblo de los Pioneros de Salem, un «museo viviente de historia» repleto de hombres y mujeres que vestían y se comportaban como si fueran puritanos de 1630. Lo cual... me recordaba mucho a mi casa, para qué engañarnos. Y también explicaba la extraña vestimenta del tío Barnabas el día del Fundador.

—No pasa nada —dije mientras doblaba las sábanas y sacudía las almohadas de mi sofá cama.

Al ver que ni Nell ni el tío Barnabas se molestaban, les hice también sus camas.

—Siento mucho no poder llevaros al instituto, pero Cornelia te ayudará a organizarte —dijo Barnabas mientras se ponía un forro polar gris con el logo del museo.

Noté de nuevo el nudo en el estómago.

—¿Seguro que tengo que ir?

—¿Prefieres quedarte aquí? —preguntó el tío Barnabas, al tiempo que arqueaba una ceja y echaba un vistazo a su alrededor.

Entendí lo que quería decir. Era un lugar muy frío y solitario, pero tampoco es que esas sensaciones me resultaran del todo extrañas.

—Créeme —añadió—, nada puede romper el conjuro de protección del aquelarre. Allí estarás completamente a salvo; el resto depende de ti.

La puerta del cuarto de baño se abrió de golpe y salió Nell. El arcoíris radiactivo del día anterior había quedado reducido a unos vaqueros, una camiseta amarilla y un jersey lila. Lo extravagante, en este caso, era su pelo, trenzado y recogido en lo alto de la cabeza: lo malo era que las trenzas salían disparadas en todas direcciones, lo cual le daba el aspecto de una lechera futurista.

—Un peinado muy... interesante —consiguió decir el tío Barnabas, al tiempo que me apretaba los hombros con un brazo.

Nell levantó una mano para tocarse la trenza que le cruzaba la frente y su sonrisa desapareció.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa?

El tío Barnabas puso la misma cara que pondría alguien al pisar un chicle. Empezó a mover las manos, como si así pudiera borrar sus palabras.

—Nada, no le pasa nada. Te queda muy bien. Cornelia. ¿Tienes todo lo que necesitas para tu primo?

Nell se sentó en el suelo para ponerse unas botas negras de piel arrugada. Mantuvo la barbilla pegada al pecho, de forma que no le viéramos la cara. Un segundo después, empezó a quitarse las horquillas que sujetaban las trenzas, una por una, y sacudió los apretados rizos.

Empecé a decir algo, pero Nell desapareció bajo su cama y apartó a un lado el barreño en el que guardaba la ropa. Luego cogió una raída bolsa gris de mensajero y un forro polar negro, marca North Face. Empujó ambas cosas,

que se deslizaron por el suelo hasta mis pies.

—Toma —dijo—, de momento puedes usar eso. He metido unos cuantos cuadernos y bolígrafos en la bolsa, pero los libros los tendremos que pedir prestados en la biblioteca.

Alguien —Nell, obviamente— había escrito en la bolsa gris la frase: «Que el pasado sea nuestro prólogo», en tinta negra. Sacudí un poco ambas cosas, la bolsa y el forro polar, mientras trataba de no atragantarme con el polvo.

—No te quedes trabajando hasta muy tarde —le dijo Nell a Barnabas mientras se echaba la mochila al hombro—. Esta noche tenemos aquello, ¿te acuerdas?

El tío Barnabas se la quedó mirando y ladeó la cabeza.

—La prueba —le recordó—. Con las agencias de visitas turísticas.

—Ah, sí, sí. Ya me acuerdo —dijo su padre agitando una mano—. Llegaré a casa a las seis como muy tarde.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Qué clase de prueba es?

—A Nell se le ocurrió la idea de asociarnos con algunas de las agencias que organizan recorridos turísticos en la ciudad, para que los turistas terminen la visita en la Casa de los Siete Terrores —dijo el tío Barnabas en tono distraído mientras recogía una pila de libros y papeles.

Lo cual significaba un flujo constante de ingresos y turistas. Observé a Nell con admiración. Era una idea excelente.

Tras despedirnos del tío Barnabas, Nell y yo bajamos por la escalera trasera de la casa, evitando así las plantas de los monstruos. Llegamos a la esquina de la calle justo a tiempo de coger el autobús escolar amarillo.

Nell subió con la cabeza gacha, ignorando el hecho de que las conversaciones cesaron cuando recorrimos el pasillo central hacia el fondo del autobús. Me distraje tanto al ver la forma en que los demás niños nos miraban y empezaban a murmurar que ni siquiera me acordé de echar un vistazo al exterior de la Casa de los Siete Terrores hasta que el autobús arrancó de nuevo.

Daba la sensación de que habían colocado una casa encima de otra y las habían sujetado torpemente con clavos. Las dos mitades estaban torcidas y, debido a la madera oscura del exterior y al interior prácticamente negro, la

casa parecía un cuervo en mitad de una larga hilera de palomas. El cartel pintado a mano de la puerta, en el que se leía: «BIENVENIDOS A VUESTRA PESADILLA», le daba un aspecto aún más siniestro. O puede que solo fueran las salpicaduras de sangre sobre las letras.

Pero la desagradable sensación que notaba en el estómago, ya de por sí revuelto, no tenía nada que ver con la casa y sí mucho que ver con el peso de todas las miradas que en ese momento me estaban despedazando.

Un momento. Por una vez, no estaban cuchicheando sobre mí.

—La friqui tiene un amiguito nuevo —dijo alguien desde el otro lado del pasillo—. ¿O es su novio?

Me invadió la rabia y me volví hacia la niña que había hablado, pero Nell me cogió por el cuello del forro polar y me obligó a girarme hacia la ventana.

—No les hagas caso —murmuró—. Ya se cansarán. Mira, allí está la Casa de los Siete Tejados.

Pasamos frente a otra casa oscura, medio borrosa a causa de la velocidad.

—¿La fuente de inspiración de vuestra casa encantada? —aventuré.

—Nuestra no, de mamá —dijo Nell apoyando la frente en el cristal—. La casa encantada fue idea suya. Habíamos terminado ya las últimas habitaciones cuando...

Sabía lo que iba a decir: «Cuando se murió». Su madre no había llegado a ver la casa encantada terminada y en pleno funcionamiento. Me mordí la mejilla por dentro, preguntándome qué podía decir para que Nell se sintiera mejor.

—¿Conoces el libro? —me preguntó—. *¿La casa de los siete tejados?*

—Pues... ¿Debería conocerlo?

—Es una novela de Nathaniel Hawthorne, que habla de una familia que traiciona a otra y, más o menos, le roba su fortuna y sus secretos. Y de venganza. —El autobús se detuvo bruscamente y los dos salimos disparados hacia los asientos de delante—. La auténtica Casa de los Siete Tejados se convirtió en un museo y es el paraíso de los turistas. Nosotros solo estamos a dos manzanas, pero muchos de los turistas que la visitan vienen luego a la nuestra. Y los que la llevan hasta nos permiten dejar folletos de la nuestra. Las casas encantadas del barrio histórico tienen un poco más de éxito, pero creo

que el boca oreja funciona bastante bien en nuestro caso. Si podemos cerrar el trato con las agencias turísticas, nos irá muy bien los próximos años. A lo mejor, hasta conseguimos arreglar el desván, para no tener la sensación de que vivimos en un nido de búhos.

Asentí y me volví de nuevo hacia la ventana para contemplar la ciudad que desfilaba a nuestro paso. A simple vista, Salem se parecía mucho a Redhood. La misma clase de arquitectura de la época colonial, las mismas calles estrechas y sinuosas cubiertas por la misma capa dorada de hojas de arce... Hasta las aguas centelleantes, cuando pasamos junto al muelle, y las decenas de barcos allí amarrados me resultaban tan familiares como las líneas de la palma de mi mano.

Cerré los ojos con la intención de grabar todas aquellas imágenes en la memoria, mientras me preguntaba si algún día sería capaz de capturar la forma en que la luz matutina titilaba en las aguas plateadas del río.

Existía, sin embargo, una diferencia entre Salem y Redhood. Adentrarse en nuestra parte del cabo era como adentrarse en un museo de historia viviente. Había normas sobre la altura máxima de los árboles de los jardines, sobre el material con el que se podían construir los caminos de entrada de las casas, sobre la cantidad de adornos que se podían colocar para celebrar festividades y sobre el tiempo que podían estar colgados.

Salem, en cambio, parecía una ciudad acogedora. Los niños que me rodeaban vestían vaqueros y jerséis, jugueteaban con sus móviles o leían. Ni mochilas de marca, ni anticuados uniformes ni zapatos lo bastante caros como para dar de comer a una familia entera durante meses. Las casas se revestían de esplendor otoñal y rezumaban el espíritu de la estación.

Las hojas estaban amontonadas en pilas, listas para ser quemadas o trasladadas a otra parte. Tras ellas, sin embargo, se veía un desfile de esqueletos que bailoteaban en los jardines, acompañados de brujas de juguete aferradas a sus escobas de mimbre. Las calabazas de Halloween habían invadido muros, porches y puertas, y nos sonreían siniestramente cuando pasábamos por delante.

El centro del pueblo era, al parecer, el lugar donde se concentraban la mayoría de las atracciones turísticas, entre ellas el Museo de Historia de las

Brujas y no sé qué cementerio: ¿el lugar donde habían enterrado a algunas de las brujas acusadas, tal vez? El resto era zona residencial, con unas cuantas tiendas y modernos centros comerciales. Si la abuela los hubiera visto, se le habrían puesto las perlas de punta.

Era un lugar cálido y acogedor, como lo es tu jersey favorito. En el aire vibraba una especie de alegría, que iluminaba los rostros de los grupos de turistas que deambulaban por todas partes. No se veía ni rastro de la conducta reservada y cautelosa de las antiguas familias de Redhood. Salem era la viva imagen de lo que yo siempre había considerado normal.

—Los que llevan sombreros como esos son los malignos —dijo Nell en voz baja mientras seguía mi mirada hasta una casa, en cuyo jardín delantero crecía un arce decorado con puntiagudos sombreros negros—. No las brujas.

Antes de que me diera tiempo a responder, oí a alguien reírse a nuestra espalda.

—¿Brujas? —dijo una voz.

Me incorporé un poco y giré el cuello para echar un vistazo por encima del plástico negro de nuestro asiento. Dos chicos de más o menos mi edad estaban contemplando fijamente la parte posterior de la cabeza de Nell. Uno de ellos levantó una mano: sujetaba con dos dedos una bolita de papel mojado, listo para disparar.

Puesto que a lo largo de mi vida yo había recibido tantísimas bolitas ensalivadas que ya había perdido la cuenta, extendí una mano justo cuando el chico disparaba. La bolita se me quedó pegada a la palma con un asqueroso ¡chof! La miré con una mueca. También le había metido un poco de chicle.

—¿Qué problema tienes? —le pregunté sin hacerle caso a Nell cuando intentó tirarme del brazo.

—Ooooooh —se burlaron los chicos.

Uno de ellos llevaba una camiseta del CLUB DE ATLETISMO DE SALEM. El pelo, rubio, le asomaba bajo la gorra de béisbol. El otro, el que había lanzado la bola ensalivada, era de piel y pelo más oscuros, y lo bastante corpulento como para tener uno o dos años más que nosotros.

Nell me obligó a sentarme con una mirada furiosa.

—¡Puedo cuidarme yo solita! —susurró.

—¿En serio? ¿Eso era cuidarte tú solita?

Los frenos del autobús chirriaron cuando el conductor se detuvo en la parada. Nell miró una sola vez por encima del hombro y, justo cuando el autobús estaba a punto de detenerse del todo, ladeó la cabeza en dirección hacia los chicos.

Los dos se estrellaron de cara contra el respaldo del asiento que tenían delante.

—Tendrían que revisarle los frenos a este trasto —dijo Nell tan tranquila mientras se ponía en pie para recoger su mochila.

—Sí, está claro —coincidí.

Al chico más alto le empezó a salir sangre de la nariz y le manchó la camisa a cuadros.

—Será mejor que vayas a que la enfermera te eche un vistazo. Esa nariz tiene mala pinta —le dijo Nell en un tono de lo más amable.

El chico, que en ese momento se alejaba por el pasillo del autobús apartando a empujones a los demás, observó a Nell con los ojos entrecerrados y luego se marchó. Su amigo, el de la camiseta de atletismo, le lanzó a Nell una mirada de curiosidad.

—No soporta que lo ignores —le dijo en un tono que sonaba un poco a disculpa.

—Lo que tú digas, Parker —respondió ella—, pero si un perro se porta mal no le das una galleta, ¿verdad?

Antes de que el tal Parker pudiera contestar, Nell tiró de mí y nos levantamos los dos. El viento frío de la mañana nos golpeó cuando bajamos del autobús y nos unimos al rebaño de chicos y chicas que se dirigían al edificio de ladrillo.

Bum, bum, bum, bum, decía mi corazón.

Ayayay, decía mi estómago.

«¡Ja, ja, ja!», decía el maligno, como si estuviera disfrutando de mi nerviosismo, retozando en él como quien se revuelca en un campo de flores.

Di un paso al frente, ignorando la advertencia de Nell.

—¡Espera! —dijo apresuradamente en voz baja.

Demasiado tarde.

Me sentí como si acabara de chocar contra una valla electrificada. Una especie de corriente al rojo vivo me recorrió todo el cuerpo y me lanzó varios pasos hacia atrás. Cuando abrí los ojos, esperaba ver toda mi ropa chamuscada.

—Hala, primo —dijo Nell en voz muy alta—. Pero ¡qué torpe eres!

Los demás alumnos me miraron, alarmados, o me ignoraron directamente mientras Nell me ayudaba a ponerme de nuevo en pie. La sangre huyó de mi rostro y me lo dejó entumecido.

—El conjuro de protección —susurró Nell—. Llevas un maligno dentro. Tengo que invitarte para que puedas cruzar esta frontera.

Se colocó delante de mí, de espaldas al instituto. Fue entonces cuando vi el perímetro de la magia, que formaba en el aire una onda de un tono verde apagado.

—Cruza este atajo —susurró Nell tendiéndome una mano— y que empiece nuestro trabajo.

Eché un vistazo a mi alrededor, para asegurarme de que nadie nos oía ni nos estaba mirando, y di un vacilante paso al frente. Esta vez conseguí cruzar sin notar absolutamente nada, ni la más ligera brisa.

—¿Todos los conjuros riman?

—No, pero así es más fácil recordarlos —murmuró Nell—. Vamos. Llegaremos tarde.

Pero mis pies se negaban a moverse, por mucho que yo intentara obligarlos a dar otro paso. «Cuanto antes empieces, antes acabarás. Cuanto antes empieces, antes acabarás...».

Nell me lanzó una mirada y luego me llevó hacia una maceta de cemento, para quitarme de en medio.

—¿No podemos saltarnos las clases? —pregunté al fin—. ¡Si tú no te chivas, yo tampoco me chivaré!

Nell no pareció muy impresionada por mi propuesta.

—¿Así es como te libras en tu pueblo de las cosas que no quieres hacer? ¿Te escaqueas y punto? —dijo al tiempo que sacudía la cabeza—. Venga ya, primito. Como dijo Shakespeare, lleva tu valor hasta su punto heroico.

—Y eso ¿qué significa, a ver?

—Significa —dijo Nell al tiempo que me tiraba del brazo— que es hora de que te aguantes y dejes de comportarte como un crío.

La fulminé con la mirada y, a regañadientes, subí tras ella los escalones de cemento, arrastrando la mano por la barandilla metálica. Al parecer, el edificio estaba dividido en dos alas unidas por varias pasarelas acristaladas que molaban mucho, porque se veía pasar por ella a los otros chicos. A mi derecha vi a un hombre con aspecto de funcionario que en ese momento izaba las banderas de Estados Unidos y de Massachusetts y, al mismo tiempo, ladraba a los alumnos que estaban pisando la hierba, sobre la cual había varios letreros que decían claramente: «PROHIBIDO PISAR EL CÉSPED».

—¡Hola, Nell!

Nell y yo nos volvimos al mismo tiempo. Escudriñé con la mirada a los chicos que en ese momento subían la escalera hasta que localicé a uno que agitaba la mano con gran entusiasmo. Nell se echó a reír y le devolvió el saludo.

—La semana pasada no viniste a clase, estaba preocupado —dijo enfurruñado mientras subía de un salto los dos últimos escalones.

Me lo quedé mirando, con los ojos más y más abiertos a cada segundo que pasaba. Todas las prendas de ropa que llevaba —calcetines, zapatos, pantalones, camiseta, sudadera y sombrero— eran de un vivo color azul.

—¿Va todo bien? —preguntó y luego, al verme a mí, volvió a mirar a Nell—. ¿Tan preocupada estabas por lo de la obra?

—¿La obra? —repetí.

Solo entonces pareció fijarse de verdad en mí.

—La obra del instituto —aclaró—. Y tú ¿quién eres?

—¿Por qué te preocupa la obra del instituto? —le pregunté a Nell, mientras me parecía recordar algo en algún rincón de mi mente.

Como de costumbre, me ignoró.

—Va todo bien, Norton. Y este es mi primo. Estudiará aquí unas cuantas semanas, mientras sus padres viajan por todo el mundo.

El chico me tendió una mano y, cuando le ofrecí la mía, me la estrechó con fuerza. Si se había dado cuenta de que los demás chicos lo esquivaban, no parecía importarle mucho.

—Encantado de conocerte, es un azul..., eh, un placer —dije—. Perdona, es que...

Es que era tan... ¿azul?

—Norton está participando en una *performance* artística —explicó Nell—. Cada día se viste de un solo color, según su estado de ánimo. —Se volvió hacia Norton y lo observó mientras este rebuscaba algo en la bolsa marrón del almuerzo—. El azul indica tristeza. ¿Por qué vas tan azul hoy, Norton?

—A mi madre solo le quedaban la primera y la última rebanada del pan de molde.

—Eso sí que es un asco —coincidí.

—En fin, encantado de conocerte. A lo mejor estamos juntos en alguna clase, ¿no? —dijo con un rastro de esperanza en la voz.

—No tengo ni idea —le contesté con sinceridad—. Yo también me alegro de conocerte.

En lo alto de la escalera, justo antes de que llegáramos a la puerta, Nell rebuscó en su mochila y sacó una carpeta roja.

—¿Qué es eso? —le pregunté.

—Tu nueva vida —respondió.

Sonó el primer timbre, pero ninguno de los dos se movió.

—Oye, ya sé que todo esto ha sido... «espantoso» es más bien un eufemismo, ¿no? Bueno, solo quería decirte que... —Se interrumpió y apretó los labios—. Solo quería decirte que tendrías que hacerle caso a mi padre y tomarte todo esto como una posibilidad de empezar de cero. Aquí no eres un Redding. Nadie sabe tu nombre. A lo mejor te resulta más fácil comportarte como la persona que quieres ser y no como la persona que crees ser.

—O sea, ¿tengo que fingir que soy alguien que no soy? —le pregunté—. ¿Y si no sé hacerlo?

—Es más fácil de lo que crees —dijo Nell—. Es actuación de método. Te conviertes en el personaje, vives el personaje, le infundes vida, lo creas a partir de la información básica que te han dado. No hay errores, solo creación constante. —Abrió la carpeta y me mostró el contenido—. Te llamas Ethan White y naciste en Portland, Maine, el 22 de diciembre. Eres hijo de Mary y John White. El resto lo decides tú.

Las puertas del instituto se abrieron y expulsaron una bocanada de aire caliente, pero yo no podía apartar la mirada de la carpeta a pesar de que Nell seguía hablando a la velocidad del rayo.

—Una vez que te acostumbras, no es tan difícil. Y yo estaré aquí para ayudarte. Porque, ¿sabes?, da igual lo fabuloso que sea el actor principal si el resto del reparto no lo apoya.

La carpeta contenía una fotocopia del certificado de nacimiento de un tal Ethan White, que no tenía hermanos gemelos. Sujeta con una grapa al certificado había una cartilla de vacunación falsa; varios boletines de notas, falsos también, de un instituto de Portland; y las fotocopias de dos carnés de conducir: el de Mary Elizabeth White, una mujer de pelo moreno con una sonrisa increíblemente perfecta, y el de John Adams White, un desconocido de metro noventa de estatura y cien kilos de peso.

—¿Sabes? —dijo Nell mientras entraba en el edificio—. No pasa nada por fingirte más valiente de lo que en realidad eres. Yo lo hago todo el tiempo.



De mitos y leyendas

Suerte que Nell me caía más o menos bien, porque estábamos juntos en tooodas las clases. Bueno, todas menos una. La optativa. Nell se había apuntado a teatro, pero a mí me habían asignado una hora de estudio en la biblioteca durante la última clase del día.

—Espero que estés listo —dijo. Me entregó mi horario de clases impreso mientras caminábamos por el pasillo—. Vamos allá.

Y, sin más, me encontré estrechándole la mano a la señora Anderson, mi nueva profesora de ciencias. La tenía en la tutoría de primera hora de la mañana, para pasar lista y soltar el rollo ese del juramento a la bandera, pero luego ya no volvía a tener clase con ella hasta la tarde. Me senté con Nell en la última fila del aula y me quedé mirando los dos acuarios situados a los lados de aquella luminosa sala: unos de ellos contenía montones de peces de todos los colores y, el otro, una araña muy grande y muy peluda llamada Eleanor.

Me acordé de la tarea que me había encargado el tío Barnabas y arqueé las cejas en dirección a la araña.

Nell dijo que no con la cabeza y anotó algo en su cuaderno: «Busca una que no tengamos que robar, so memo». Y luego añadió: «Eleanor no es lo que

imaginas. Inténtalo con un lagarto o una rana».

«¡Una rana!». Era la primera vez que Al abría la boca desde primera hora de la mañana. Dentro de mí, su presencia se había convertido en una especie de ruido de estática. A veces se intensificaba, como si Al estuviera haciendo esfuerzos por escuchar. Y otras veces era tan débil que casi se me olvidaba que seguía allí.

Pasé el día sumido en una especie de profundo aturdimiento. Tenía la extraña sensación de encontrarme fuera de mi cuerpo, como si me viera a mí mismo caminando por los pasillos de baldosas amarillas, entre las taquillas rojas: de puerta en puerta, de clase en clase, de hora en hora.

A segunda hora tenía lengua y literatura con la señorita Mell, una profesora joven y rubia que tenía la costumbre de hablar de pronombres mirando al suelo en lugar de a nosotros.

A tercera hora tenía preálgebra con la señora Johnson, que me preguntaba a mí todo el rato, no sé si porque se estaba obligando a sí misma a aprenderse mi nombre o porque quería torturarme.

A cuarta hora tenía humanidades con el señor Gupta. En la Academia Redhood habían combinado en una sola —inglés— las asignaturas de humanidades y lengua y literatura, así que me llevé una gran sorpresa al descubrir que la clase del señor Gupta estaba dedicada a estudiar toda clase de obras famosas de la narrativa y la poesía, así como la mitología y el arte en general. Y nada de aburridas reglas gramaticales.

El señor Gupta tamborileó con los dedos sobre su mesa.

—Es la hora de... ¡otra ronda de «Me suena a griego»! ¿Qué equipo se impondrá y ascenderá a lo más alto del Olimpo, donde será agasajado con la ambrosía de una magnífica pizza?

Estaba claro que al señor Gupta le encantaba dar la unidad de mitología griega.

A mi alrededor, Nell y los demás alumnos empezaron a mover sus mesas y a separarlas a regañadientes hasta que la clase quedó claramente dividida en dos partes. Los miembros de mi equipo estaban repantigados en sus sillas o mirando a escondidas sus móviles, ocultos en las mochilas.

—No ganamos nunca —me explicó Nell en un susurro—. Ya sé que para ti

va a ser un golpe, pero intenta no tomártelo demasiado mal.

¿Un golpe...? Lo último que había ganado yo en mi vida había sido un concurso de comer pasteles de Silence, y solo porque el tío que estaba a mi lado había vomitado y lo habían descalificado. Pero, antes de que pudiera explicárselo a Nell, empezó la batalla de preguntas.

—¿Por qué se enfrentaron Atenea y Poseidón? —preguntó el señor Gupta.

Eh, esa me la sabía. Papá y yo solíamos leer un maravilloso libro de mitología todas las noches, antes de acostarnos. Empecé a levantar la mano, pero el chico del autobús, el que llevaba la gorra de béisbol —ahora sin gorra, gracias a las normas del instituto— fue más rápido y levantó el brazo.

«¿Qué estáis... qué estás haciendo? —preguntó Alastor—. **¡Responde a ese hombre, estúpido!**».

Obviamente, Al no entendía la reglas del juego, por no decir que no entendía en absoluto el concepto de «reglas».

—¿Sí, Parker? —dijo el señor Gupta.

—Cuando se estaba fundando Atenas compitieron por ver a cuál de los dos elegirían los griegos para ponerle su nombre a la ciudad —dijo mientras los miembros de su equipo aporreaban los pupitres—. Poseidón solo les pudo ofrecer agua salada, que no les servía de mucho. Pero Atenea ofreció al pueblo un olivo, que sí podían utilizar, así que nombraron a la ciudad en su honor.

—¡Correcto! —dijo el señor Gupta mientras le anotaba un punto al Equipo Dos en la pizarra—. Siguiendo pregunta, semidioses. ¿Quién fue en busca del vello de oro?

Esa era fácil: Jasón y los argonautas.

«**Tienes que responderle a ese hombre, Gusano, no regodearte con tu brillantez** —gruñó Alastor—. **¡El otro equipo está derrotando al tuyo!**».

La chica que estaba a mi lado, Anna, respondió rápidamente.

—¿Perseo?

Ay, no...

—Lo siento, no es correcto. ¿Equipo Dos?

Estaba claro que Parker era la clave de su éxito. Sonrió con aire de suficiencia antes de responder.

—Jasón y los argonautas.

«**No nos gusta ese joven** —dijo Alastor en tono seco y frío—. **No le permitas que te arrebate el trono de... esa... pizza**».

Un huesudo codo se me clavó en el costado cuando levanté la mano para responder una pregunta del señor Gupta acerca de la esposa de Zeus.

—Hera —dije.

Por fin salíamos a la palestra. El chico que estaba sentado enfrente de Nell dejó de atarse y desatarse los cordones de su sudadera y me miró.

—La hostia, tenemos un punto —dijo.

—¡Ese lenguaje! —lo amonestó el señor Gupta prácticamente al instante.

El turno fue pasando de un equipo a otro. Una chica que estaba sentada varias filas por detrás de mí respondió la siguiente pregunta, lo cual animó a otra chica a responder la que vino después.

—¿Quién completó los Doce Trabajos?

Otro tanto para nuestro equipo. Seguimos saltando de un equipo a otro hasta que solo quedó una pregunta y estábamos, lógicamente, empatados.

—Y, ahora..., punto para la pizza —dijo el señor Gupta dándole a su voz ya de por sí grave un tono aún más grave—. ¿Quién mató a la Quimera?

La sabía... ¡La sabía! Papá y yo habíamos leído juntos la historia muchas veces, pero no me salía el nombre. Lo tenía en la punta de la lengua. Empezaba por P... No, no, por B. Miré de reojo a Parker, que estaba contemplando el techo con los ojos entrecerrados, esforzándose por pensar.

Vamos, vamos...

—Alguien tiene que saberlo —dijo el señor Gupta—. Supongo que todos habéis hecho los deberes, ¿nooooo?

Varios chicos se retorcieron en sus asientos, nerviosos, y las sillas chirriaron.

Y, entonces, surgió el recuerdo, flotando como si fuera una pluma. Una voz, en lo más profundo de mi mente, me susurró la respuesta. Levanté tímidamente la mano, tratando de contener los nervios.

—¿Sí, Ethan? —preguntó el señor Gupta.

Por favor, que no la cague... Nell me clavó la mirada en un lado de la cabeza. Todo el mundo hizo lo mismo.

—Belerofonte.

El señor Gupta guardó silencio durante un segundo.

Y luego sonrió.

—¡Correcto!

—¡Síiiiiiiii! —dijo Blake, el chico que estaba a mi lado, mientras lanzaba ambos puños al aire como si acabáramos de ganar una medalla de oro en los Juegos Olímpicos.

Me puse rojo como un tomate mientras mis compañeros de equipo aporreaban sus mesas.

—¡Dios, no habíamos ganado nunca! ¡Nadie puede con Parker! ¡Bien hecho, Ethan! —dijo una chica, creo que Sara.

Desde el otro lado de la clase, Parker me observó con el ceño fruncido y enseguida desvió la mirada para guardar su cuaderno en la mochila.

«Perder no es fácil —murmuró Alastor con cierto desdén—, cuando se está acostumbrado a ganar siempre. Tu familia no tardará en darse cuenta».

«Lárgate —pensé furioso—. Estoy disfrutando del momento, ¿vale?».

—¡No somos patéticos! ¡No somos patéticos! —empezaron a canturrear los amigos de Blake.

Cada palabra, cada nueva voz que se sumaba al cántico, iba pinchando un poco más mi entusiasmo, hasta que se desinfló por completo. Una especie de inquietud despertó en mi interior, como un aleteo de infortunio.

«Felicidades, Gusano —dijo Alastor que parecía extrañamente satisfecho—. Ser un ganador es una sensación fantástica, ¿verdad?».

«Ganar en un concurso de clase no te convierte en un ganador —le dije—. Solo significa que has leído algún libro».

Pero no se equivocaba. Tuve la sensación de que una parte de mí —la parte que se echaba a temblar cada vez que me daban las notas, la parte que había aprendido a dejar de escuchar a mi familia en lugar de decir lo que pensaba— resplandecía. Me recliné en mi silla y solté un largo y profundo suspiro de alivio.

—Bueno, bueno —dijo el señor Gupta dando unas palmadas para reclamar nuestra atención—. Equipo Uno, nos vemos aquí a la hora de comer. ¡Traed

hambre!

Sonó el timbre de la siguiente clase y ordenamos rápidamente el aula. Mientras salíamos, Nell me dio un golpecito en el hombro.

—Ha sido impresionante —dijo.

—Sí, ya —respondí sin levantar la cabeza—. Supongo.

Quería sentirme feliz por haber hecho algo bien, aunque fuera para variar. Pero, en lo más profundo, por debajo de aquella estampa de felicidad y medio oculta tras mi orgullo, asomaba una fea verdad. Una duda inquietante.

¿Quién había contestado en realidad la pregunta? ¿Alastor o yo?



Un poquito de limón

Llegó la hora de comer y, con ella, seis hermosas y humeantes pizzas rebosantes de queso.

Revoloteé detrás del señor Gupta mientras este abría las primeras cajas y las repartía entre los miembros del equipo. Fui corriendo a buscar un plato y una servilleta y me dediqué a contar mentalmente los trozos que podía coger sin parecer un maleducado egoísta.

—¿Quieres calmarte? —dijo Nell entre dientes detrás de mí—. Te comportas como si nunca antes hubieras comido un trozo de pizza.

Yo estaba prácticamente saltando de alegría.

—Hace que no me como una pizza..., no sé..., ¿cinco años?

—¿Qué? —exclamó.

Le pedí que bajara la voz, pues dos de los chicos que estaban en la fila se habían vuelto a mirarnos.

—Mi abuela hizo que cerrara la única pizzería del pueblo, porque según ella era un «riesgo para la salud» —le dije mientras nos dirigíamos a dos mesas del rincón—. Y mi madre es una fanática de la comida sana.

—¿Ni siquiera en el instituto? —susurró horrorizada.

Le dije que no con la cabeza.

—Y, entonces ¿qué comíais? ¿Toneladas de hamburguesas y nuggets de pollo?

—Básicamente, cuscús, atún, *cozze in bianco*...

—¿En qué idioma hablas ahora mismo? —me preguntó Nell. Dejó una de sus porciones de pizza sobre la pila que yo había cogido—. Pues, toma, mejor cométela tú y disfruta de este momento.

«**Y ¿qué hay de mi comida?**», preguntó Alastor, pero yo estaba demasiado ocupado atiborrándome como para que me importara.

Nell, sin embargo, debió de ver mi expresión de fastidio.

—¿Qué pasa? ¿Qué te ha dicho?

—Tiene hambre —murmuré—. Yo creía que se alimentaba solo de emociones.

«**Eso no es correcto**».

—Los malignos reponen su energía absorbiendo la tristeza de quienes les rodean, pero también comen arañas y murciélagos para llenarse el estómago.

«**Eso sí es correcto**».

—Y ¿qué hago? —pregunté.

—Nada —susurró Nell. Se puso tensa—. Tú y él no sois colegas. No eres su esclavo. Si le das un dedo, se cogerá el brazo entero. Como dijo Shakespeare, «que uno puede sonreír y sonreír y ser un villano». Recuerda que nunca obtendrás nada bueno de un maligno. Y, si te empieza a fastidiar otra vez, me lo dices y yo lo pongo enseguida en su sitio.

Toma ya. Cuanto más hablaba, más seria se ponía y más enfadada sonaba su voz.

—O sea... Quiero decir que... No me malinterpretes, ¿eh? Te agradezco mucho el conjuro de anoche, pero... Vaya, que si los dos sois seres mágicos, o sea, que hacéis magia y eso, ¿cómo es que no estáis en el mismo bando?

Nell me miró horrorizada.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Qué te ha estado contando ese gusano sobre mí?

«**¿Gusano?** —farfulló Al—. **¡Descortés desvergonzada de hocico erizado!**».

—Cree que..., ejem..., que eres muy especial —dije.

Esa era la palabra comodín que utilizaba mi madre cada vez que un profesor o pariente me llamaba algo que yo no entendía, como impasible o taciturno.

—Las brujas no son malignos. Los malignos, por definición, son criaturas del Mundo de Abajo que se entrometen en nuestro mundo para mejorar el suyo —dijo Nell en una voz tan baja que tuve que acercarme a ella para oír bien—. Quieren sirvientes, pero sobre todo quieren que la magia que se encuentra en la faz de la tierra fluya hacia ellos. Y lo consiguen causándonos sufrimiento o haciendo que nos causemos sufrimiento nosotros mismos mediante las guerras. No pueden crear suficiente magia en el Mundo de Abajo. Y por eso nos la tienen que robar y canalizarla hacia su mundo.

Al mantuvo un sospechoso silencio durante la explicación de Nell. Lo cual, como ya sabéis, significaba que probablemente Nell estaba diciendo la verdad.

—Entonces ¿qué son las brujas?

—Las brujas son mujeres de nuestro mundo que tienen una tendencia natural a la magia —dijo Nell—. La pueden manipular, cuando los demás ni siquiera perciben su presencia. Las madres pasan ese don a sus hijas, para asegurarse de que continúe el linaje.

Estaba a punto de preguntarle por qué era solo cosa de chicas, pero ella siguió hablando a toda pastilla.

—En la Antigüedad —añadió—, y me refiero a la Antigüedad de verdad, ¿vale?, o sea, como en la época de los griegos estos. Cuando los humanos por fin comprendieron que los malignos los conducían a batallas y venganzas innecesarias, empezaron a reunir a las mujeres que poseían ese don y formaron un aquelarre para defenderse. Lo que tienes que entender es que los malignos y las brujas son enemigos. Nuestra responsabilidad es asegurarnos de que los malignos no se entrometan en las vidas de los humanos. O sea, que se queden en el Mundo de Abajo, que es donde tienen que estar.

Estaba a punto de hacerle otra pregunta cuando nos interrumpió una voz, procedente de la otra punta de la clase.

—¡Eh, Ethan! ¿Vienes a sentarte con nosotros? —preguntó Blake mientras señalaba con el pulgar el pupitre vacío que estaba junto a él y sus amigos.

Una invitación para una sola persona. Miré a Nell de reojo y me di cuenta de que de repente parecía muy concentrada en su pizza.

—Estoy bien aquí —respondí—. Pero ¡gracias igualmente!

Aunque no hubiera significado dejar que Nell comiera sola, tampoco habría dicho que sí. Según mi experiencia, cuando alguien es simpático conmigo es solo porque quiere que me acerque a una papelera lo bastante como para poder empujarme dentro. Blake, sin embargo, se limitó a encogerse de hombros y se volvió hacia sus amigos.

«¿Os... te sorprende que te incluyan? —dijo Alastor—. Desean tu compañía, pues has alcanzado lo que deseabas: aceptación».

«Lo único que he hecho ha sido responder bien una pregunta», le contesté mentalmente. Tampoco es que eso me convirtiera en el rey de la popularidad.

«Les has dado algo que ellos también deseaban y, por supuesto, ahora les alegra tu compañía. Sería inteligente por tu parte aceptarlo, en el caso de que quieras que tu camino en la vida sea más fácil».

«Hablas de la amistad como si fuera un intercambio».

«Toda relación es una transacción. Toda supuesta amistad se inicia con una promesa que ambas partes deben respetar».

«¿Igual que tu transacción con Honor Redding?».

Después de eso, se mantuvo silencioso. Tan silencioso que pude escuchar al grupito de chicas sentadas unos cuantos pupitres más allá, a las cuales Nell trataba claramente de ignorar. Sin embargo, de vez en cuando giraba un poco la cabeza para oír mejor lo que decían.

—...gafas son ridículas, hasta mi madre lo piensa...

—...tan raro que viva en esa casa...

—...y que quiera interpretar ese papel, ja, como si se lo fueran a dar...

A ver, una cosa. Si le preguntarais a Nell qué piensa de mí, probablemente os diría que por ella como si me muero, o que ojalá tuviera un conjuro para hacer que me creciera una cola de mono y dejarme así el resto de mi vida. Pero eso no cambiaba el hecho de que teníamos al menos una cosa en común: mis compañeros de la Academia Redhood y los chicos de su instituto no es que se volvieran locos por ser nuestros amigos. En todo caso, lo que hacían era pelearse por ver quién se alejaba más rápido.

El chico del autobús la había llamado una cosa muy fea: «Friqui». Me pregunté si tendría que ver con los rumores según los cuales ella y su madre eran brujas y tenían poderes o si simplemente tenía que ver con el hecho de que no se vestía como los demás. Tal y como solía decir mi madre, ser diferente —ser uno mismo, en lugar de ser lo que quieren los demás— también exige valor.

«**Su desesperación sabe a limón**», fue lo único que comentó Alastor.

Sacudí la cabeza de un lado a otro. «Desesperación», había dicho. No simple tristeza, ni inquietud. «Desesperación». Más allá de toda ilusión, más allá de la soledad.

Llevábamos ya unas cuantas horas en el instituto y solo había visto a Nell hablar con dos personas, aparte de mí mismo: la profesora de ciencias y Norton. En casa, solo estábamos el tío B, Sapo y yo. ¿Tenía a alguien más?

¿O estaba... sola?

Incliné mi silla hacia atrás, mientras iba dando vueltas mentales a unas cuantas ideas. Yo iba a estar allí menos de dos semanas. Por tanto, no importaba lo que los demás chicos pensarán de mí. Siempre que no me odiaran tanto como para querer apuñalarme, claro, igual que mi abuela. Pero sí importaba lo que pensarán de Nell, porque, cuando yo me hubiera marchado, ella tendría que seguir tratando con ellos.

—Esas gafas te quedan genial —le dije en voz lo bastante alta como para captar la atención de las otras chicas—. Mi madre las compró en la Quinta Avenida, en... eh... —¿Cómo se llamaban aquellos grandes almacenes en los cuales tenía acciones la abuela?—. Bergdorf Goodman.

A Nell se le cayó el trozo de pizza que tenía en la boca. Me miró como si acabara de bajarme los pantalones y estuviera exhibiéndome por la clase.

—¿Bergdorf Goodman? —preguntó una de las chicas—. Un momento..., ¿esas gafas son de Nueva York?

Nell frunció el ceño.

—No, pedazo de...

Le di una patada en la espinilla por debajo de la mesa y me recliné de nuevo para mirar hacia la mesa que ocupaban las chicas.

—Pues sí. Mi madre va mucho a Nueva York por trabajo y siempre

encuentra cosas superguays y modernas para que Nell las pruebe. Dice que las personas normales no saben reconocer las nuevas modas. Algunos nacemos con estilo —dije—. Otros no tienen tanta suerte —añadí mirándolas de reojo.

Nell se atragantó literalmente y se dio un golpe en el pecho para desalojar el trozo de pizza.

—Y ¿aún las tienen a la venta? —preguntó de nuevo la chica con un centelleo en la mirada.

—No, las diseñaron exclusivamente para ella...

Agradecí a todos los santos que el timbre sonara en ese momento y me interrumpiera. Alguien cuya idea de la «moda» era ponerse calcetines de dibujos debajo del uniforme del colegio, no podía llegar muy lejos con la actuación de método.

—¿Ethan? —dijo el señor Gupta mientras me dirigía a la puerta.

Ya casi estaba fuera cuando Nell me obligó a volverme con una mirada más que significativa.

Ah, sí. Ethan era yo. Ethan era mi nombre. Ethan, Ethan, Ethan.

—Ya sé que vas a estar muy poco tiempo con nosotros, pero aun así me gustaría que participaras en el proyecto de mitad de trimestre. Tengo la sensación de que te interesa la mitología..., ¿no?

Vacilé un segundo antes de responder.

—El caso es que... O sea... No soy una persona muy creativa, ¿sabe?

El señor Gupta le había pedido a la clase que propusiera un proyecto relacionado con la narración de cuentos en la sociedad de la Antigua Grecia, o una reinención moderna de la mitología. Si se hubiera tratado del señor Wickworth, nos habría encargado un trabajo de investigación de veinte páginas y nos hubiera descontado puntos por cada nota al pie mal puntuada.

«¿No eres tú el que se considera un artista? —dijo Alastor—. ¿Acaso no dedicas todo tu tiempo secreto a hacer garabatos sobre papel?».

«¿De verdad es necesario decir “tiempo secreto”? Suena horripilante».

«No tan “horripilante” como los ponis, Gusano. Ya sabes de qué ponis hablo».

Los ponis de porcelana. Mi abuela me regalaba uno cada año en Navidad, porque... Bueno, en realidad no sé por qué. Supongo que porque cree que eso

es lo que nos gusta a los chicos hoy en día. Y, aunque yo fingía que no podía ni verlos, en realidad pensaba que estaban muy bien pintados y que eran monos. No tenían nada de horripilante. Pero esa era una verdad que el maligno y yo nos llevaríamos a la tumba.

—¿Ethan? ¿Todo bien?

—Sí, sí —me apresuré a decir al tiempo que buscaba el cuaderno en mi bolsa—. No soy muy... No soy muy bueno, la verdad, pero me gusta dibujar. —Abrí el cuaderno y busqué el boceto de la Casa de los Siete Terrores que había hecho durante la clase de ciencias de la naturaleza—. En fin, puede decir que no, pero estaba pensando que... A lo mejor podría, no sé, ¿ilustrar algunas de las historias? ¿Con dibujos como los de los libros?

«Gusano. Si un hombre desea ser respetado, no debe formular cada frase como una pregunta. Si te consideras un artista, entonces sé un artista».

Para venir de una criatura nacida probablemente entre las llamas del infierno, era un consejo muy bueno.

«Podrías recompensar mi genio dándome de comer, Gusano —dijo Alastor entre dientes—. ¡Dame de comer!».

—¡Oye, este dibujo es muy bueno! —dijo el señor Gupta mientras yo trataba de no morirme de vergüenza. Me sentía como si tuviera el rostro en llamas, pero el entusiasmo se iba abriendo paso en mi interior—. Creo que ilustrar las versiones es una idea estupenda, pero tienes que hacerlo según tu propio estilo. ¿En qué optativa te han puesto?

—Pues... —empecé a decir. Traté de ignorar la sensación que notaba otra vez en el brazo bueno, como si por él corriera arena al rojo vivo—. En ninguna, solo hora de estudio.

«¡Dame de comer!».

—¿Has ido alguna vez a clases de arte?

¿Qué estaba haciendo Alastor? ¿Por qué volvía a notar un cosquilleo en los dedos?

«DAME DE COMER».

Levanté la mirada, sin olvidarme de negar con la cabeza.

—N... no, nunca.

—Hablaré con la profesora de arte para ver si puedes asistir a alguna de sus clases.

Sin avisar, sin pensar, mi mano salió disparada y cogió una calabaza pequeña que el señor Gupta tenía sobre su mesa, como adorno. Mi brazo lanzó la mano hacia la boca y mi mandíbula se abrió para dar cabida a la calabaza. La mordí con fuerza, arranqué un trozo, lo mastiqué y lo engullí.

El señor Gupta se me quedó mirando desde su silla con unos ojos abiertos como platos.

—Perdón... Pensaba que era... una manzana —dije no muy convencido, mientras intentaba devolvérsela.

—Puedes quedártela —dijo el señor Gupta—. Por si te entra hambre más tarde.



El líder de la jauría

El entrenador Randall soplabá su silbato sin descanso, mientras sus zapatillas deportivas chirriaban sobre el suelo. Vestía un chándal Nike, blanco con rayas naranjas, y una gorra a juego. Ambas prendas llevaban bordado el logo del instituto. Que, como habéis adivinado, era una bruja volando en su escoba por delante de una media luna. Nada más verlo, supe que no era el tipo de persona que me dejaría saltarme la clase solo porque me dolía la barriga... o porque detestaba el ejercicio físico.

«El miedo es para los débiles y para los sumisos. Aquí se te presenta otra oportunidad de demostrar tu valía».

Ya. O eso, o lo que tendría que demostrar era que tomaba alguna medicación para el asma.

Hice de tripas corazón y tiré del triste chándal gris que Nell me había dado antes de entrar en el vestuario de los chicos. Nos reunimos con el resto de la clase en el gimnasio, para los estiramientos. Y luego tuvimos que hacer unas cuantas vueltas de calentamiento alrededor de las redes de bádminton.

Al principio, intenté seguirle el ritmo a Nell, pero pronto tuve claro que me iba a resultar imposible. En Redhood, «educación física» significaba aprender a bailar el vals o a jugar a golf.

Nell me adelantó y yo me quedé atrás, resoplando. Se volvió a mirarme con expresión de pena y vi cómo las gafas le rebotaban sobre el puente de la nariz. Si alguna vez nos perseguía un maligno, estaba seguro de que Nell me adelantaría y me dejaría atrás para que se me comiera.

«**¡Más rápido!** —ordenó Alastor, como si yo fuera una especie de caballo que trataba de gobernar—. **¿Es que no tienes orgullo, amigo?»**».

Pues, en esos momentos, no. Lo que sí tenía era un calambre atroz en un costado y una necesidad imperiosa de beber agua.

Por el rabillo del ojo, vi que se me acercaba alguien por detrás y frenaba la marcha para adaptarse a mi fatigoso ritmo.

Parker, claro.

Ni siquiera estaba sudando cuando me adelantó y se volvió a mirarme. Se encogió de hombros, como si quisiera decir: «Y ahora ¿qué?».

«**¿No te cansas** —empezó a decir Alastor— **de ir siempre a la zaga, de contemplar con impotencia la nuca de los demás?»**».

—Pues claro que sí —le solté en voz alta sin hacer caso de la mirada inquieta que me lanzó Norton cuando hasta él me adelantó.

Al empezar la tercera vuelta —cuarta para todos los demás— empecé a notar que me pasaba algo raro de cuello hacia abajo. Volvió el mismo cosquilleo que había notado en el brazo durante la hora de la comida, solo que esta vez era en las piernas. Y llegó tan rápido que tropecé y me torcí los dedos de un pie sobre la pista de madera pulida.

«¿Qué haces?», pregunté.

«**¡Cierra todas las escotillas, truhan!** —dijo Alastor—. **¡Esta nave se dispone a zarpar!**».

Decir que resulta inquietante perder el control de las propias extremidades es como decir que resulta un poquito raro ver a alguien vestido de dinosaurio comiendo perritos calientes en un banco hecho de palomas.

Solté un agudo chillido cuando las piernas se me empezaron a mover, torpemente al principio, pero luego más y más rápido y de forma más regular, a medida que el maléfico le iba cogiendo el truco. Las paredes del gimnasio y los banderines que colgaban de ellas se convirtieron en borrosas manchas de color negro y naranja.

«¡Yo no te he pedido esto! —le dije—. ¡No hemos firmado ningún pacto!».

«Por supuesto que no, descreído de hocico erizado. Si hubiéramos firmado un pacto, ¡ya estarías acabado! ¡Adelante!».

Noté una corriente de energía tan intensa que fue como si hubiera metido el dedo en un enchufe. Pero no sentía dolor. En realidad, me sentía de maravilla. El calor que se me expandía por el pecho acabó con el dolor del costado y enseguida volví a respirar con normalidad. Fingí que iba agarrado a la parte trasera de un coche a toda velocidad.

Llegué junto a Parker tan rápido que el pobre apenas tuvo tiempo de echar un vistazo por encima del hombro, antes de que lo adelantara. La siguiente vez que llegué a su altura, empezó a correr más rápido, tratando de mantener su cada vez más escasa ventaja. Aporreaba el suelo con las zapatillas y se daba impulso con los brazos mientras se abría paso entre los otros chicos.

«No quiero perder —pensé—. No quiero perder...».

Mis piernas iniciaron un esprint aún más rápido, hasta que lo adelanté. Tenía la sensación de que me iba a estallar el pecho, pues lo notaba rebosante de júbilo y alegría.

«¡Victoria!».

¿Era esto lo que se sentía cuando uno ganaba siempre? ¿Una sensación como de estar volando?

Parker agachó la cabeza y cargó hacia delante. Sus zapatillas chirriaron sobre el suelo debido al ímpetu del movimiento. Estaba tan concentrado en ganar velocidad que ni siquiera se fijó en que tenía a Norton justo delante.

—¡Cuidado! —gritó Nell.

Norton se volvió justo a tiempo de ver a Parker chocar contra él a toda velocidad. Se fueron los dos al suelo. Las suelas de mis zapatillas chirriaron cuando las arrastré hasta detenerme, no muy lejos de Parker y Norton.

—Ay, madre —dijo el entrenador.

Lanzó su carpeta sujetapapeles al aire y echó a correr, soplando su silbato como un histérico. Ja, como si con aquello fuera a arreglar algo.

—¡Emergencia! ¡Emergencia! ¡Que alguien llame a una ambulancia!

—¿Qué tal si probamos antes con la enfermera? —propuso Nell mientras ayudaba a un aturdido Norton a sentarse.

Aparte de unos cuantos rasguños en las rodillas y en las palmas de las manos —las partes que habían chocado contra el suelo—, Norton estaba bien. Parker ya era otra historia.

—Aaaaay... ¡El tobillo! —dijo mientras se dejaba caer de espaldas y se lo sujetaba con ambas manos.

Toda la clase de educación física contuvo una exclamación y estuvo a punto de vomitar cuando Parker apartó las manos y mostró un tobillo torcido en un ángulo antinatural. Parker contrajo el rostro y torció los labios en un gesto de dolor.

El corazón aún me martilleaba en el pecho con un ruido tan ensordecedor que apenas oía las demás voces a mi alrededor.

«No ha sido culpa mía. Yo no le he puesto la zancadilla ni lo he obligado a correr más rápido para seguir mi ritmo».

«No, no lo has hecho, Gusano. El peso de la culpa recae sobre sus hombros. Tú solo estabas poniéndote a prueba a ti mismo».

—No sé de dónde ha salido —estaba diciendo Norton, a quien aún le temblaban las piernas—. Si lo hubiera visto, me habría apartado.

—Ya lo sé —dijo Nell al tiempo que me lanzaba una mirada cargada de sospechas—. Pero ha sido muy raro, ¿no?

En cuestión de minutos, llegó una joven —la enfermera— para hacerse cargo de la situación. Parker tenía la cara muy roja y se la tapó con las manos.

—Muy bien, hijo —dijo el entrenador aporreándome el hombro—. ¡Dime que te apuntarás a atletismo! Tienes un don natural... ¡Eres un regalo del cielo!

«**Muchas gracias**», se regodeó Alastor.

Pero yo no tenía intención de darle las gracias. «No cuenta».

«Desde luego que cuenta, Gusano. Has ganado. Has sido el mejor... Hemos sido los mejores».

«Pero no era una carrera». Y, por mucho que lo hubiera sido, yo no era ninguna estrella del atletismo. Lo era él, un maligno de ochocientos años de edad. Aun así, no podía olvidar la facilidad con la que mis piernas avanzaban, ni la sensación del aire fresco en el rostro sudado. Adelantar a los demás, en lugar de ver cómo me adelantaban a mí, me había parecido tan natural y necesario como respirar.

Sin embargo, mi orgullo empezó a deshincharse mientras la enfermera consolaba a Parker. Los demás chicos observaban la escena que se desarrollaba ante ellos, algunos con horror y otros con sádica diversión. Yo notaba un peso en la boca del estómago y no creía que fuera por la calabaza que me había comido.

—Gracias, me encantaría —le dije al entrenador. En ese momento, la enfermera cogió su móvil y llamó a una ambulancia—. Pero no estaré aquí mucho tiempo.



Azufre y buscadores

La primera palmada en la espalda casi me mata del susto. Luego, Peter Fairfield levantó la mano al pasar junto a mí y tardé un minuto entero en comprender que quería chocar los cinco. Me preparé para el siguiente y levanté el brazo, pero Brian Farrell se apartó en el último segundo. Agitó una mano delante de la cara y se apartó de mí con expresión de asco.

Otra vez no, pensé con tristeza. Durante la primera mitad del curso, los chicos de la Academia Redhood habían jugado a fingir que yo tenía una especie de enfermedad que podían coger solo con acercarse a mí. Hasta tenían un montón de normas y todo eso. El único perdedor era yo.

Me concentré en el tablón de anuncios de la pared. La mayoría de los papeles allí grapados eran hojas de inscripción para clubes y actividades deportivas y otros eran copias plastificadas de las normas de la escuela. Pero también vi un calendario enorme del mes de octubre: el día 31, lunes, estaba marcado con la pegatina de una calabaza.

¿Halloween en lunes? Vaya, qué asco de año.

Me acerqué un poco más. Vi una estrella en el viernes anterior a Halloween, el 28. La Vigésimo Tercera Producción Anual de *El crisol*, de Arthur Miller.

Seguí inspeccionado el tablón hasta que me topé con una hoja de color naranja chillón, en la que podía leerse: «AUDICIONES PARA EL CRISOL».

«Vaya —pensé—. Ja».

«**Hum —dijo Alastor—. ¿Entiendo que se trata de una especie de frívola diversión humana?»**».

El crisol era una obra de teatro bastante antigua que iba de un tal John Proctor, en la época de los juicios por brujería de Salem. Una de las chicas — una de las malas, de las que empiezan a acusar a todo el mundo de mantener una estrecha relación con el diablo— se enamora del tal Proctor y, cuando él la rechaza, los acusa de brujería a él y a su mujer.

Nunca había conseguido ver toda la obra sin quedarme dormido. Total, solo es un montón de gente correteando por ahí mientras gritan: «Vi a Fulanita de Tal con el diablo», lo cual cansa un poquito.

Pero, al parecer, Nell no pensaba lo mismo. Su nombre encabezaba la lista de los que se había presentado a las pruebas..., aunque apenas se veía, porque alguien lo había tachado con un rotulador.

«Aaaaaaaah», pensó mi cerebro a toda velocidad. Aquel discurso tan raro que estaba recitando cuando la conocí. «¡Porque es mi nombre!». Era una frase de la obra, ya no cabía duda. Había estado ensayando a pesar de que habían tachado su nombre.

Cuando Nell finalmente apareció, le señalé la lista de las pruebas. No dijo ni una palabra; se limitó a coger un pequeño spray que llevaba en el bolso y apuntarme con él a la cara.

—¿Has firmado un pacto con él? —preguntó entre dientes sin dejar de rociarme—. ¿Por eso corrías tan rápido?

—¡Aargh! ¡Aargh! —farfullé. Tenía tan mal sabor y era tan asqueroso que traté de limpiarme la lengua en la camisa. Puaj—. ¿Qué estás haciendo?

—¡Contesta a mi pregunta!

«**¿Qué clase de inmunda traición es esta? —aulló Alastor—. ¡Por todos los reinos, hueles a rosas y a primavera! Busca barro, Gusano, y líbrate enseguida de este repugnante olor!»**».

Nell bajó el bote y me roció el resto del cuerpo. Y no dejó de rociarme hasta que tuve la camisa tan empapada que se me pegaba al cuerpo.

—Basta, basta —supliqué tratando de alejarme de aquella tortura—. Pues claro que no he firmado ningún pacto. Solo... solo me ha dado un empujoncito. Y ya está. ¡Yo nunca firmaré un pacto! Jamás.

—Bien —dijo mientras volvía a guardar su arma en la bolsa—. A partir de ahora, tienes que ducharte después de educación física, ¿vale?

—¿Se puede saber de qué hablas, Nell? —pregunté.

El olor a rosas me estaba empezando a dar dolor de cabeza.

—¿Me estás... —empezó a decir la bruja apartándome de la puerta del vestuario de las chicas justo cuando salía un grupito de alumnas— diciendo que no te hueles a ti mismo?

—Ahora sí.

—Vale, ven conmigo, tengo que enseñarte dónde está la biblioteca y por el camino te lo explico —dijo.

Levantó el bote y lo agitó ligeramente.

«**¡No dejes que vuelva a empaparnos con ese brebaje!**», dijo Alastor. Noté que mi cuerpo cogía velocidad para alejarme de ella.

—Pero ¡si solo es Febreze! —dijo Nell, que ni siquiera estaba jadeando cuando nos alcanzó—. Solo intento ayudarte, pero si prefieres oler a huevos podridos...

Me detuve de golpe sobre la irregular acera. Huevos podridos. ¿Como la noche de la prueba? Me levanté un poco la camiseta y noté un nauseabundo olor que se percibía incluso por encima del tufillo a flores.

—¿Ese olor... es mío? —susurré horrorizado.

Nell interpretó mi pausa como una invitación para volver a rociarme.

—Huele fatal —dijo—. Supongo que ya estás tan acostumbrado que ni siquiera lo notas.

—Pero... ¿qué es? —le pregunté.

Ya sabía que no olía precisamente a rosas después de tanto correr y sudar, pero tampoco es que hiciera demasiado calor.

—Los malignos son de sangre caliente. Muy caliente. Su temperatura corporal es mucho más elevada que la de los humanos. Ese olor a azufre es, bueno, su versión del sudor. Así que cuando tu temperatura aumenta tú sudas de manera normal, pero...

—Él también suda —terminé la frase—. Alucinante.

«**Yo huelo a reinos derrotados, muerte y desesperación** —intervino Alastor en tono de orgullo—. **No como vosotros, urracas panzudas de nudoso cráneo**».

—Vamos, que voy a oler como una bomba fétida hasta que consigamos sacarlo de ahí o él consiga largarse.

—Bueno, si sucede lo segundo, al menos tendrás otras cosas de las que preocuparte —dijo Nell con voz débil.

La seguí por el camino que conducía a la biblioteca, donde debía pasar mi hora de estudio.

—¿Y si pido que no me obliguen a hacer educación física?

—Sí, ya, que tengas buena suerte —dijo sujetándome la puerta abierta—. Y, recuerda, no te muevas de aquí hasta que yo venga a buscarte, cuando terminen las clases. Volveremos a casa con el autobús.

—A tu casa —la corregí con una punzada de dolor.

—Si necesitas algo, estaré en la sala de teatro —dijo—. Y Ethan... No hagas el tonto, ¿vale?

—Eso va ser todo un reto —le dije—. Pero creo que puedo intentarlo.

La biblioteca estaba vacía a excepción de unos cuantos chicos en la hilera de ordenadores, situados entre los estantes de libros. Había algunos chicos más en las mesas, haciendo los deberes a toda prisa. La bibliotecaria levantó la mirada cuando pasé el arco de seguridad y me observó de arriba abajo.

—¿Eres nuevo? —preguntó. No era joven, pero tampoco vieja. Varias hebras plateadas le salpicaban el pelo castaño. Se le formó una profunda arruga en la frente cuando me observó con el ceño fruncido—. Me suenas de algo, pero no consigo recordar cómo te llamas.

Ay, madre.

No, era imposible que me reconociera como Prosper Redding. El conjuro de glamur que me había lanzado Nell seguía activo.

«Deja de hacer ruiditos de animal moribundo —me dije—. Todo va bien. Todo... va... bien».

Me di cuenta de que había empezado a encogerme un poco para huir de su penetrante mirada, pero me obligué a mí mismo a erguirme.

—Me llamo Ethan White. Y, sí, soy nuevo.

La mujer pareció sopesarme con una sola mirada.

—Muy bien. La biblioteca cierra a las cinco. Nada de tonterías en los ordenadores, ¿vale? Si necesitas ayuda para encontrar material, dímelo.

Me senté a una mesa de trabajo e ignoré todos los deberes, dispuesto a concentrarme en mi proyecto para la clase del señor Gupta. Pero los ordenadores estaban tan cerca... Oía los zumbidos que emitían, me llegaba el aire caliente que expulsaban mientras cargaban, imprimían y procesaban. Eso sí, en comparación con las pantallas planas y los teclados inalámbricos que teníamos en la academia, eran antiguallas.

Me di cuenta, por primera vez, de lo afortunados que éramos por tener aquellos ordenadores.

Me senté lo más alejado que pude de los otros chicos, a los que iba mirando de reojo mientras esperaba que se cargara internet. La bibliotecaria se levantó de su mesa y procedió a empujar un carrito lleno de libros que había que devolver a sus estantes.

Dejé los dedos suspendidos sobre el teclado durante un instante. Me moría de ganas de teclear: «FAMILIA REDDING» en la barra de búsqueda. Respiré hondo y negué con la cabeza. Lo más importante era mantener intacto el conjuro de Nell y pasar desapercibido. Si todo salía según el plan, no tardaría en ver a mi familia. Y, por el momento, tenía que conformarme con eso.

Pero no significaba que tuviera que quedarme allí cruzado de brazos, sin hacer nada excepto mantenerme a salvo, como me había ordenado el tío B. Si en casa no tenían un ordenador para investigar, lo haría yo en la biblioteca.

Tecleé: «LIBRARSE DE UN DEMONIO» en la barra de búsqueda y me acerqué un poco a la pantalla. Pero, en lugar de aparecer la página del buscador, me apareció una pantalla en blanco con una enorme señal roja de Stop.

Se te ha prohibido el acceso a esta página porque su contenido es inadecuado. ethan white, el uso que haces de internet se controla y registra.

—Joooooolín —susurré, al tiempo que pulsaba el botón de volver atrás.

Lo intenté de nuevo y esta vez busqué por: «EJERCITAR A UN DEMONIO».

«Creo que la palabra que estás buscando es “exorcizar”, Gusano», dijo Al con voz aburrida.

Pero entonces recordé un tema que, desde luego, no le había parecido aburrido. Borré «A UN DEMONIO». Algo me decía que «demonio» era una palabra que el instituto bloqueaba por motivos obvios. Escribí: «NOMBRES VERDADEROS Y MAGIA».

Finalmente, se cargaron los resultados de la búsqueda. Fui bajando rápidamente mientras los leía. La mayoría de las páginas tenían que ver con Dragones y Mazmorras o con videojuegos. Había un par de páginas dedicadas a la Wicca y una página de Wikipedia titulada: «Nombres verdaderos».

Interesante. «Muchas culturas poseen un lenguaje secreto y sagrado a partir del cual derivan nombres que expresan su verdadera naturaleza». Seguí bajando. «Según algunas leyendas populares, si se posee el verdadero nombre de alguien, gracias a la magia se puede controlar o manipular a esa persona o ser».

«Tonterías», declaró Alastor. Lo cual me hizo imprimir de inmediato la página para enseñársela más tarde a Barnabas y a Nell. Al final había unos cuantos enlaces a trabajos académicos sobre el tema, que también añadí a la cola de impresión para leerlos más tarde, cuando ya nadie pudiera espíarme por la espalda.

«NOMBRES DE CRIATURAS DIABÓLICAS». Apareció la misma página de bloqueo. Y luego otra vez, cuando intenté buscar: «MALDICIÓN MALIGNO, FAMILIA REDDING MALDICIÓN MAGIA» y «CÓMO MATAR AL DEMONIO QUE LLEVAS DENTRO».

Solté un gruñido de impaciencia y me recliné de golpe en la silla.

—¿Puedo ayudarte en algo...? White, ¿no?

La bibliotecaria estaba justo detrás de mí, contemplando la pantalla con una expresión indescifrable en el rostro. Cogí rápidamente el ratón, salí de la página y me desconecté al instante. Me puse en pie, cogí mi bolsa y, debido a las prisas, casi tropecé con la silla.

—Esto es tuyo —dijo la mujer mientras me entregaba una pila de hojas de

papel recién salidas de la impresora.

—Eh... Ah, sí, gracias, lo siento, es que tengo que... hacer un trabajo. Sí, bueno, vale, adiós.

Volví corriendo a la mesa y casi se me cayeron los papeles por el camino. Un chico levantó la vista y me pidió silencio cuando se me escapó una exclamación de rabia.

Metí en mi cuaderno las hojas impresas y luego lo abrí por una página en blanco. Estaba a mitad de una lista de ideas para el proyecto de mitología griega cuando dos chicos —amigos de Parker, los había visto en clase de educación física— se sentaron justo detrás de mí.

—Parece que se lo ha roto —susurró uno de ellos tratando de esconder el móvil debajo de la mesa—. Pero no lo tendrán que operar. Eso es bueno, supongo. ¿Crees que se habrá curado para cuando empiece la temporada de atletismo?

—Lo que no va a poder hacer es la obra, seguro. No creo que la profesora de teatro lo deje salir al escenario con muletas. ¿Y no decían que el suplente ha pillado la mononucleosis? ¿Qué harán ahora?

—A lo mejor la chica de las gafas brillantes intenta otra vez conseguir el papel.

¿Gafas brillantes? ¿Como las de... Nell?

Me volví en mi silla para preguntarles, pero justo al hacerlo vi pasar las susodichas gafas brillantes y a la chica que las llevaba por la ventana de la biblioteca. Nell miró a uno y otro lado y luego salió disparada hacia la puerta del instituto.

Me puse en pie casi sin darme cuenta de lo que hacía y metí todas mis cosas en la bolsa.

—Eh, ¿ese no es el tío que...? —empezó a decir uno de los chicos, pero yo ya me estaba alejando con la cabeza gacha.

La bibliotecaria, que estaba colocando uno de los libros del carrito en un estante, me daba la espalda en ese momento, así que aproveché la oportunidad para escabullirme sin que me viera.

—¿Adónde habrá ido? —murmuré mientras echaba un vistazo a mi alrededor.

Nell no se marcharía de clase sin un buen motivo, a menos que hubiera sucedido algo. Y, justo cuando ese pensamiento cruzaba mi mente, la vi corriendo entre los árboles en el lado este del campus. Se dirigía a la calle lateral que discurría paralela al campus.

«¿Qué significa todo esto, Gusano? —exigió saber Al cuando eché a correr tras ella—. ¿Es que no te han dicho que te quedas aquí, en este lugar?».

Zigzagueé entre los árboles. Las hojas doradas que caían se me iban enganchando en la bolsa y en el pelo. El mágico halo verde claro de la frontera fue apareciendo. Se estiró como una cinta cuando me lancé contra él y luego me escupió al otro lado con un ¡pop! Eché a correr de nuevo y seguí, como si fuera una estrella, el destello violeta del jersey de Nell, que no tardó en desaparecer entre dos casas.

Al otro lado de las casas, justo detrás de la valla que delimitaba los jardines traseros, se hallaba una casa más pequeña, situada entre dos parcelas sin edificar en las que crecían varios arces. Tenía un aire victoriano, a diferencia del recio estilo colonial del resto de los edificios. Dos ventanas salientes, cuyos cristales eran de colores, ocupaban la planta baja. Del porche colgaba un letrero: «ESSEX: LIBROS Y OTROS ARTÍCULOS IMPRESCINDIBLES».

Estaba lo bastante cerca como para oír la campanilla cuando Nell empujó la puerta mosquitera y dejó que se cerrara de golpe tras ella.

«Aquí podría haber magia», me advirtió Alastor, que parecía inquieto.

Crucé la calle y me oculté tras los viejos árboles, que lloraban hojas sobre el jardín delantero. La brisa mecía un solitario columpio. Lo rodeé y me acerqué todo lo que pude a la ventana saliente más próxima.

Inestables pilas de libros, algunas de las cuales llegaban casi hasta el techo, llenaban todos los rincones de la tienda. El contenido de los estantes estaba perfectamente etiquetado, y, a través del revestimiento verde del cristal, vi un antigua caja registradora y una ordenada pila de bolsas listas para contener compras. Tras la caja y las bolsas, en la pared, atisbé un grabado en madera con el logotipo de la tienda, unos cuantos artículos de prensa enmarcados y una fotografía de Nell, sonriendo entre dos mujeres. Una de

aquellas mujeres tenía la piel oscura como ella; la sonrisa, amplia y cálida, y el sesgo de los ojos eran idénticos. Su madre, sin duda. Llevaba el pelo recogido en una trenza, adornada con flores, que le rodeaba la cabeza.

La otra mujer de la foto apareció en ese momento en la tienda. Bajaba por una escalera de caracol, detrás de una Nell que no parecía muy contenta. Era altísima y lucía una larga melena rubia, reluciente como la luz de la luna, que le caía por debajo de los hombros. Vestía ropa suelta y vaporosa, que contrastaba con un voluminoso conjunto plateado de collar y pendientes.

—Nellie, por favor...

Nell, que en ese momento estaba metiendo en su mochila una bolsa blanca de papel y un libro, siguió dándole la espalda a la mujer.

—Por lo menos, dime que va todo bien en esa casa —prosiguió la mujer—. ¿Eres feliz?

Nell la miró finalmente y respondió con frialdad.

—¿A ti qué te parece?

La mujer trató de abrazar a Nell, pero ella la rechazó.

—Gracias por las hierbas.

—Ven a vivir aquí, conmigo —dijo la mujer siguiéndola hacia la puerta—. Me da igual lo que diga tu padre, me da igual lo que diga todo el mundo...

—Sí, ya, y por eso luchaste la otra vez para que me quedara aquí, ¿no? —dijo Nell. Luego abrió la puerta, pero se volvió en el último momento y la miró—. Por eso luchaste para salvar a mamá, ¿no?

—No lo dices en serio —dijo la mujer mientras salían las dos al porche—. Entra un momento, por favor, intentemos...

Di un paso hacia ellas, con la intención de revelar mi presencia. Pero, en cuanto mi zapatilla de deporte rozó la tierra húmeda y las hojas, de un arbusto cercano salió una rama repleta de espinas que me sujetó el tobillo y me lanzó violentamente hacia atrás. Me vi volando por los aires, para aterrizar con un gélido y húmedo chapuzón en una charquita cercana. De las fangosas orillas surgió de repente un ejército de diminutas ranitas que me observaron con ojos relucientes.

—No... ¡No! ¡Missy, es él! ¡Es Prosper!

Nell echó a correr hacia mí y me rescató de entre las ranas y las otras

cosas que pudiera haber en el agua. Para ello, tuvo que romper las ramas repletas de espinas que merodeaban junto a aquellas aguas turbias, como si me estuvieran retando a acercarme de nuevo a la casa. No muy lejos de allí, mi bolsa se había abierto y había arrojado todo el contenido —papeles, cuadernos y lápices— al suelo.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

Me zumbaban los oídos, como si me hubieran golpeado en ambos lados de la cabeza. Una rana solitaria se me había quedado pegada al dorso de la mano. Noté de nuevo el cosquilleo en el brazo bueno.

«Deliciosas y succulentas ancas de rana...».

—¡No! —dije mientras me sujetaba el brazo derecho con la mano izquierda, para impedir que se moviera.

—Más bien dirás qué haces tú aquí —exigió saber Nell—. ¿Por qué me has seguido? ¡Te he dicho que te quedaras en la biblioteca!

—Quería asegurarme de que estabas bien —le dije.

—¿Un maligno —apostilló Missy con voz gélida, detrás de nosotros— que se interesa por la salud de una bruja?

Me quedé mirando sus ojos, de un inusual tono violeta, y vi en ellos un destello de advertencia. Solo suavizó un poco la mirada cuando vio que durante la escaramuza se me había roto el bajo de los vaqueros y que tenía una línea de feos cortes en el tobillo.

—Entra, te curaré esos cortes —dijo al fin—. Cruza este atajo y que empiece nuestro trabajo.

La barrera, ramas espinosas incluidas, se retiró. La línea mágica de etéreo verde que esta vez tampoco había visto cayó a mis pies y pude pasar por encima.

Nell no abrió la boca mientras entrábamos en la cálida y acogedora tienda. De hecho, parecía contener la respiración mientras Missy me conducía escalera arriba, hacia la segunda planta. Allí, tras la puerta situada en lo alto de la escalera, se hallaba una luminosa habitación.

Era lo contrario al desván en todos los sentidos. Las paredes estaban cubiertas por estanterías de libros, todas ellas pintadas de un cálido y delicado color crema. La ventana era grande y por ella se filtraba la luz

dorada de la tarde tras atravesar los cada vez menos frondosos árboles. Aunque en la estancia también había muchos libros a la venta, la mayoría de los estantes contenían frascos perfectamente ordenados o saquitos de hierbas aromáticas. Se veían unos cuantos calderos de cobre, llenos del mismo jabón negro que yo había utilizado aquella mañana en la Casa de los Siete Terrores o de minúsculas ampollas de un líquido verde para «Males y penas del corazón».

Vaya. Así que aquí estaban los «otros artículos imprescindibles» de la tienda.

Nell se quedó con la espalda pegada a la puerta, como si pretendiera mantenerme encerrado allí dentro... o bien impedir que alguien o algo entrase.

—Siéntese usted, señor Redding —dijo Missy mientras me señalaba un taburete de madera tallada.

—¿Sabes quién soy? —pregunté mientras hacía lo que me había pedido.

Missy fue muy delicada cuando me subió los vaqueros y me aplicó en los cortes un ungüento que olía a menta.

—Claro que te conozco —dijo Missy. Miró a Nell por encima del hombro—. Como bruja, puedo ver a través del conjuro de glamur que Nell te ha lanzado.

Nell cruzó los brazos, pero no dijo nada.

Aunque los cortes se estaban volviendo a cerrar por sí solos, Missy me puso un vendaje blanco en el tobillo y me lo apretó... quizá con un poquitín más de fuerza de la necesaria. Por la forma en que me miraba desde lo alto del puente de la nariz, sin apartar los ojos de mí ni un segundo, tuve la sensación de que me consideraba una especie de perro salvaje que acababa de rescatar de las calles y que ahora debía vigilar constantemente para que no le destrozara la casa.

—No vuelvas jamás a esta casa —me dijo.

«¡Meretriz deslenguada!».

—¡Missy! —exclamó Nell entre dientes.

—Este es un lugar sagrado y protegido —prosiguió Missy—. No puedo permitir que ninguna clase de maligno lo ponga en peligro, me da igual quién sea su huésped o lo poderosa que sea su familia. No tienes por qué venir aquí,

ni por qué obligar a Nell a cuidar de ti. —Se volvió hacia ella—. Y tú, como bruja que eres, no deberías creerte las mentiras que te ha contado ese hombre ni...

—Vale —le soltó Nell. Cruzó la habitación y me cogió del brazo—. Venga, Prosper, vámonos. —Luego se volvió hacia Missy y añadió—: No te preocupes, no volveremos más.

A Missy se le oscureció el rostro: una sombra de horror y tristeza le cruzó la expresión.

—Sabes que no hablaba de ti, Nell... Por favor..., escúchame, por favor. Este sigue siendo tu hogar.

Ya casi estábamos fuera. Nell me arrastraba tras ella por la calle cuando finalmente la oí responder en voz baja:

—No, no lo es.



Limpios

—Y ahora ¿qué hacemos? —pregunté mientras sujetaba mi bolsa rota—. ¿Volver al instituto?

Nell paseaba de un lado a otro al final de la calle, tras una esquina que nos ocultaba de la tienda de libros. Estaba tan rabiosa que hasta me pareció ver que le salía humo de las orejas. De vez en cuando pasaba algún coche a toda velocidad, pero enseguida volvíamos a quedarnos a solas con el silencio y el cielo cada vez más oscuro.

En aquella parte de la ciudad, las casas parecían albergar siglos enteros de recuerdos. Eran muy viejas, estaban medio ocultas entre la hiedra y las zarzas y, pese a estar tan cerca del instituto y del bullicio que eso suponía, parecían fulminar con la mirada a todo el que pasaba por allí. No me molestaba especialmente la forma en que Missy me había tratado, ni la extraña sensación que había notado en su tienda. Pero aquellas casas... Era como si el golpeteo de los viejos postigos y el chirrido de las verjas susurraran advertencias.

—Los autobuses ya se han marchado —murmuró Nell.

—¿Qué hacemos, entonces? —le pregunté—. ¿Llamamos al tío B? ¿Pedimos un taxi?

—Haremos lo que hace la gente normal: caminar.

Y eso hicimos. Por las mismas calles que habíamos recorrido esa mañana de camino al instituto, ante la misma gasolinera y entre unos cuantos bosquecillos de árboles (lo cual podría haberse considerado entrar en propiedad privada, de no ser porque los habitantes de aquel pueblo parecían compartir la idea de que los espacios vacíos pertenecían a todos los vecinos).

—Bueno... —empecé a decir mientras me agachaba para recoger una hoja de arce que mostraba el *ombré* de la naturaleza en todo su esplendor: amarillo en la punta, rojo en el centro y verde en el peciolo. Dejé que el viento me la arrebatara de las manos y la empujara hacia el cielo gris—. ¿Quién es Missy?

Nell tenía las manos hundidas en los bolsillos y la frente arrugada, como si estuviera pensando. Al cabo de un rato —tan largo que ya estaba convencido de que no me iba a contestar—, dijo:

—Missy era la novia de mi madre. Su prometida. Les faltaban unos pocos meses para casarse cuando mi madre se puso enferma.

No supe qué responder, así que me limité a asentir. A lo mejor es que no había nada que yo pudiera decir. Era otro sueño truncado, lo mismo que la casa encantada. Y, a veces, no quedaba más remedio que vivir con esas decepciones y esperar a que el intenso dolor empezara a remitir.

—El gobierno del estado decidió que tenía que irme a vivir con mi padre, aunque llevaba años sin verlo —me contó—. Dijeron que eso era lo justo.

Evidentemente, no lo era.

«Desesperación», pensé. Aquella palabra terrible. Y el mundo terrible y arrollador que ocultaba.

—¿Por eso te has largado del insti? ¿Para ir a verla?

—Necesitaba unos cuantos ingredientes para tu conjuro —me explicó—. Y unas cuantas cosas más que tendremos que probar en el caso de que el maligno se vuelva más poderoso y empiece a imponer su voluntad.

—Ah. Gracias.

Se volvió hacia mí tan deprisa que me escondí detrás de un árbol para esquivarla. Nell dio otro desafiante paso al frente.

—Si le cuentas a Barnabas que me he largado del insti y que he ido a casa de Missy, te lanzaré un conjuro tan potente que ni siquiera sabrás lo que está pasando hasta que tengas la nariz en el culo y no te quede más remedio que

respirar todos tus pedos. Todos.

—Vale, vale —dije—. No pensaba decir nada. Jolín... Eres muy buena actriz, ¿sabes? Ni se me ha ocurrido pensar que planeabas largarte hasta que te he visto echar a correr.

Durante un único segundo, Nell torció los labios en una especie de sonrisa, aunque no tardó en volver a fruncir el ceño, como de costumbre. De todas formas, algo era algo.

Cuando pasamos junto a un cubo de la basura, me fijé en la portada del periódico local que alguien había tirado. Leí el titular, en chillonas letras de color naranja: «¿UN LADRÓN DE CALABAZAS EN SALEM?».

—¿Sabes algo de Parker? —dije como quien no quiere la cosa—. Creo que se ha roto el tobillo. Unos chicos estaban diciendo que a lo mejor no puede interpretar el papel en la obra del instituto.

Encogió los hombros y luego volvió a erguirlos.

—Ya.

Después de una media hora, llegamos al Salem turístico, la parte de la ciudad que concentraba las tiendas de brujería, los edificios antiguos y el centro histórico. El olor salobre de la bahía nos llegó antes incluso de que viéramos el antiguo muelle.

—Estás en clase de teatro, ¿no? —le pregunté—. ¿Interpretas algún papel en *El crisol*? Por eso estabas ensayando en casa, ¿verdad? ¿Era el texto de la obra?

—Estoy con los tramoyistas —dijo Nell. Su aliento se congelaba en el aire. Se arrebujó en su chaqueta—. Solo me interesaba un papel, pero la profesora ni siquiera me dejó participar en las pruebas.

—¿El papel de Parker? —insistí.

Asintió.

—John Proctor.

También conocido como protagonista masculino.

Arqué las cejas, pero, cuanto más pensaba en ello, menos razones se me ocurrían para que Nell no pudiera interpretar ese papel. El hecho de que la profesora de teatro ni siquiera le hubiera permitido intentarlo me calentó tanto la sangre que prácticamente me empezó a hervir.

—Las cosas no suelen salirme como yo quiero —me explicó en voz baja mientras empezábamos a subir el camino que llevaba a la Casa de los Siete Terrores—. En realidad, ni siquiera la magia es capaz de cambiar la suerte de alguien. Bueno, al menos la magia blanca.

Asentí, pero enseguida repartí mi atención entre escucharla a ella y echar un vistazo al despejado jardín, que apenas unas horas antes estaba infestado de maleza seca y basura dejada por los visitantes. Nell se fijó justo en el mismo momento y se detuvo sobre sus pasos.

—Vaya, el tío B debe de haber llegado a casa muy pronto —dije—. Lo habrá limpiado todo para la prueba con las agencias turísticas.

No dejaba de ser curioso, sin embargo, que no pudiese mantener limpio un espacio tan reducido como era el desván.

A Nell le subía y le bajaba el pecho agitadamente. Dejó caer la mochila en el sendero y echó a correr hacia la puerta al tiempo que murmuraba algo entre dientes. La puerta se abrió sin que ella la tocara y rebotó contra la pared.

—¿Nell? —dije siguiéndola—. Nell, ¿qué ocurre...?

Nell se quedó parada en mitad del vestíbulo, con el rostro vuelto hacia el quirófano zombi. O, mejor dicho, lo que había sido el quirófano zombi.

Alguien había fregado a fondo la pared que antes estaba empapada de sangre falsa, de la cual solo quedaba una débil sombra rosada. Los macabros intestinos que colgaban del falso cadáver ya no llegaban al suelo: los habían recogido, limpiado y enrollado dentro del estómago del muñeco. En realidad, lo habían limpiado todo. La camilla metálica, los falsos cuchillos plateados y las sierras. Todo estaba resplandeciente. Ni yo lo hubiera hecho mejor.

—No puede haberlo hecho —exclamó—. No me lo puedo creer...

Nell subió a toda prisa la desvencijada escalera. La casa entera gruñía a cada paso que ella daba. Llegó a la segunda planta y encendió las luces.

Las arañas gigantes estaban perfectamente apiladas en el rincón más alejado. Habían arrancado de los árboles las falsas telarañas. También habían barrido las hojas que alfombraban el suelo, y los hombres lobo de mentira estaban guardados en el armario del pasillo.

Y lo mismo ocurría en todas las habitaciones: la sangre falsa había desaparecido y las criaturas estaban recogidas. Tripas, sangre, momias,

espadas y hachas... Todo estaba perfectamente recogido, desempolvado, cepillado y pulido. La limpieza que había hecho yo en el desván era de risa al lado de todo aquello. Y la casa ya no tenía nada que ver con su aspecto anterior: todas las paredes eran al menos tres tonos más claras.

—¿Quién querría robar toda la basura y los adornos? —pregunté, mientras pensaba en todas las series de investigación policial que a veces veía después del instituto—. ¿Crees que puede haber sido alguna casa encantada de la competencia? ¿Alguien que estaba molesto por los gritos de los niños?

—¡No! No, no es eso lo que quería decir... —Estaba temblando—. ¿Es que no lo entiendes? Quien lo haya hecho lo ha fastidiado todo. Es imposible que podamos volver a montar las habitaciones antes de la visita de esta noche. Y los conjuros que lanzó mi madre para encantarlos todo han...

Desaparecido.

Todo lo que Nell y su madre habían hecho había desaparecido.

—¿Por qué ha tenido que hacerlo precisamente esta noche? —dijo Nell mesándose el pelo con los dedos.

Las luces que colgaban encima de nuestras cabezas, y las de toda la casa, empezaron a parpadear peligrosamente. La fuerza de la electricidad aumentó tanto que la bombilla que tenía justo encima reventó.

—¿Te refieres al tío B? —pregunté—. ¿Qué tiene él que ver con todo esto? ¿No ha estado todo el día en el trabajo?

Nell se estaba esforzando mucho —mucho— por no echarse a llorar. Lo vi en la tensión de su rostro y en su forma de abrir y cerrar los puños, a ambos lados del cuerpo. La habitación empezó a adquirir un color gris, a medida que se formaban auténticas nubes de tormenta por encima de nuestras cabezas.

—Nunca ha querido dirigir la Casa de los Siete Terrores —respondió—. Solo lo veía como algo temporal, un lugar en el que podía esconderse contigo cuando llegara el momento. —Ya no había rabia en sus palabras, pero me encogí de todas formas—. Hace tiempo que habla de venderla. Estoy convencida de que hasta ha cancelado las visitas de esta noche sin decírmelo. Lo único que yo quería era demostrarle que podíamos obtener beneficios..., que no teníamos por qué vender la casa.

—Lo siento —dije—. ¿Puedo hacer algo para ayudar?

Nell respiró hondo por la nariz. Irguió el cuerpo, mientras varias hebras de corriente le chisporroteaban entre el pelo rizado. Cuando volvió a mirarme, los ojos le centelleaban. Bueno, literalmente no, solo con una mirada resuelta.

—Quédate aquí —me dijo—. Y no te muevas de casa. Voy a hablar con el tío B, aunque tenga que interrumpir una de sus queridas charlas sobre historia.

—No sé si es... —dije al tiempo que la puerta principal se cerraba ruidosamente— buena idea.

«¿Por qué llora la joven bruja?», preguntó Alastor, que parecía atónito.

—Cosas de humanos —le contesté, mientras empezaba a subir la escalera del desván—. No lo entenderías.

«No, Gusano, lo que te pregunto es: ¿por qué llora la brujita, cuando para ti sería tan fácil arreglarlo todo?».

A mí el desván me parecía perfecto. Limpio. Apto para que lo habitara un ser humano. Pero, de haber estado Nell allí, sé que ella solo se habría fijado en que faltaban las plantas, las macetas y las telarañas.

—¿Yo? En las últimas veinticuatro horas, ¿qué es lo que te ha convencido de que yo podría devolver la casa a su estado anterior tan deprisa? Y, además, ¿por qué iba a hacerlo, si el tío B está en contra?

Pero ya se me habían ocurrido tres motivos: porque era importante para Nell; porque Nell me había salvado la vida más de una vez, y porque Nell, como yo, no era una persona con suerte en la vida.

Bueno, cuatro: porque eso la haría feliz.

¿Cuántas veces en mi vida había conseguido yo que una persona se sintiera feliz, por no decir orgullosa? Mis padres decían que sí, pero... ¿qué otra cosa podían hacer, los pobres? ¿Encerrarme en la mazmorra cada vez que me quedaba dormido en clase o algún periodista disfrazado me oía decir que mi abuela era un lagarto alienígena vestido con piel humana?

Mi estómago empezó a protestar y me dirigí a la nevera. Había unas cuantas botellas dentro y poco más. Kétchup, jarabe de arce, salsa de soja. Cogí una bolsa de patatas medio vacía que estaba sobre el microondas y me senté en el sofá cama con el estómago encogido.

Por muy mal que me fueran las cosas en ese momento, nunca antes había tenido que preocuparme por cuestiones como esta. Por neveras vacías,

empleos, o perder las cosas que de verdad apreciaba. Al menos, no hasta que había aparecido el maléfico.

—Estás muy callado, Alastor —dije con la boca llena de patatas fritas—. ¿Has tenido algo que ver en todo esto?

Mientras se lo preguntaba, supe que era una tontería, que era imposible, porque a donde iba yo iba también él. Formaba parte del trato. Además, aquel parásito asqueroso no tenía piernas. Bueno, sí, las mías. Pero, si las hubiera utilizado, creo que lo recordaría.

«Me ofendes —dijo—. Jamás me rebajaría a una tarea tan indigna como limpiar la inmundicia humana. En cambio, sí podría considerar la idea de ayudarte a arreglarlo todo».

—A cambio de un pacto —dije—. Va a ser que no.

«No es un pacto, solo se trata de un favor. Y de la promesa de que no harás nada que pueda ponernos en peligro antes de que yo consiga abandonar la prisión que es tu raquíptico cuerpo».

—¿De qué clase de favor se trata? —le pregunté—. Si supone mi muerte, destrucción o mutilación, ya te puedes ir olvidando.

«Me gustaría que le preguntaras a la joven bruja qué noticias tienen ella y el aquelarre de esta ciudad sobre el Mundo de Abajo. Y, en concreto, sobre el maligno que ahora ocupa el trono».

—¿No era tu padre? ¿Te preocupa que hayan redecorado el palacio durante tu ausencia? —le pregunté—. ¿Que hayan regalado tu colección de cabezas clavadas en estacas?

«Piénsalo con detenimiento, Prosperity Redding. Me confunde tu tendencia a ayudar a la bruja y a ese inepto desdentado que tiene por padre. Lo único que se me ocurre es que te sientes en deuda con ellos o que sufres algún desorden mental transitorio».

—O que sea, ya sabes, compasión. Sigue —le dije.

«Poseo la fuerza, la velocidad y la resistencia que necesitas para trabajar deprisa. Podría mostrarte los recuerdos que poseo sobre mi aterrador hogar en el Mundo de Abajo, del cual esto no es ni una sombra. Y parece que tú tienes cierto...».

—Venga, colega, puedes hacerlo —dije—. Solo es un cumplido. Solo uno.

¿Parezco que tengo...?

«Cierto... —empezó a decir casi atragantándose con sus palabras— talento artístico. Si desean que esta cabaña inmunda se convierta en una fuente de riqueza, entonces te mostraré lo que sé sobre esas cosas, te enseñaré a presentarla y se convertirá en lo que desean».

—Y, a cambio, yo solo tengo que hacerle tu pregunta a Nell —concluí—. ¿Dónde está la trampa? ¿Cómo sé que no estoy aceptando un pacto sin saberlo?

«Porque, cuando firmemos un pacto, Gusano —dijo—, será porque tú mismo lo has pedido».



A punto

Empecé a sospechar que Nell tenía razón al decir que el tío B estaba tras la limpieza cuando encontré el grueso de los materiales y del atrezo amontonados en el cubo de la basura, en el jardín lateral. Lo que no cabía en el cubo estaba cuidadosamente apilado al lado, a la espera de que llegara el camión de la basura.

—Vale —dije después de entrarlo todo de nuevo en casa para analizar la situación—. ¿Listo, Al?

«¿Quién es ese «Al»? ¿A quién te diriges? Supongo que no a mí, un noble y malvado príncipe del Tercer Reino...».

—Claro que no, Al, chaval —dije al tiempo que notaba las primeras agujas calientes corriendo por el brazo bueno y las piernas.

Algo chisporroteó en el centro de mi pecho y empezó a bombear calor en la sangre. Cuando cerré los ojos, las imágenes que conservaba de cada una de las habitaciones ocuparon su lugar. Empecé a clasificar los materiales según la habitación a la que pertenecieran: levantaba enormes y voluminosas pilas de lápidas y árboles como si fueran viejos rollos de pergamino. Mis manos se movían tan deprisa que parecían manchas borrosas mientras devolvían cada cosa a su lugar, colocaban las cortinas opacas, estiraban y colgaban kilómetros

y kilómetros de telarañas. Encontré una pala apoyada en la pared lateral de la casa y empecé a extraer tierra fresca y hierba, para después extenderlas en el suelo del cementerio de la segunda planta. Para subirlas hasta allí, utilicé el cubo de basura, ya vacío.

«No, Gusano, la tenía puesta así... —Al utilizó mi mano para enderezar una de las lápidas medio desmoronadas—. Por todos los reinos, tu cerebro es como el de un ratón. Lo veo temblar por el esfuerzo».

Lo único que faltaba en la habitación era la ducha de sangre. Levanté la mirada hacia el techo, en busca del sistema de aspersores que sin duda habían utilizado, y me encontré con un rostro pálido, casi traslúcido, que me estaba observando.

Salté por encima de la tumba más cercana y retrocedí trastabillando hasta apoyar la espalda en la pared.

La espectral aparición —era un espectro de verdad— se desplazó por el techo y examinó mi obra. Con un brazo largo y delicado, indicó los falsos murciélagos que yo había fijado al techo y luego señaló un poco más a la izquierda.

«Un fantasma —confirmó Alastor—. Seguramente atrapado en la casa, ya sea cosa de magia o por decisión propia».

—Ah, vale —acerté a decir—. Eh..., gracias.

Una vez que la habitación volvió a estar ordenada, la mujer se desplazó por el aire. Su anticuado vestido blanco revoloteó como si estuviera hecho de tela de verdad, y no de neblina y luz de luna.

El fantasma me tendió entonces los brazos.

—Mi pequeñín...

—¡Valeeee, adiós!

Cerré rápidamente la puerta a mi espalda y me apoyé en ella. Me llegó hasta la nariz un olor a podrido y no me hizo falta levantar el brazo para saber que venía de mí. Arriba, la criatura que estaba en la habitación de la derecha, la que estaba cerrada con llave, empezó a aporrear la puerta y a aullar.

Qué curioso. Fuera lo que fuera aquella criatura, casi sonaba como mi peludo amigo Sapo.

Un momento.

—¿Sapo?

Estaba tan distraído con Nell y la casa que ni siquiera me había dado cuenta de que el suplantador no había dado señales de vida desde que se había marchado aquella mañana. Mis pies empezaron a desplazarse demasiado deprisa sobre la vieja madera del suelo, hasta que me agarré a la barandilla para mantener el equilibrio. Lo malo es que la cogí con demasiada fuerza y se astilló.

—Eh, calma, Hulk —murmuré.

Las cadenas ya no estaban, pero alguien había introducido un tope bajo la puerta para mantenerla cerrada. Lo aparté de una patada y la abrí.

—¿Estás...?

Con un chillido tan espantoso que me puso los pelos de punta, Sapo salió volando de la habitación. Tenía las patitas alzadas delante del cuerpo, como si fueran los puños de un boxeador. Me lanzó un golpe, indignado, y yo me agaché para esquivar por los pelos una garra que iba directa a mi ojo.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Sapo me ignoró. Batió las alas con fuerza y pasó volando a toda velocidad. Inspeccionó las habitaciones y luego salió disparado hacia la planta baja. Olisqueaba sin descanso, aquí y allá, como si estuviera tratando de encontrar el rastro de algo... o de alguien.

—¿Sabes quién lo ha hecho? ¿Ha sido el tío Barnabas?

«No te esfuerces, Gusano. Los suplantadores tienen aún menos cerebro que tú».

Pero el MurciéGato negó con la cabeza. Soltó un largo y lastimero gruñido mientras contemplaba el hospital zombi, aún sin terminar, y luego aterrizó en el centro de la habitación con un ruido sordo. El contorno de su pelo empezó a desdibujarse, y a mí se me escapó un chillido cuando la criatura se disolvió y cayó al suelo, convertida en poco más que un charco de enormes ojos verdes.

—¡Ay, la leche! —Me dejé caer de rodillas junto a él, para tratar de devolverlo a su forma—. Trabajo todo lo deprisa que puedo, pero necesito que me ayudes, ¿vale? No podremos tenerlo todo a punto para la visita de esta noche sin los conjuros que usó la madre de Nell. ¿Puedes ir a buscar a Nell y traerla de vuelta?

Con un sonoro ¡pop!, el suplantador volvió a cambiar de forma y esta vez se convirtió en un enorme cuervo de ojos verdes. ¡Craaaa, craaaa!

«Está de acuerdo, Gusano», dijo Alastor, que al parecer también hablaba el idioma de los demonios alados.

Sapo voló hacia la puerta y se puso a golpear la madera con las alas hasta que yo la abrí. Dejé una ventana abierta para cuando regresara y me concentré en terminar la primera planta. Ignoré la propuesta de Al de utilizar mi propia sangre para salpicar las paredes y, en lugar de eso, utilicé una mezcla hecha con el ketchup que quedaba en la nevera, agua y harina. Embadurné la pared con aquella sangre falsa y escribí un mensaje con mis propias manos.

No sabía qué hacer con la habitación de los espectros, en la planta de arriba. Registré toda la casa y todo el jardín, en busca del aparato que habían utilizado para enfriar tanto la habitación y conseguir que, al entrar, uno tuviera la sensación de encontrarse al borde de un abismo que descendía hasta el mismísimo infierno.

«Una bruja nunca osaría abrir el reino de los fantasmas, por miedo a liberar a los muertos infelices».

Entonces, tenía que tratarse de una ilusión.

«Se me ocurre otra idea para esta habitación».

Vi la idea con tanta claridad como si me estuviera adentrando en un recuerdo. La película borrosa que parecía dificultarme la visión desapareció de repente y reveló una oscura y húmeda habitación de piedra. El plic, plic, plic de una gota de agua me puso los pelos de punta. Y medio oculto tras aquel ruido se oía un insistente chasquido o golpeteo... No, era como si alguien escarbara. Como si...

Miles de patas de insectos. Las paredes estaban repletas de arañas, algunas de ellas pequeñas como mi dedo meñique y otras grandes como mi cabeza. Retrocedí trastabillando, pero me golpeé con algo pesado y pegajoso. Giré en redondo y me encontré cara a cara con un largo y reluciente capullo blanco... y con la pobre criatura atrapada en el interior. Di un paso atrás y justo entonces aparecieron dos puntos rojos, muy brillantes, entre las telarañas. Ojos.

Las arañas correteaban entre mis pies, me subían por las piernas, se me

enredaban en el pelo.

—¡Sácame de aquí!

Regresé de golpe a la realidad de la habitación vacía, tratando aún de recuperar el aliento.

—¿Qué era ese sitio? ¿Es ahí donde escondes los cadáveres de tus enemigos?

«No, cáncer de cerebro ebrio —dijo Al—. Es el cuarto infantil de un maléfico. ¡El mío!».

—Puj. Eso lo explica todo —me estremecí. Me palpé el pelo, para asegurarme de que todo había sido una ilusión—. Un momento. ¿No me habías dicho que coméis arañas? O sea, ¿ellas os crían y luego os las coméis?

«Solo las pequeñas. Y eso no viene al caso ahora. Abajo hay muñecos que representan brujas y otras criaturas —prosiguió—, así como ingentes cantidades de inútiles telarañas».

—Vale —dije mientras me daba media vuelta para visualizarlo—. Lo pillo. No sería difícil que alguien se escondiera ahí dentro para hacer los ruidos de araña. Solo tengo que buscar un poco de pintura...

En la planta de abajo había un armario lleno de pintura blanca y negra. Estaba medio escondido detrás de la camilla que ocupaba la víctima del zombi, que quien fuera que había limpiado la casa había intentando plegar y recoger. Para mi sorpresa, encontré también unos cuantos pinceles. Vacilé, preguntándome si era buena idea pintar las arañas y las piedras en la pared, pero finalmente me decidí a hacerlo.

Al se mantuvo bastante silencioso mientras yo trabajaba. De vez en cuando criticaba mi diseño con su habitual brusquedad, pero en general lo único que notaba yo era un zumbido de energía y felicidad en las venas mientras pintaba y pintaba sin descanso. Mientras mi obra se secaba, bajé a envolver con las telarañas las brujas de juguete y uno de los esqueletos.

Le di la vuelta a la primera bruja y me caí bochornosamente de culo, al tiempo que contenía una exclamación. El rostro de plástico, desde los ojos hasta la barbilla cubierta de verrugas, estaba destrozado. Parecía como si unas garras lo hubieran arañado.

—Pero qué...

«Los malignos y las brujas son enemigos», había dicho Nell, ¿no? Estaba claro que la persona —o criatura— que había destrozado aquellos maniqués los odiaba. Seguro que, de haber podido, hasta les habría pegado fuego. Se me hizo un nudo en el estómago.

—Sabes quién lo ha hecho, ¿verdad? —dije en voz alta—. ¿No?

Alastor no respondió, pero el corazón se me encogió con un leve escalofrío de miedo.

En ese momento se abrió por fin la puerta y me puse en pie de un salto.

—Nell, estoy..

Pero no era Nell. Era Missy.

Vestía un largo abrigo negro de cuello alto. La trenza le caía por el centro de la espalda, como si fuera una columna vertebral. Sapo, que ya había recuperado su forma de MurciéGato, estaba posado en su hombro, mordisqueando alegremente un mechón suelto de pelo. Missy llevaba bajo el brazo un grueso libro encuadernado en piel.

Observé al suplantador, un poco confuso.

—¿Te has perdido, amiguito?

—Sabe que tiene que acudir directamente a mí si surge algún problema. — Missy echó un vistazo a su alrededor, con los labios apretados en una fina línea—. Nell no está, ¿verdad?

Negué con la cabeza, sin saber muy bien qué decir. Alastor bufó ante aquella repentina aparición y a Sapo se le pusieron las orejas de punta.

—Será mejor que trabaje rápido —dijo Missy al tiempo que abría el libro e iba pasando las gruesas páginas, amarillas a causa del tiempo—. Al padre de Nell no le gustará saber que he venido. Te aconsejo que no le digas nada, si es que aprecias tu corta y sentenciada vida.

Toma ya. No conocía lo bastante a Missy como para saber si se trataba de una broma o de una profecía.

—Nell ya me ha amenazado con cambiarme de sitio ciertas partes del cuerpo, así que te aseguro que me voy a llevar este secreto a la tumba.

—Bien —dijo ella. Luego levantó la vista para mirarme—. Esto está distinto. ¿Le ha pasado algo a la casa?

Se lo expliqué rápidamente.

—¿Y lo has hecho todo tú solo?

—Sí.

«Ejem».

—Bueno, casi todo. Nell se ha ido a buscar al tío Barnabas, así que he tratado de arreglar la casa lo mejor que he podido. Las agencias turísticas vienen esta noche para una visita de prueba y sabía que era importante para ella, así que...

—¿Todo esto lo has hecho por Nell?

—Bueno, sí. Y por el tío Barnabas. Pero hay unas cuantas cosas que no he podido copiar porque... Bueno, ya sabes...

Magia.

—Sí, ya sé —dijo ella en tono ausente, con los ojos de color violeta clavados en las páginas del libro a medida que las iba pasando—. Ayudé a Tabitha, la madre de Nell, a encantar la casa. Ah, vale, aquí está. Lo dejó todo escrito.

—¿Qué es? —pregunté al tiempo que me inclinaba hacia delante para ver mejor.

Missy, sin embargo, apartó el libro.

—No lo toques. Ni por equivocación. Está encantado para autodestruirse antes de caer en las manos de un maligno.

Lo mismo que el libro de Goody Prufrock.

—¿Es el grimorio de Nell? ¿Su libro de notas y conjuros?

—De su madre —dijo Missy—. Muy bien, Prosperity Redding. Terminaré lo que has empezado, pero puedes ayudarme si lo deseas.

—Sí, claro —respondí—. Dime qué tengo que hacer.

—Bien —dijo Missy—. Tu primera tarea, jovencito, es subir al desván, abrir todas las ventanas que encuentres por el camino y darte una larga ducha.

—¿Tan malo es? —pregunté.

La mujer me dedicó una sonrisa de compasión.

—Peor —dijo.



Cuando por fin terminé de ducharme y de rociar toda mi ropa con ambientador, Missy ya casi había acabado su trabajo. Ya no quedaba nada que yo pudiera hacer, excepto sostener una vela mientras ella añadía a la habitación de arriba un toque de minúsculas arañas hechas de humo y sombras.

—Falta una cosa —dije—. Si tienes tiempo...

Poco antes, Al había señalado acertadamente que, ya que la Casa de los Siete Terrores era un negocio, había que llevarlo con seriedad. No sabía si Nell querría utilizarlo, pero me parecía que era buena idea tener un logo de verdad. Algo que pudiera ilustrar un letrero, en la puerta, o que pudiera imprimirse en los folletos publicitarios.

Llevé a Missy al desván, donde había descolgado una de las cortinas blancas de la ventana. Missy echó un vistazo a su alrededor y arrugó el rostro. El blanco de los ojos se le puso de color rosa en los ángulos.

Yo ya había pintado una versión en negro del árbol del jardín, junto a los muchos tejados de los distintos niveles de la casa. Lo único que me faltaba era escribir las palabras: «Casa de los Siete Terrores».

—Missy —dije.

Luego lo repetí, en voz alta. Se volvió hacia mí, sobresaltada.

—¿Qué?

—¿Hay alguna forma de...? ¿Recuerdas cómo era la caligrafía de la madre de Nell? Me gustaría copiarla para el letrero.

Abrió mucho los ojos.

—Hay un conjuro para eso. ¿Me dejas un momento el pincel?

Lo mojé en la poca pintura negra que quedaba antes de pasárselo. Ella abrió el grimorio por una página determinada y empezó a susurrar para sus adentros, mientras pasaba los dedos sobre la caligrafía de la página. Las palabras empezaron a girar y luego fluyeron hacia el pincel, como si este las absorbiera. Cuando acercó la punta a las cortinas, el pincel pareció moverse por voluntad propia y vertió a la tela las palabras que había extraído del libro.

Después de colgar el letrero en el porche, acompañé a Missy a la puerta trasera. Sapo trepó por su trenza como si fuera una cuerda y le lamió la mejilla.

—Lo sé, mi querido amigo, yo también te echo de menos —le dijo Missy,

al tiempo que le rascaba debajo de la barbilla—. Ven a verme cuando puedas, pero solo si Nell está a salvo en el instituto, bajo la vigilancia de Eleanor. Recuerda que le prometiste a Tabitha cuidar de ella.

Intenté quedarme en segundo plano para darles su espacio, pero se me escapó una pregunta:

—¿Eleanor? ¿Qué es, otro suplantador?

—El mío —respondió Missy.

No me extrañaba, entonces, que Missy no hubiera querido usarla para el conjuro que debía expulsar a Al de mi cuerpo.

La bruja se echó el pelo hacia atrás, como si estuviera meditando lo que iba a decir.

—Prosperity, puede que haya... malinterpretado tu situación. No creo que nadie controlado por un maléfico sea capaz de hacer algo tan generoso. Pero tengo que advertirte sobre...

La puerta principal se abrió de golpe y nos llegó hasta allí el grito ahogado de Nell. Me volví rápidamente hacia Missy.

—¿Advertirme sobre qué?

Pero la bruja ya había cruzado el jardín y había desaparecido en el bosque.

—...no he sido, Nell, no sé cuántas veces te lo tengo que repetir —estaba diciendo el tío Barnabas, que en ese momento acababa de aparecer en el porche detrás de Nell—. Yo jamás ofendería el recuerdo de tu madre de esta manera.

—Eso dices ahora, pero nunca aceptaste la responsabilidad... —Nell se interrumpió. Un segundo después, oí unos pasos que doblaban la esquina—. ¿Lo has hecho tú? ¿Cómo? La magia...

El tío Barnabas, a quien yo nunca había visto tan pálido, apareció tras ella.

—Lo sé, ¿vale? —dije al tiempo que le lanzaba una rápida mirada—. Has hecho un gran trabajo antes de irte.

—¿Yo? —dijo—. Ah, sí. Yo.

La seguí arriba y me preparé para recibir sus críticas. El tío Barnabas y Sapo también subieron.

Cuando Nell llegó a la nueva habitación de las arañas, me apresuré a

decir:

—¡No he podido dejarlo exactamente igual, lo siento!

Nell giró sobre sí misma, en el umbral, y me señaló con un dedo.

—*Skúffuskáld!*

—*Gesundheit?* —respondí al azar.

Solo para asegurarme, levanté una mano y me toqué la nariz, que por suerte seguía estando en el mismo sitio.

—No, no —dijo ella echándose a reír—. Es islandés. Significa literalmente «poeta de cajón», es decir, alguien que escribe poemas y los guarda en un cajón, sin enseñárselos a nadie. Estos dibujos son alucinantes. ¿Por qué esconder algo que de verdad te gusta y, encima, se te da muy bien? Porque eres muy bueno, Prosper. De verdad.

El tío Barnabas echó un vistazo a su alrededor y se rascó el pelo rubio.

—Bueno, supongo que esto significa que la visita de esta noche sigue en pie. Nell, ¿por qué no llamas a las agencias y se lo dices? En el Witch's Brew Café te dejarán utilizar el teléfono.

Nell entornó los ojos para mirar a su padre y guardó silencio, como si aún esperara una confesión.

—Ya voy yo —me ofrecí—. Vosotros dos os tenéis que preparar, ¿no? Y está aquí al lado. ¿Qué me va a pasar, si solo estaré a dos puertas de aquí?

Tras un instante de silencio, el tío Barnabas accedió.

—Vale, pero date prisa.

—Pero... —empezó a decir Nell mientras desviaba la mirada del uno al otro.

El tío B sacó una hoja arrugada del bolsillo y me la dio.

Sabía que Nell me estaba observando desde la puerta delantera mientras corría calle abajo. El poder de Al aún circulaba por mi cuerpo, lo notaba fluir bajo la piel. Llegué en un abrir y cerrar de ojos al café y prácticamente le di en la cara a la dueña al abrir la puerta.

—¡Qué susto, hijo! —dijo la mujer.

Parecía una abuelita de cuento, con su pelo plateado y su aspecto dulce.

—¿Puedo usar el teléfono? Solo es un momento —dije casi sin aliento.

—Claro, hijo, está detrás de la barra —dijo señalando—. Estaba a punto

de cerrar, pero si necesitas algo más dímelo.

El teléfono fijo parecía haber viajado en el tiempo desde los años cincuenta. Alisé el papel sobre la barra y observé los tres números. Cuando llegué al tercero, me dio un vuelco el corazón. Parecía...

No. No era el número de móvil de mamá. El suyo terminaba en cinco, no en dos. Pero se parecía tanto que se me había hecho un nudo en el estómago.

—Vamos allá.

Marqué el primer número y le dejé un mensaje a la recepcionista de la agencia turística para que confirmaran la asistencia. La segunda llamada fue más o menos igual. La mujer que contestó me dijo lo entusiasmada que estaba y lo mucho que le gustaban las casas encantadas y lo...

—¡Vale, hasta luego, adiós!

Colgué rápidamente y eché un vistazo a mi alrededor para asegurarme de que la dueña del café seguía muy ocupada barriendo. Tecleé el tercer y último número y me senté sobre los talones, sin perder de vista los pasteles de zanahoria que llenaban la nevera del café.

—¿Sí?

Era... era la voz de mamá.

Jolín, jolín, jolín. Nonono. Me había equivocado en el último número.

Me atraganté con mi propia saliva y sujeté con tanta fuerza el auricular que el plástico crujió. Relajé la mano y, respirando hondo, me obligué a colgar el teléfono, justo en el momento en que la oía decir:

—¿Prosper?

«**Ah, perfecto, Gusano** —dijo Al, furioso—. **¡Ahora sí que la has fastidiado!**».

Me dispuse a echar a correr hacia la puerta, pero entonces me di cuenta de que aún no había llamado a la tercera de las agencias. Me concentré tanto en teclear correctamente los números que casi me entró dolor de cabeza. La mujer con la que hablé me confirmó alegremente que su grupo estaría allí. Yo tenía la camiseta empapada en sudor y un nudo en el estómago.

«Ahora sí que la he liado», pensé mientras colgaba el teléfono. No, no. No había hecho nada. No me había dado a conocer de manera intencionada. Y, desde luego, tampoco había confirmado quién era. Mamá pensaría que era

alguien que se había equivocado de número. En cualquier caso, la dueña del Witch's Brew Café apenas se molestó en mirarme cuando le di las gracias y me marché. Mientras regresaba a la Casa de los Siete Terrores, conseguí finalmente tranquilizarme.

Me detuve bajo el letrero que Missy me había ayudado a colgar y no pude dejar de fijarme en la sensación de orgullo que se abría paso dentro de mí. Me llegó la voz de Nell desde la ventana del desván.

—¿Todo bien?

—¡Sí, todo bien! —le respondí.

Y era verdad. Lo que yo había hecho era casi insignificante en el orden del universo, pero por fin tenía la sensación de haberles devuelto a Nell y al tío Barnabas el favor que me habían hecho al ayudarme. La influencia de Alastor empezaba a disiparse y, de repente, notaba las extremidades pesadas. Me sentía tan cansado que para mí fue un gran esfuerzo subir los pocos escalones del porche. Así pues, me senté para recuperar el aliento y me maravilló lo fácil que todo me había parecido apenas unos minutos antes. Y lo bien que me había sentido.

Mis padres dirigían Heart2Heart, pero estaban en la junta de al menos una docena más de organizaciones benéficas. Dividían su tiempo y esfuerzo entre ellas. Me facilitaría mucho las cosas tener una vida rebotante de suerte, energía y fortuna, que podría compartir con los demás. Podría hacer muchas más cosas. Ser mejor.

Mientras permanecía allí sentado, contemplando cómo el sol se ocultaba y salía la luna, casi me pareció entender por qué a Honor Redding le había parecido buena idea firmar un pacto y creer que podía hacer el bien y, al mismo tiempo, ayudar a su familia.

Casi.



Algo oscuro y terrorífico

La segunda noche, el muchacho se quedó dormido mucho más rápido que la primera. A Alastor le parecía de lo más irritante tener que sufrir en silencio mientras jugaba una vez más al absurdo juego de fingir. Bueno, en realidad también le parecía bastante divertido. Le daba risa observar el rostro de la brujita mientras lanzaba de nuevo el conjuro básico para «atarlo» y el muchacho sonreía con petulancia. Por todos los reinos, los humanos eran desde luego los seres más estúpidos de aquel mundo.

No era de extrañar que a los antepasados de Alastor se les hubiera ocurrido llevar al Mundo de Abajo a los despreciables espíritus de los humanos y obligarlos a realizar tareas a la altura de su diminuto cerebro. El muchacho tenía la cabeza tan hueca que Alastor estaba convencido de que oía el eco de su propia voz rebotando en el cráneo.

Sentó el cuerpo del muchacho, dobló la manta hacia atrás y se dirigió al pasillo. Tenía muchas cosas que hacer esa noche y pocas horas para conseguirlo.

Nightlock lo estaba esperando al otro lado de la ventana. Jadeaba de entusiasmo y empañaba el cristal con el aliento y la saliva. Al ver a Alastor, en el rostro del duende apareció una enorme sonrisa torcida. Se apresuró a

arañar el cristal, como si creyera que el maléfico aún no lo había visto.

—¡Mi amo y señor!

Nightlock hacía equilibrios sobre el peldaño más alto de la escalerilla, pero se atrevió a soltar una mano para rascarse una puntiaguda oreja. Alastor aprovechó la oportunidad para darle un golpe entre los ojos. Oyó el alarido de sorpresa del duende cuando este se precipitó hacia la hierba, pero no le importó mucho. Si Alastor hubiera tenido corazón, se le habría partido al ver los enormes y relucientes ojos de Nightlock. El gorro del duende, hecho con una calabaza medio podrida, quedó completamente destrozado a un par de metros de distancia.

—¿Tienes algo que decirme? —le preguntó Alastor.

Nightlock frunció el ceño.

—¿Plátano?

—¿Perdón?

Nightlock contrajo el rostro, como si realmente fuera capaz de pensar.

—¿Paloma?

—¿De qué estás hablando?

—¿Viento?

La mano del muchacho salió disparada hacia delante y rodeó la garganta del pequeño maligno. Los ojos de Nightlock, ya de por sí saltones, parecieron a punto de estallar.

—El amo no ha especificado qué era lo que quería escuchar —dijo el duende atragantándose—. ¿Qué palabra te gusta? ¿Qué ha hecho Nightlock para contrariarte?

—¡La casa! —exclamó Alastor. Hubiera preferido que las palabras le salieran como un rugido, pero tuvo que contentarse con un susurro—. ¡Has limpiado la casa y por tu culpa casi nos descubren!

Al oír esas palabras, el duende se recobró y, literalmente, absorbió con su bulbosa nariz los mocos y las lágrimas. Parecía indignado.

—¡Esa casa no era adecuada para mi amo y señor! No, este duende no piensa permitirlo: ¡ni en el Mundo de Arriba, ni en el Mundo de Abajo ni en ninguna parte entre uno y otro! Mi príncipe merece lo mejor, no vivir rodeado de la porquería de esos apestosos humanos. ¡Puaj!

El duende lanzó una bola de mocos azules al suelo, como si quisiera dejar claro lo asqueado que estaba.

Alastor se sentó y lo fue soltando despacio, mientras pensaba.

—¿Todo esto lo has hecho por mí?

—Solo por ti, mi príncipe eterno de las pesadillas que acechan en todos los sueños siniestros.

Cuando Alastor obligó al cuerpo del chico a ponerse en pie, el brazo malo se balanceó inútilmente de un lado a otro.

—Arráncame el otro cuerno —farfullaba Nightlock—. Hazlo, hazlo, hazlo... Si no lo haces, jamás obtendré el perdón. Tienes que tratarme con desdén, amo, ¡hazlo! Soy una criatura estúpida, muy estúpida. ¡No merezco llevar cuernos!

En realidad, a Alastor siempre le había dado mucho asco la práctica de arrancar cuernos a los duendes. Puede que fuera por la forma en que chillaban y se retorcían de dolor mientras se los arrancaban. Aunque aún era peor verlos sorberse las lágrimas una vez concluida la tarea y fingir que no había pasado nada. Verlos volver de inmediato al trabajo, luchando contra el espantoso dolor. Había visto a su propio padre mutilar a muchísimos duendes, en la mayoría de los casos por tonterías como derramar un vaso de leche de trol. A veces, lo hacía solo por rabia cuando las tareas no estaban a la altura de lo que el emperador esperaba.

Lo peor, sin embargo, había sido cuando Alastor y Pyra habían tenido que estar presentes mientras su padre le cortaba un cuerno a la niñera duende por algo que había hecho Alastor. Por alguna orden que él había desobedecido. Dado que era el mayor de cinco hermanos y una hermana, Alastor tendría que haber sabido que no era buena idea hacer una escapadita al mundo de los humanos.

Solo había querido hacer méritos ante su padre, porque sus hermanos siempre estaban poniéndole la zancadilla en su camino al éxito. Solo había querido llevar a su mundo un espíritu humano para que lo sirviera eternamente, pero había cometido el error de dejar abierta la puerta entre ambos mundos. Una bruja había aprovechado el descuido y había estado a punto de asesinar a su padre. Una asquerosa humana, solo una, había estado a punto de destruir su

imperio y, sin embargo, lo más difícil de afrontar para Alastor había sido el hecho de que su niñera duende perdiera un cuerno.

Desde lo alto de la nariz del muchacho, Alastor observó al duende postrado ante él y suspiró.

—No vuelvas a tocar las posesiones de los humanos a menos que yo te lo pida. ¿Entendido?

Nightlock asintió y unió las dos zarpas bajo la barbilla. Alastor creyó que estaba a punto de echarse a llorar, esta vez con lágrimas de alegría, así que pasó a otro tema.

—¿Has encontrado al maligno del que me hablaste anoche?

Alastor había engañado al muchacho: le había hecho creer que se trataba de un trato justo y no de una trampa. Sentía curiosidad por saber si la joven bruja había oído algo sobre lo que estaba ocurriendo en el Mundo de Abajo, pero tampoco pensaba contener el aliento del muchacho a la espera de averiguarlo. No, Alastor siempre tenía un plan B.

Nightlock asintió.

—Sí, sí, lo he encontrado. Te contaré la verdad sobre tu mundo. Él no está afectado por la maldición. No, no lo está. Está lejos del alcance del trono negro.

—¿Cómo es posible? —preguntó Alastor.

Ningún maligno era ajeno a la influencia del trono negro. Su familia era la más poderosa del reino.

El duende tembló ligeramente y la nuez de la garganta subió y bajó cuando tragó saliva.

—La razón, mi amo y señor —dijo Nightlock— es que no es un maligno. Es un elfo.

Alastor no sabía muy bien si sentirse molesto o asqueado ante la idea de tratar con un elfo. En realidad, solo había conocido a un miembro de aquella especie y eso había sido cuando aún era muy joven: solo tenía ciento tres años por entonces. El elfo, de forma humanoide y hombros encorvados, había acudido a la Corte Oscura para hablar con el padre de Alastor en nombre de los

malignos desterrados del Mundo de Abajo.

Los elfos no eran ni humanos ni malignos, sino seres mucho más amables, tranquilos y delicados. Dicho de otra manera, tremendamente repulsivos. Eran más bajos que los humanos y tenían la piel verde, salpicada de ramitas y hojas. Según ciertas supersticiones, los elfos habían aparecido por primera vez en el más recóndito de los cuatro reinos: el reino de los Antiguos.

Los misteriosos elfos eran muy trabajadores, creativos y hábiles, pero se negaban a utilizar sus dotes naturales para hacer algo útil. Por ejemplo, fabricar cuchillos letales con los que apuñalar a sus enemigos.

Y ese era, probablemente, el motivo por el que los elfos habían sido lo bastante estúpidos como para decidir que querían vivir en el reino de los humanos y no en el de los malignos. Sus innatos poderes mágicos les permitían utilizar un glamur cuando querían hacerse pasar por hombres o mujeres, aunque en realidad parecían más bien mantenerse alejados de la presencia —y de las miradas— de los humanos.

El elfo que había acudido a la corte aquel día era de edad avanzada: por el aspecto de su piel, debía de tener al menos diez siglos. A medida que los elfos envejecían, la piel se les volvía más gruesa y rugosa, y su pelo adquiría un tono verde oscuro. Cuando les llegaba el momento de pasar a otra vida, buscaban un terreno despejado y se convertían en lo que los humanos llamaban árboles.

A Alastor le daba ganas de vomitar la simple idea de morir y convertirse en algo útil para los humanos.

—Por aquí, por aquí, por aquí —dijo Nightlock mientras correteaba a cuatro patas por delante de Alastor.

El maligno obligó al cuerpo del muchacho a correr para no quedarse atrás e ignoró los extraños adornos e imágenes que tanto lo habían desconcertado la noche anterior. Al parecer, se dirigían a la zona del pueblo que la bruja había descrito como una especie de trampa... ¿para turistas?

Y eso no era todo: Alastor había visto a muchos adultos, tanto hombres como mujeres, vestidos como absurdas imitaciones de brujas y de monstruos que, en realidad, no existían. A fe suya, no conseguía entender por qué un pueblo que en otros tiempos se enorgullecía de perseguir y matar brujas se

dedicaba ahora a exhibirlas por todas partes.

Alastor pensó en que el anciano elfo tal vez estuviera por allí. Imaginó las ramitas verdes que le crecían en la cabeza, la piel rugosa y las articulaciones chirriantes que poco a poco se iban convirtiendo en troncos. Seguro que su cerebro era igual de inútil.

Redujo el paso al doblar una esquina y oteó el trémulo resplandor anaranjado de las farolas. Nightlock había desaparecido entre las sombras. De vez en cuando, la luz se reflejaba en sus ojos y los hacía centellear.

—¿Quién es ese elfo —preguntó Alastor— y qué relación tiene con los humanos?

—Oh, amo —dijo el duende pronunciando esa palabra con un suspiro—, es un elfo con un talento poco común, sí. Vende sus joyas artesanas en la calle. Nunca se han visto joyas parecidas. Le ha prometido a este duende una corona digna de ti cuando consigas librarte de la piel del muchacho.

¿Una corona hecha por un elfo? ¿Por qué iba un elfo a acceder a algo así, cuando los de su especie detestaban a los malignos tanto como adoraban a los humanos? Alastor prefería fundir el oro y arrojarse el líquido hirviendo a la cara antes que llevar una corona hecha por un ser tan irrespetuoso, tan vergonzoso, tan repulsivo...

Oyó el despreocupado parloteo apenas unos segundos antes de que la lenta nariz del muchacho captara el perfume rancio y dulzón.

—Hadas —advirtió al duende—. Con cuidado, amigo. Parece que hay un enjambre de hadas por aquí.

Su olor era en cierto modo... distinto. Habían transcurrido varios cientos de años, pero Alastor estaba seguro de que recordaba aquel hedor tan dulce, mezclado con un toque agrio. El estómago del muchacho empezó a revolverse.

En el Mundo de Abajo, las hadas se alimentaban de pequeñas criaturas, como lagartos de tres cabezas o escarabajos de cuernos de fuego. Era una plaga que se dedicaba al control de población de otras plagas. Cuando la infestación de hadas era excesiva, empezaban a buscar presas de mayor tamaño: roían los huesos que los malignos utilizaban para construir sus casas y tiendas; dejaban excrementos por las calles y en los elegantes sombreros de los señoriales malignos. Vamos, que eran como ratas voladoras y se

reproducían a la misma velocidad que arde la paja.

Nightlock lo condujo hacia una última calleja y se detuvieron ante la entrada posterior de lo que parecía una tienda repleta de dulces y pasteles, en su mayoría congelados. Miró al duende en busca de confirmación.

—Ah, sí, es lo que los humanos vienen llamando «helados». Mucha leche. Mucho azúcar. ¡Puaj!

Alastor se mostró de acuerdo: había pocas cosas más venenosas para su delicado y refinado estómago que los dulces. Y lo único que le gustaba comer helado eran las tripas de dragón, pero solo si venían acompañadas de abundante sangre de ninfa y se las servían en un cuenco hecho con el cráneo de un diablillo.

Las hadas, sin embargo, no compartían sus refinados gustos. Un enjambre de aquellas criaturas revoloteaba en ese momento junto a las bolsas transparentes de basura. De no haber sido por el rápido movimiento de sus alas, el ojo humano podría haber pensado que se trataba de una capa de grueso musgo. Las alas negras, finas como el papel, estaban cubiertas por un polvillo blanco y salpicadas de pegajosas gotas marrones y doradas. Cada una de aquellas criaturas poseía un cuerpo gris por lo general aterciopelado, dos juegos de brazos delgados como ramitas, y frágiles patas de araña.

No eran más grandes que la mano del muchacho. O, por lo menos, no deberían serlo: aquellas hadas, sin embargo, eran el doble de anchas que de altas. Sorbían y lamían ruidosamente con lenguas largas como látigos. El rostro de cada una de ellas, parecido al de un gato en miniatura, estaba tan hinchado como el vientre.

—Por todos los reinos... —exclamó Alastor horrorizado.

Aquellas ratas apenas podían volar. Las observó tambalearse bajo su propio peso, caer al suelo con un ruido sordo, tirarse pedos y sonoros eructos.

—Choco-cho-cho-choco-coco-chocolate...

—Helado, helado del día. Calabazas de martes, calabazas picantes...

—Polo de limón, polo de naranja, polo de melón...

Las hadas tenían el cerebro del tamaño de una mota de polvo. Por desgracia, poseían capacidad de habla. Y, peor aún, solo eran capaces de repetir lo que oían. Las invisibles hadas, ocultas en rocas y estatuas cercanas,

habían comunicado al reino entero muchas de las conspiraciones secretas y astutos planes que se tramaban en voz baja en el Palacio Oscuro.

Era evidente que Nightlock ya había visitado antes aquel sitio y que estaba preparado. Introdujo una mano en el bolsillo de sus amplios pantalones de vistosos colores y sacó una barra de chocolate a medio comer que la brujita había dejado por ahí la noche anterior. Fue como si el duende hubiera lanzado un conjuro: las parlanchinas hadas guardaron silencio y hasta la última de ellas volvió la cabeza en dirección al duende.

Alastor retrocedió un paso. Las hadas, hambrientas, abrieron unos ojos enormes e inyectados en sangre. Nightlock arrojó el dulce lo más lejos que pudo por el callejón, gruñendo debido al esfuerzo. El enjambre de hadas se arrastró, emprendió el vuelo y salió lanzado hacia la barra de chocolate.

—Es una lástima —dijo Nightlock—. Se han vuelto adictas a los humanos. Malo, malo, malo. Les corrompe la mente, las envenena, las vuelve aún más hambrientas.

Una vez que las hadas estuvieron ocupadas, Nightlock se volvió hacia el contenedor de basura metálico. Alastor se hizo a un lado y dejó pasar al duende. Observó mientras el pequeño maligno golpeaba una vez, dos veces, tres veces el lateral del contenedor. El ruido retumbó como un trueno.

—Elfo, su alteza está aquí... Date prisa —dijo Nightlock. Llamó otra vez, más rápido y más fuerte—. No hagas esperar a mi amo y señor. Mañana hay clase y tiene que acostarse temprano.

—Silencio —dijo Alastor entre dientes notando cómo se ruborizaba.

Los príncipes del Tercer Reino no tenían que acostarse temprano. De no ser porque estaba atrapado en el cuerpo del chico...

El viento cambió y recorrió el callejón de un lado a otro. Levantó de la frente del muchacho el abundante flequillo moreno. Durante un segundo, la brisa alejó el repugnante olor dulzón y el maligno olió a hierro. A hierro caliente y pegajoso, mezclado con un débil toque a tierra húmeda.

Pese a ser una criatura inferior, Nightlock sin duda también lo olió. Por un momento, pareció que los ojos, ya bastantes saltones de por sí, le iban a salir disparados del cráneo.

—Abre, siervo —consiguió decir Alastor, pese al nudo que al muchacho

se le había formado en la garganta.

El duende irguió los hombros y, sin dejar de resoplar y bufar, utilizó hasta el último gramo de energía de sus robustas piernas para apartar el contenedor de la pared de ladrillo. Dejó al descubierto un muro en el que no debería crecer nada y que, sin embargo, estaba cubierto de verdes plantas trepadoras.

Alastor siguió aquel antinatural rastro verde por la pared empapada de lluvia. Y descubrió un segundo pasadizo, este más estrecho, que había quedado oculto por el contenedor. Y luego descubrió el origen de las plantas trepadoras: el charco de color verde esmeralda que había formado la sangre del duende.

Nightlock soltó un chillido y corrió a esconderse tras Alastor, aferrándose a una de las piernas del muchacho. Sacudió la cabeza de un lado a otro, chorreando moco por la nariz.

—¡No, amo, no! —gimoteó mientras Alastor lo arrastraba a él y al cuerpo del muchacho para inspeccionar lo que había sido el hogar del elfo.

El callejón apenas tenía unos metros de profundidad, pero estaba perfectamente ordenado y limpio. Varias tiras de tela brillante tapaban la parte superior, seguramente para protegerse de la lluvia y de la nieve. Había ropa de cama, así como una mesa de trabajo y un banco. Encontraron piezas de joyería a medio terminar y piedras preciosas aún intactas. Centelleaban, como si quisieran tentar a Alastor. Y aquella era la verdadera magia de los elfos: todo lo que ellos tocaban se volvía irresistible.

No se trataba de un robo, pensó Alastor. De haber sido así, se hubieran llevado el oro. Dejó resbalar la mirada hasta lo que quedaba del cuerpo del elfo.

La cara, larga y puntiaguda, estaba prácticamente arrancada. El cuerpo de la criatura presentaba varios cortes sangrientos, el más profundo de ellos en el pecho, donde hasta poco antes latían sus dos corazones.

Alastor sintió náuseas. Sí, en el pasado había presenciado batallas, había ordenado la muerte de criminales en el Mundo de Abajo y había atormentado a sus hermanos con las peores pesadillas. Pero aquello... Aquello era una brutalidad. Aquella violencia resultaba aterradora, incluso para alguien como él.

—¿Qué puede haber hecho algo así? —gimoteó Nightlock—. ¡Por todos los reinos!

La sombra que se hallaba junto a ellos saltó de repente con un feroz rugido. Alastor reaccionó de forma instintiva y giró el brazo derecho del muchacho, lanzando una ola de energía al rojo vivo que le subió hasta el puño cerrado. El fogonazo impactó contra la mandíbula del demonio necrófago y se la giró violentamente a un lado. El rostro de piel verde, retorcido y encogido, parecía estar hecho de dientes: la boca era tan grande que en ella había suficiente espacio para la cabeza del muchacho.

Ocho ojos surgieron de entre los pliegues de piel que en un humano hubieran ocupado el lugar de los párpados. Varios mechones de pelo negro fustigaron el rostro del muchacho cuando el demonio necrófago trató de lanzarle un puñetazo al estómago.

—¿Tú me atacas a mí? —gruñó Alastor al tiempo que lanzaba otra oleada de chisporroteante energía hacia el puño del muchacho—. ¿Tú te atreves a desafiarme a mí?

El demonio necrófago era casi dos cabezas más alto que el muchacho: podía extender y doblar las extremidades a voluntad, lo cual le permitió volverse sobre sí mismo y coger la espada de irregular filo del cinturón que le ceñía el arrugado cuerpo, repleto de pústulas. Alastor aferró la empuñadura y dejó que la magia surgiera de su interior y fundiera el metal hasta desintegrarlo por completo.

—Vuelve al Mundo de Abajo —ordenó Alastor mientras vertía su colérica y chisporroteante energía sobre el demonio necrófago— y...

Justo entonces, Alastor se fijó en que el necrófago no llevaba el collar de control. Supuso que ese era el motivo de que se hubiera atrevido a atacarlo. Bajo la influencia y dirección de su hermano Bune, los necrófagos se habían convertido en poco más que recolectores de la magia procedente de los miedos de los humanos jóvenes. Alastor buscó el frasco que los necrófagos utilizaban para almacenar la energía, con la esperanza de beber un poco para reponer la que había consumido esa noche. Sin embargo, no encontró ningún frasco.

Qué curioso.

Los necrófagos enviaban a los niños sueños siniestros. Cuando los maléficos necesitaban magia urgentemente, los necrófagos recibían permiso para atravesar los espejos y esconderse bajo camas o en armarios. No atacaban a los maléficos. Con o sin collares, no hacían nada a menos que lo ordenara un maligno en concreto: Bune, el hermano de Alastor.

—¿A quién sirves? —preguntó Alastor moviendo la mano del muchacho hasta que pudo agarrarle la garganta al necrófago, manchada de la sangre verde esmeralda del elfo—. ¿Por qué has venido a este mundo?

El necrófago se inclinó hacia delante y le sostuvo la mirada a Alastor en un gesto de descarada impertinencia.

—Sirvo —jadeó la criatura— al único y digno heredero, mi amo...

Bune.

Una última oleada de energía surgió de Alastor y llegó hasta la mano del muchacho. Sujetó con fuerza al necrófago, que siguió gritando y empezó a arder desde dentro hacia fuera, hasta que no quedó más que una nube de ceniza flotando en lo que había sido el hogar del elfo.

—Bune —susurró Alastor esparciendo los restos del necrófago con el pie del muchacho. Él no estaba en el Mundo de Abajo cuando se había lanzado la maldición, así que aún podía pronunciar el nombre de aquel bellaco. ¿Qué era aquella sensación que notaba en el pecho del muchacho, aquella opresión insoportable?—. Lo sabía.

—¡Mi amo y señor! —dijo Nightlock mientras salía arrastrándose de debajo del banco—. Qué... ¡qué aterrador! Este duende no sabía que poseías tanto poder, que... que ya habías recuperado tanto poder.

Pues así era. Lo que los humanos llamaban «instituto» era, al parecer, un excelente caldo de cultivo para la infelicidad. Alastor se había atiborrado con los sentimientos de frustración, rabia y desesperación que allí había encontrado. Sin embargo, no le contó al duende que ya había consumido la mayor parte de ese poder. En realidad, tenía la sensación de estar perdiendo peligrosamente el control sobre el muchacho. A menos que Prosper firmara antes el pacto, no conseguiría escapar hasta la noche en que el chico cumpliera trece años.

No podía permitir que Bune lo derrotara.

Su hermano siempre había sido extraordinariamente cruel. Alastor creía que los humanos merecían el fin que les acabaría deparando su propia estupidez, pero Bune creía que había que destruirlos y reclamar su reino y su magia de una vez por todas.

Bune era quien había encerrado a Pyra en la torre porque no había sido capaz de manifestar su forma animal. Bune la había hostigado y maltratado, le había dicho que si seguía viva era solo porque el padre de ambos se había apiadado de ella. Como heredero, Alastor le había jurado a su hermana que la liberaría en cuanto subiera al trono.

Pero no era él quien había subido al trono, sino Bune.

Lo cual significaba que Pyra corría un peligro mucho mayor de lo que él había imaginado..., si es que aún seguía viva.



Un corazón bondadoso, un cuchillo afilado

La tercera noche, el sueño regresó.

La pantera, con su pelo negro y reluciente y sus musculosas patas, no hizo acto de presencia, pero la imagen estaba chamuscada por el fuego. Encendió algo bajo mi piel, de manera que el olor a huevos podridos del azufre se me quedó pegado a las aletas de la nariz. Sus palabras me acariciaban la columna vertebral como si se tratara de su cola suave y sedosa.

«¿Oyes el hueso que canta? ¿Oyes el hueso que canta?».

Cuando íbamos al instituto aquella mañana, justo antes de que el autobús se detuviera en la parada, reuní el valor para preguntarle a Nell sobre ese tema. Desde que las agencias turísticas habían accedido entusiasmadas a trabajar regularmente con la Casa de los Siete Terrores, Nell ya no me ponía mala cara cada vez que hablábamos.

«Como te dije, para ganarte el favor de los demás, tú también tienes que ofrecerles un favor».

Dejé a un lado las palabras de Al, mientras esperaba la respuesta de Nell.

—Un hueso que canta... Me suena a algo del folclore, a algún cuento

popular... —dijo—. Mi madre me lo contó una vez y creo que existe más de una versión. La historia es siempre la misma, más o menos: un hermano o hermana se deja llevar por los celos, mata a otro hermano y entierra los huesos. Cuando se encuentran los huesos de la víctima, estos cantan la verdad de lo ocurrido.

—Uf —dije yo.

¿Qué tenía que ver todo aquello con lo que aparecía en el sueño? Y ¿por qué intentaba mi cerebro que yo lo averiguara?

—¿Por qué lo preguntas? —quiso saber Nell.

La puerta del autobús se abrió y empezamos a recorrer el pasillo. Me di cuenta de que Nell miraba a su alrededor mientras pasábamos junto a los otros chicos, pero nadie le había dicho nada ni había cuchicheado sobre ella desde que habíamos subido al autobús.

—No, por nada, es que lo he leído mientras buscaba información para..., bueno, ya sabes —dije al tiempo que bajaba la voz—. Por cierto, creo que deberíamos investigar más a fondo el tema del nombre de los malignos...

Nell se detuvo tan de repente que choqué sin querer contra su espalda.

—¿Crees que no lo hemos hecho ya? Créeme, el conjuro es la única solución.

—Lo sé, pero...

—El tío Barnabas ha hablado con su contacto de... —dijo, pero fue bajando la voz hasta convertirla en un susurro—. De los dedos. El contacto cree que podrá conseguirlos a finales de la semana que viene. Y parece que ha encontrado la forma de hacénnoslos llegar sin que en la aduana le monten un escándalo.

En algún rincón de mi interior, tuve la sensación de que Alastor dejaba escapar una exclamación de alarma.

Yo sabía que el conjuro era una opción —el único plan que teníamos, en realidad—, pero no podía dejar de seguir preguntándome por la cuestión de los nombres, aunque solo fuera por la reacción de Al. Si Nell y el tío Barnabas habían renunciado a esa línea de pensamiento, yo estaba dispuesto a profundizar más. Por si acaso necesitábamos un plan B.

—Oye... Una cosa más —dije en voz baja—. ¿Sabes si hay algún

problema en, ya sabes, el Mundo de Abajo? ¿Te has enterado de si ha pasado algo?

«**Te has acordado**», dijo Al, que parecía gratamente sorprendido.

Nell me observó fijamente.

—Y ¿por qué iba a enterarme yo de algo? Tampoco es que me escriba cartas con nadie de allí abajo.

«Lo he intentado —pensé—. A lo mejor podría preguntarle a Missy...».

«**¿Lo harías?**».

Aún estaba pensando en esas palabras, y en la sorpresa del maléfico, mientras nos alejábamos del autobús y nos dirigíamos al instituto. Y no pude dejar de pensar en ellas hasta que llegó el momento de poner mi plan en marcha.

—¿No vienes? —me preguntó Nell, cuando giré hacia el pasillo equivocado.

Le eché un vistazo al reloj del vestíbulo. Tenía menos de diez minutos para hacer lo que me proponía.

—Tengo que ir... al lavabo —dije saludándola con la mano—. Enseguida voy.

En cuanto ella dobló la esquina y se dirigió a la clase de tutoría, eché a correr y salí de nuevo al exterior. Caía una fina lluvia, tan fría que más bien parecía nieve. Las nubes eran enormes y se retorcían en el cielo: me sentí como si estuviera en el centro de un remolino de niebla.

«**¿Qué estás haciendo, Gusano?**», preguntó Alastor, en tono de curiosidad.

Nunca había estado en el auditorio, pero Nell me lo había enseñado en una ocasión cuando pasábamos por delante. Estaba junto a las aulas de arte. En el interior, los pasillos estaban decorados con fotos del reparto y los tramoyistas de distintas obras, la mayoría de ellas *El crisol*. Entre las fotos, colgaban grandes carteles de teatro y en todos ellos aparecía la misma mujer con distintos vestidos y distintos peinados rollo años setenta: Anna Drummer, también conocida como Madam Drummer, la profesora de teatro.

La encontré en su despacho, con la cabeza de encrespada melena rojo púrpura inclinada sobre un vestido que parecía más viejo que ella. Estaba

zurciendo con gran esmero el deshilachado bajo. A su derecha se encontraba un telón de fondo parcialmente desenrollado, lo que permitía ver algunos de los decorados.

Yo no soy quién para criticar el trabajo de otros artistas, pero... ¡jecs! Lo que aún empeoraba más la ya de por sí pobre representación de un bosque era la extraña marca que se veía en la base del decorado, claramente dañada por el agua.

—¿Madam Drummer?

La mujer dio un brinco casi hasta el techo y se llevó una mano al corazón.

—¡Lo siento! No quería asustarla —dije—. Solo quería hacerle una pregunta, si tiene un segundo.

—Bueno... Ay, señor, déjame recuperar el aliento —dijo—. ¿Has venido para las pruebas del papel de John Proctor?

Lo que Madam Drummer, que llevaba nada menos que tres bufandas al mismo tiempo, tenía en común con mi abuela es que ambas se esforzaban mucho por hacer que las palabras normales como «pruebas» sonaran francesas, a pesar de pronunciarlas con acento de Nueva Jersey.

—Para mí no —dije—. Para mí prima Nell Bishop.

Madam Drummer se me quedó mirando.

—No sé si te he entendido bien...

—Quiere el papel —dije—. Se lo sabe de memoria. Y es muy buena. No sé por qué no le permite presentarse a las pruebas.

—Porque es una chica —dijo hablando muy despacio y pronunciando con claridad, como si yo fuera un niño pequeño.

«Absurdo —dijo Al, que parecía extrañamente indignado en nombre de Nell—. Como si vuestro patético bardo, Shakespeare, no utilizara a hombres para interpretar papeles femeninos».

«Bien dicho».

—¿Es que Shakespeare no recurría a hombres para interpretar papeles femeninos? —le pregunté—. Ya sé que era otra época, no hace falta que me lo explique, pero... Es que me parece injusto.

«A la mayoría de los humanos no les importa el concepto de “injusticia”, porque cada uno lo interpreta a su manera. Sin embargo, sí

que les motiva, y mucho, la promesa de riqueza».

—El guion, como seguramente sabes, es muy específico en cuanto a...

Tardé un segundo en entender lo que había querido decir Al.

—Pero piense en la publicidad y atención que conseguiría —insistí—. Quiero decir que... aparte del hecho de que lo justo es darle una oportunidad a todo el mundo, ¿no dirige usted todos los años exactamente la misma versión de la obra? ¿Con los mismos decorados y el mismo vestuario?

Frunció el ceño en un gesto nada agradable.

—¿Qué estás insinuando?

—¿Y si...? No sé, pero... ¿No trata la obra sobre persecuciones injustas, sobre lo fácil que es hacer correr cotilleos y mentiras? —dije pensando a toda pastilla—. ¿No es un poco como... como un instituto? ¿Y si utilizara el guion, pero cambiara solo un poco el escenario y los personajes?

—Jovencito —dijo cogiendo aire con fuerza—, la obra se estrena el próximo miércoles. Hoy es viernes. Aunque trabajáramos todo el fin de semana, ¿crees que dispongo de fondos para comprar vestuario y decorados nuevos? Y no es que pueda pedirle ayuda a esa cabeza de chorlito que es la profesora de arte.

—No, no, pero... Si la obra se situara en la época actual, los actores podrían llevar su propia ropa. Podría usted utilizar los pupitres y el mobiliario de las clases. Y yo podría pintar gratis los decorados. Solo piénselo, por favor. Es que es tan buena actriz... Y no podrá demostrarle a usted que se equivoca si no le da la oportunidad.

Sonó el timbre, interrumpiendo así el largo silencio que se había producido.

—Primero tendría que ver algún trabajo tuyo —dijo muy despacio—. Quiero ideas.

—Vale, haré algunos bocetos a la hora de comer —le dije—. Serán buenísimos, se lo prometo. Pero... ¿eso significa que dejará a Nell hacer la prueba?

Madam Drummer me hizo un gesto vago con la mano.

—Sí, sí. Y ahora, vete a clase.

No me molesté en disimular la sonrisa mientras me marchaba a toda prisa,

salía al exterior y corría por el barro para volver al edificio principal.

«¿Por qué lo has hecho? —me preguntó Alastor—. ¿Qué es lo que esperas intercambiar con la joven bruja?».

«Nada. No todo en esta vida es una transacción», le respondí.

«Entonces ¿has puesto este plan en marcha porque quieres sentirte mejor contigo mismo?».

Obviamente, el maléfico estaba perplejo ante la idea de la amistad, por no hablar ya de generosidad.

«Quiero ayudar a mi familia. Pensaba que ya lo habrías pillado, pues empiezo a pensar que lo que de verdad quieres que le pregunte a Nell es qué está sucediendo en tu familia, no en tu reino».

«Qué osadía —farfulló—, qué impertinencia...».

Por el rabillo del ojo, vi a Parker subir la rampa que estaba junto a la escalera. Llevaba muletas y trataba de seguir el paso a sus amigos. Crucé la puerta, salpicando gotas de lluvia y de barro hacia todos lados, incluido el suelo que el conserje estaba tratando de secar.

—¡Eh! —me ladró, al tiempo que colocaba el cartel de «PASILLO CERRADO» con un brusco golpe—. ¡Puñetero crío!

Me volví a mirar por encima del hombro, justo cuando Parker y sus matones trataban de acercarse al conserje.

—Dad la vuelta —les dijo el hombre—. Me da igual que lleguéis tarde. El suelo está muy mojado y es peligroso que...

Llegué por los pelos a primera hora. Aún se oía el chirrido de mis zapatillas cuando pisé la moqueta y corrí a ocupar mi sitio, al lado de Nell. El segundo timbre sonó justo cuando me dejaba caer en mi silla. Nell me observó, sobresaltada. La señora Anderson me miró con una ceja arqueada desde la pizarra, donde estaba escribiendo la unidad de ciencias de la naturaleza que tocaba ese día.

Cuando la señora Anderson ya había terminado de pasar lista, Parker entró cojeando en clase, empapado de lluvia y muy enfadado.

—Llegas tarde, Parker —le dijo la señora Anderson, mientras señalaba el taburete que estaba en la primera fila—. Ya sabes lo que tienes que hacer.

—Pero es que he tenido que dar toda la vuelta —dijo Parker, apoyado en

sus muletas—. Y no es fácil caminar con estas cosas...

La profesora de ciencias se apoyó las manos en las caderas mientras los demás alumnos se retorcían en sus sillas, tratando de no reírse al oír el tono de voz agudo que le había salido a Parker. Me sentí fatal por él.

«**No merece tu compasión, Gusano**».

—Por desgracia para ti —dijo la señora Anderson—, te he visto charlando con tus amigos esta mañana, en el patio. Has tenido tiempo de sobra para llegar antes del primer timbre, por no hablar ya del segundo.

Madre mía, la señora Anderson estaba hecha de puro hielo.

—¿Qué pasa? —le pregunté a Nell mientras Parker ocupaba su sitio en el taburete y trataba de mantener el equilibrio con las muletas.

—Pregunta sorpresa —dijo—. Si contesta mal a la pregunta, lo castigan.

—Bueno —dijo la señora Anderson mirándolo de frente—. Esta es la pregunta: ¿cuántas capas interiores tiene la tierra?

Parker se encogió y le cambió la cara. No sabía la respuesta, deduje. Separé cuatro dedos y empecé a levantarlos justo por encima del borde de la mesa inclinada que nos servía de pupitre, pero Alastor se apoderó del brazo y me obligó a bajar de nuevo los dedos.

—Eh..., ¿cinco? —aventuró Parker.

Suspiré.

La señora Anderson negó con la cabeza.

—Cuatro. Me parece que hoy vamos a comer juntos, Parker.

Sus muletas resonaron sobre el suelo mientras se dejaba caer pesadamente en su asiento y apoyaba la cabeza en las manos.

«**No lo compadezcas** —dijo Alastor mientras la señora Anderson nos pedía que abriéramos el libro de texto—. **Ha recibido lo que se merece: un corazón blando solo sirve para que el cuchillo lo atravesara más fácilmente**».

Durante la clase de humanidades, el señor Gupta me llevó aparte y me dijo que había hablado con la profesora de arte —que, curiosamente, también se llamaba señorita Drummer— y que esta había aceptado dejarme ir a su clase

de última hora para probar y decidir si quería matricularme.

No encontré ninguna palabra que pudiera expresar mi entusiasmo, así que se me acabó escapando un «¡sí!» delante mismo del señor Gupta. En la Academia Redhood, no me había atrevido a asistir a ninguna asignatura de arte por miedo a que los demás me juzgaran o se rieran de mis obras. Pero aquí yo era Ethan. Y, por extraño que parezca, a nadie le importaba.

Apenas había dado dos pasos en la clase cuando me encontré en la puerta con otra mujer de pelo rojo púrpura, cuyos rizos amenazaban con escaparse de la tela que los contenía. Me bastó una mirada a aquel rostro familiar para comprender por qué había dos señoritas Drummer en aquel instituto.

Eran gemelas, como Prue y yo.

Solté aire por la nariz, mientras trataba de ahuyentar aquel pensamiento.

«Aaah, Gusano —ronroneó Alastor—. Más tristeza, más soledad, por favor. Son deliciosas».

—Tú debes de ser Ethan —dijo la señorita Drummer, mientras se alisaba con las manos el delantal manchado de pintura—. Me alegro de conocerte. Me han gustado mucho los bocetos que me ha enseñado el señor Gupta. Tienes un gran talento para jugar con la luz y las sombras. ¿Ya habías ido a clase de arte?

Negué con la cabeza.

—Bueno —prosiguió ella—, eso no tiene por qué ser malo, pero hasta el talento innato necesita ciertos consejos para alcanzar todo su potencial. Espero que podamos compartir algunos conocimientos e ideas que te ayuden a crecer y a desarrollar tu propia visión y tu propio estilo.

No me salían las palabras. Se me escapó de la garganta un ruidito alegre y agudo, como el de un globo al desinflarse.

—Estos son mis alumnos de segundo curso, pero no pasa nada —dijo apartándome de la puerta para que los chicos que estaban detrás de mí pudieran entrar y protegerse de la lluvia—. La única diferencia son las técnicas que enseño, pero está claro que tú ya dominas las que vimos en primero.

Me guio por aquel espacio inmenso, que parecía más bien una nave industrial. Era muy amplio y estaba repleto de estanterías metálicas que

contenían pintura y material. En el centro de la sala había grandes mesas con la superficie de madera llena de grabados, manchas y dibujos, como si fueran tatuajes. La clase no era muy numerosa, solo diez o doce chicos. Mientras ellos iban a buscar sus lienzos —guardados en taquillas altas y estrechas—, la señorita Drummer me presentó.

—Aquí hay un sitio libre —dijo una chica al tiempo que levantaba la mano. Apartó su bolsa para que yo me sentara—. Hola, me llamo Lizzy. Esos de ahí, al otro lado de la mesa, son Cody y Brayton.

—Me llamo Pros..., eh, Ethan —dije—. Gracias por dejar que me siente contigo.

Me miró extrañada.

—Claro. ¿Por qué no iba a dejarte?

Porque en Redhood, los chicos a los que ni siquiera conocía se levantaban y se iban a otra mesa o pupitre cuando yo intentaba sentarme a su lado.

Las enormes ventanas que tenía detrás la señorita Drummer dejaban entrar la luz a raudales, por mucho que en ese momento lloviera a cántaros sobre el instituto.

—Bueno, unas cuantas cuestiones antes de que os sumerjáis en vuestros proyectos —dijo la profesora dirigiéndose a un tablón de anuncios móvil—. Primero, las malas noticias: el instituto se ha quedado oficialmente sin paredes en las que podamos dibujar un mural. Así que tendremos que pensar en otro regalo de graduación.

La clase entera, decepcionada, recibió la noticia con un abuceo.

—Así que borrón y cuenta nueva —dijo la señorita Drummer guiñando un ojo—. Menos mal que aquí somos todos muy creativos y se nos da muy bien reciclar ideas. Pensad un poco durante el fin de semana. Y, recordad, tiene que ser algo de utilidad y en lo que podamos trabajar juntos. Y, ahora, la buena noticia. O, mejor dicho, excelente noticia —dijo al tiempo que agitaba una hoja de papel—. ¡Nuestra querida Lizzy ha ganado el segundo premio en el concurso estatal de arte para alumnos de instituto, con su obra *El puerto es mi hogar!*

Lizzy, que estaba sentada a mi lado, se quedó inmóvil y se puso roja como un tomate mientras la clase aplaudía.

—Buen trabajo —le dijo la profesora—. Me enviarán tu placa y la información sobre la ceremonia de entrega de premios.

—Guau, gracias —consiguió decir Lizzy, que parecía abrumada.

Se quedó contemplando su óleo, que representaba un cielo nocturno, hasta que los demás alumnos volvieron a concentrarse en sus proyectos.

Mientras la señorita Drummer paseaba por la clase, comentando los trabajos de sus alumnos, abrí mi cuaderno y traté de pensar en algunas ideas para presentarle a la otra señorita Drummer.

—Se me ha olvidado explicarte una cosa, Ethan —dijo cuando finalmente llegó hasta mí—. El proyecto de esta semana es representar tu aspecto favorito de la naturaleza mediante la pintura al óleo. Vamos a ver qué tal te sale. Ven, te enseño dónde puedes coger un lienzo.

—En realidad —dije echando un vistazo al material que tenía a mi alrededor—, lo que me gustaría es asistir a su clase durante una semana y media y trabajar en un proyecto para Madam Drummer.

Al oír el nombre de su hermana gemela, la señorita Drummer se puso visiblemente pálida.

—¿Qué?

—Necesita decorados nuevos para *El crisol* —le expliqué—. Y no sé de ningún otro sitio donde haya bastante espacio para pintarlos.

—Ah, sí —dijo Cody al otro lado de la mesa—. ¿Verdad que explotó una de las calderas del cuarto donde guardan el material? Los decorados deben de haber quedado hechos un asco.

—¿En serio? —dijo la señorita Drummer. Y, luego, como si hablara consigo misma, añadió—: ¿Por qué no me habrá dicho nada?

Me pareció que estaba un poco fuera de lugar contarle que seguramente tenía que ver con el hecho de que su hermana la llamara «cabeza de chorlito».

—Ese podría ser nuestro proyecto de clase, ¿no? —preguntó Lizzy—. ¿Crear nuevos decorados de distintas escenas para que puedan usarlos en próximas obras y comedias?

—No es mala idea —dijo la señorita Drummer apoyándose una mano en el hombro—. Le preguntaré a mi hermana y le pediré una lista de posibles escenas que podamos recrear. Gracias por informarnos sobre el tema. De

momento, te enseño dónde están los lienzos.

Me encogí de hombros y la seguí a otra estantería, mientras ella iba explicando los distintos tamaños y materiales que se utilizaban en cada proyecto. Cuando finalmente volví a mi sitio, Lizzy había cogido del tablón de anuncios la noticia del concurso de arte.

—Y ¿quién ha ganado? —preguntó Cody mientras yo volvía a sentarme y preparaba mis pinturas.

Lizzy leyó la hoja de periódico y luego se echó a reír.

—Tendría que habérmelo imaginado. Un Redding.

Se me puso rígido todo el cuerpo.

—No me extraña —dijo Brayton—. Esa familia es de otro mundo. ¿Puedo ver la obra?

Lizzy le pasó el periódico. El corazón me latía tan deprisa que me dolía el pecho.

—*Vista de la Casita*, de Prosperity Redding —leyó.

—¿Qué?

Se me escapó la palabra antes de que pudiera evitarlo y resonó por toda la clase de arte.

Cody parpadeó y empujó la hoja de periódico hacia mí.

—Sí, échale un vistazo. No está mal del todo... Al menos, sabemos que ha ganado porque tiene talento, no porque alguien haya comprado a los jueces.

—Ya, pero los Redding son muchos —dijo Brayton echándose a reír—. Seguro que todos los jueces están emparentados con ellos de una u otra forma.

Me empezaron a temblar las manos mientras contemplaba la noticia del periódico. Pero allí estaba. Mi nombre. Y la foto del cuadro de la Casita que había pintado para regalarle a Prue el día de nuestro cumpleaños. Pero luego me había dado tanta vergüenza regalárselo que lo había escondido debajo de la cama.

Prue. Tenía que haber sido ella. Seguro que lo había encontrado y lo había enviado al concurso en mi nombre.

Oh, no. Me empezaron a escocer los ojos, a arder casi, y me entraron ganas de esconderme en algún sitio para recobrar la calma. Pero... había ganado yo. No Ethan White. Yo: Prosperity Redding.

—¿Conoces a los Redding, Ethan? —me preguntó Lizzy—. Pareces sorprendido.

—No —dije con sinceridad mientras dejaba la hoja de periódico a un lado y cogía un pincel.

Si había aprendido algo durante la última semana, es que no conocía en absoluto a mi familia y, menos aún, a mi hermana gemela.



Un encuentro demasiado cercano

Nell y yo nos reunimos a las puertas del auditorio. Estaba casi sin aliento y tenía una mirada radiante.

—¡Me han dado el papel! —dijo—. ¡Me han dado el papel!

—¿Qué papel? —le pregunté haciéndome el tonto.

Me dio un puñetazo en el brazo.

—Ya lo sabes.

—Guay —dije—. Felicidades, te lo mereces. Me alegro mucho de que Madam Drummer haya cambiado de idea.

«¿Por qué no te atribuyes el mérito de tu obra?», preguntó Al en tono de curiosidad.

«No —le respondí mentalmente—, no tengo que atribuirme ningún mérito. Nell ha conseguido el papel porque tiene talento. Yo me he limitado a señalarle a Madam Drummer que no veía lo que tenía justo delante».

Solía pasar. A veces, cuando uno está atrapado en una rutina o atascado en una idea, puede que le dé miedo empezar de nuevo o renunciar a esa idea. Pero estaba convencido de que, aunque aquella mañana yo no hubiera ido a ver a la profesora de teatro, Nell habría encontrado la forma de hacer la prueba.

«¿Ves cuántas puertas se abren —dijo Alastor— cuando alguien con influencia e ideas llega con la llave? La fortuna se puede acaparar o se puede compartir».

«Y algo malo como un pacto podría utilizarse para hacer algo bueno... Por ejemplo, ayudar a los demás a hacer realidad sus sueños. Ayudarlos a sentirse más aceptados, menos solos».

«Desde luego —ronroneó Alastor—. Todo eso y mucho más».

Negué con la cabeza, tratando de ahuyentar esa idea. Pero se me había quedado pegada al cerebro, sin permiso.

—De repente, se ha puesto a hablar de cambiar el escenario y los personajes y situarlos en la época actual —prosiguió Nell, mientras nos dirigíamos al autobús—. Es como muy precipitado, pero todo el mundo está entusiasmado con la idea y la trabajaremos durante los ensayos de este fin de semana. Las posiciones de los actores son básicamente las mismas y todos nos sabemos el guion..., así que solo hay que reorganizar el escenario. Los otros decorados están hechos polvo, lo cual es mejor en el fondo.

—Sí, la señorita Drummer..., la Drummer profesora de arte, quiero decir, ha comentado que los de segundo harán los nuevos decorados como regalo de este año para el instituto —dije—. Y empezarán por los de *El crisol*.

—¡Ah, es verdad! ¿Cómo te ha ido en clase de arte? —dijo Nell obligándose a sí misma a dejar de caminar dando alegres saltitos.

—Bien, pero es que ha pasado una cosa rarísima... —empecé a decir, pero me interrumpí al oír detrás de mí una voz áspera que me resultaba muy familiar.

—¿Puede decirme si ha visto a este chico...?

Juro que me sentí como si alguien hubiera cogido un bate de béisbol y me hubiera dado con él en toda la cabeza. Se me nubló la vista y empecé a verlo todo borroso. Se me hizo un nudo en la garganta, de pánico. Y tuve la sensación de que me estiraban el cuerpo hasta casi partírmelo en dos.

Conocía aquella voz. Y sabía qué rostro vería si me daba la vuelta.

El de Rayburn.

Durante un segundo, me limité a quedarme inmóvil y a preguntarme si alguna vez había visto su figura encorvada fuera de la Casita. Con luz natural,

la piel se le veía tan fina y pálida que parecía seda blanca. Llevaba los cuatro pelos blancos que le quedaban torpemente peinados hacia atrás.

Pues claro. Si mi abuela no podía venir, lógicamente enviaba a la única persona que me detestaba tanto como ella. Rayburn era el único miembro no oficial de la familia a quien no reconocería la gente normal y corriente.

Eché un vistazo hacia atrás, solo para asegurarme. Rayburn golpeó el césped con su bastón y luego lo alzó ligeramente en dirección a un grupito de chicos que pasaban junto a él, como si se dispusiera a golpearlos. Se estremeció, torció los labios y palideció de rabia al oír las risas a su alrededor. Estaba claro que le faltaba práctica para todo lo que no fuera descorrer cerrojos y abrir y cerrar puertas. Uno de los subdirectores del instituto se hallaba junto a él: tenía una foto en la mano y en ese momento se la estaba mostrando a uno de los conserjes.

«¡Huye, Gusano! ¡Huye!».

Nell también se volvió a mirar.

—¿Quién es ese?

—Mayordomo —respondí en susurros.

—Vale, tú, tranquilo —murmuró—. Camina rápido, pero no demasiado.

—¿Y eso es mucho o poco? —le pregunté con un odioso temblor en la voz.

Era demasiado pronto. No quería que se me llevaran, no antes de haberme librado de Alastor y haberles demostrado que yo no iba por ahí con un maligno dentro empeñado en destruir a mi familia.

Cerré los ojos, pero lo único que vi fue el cuchillo plateado en las manos de la abuela y su centelleo a la luz de las velas. Avancé trastabillando por el barro.

—Veo a cientos de chicos todos los días —estaba diciendo el conserje.

Nell me cogió del brazo y me obligó a seguir su paso.

«¡Huye! —gritaba Alastor—. ¡Viene a por nosotros!».

—¿Nell? ¿Cornelia? —llamó el subdirector, mientras se retorció su corbata de fantasmitas—. ¿Puedes venir un momento a hablar con este caballero?

—Es que voy a perder el autobús... —protestó Nell.

—Han recibido órdenes de esperar diez minutos —respondió el

subdirector—. Solo será un momento.

—Quédate aquí —murmuró entre dientes—. No te olvides del glamur. No te reconocerá a menos que te delates a ti mismo.

La seguí con la mirada mientras se acercaba a ellos y entonces me di cuenta de que, aunque no me había delatado a mí mismo, había dado una posible pista a los miembros de mi familia que no eran ni mi padre ni mi madre. El tío Barnabas tenía razón: mi abuela disponía de suficientes cartas bajo la manga como para descubrir desde qué número se había llamado por error al móvil personal y celosamente protegido de mi madre. Uno de los guardias de seguridad debía de haber informado de sus sospechas a mi terrorífica abuela y ella habría enviado a Rayburn por si acaso yo estaba aquí.

«Lo siento, mamá», pensé. Prácticamente me había cargado su plan en un único momento de descuido. Por lo menos, el glamur seguía en su sitio.

«**De momento**», dijo Al esperanzado.

—Nell y su padre dirigen una casa encantada que recibe muchos turistas y visitantes —le explicó el subdirector—. Puede que haya visto al chico que está usted buscando.

El subdirector le mostró la foto y Nell fingió observar aquella cara, la mía, con mucho interés.

Pero el mayordomo solo me miraba a mí.

—¡Matthews! —gritó el subdirector dirigiéndose a grandes zancadas hacia un chico que se disponía a partirse la crisma deslizándose en su monopatín por una barandilla mojada—. ¡Ni se te ocurra!

Rayburn me señaló con un huesudo dedo. Apenas pude oír su voz por encima del ruido de la lluvia.

—...chico que encaja con su descripción... teléfono... Witch's Brew...

Tenía la nuca empapada de gotas de sudor y lluvia. Sabía que me estaba dejando llevar por el pánico, a pesar de la máscara que Nell me había colocado.

—Sí, tú, niño. ¡Estoy hablando contigo!

Justo cuando estaba a punto de echar a correr, una mano de aspecto fantasmal me agarró por el cuello del forro polar y me obligó a volverme con una fuerza asombrosa.

—¿Qué prisa tienes, jovencito? ¿Es que intentas esconder algo?
Negué con la cabeza.

—La dueña de la cafetería me ha dicho que un chico que encaja con tu descripción hizo unas cuantas llamadas desde allí. ¿Por casualidad no llamarías accidentalmente a un número equivocado?

Tras él, Nell parecía furiosa y exasperada a la vez.
Negué con la cabeza.

—¿De verdad? —preguntó Rayburn—. Y ¿estás seguro de que ningún otro chico te pagó para que hicieras una llamada? ¿Este, por ejemplo?

Me mostró la foto de quinto de primaria, en la que por cierto había salido fatal. Traté de no estremecerme.

—Jovencito —dijo al tiempo que me soltaba el cuello del forro polar—. Este chico podría estar en peligro. Si te pidió que hicieras una llamada en su nombre...

—Yo no he hecho nada —lo interrumpí.

Pese a todas las advertencias de Nell de no delatarme a mí mismo ante nadie, pese a todas sus explicaciones acerca de cómo funcionaba el glamur, jamás se me había ocurrido preguntarle si el conjuro también me había cambiado la voz.

Y ahora ya tenía la respuesta.

Rayburn se quedó perplejo y luego frunció el ceño en un gesto de confusión. Me obligó a girar de nuevo hacia él y se acercó más a mí.

—¿Pros...?

Nell apareció de repente junto a él mientras buscaba algo en el bolsillo exterior de su mochila. Le tiró del brazo para llamar su atención y, en cuanto Rayburn se volvió a mirarla, le sopló a la cara una pequeña nube de polvo rosa.

Rayburn tosió y trató de apartar el polvo, pero no sirvió de nada. Me quedé inmóvil hasta que el mayordomo aflojó la mano y pude por fin soltarme. Poco después, se quedó como... paralizado. Relajó todo el cuerpo y dejó caer los hombros.

—No ha visto a nadie aquí —dijo Nell mientras se sacudía en los pantalones el polvo que se le había quedado pegado a la palma de la mano—.

Prosper no estaba aquí. Eso es lo que dirá cuando vuelva a casa.

No esperó a que Rayburn respondiera. El mayordomo permaneció inmóvil cuando Nell pasó junto a él y se acercó a mí.

—Vámonos.

—¿Por qué no me contaste lo de la voz? —le pregunté mientras nos alejábamos—. ¿Nell? ¿Qué pasa?

«**Quizás esperaba que acabaras delatándote a ti mismo**», dijo Alastor, que parecía tan confuso como yo.

—Se... se me olvidó, ¿vale?

—¿Qué es eso que le has echado?

—Polvo mareante —susurró.

Tiró de mí para que la siguiera por el barro, en dirección a los autobuses que esperaban. Si Nell hubiera aflojado el paso solo un instante, yo habría echado a correr hasta la papelera más cercana y habría vomitado todo el contenido de mi estómago.

—¿Qué es polvo mareante?

—Hierbas, cristales y un montón de cosas más —dijo Nell, que finalmente me había soltado el brazo.

Descendimos por una resbaladiza pendiente cubierta de hojas en tonos rojos y anaranjados y luego zigzagueamos entre los árboles. Llegamos al autobús justo cuando se estaban cerrando las puertas y nos sentamos en el único asiento que quedaba libre.

—Lo inventó mi madre. Sirve para desorientar a una persona y alterar sus recuerdos —susurró al tiempo que apoyaba la frente en el respaldo del asiento que teníamos delante. Las ventanillas estaban empañadas por la condensación y nos ocultaban del exterior. La ciudad entera estaba envuelta en una densa niebla—. Pero... no se lo digas, ¿vale? No le digas a Barnabas que lo tengo, ni le cuentes lo que ha pasado. Si se entera, tendremos que quedarnos en casa. No nos dejará salir.

Se me hizo un nudo de miedo en la garganta.

—No sería capaz, ¿verdad?

Nell se volvió un poco hacia mí y me observó a través de sus gafas empañadas.

—Tú no lo conoces. Prométemelo, ¿vale?

—Vale —dije.

Tuve la desagradable sensación de que, más que de un secreto, se trataba de una mentira.



Alastor, interrumpido

Tenía muchas cosas en las que pensar según iba pasando el día y Prosper y la brujita volvían a casa. Alastor permaneció en silencio, pensando en lo poco que había faltado para que a él y al chico los mandaran de vuelta a Redhood. Revivió mentalmente la escena una y otra vez.

Muy poco. Había faltado muy poco para que lo mandaran de vuelta a Redhood.

Era el miedo lo que había impulsado a Alastor a gritarle al chico que huyera. Un miedo angustioso a perder la vida, que estaba atada a la del muchacho. No le gustaba nada todo aquello. Ni la sensación de ser aún demasiado débil ni el olor del chico. Ni tampoco saber que, si volvían a Redhood ahora, antes de que él hubiera recuperado el poder y se hubiera liberado, todo lo que la familia Redding pudiera hacerle al chico lo afectaría también a él.

Y, dado que conocía muy bien a la familia, el maléfico no dudaba de que la abuela los mataría a ambos para evitar que Alastor culminara la maldición que él mismo había lanzado varios siglos antes. Harían todo lo posible para proteger su fortuna, incluso matar a uno de los suyos. Honor Redding lo había dejado muy claro.

Y, sin embargo, el chico se negaba a firmar el pacto. Alastor tenía la sensación de que Prosper había estado a punto de decir que sí en varias ocasiones, pero algo —¿qué era?— lo retenía siempre. El maligno se sentía confuso. Pese a haber visto solo una muestra de todo lo que podía llegar a conseguir con la ayuda y la influencia de Alastor, el muchacho renunciaba una y otra vez al éxito. O era un cobarde y temía tanta atención, o...

Pero no. Todos los Redding eran iguales. Hasta las intenciones de Honor habían sido puras al principio, pero no había tardado en darse cuenta de que el éxito sabía mejor con un toque de poder. Y, una vez que se probaba el poder, era inevitable desear cada vez más para satisfacer el voraz corazón.

Alastor se apoyó en la lápida medio desmoronada y metió la mano del chico en la bolsa de arañas que Nightlock se había a dedicado a cazar durante el día. Se llevó una a la boca y dejó que le correteara por la lengua. Mucho mejor así. La percepción de sí mismo aumentó dentro del cuerpo del muchacho, como si quisiera reventar la piel por las costuras para poder escapar.

—¿Puedes... meterle un poco de coña, desdichado?

Aquella expresión tan moderna le sonaba fatal, pero había aprendido buena parte del lenguaje de este siglo simplemente escuchando al chico y siguiendo las precisas —aunque humillantes— indicaciones del duende.

—Meterle un poco de «caña» —sugirió el duende con una discreta inclinación de cabeza—. Haré lo que pueda, mi amo y señor.

—Creo que ya podemos dejarnos de formalidades —dijo Alastor con una afectuosa sonrisa—. Puedes llamarme simplemente «su alteza, príncipe oscuro del Tercer Reino».

El duende sonrió complacido. Todavía estaba colocando los fragmentos del espejo roto sobre una tumba cercana.

—¿Estás seguro de que se trata de la última morada de una bruja? —preguntó Alastor mientras extendía un brazo para coger una solitaria hoja atrapada entre las piedras de un muro cercano—. ¿La tumba de una bruja de verdad? Porque, si no es así, no funcionará. La luz de la luna no será lo bastante fuerte sin el poder añadido.

Nightlock se limitó a asentir.

—Ah, sí. Ah, sí. Ah, sí. Una bruja de verdad. Solo una bruja de verdad. Este duende ya ha visto a otros malignos bañarse en luz de luna sobre esta tierra.

La luna era la fuente del poder de las brujas. Eso decían las leyendas, algunas de las cuales se remontaban miles y miles de años en el tiempo, hasta la época de aquellos pelmazos de los griegos que adoraban a la diosa Artemisa. La cazadora.

Alastor, sin embargo, sabía que el poder de la luna era un regalo de los Antiguos, que luchaban por mantener el equilibrio entre los reinos y por conseguir que cada especie ocupara el lugar que le correspondía por derecho. Los Antiguos habían creado a las brujas, igual que habían creado a los malignos y a los humanos. O sea, que las gracias había que dárselas a ellos. Aquellas mujeres eran como un grano en el trasero que no quería curarse.

A una bruja le bastaba con tomar la luz de la luna una hora para absorber toda su magia y utilizarla a lo largo del día como mejor le conviniera. El único peligro para ellas estaba en las noches de luna nueva, cuando el rostro lechoso del astro quedaba completamente oculto.

Pero no era una de aquellas noches. En realidad, el sedoso rostro blanco estaba medio oculto en la oscuridad. Y, para los malignos que conocían ciertos trucos, una noche así era todo un regalo. Porque, en una noche así, todo maligno podía absorber la magia de las brujas y apropiarse de ella..., siempre y cuando dispusiera de las herramientas adecuadas.

La última morada de una bruja. O sea, su tumba. Sobre esa tumba se colocaban en círculo los fragmentos de un espejo —a poder ser, de cien años de antigüedad o más—, roto poco antes. A medianoche —o, lo que es lo mismo, a la hora de las brujas— lo único que tenía que hacer Alastor era tenderse en el centro del círculo, sobre un montículo de tierra húmeda. Y el poder lo llenaría, igual que el aire frío llenaba los pulmones del chico.

—Su alteza —empezó a decir Nightlock, mientras cogía la bolsa de arañas y la cerraba—. ¿Seguro que no existe... otra forma? ¿No es peligroso utilizar un espejo con este propósito? ¿No acudirán bestias del Mundo de Abajo que buscan un poder como el tuyo?

—¿No me crees capaz de protegerte de mi hermano y de cualquiera que

esté a su servicio? —le preguntó Alastor tratando de contener su ira.

—Es que... Es que la carne del muchacho es tan blanda, tan fina... ¡Y sus huesos son como la paja! —dijo Nightlock mientras se retorció las puntiagudas orejas, gimoteando y sorbiéndose la nariz—. No, no. No es adecuado para su alteza.

Alastor hizo caso omiso de aquellas preocupaciones. Había elegido para aquel ritual el cementerio Old Burying Point, cerca de las calles de tiendas y de los tribunales. Los dos malignos habían esperado con impaciencia hasta que los agentes de policía habían echado a los últimos humanos que acudían al cementerio por curiosidad. Y ahora, por fin, tenían para ellos solitos la parte más aislada y solitaria del camposanto.

Así que no, Alastor no estaba en absoluto preocupado cuando obligó al cuerpo del chico a colocarse en el centro del círculo formado por los fragmentos de espejo. Cuando percibió la primera caricia de magia pura, se dijo a sí mismo que el grito salvaje que oía a lo lejos no era más que un lobo y no un aullido procedente del Mundo de Abajo. Que no era más que una bestia solitaria.

Pero se quedó sorprendido —bastante sorprendido, de hecho— cuando el muchacho se despertó.



Prosper, despierto

—**P**ero ¿qué...? ¡Ay, madre!

Me levanté de un salto y resbalé con... ¿Qué era aquello, cristales? ¿Un espejo roto? Y ¿por qué había tierra, hierba y una lápida?

«Es una tumba. Estoy en un cementerio. Estoy fuera de casa. Estoy en un cementerio. Me he despertado en una tumba. ¿Por qué, por qué, por qué?».

—¡Al! —ladré—. ¿Qué has hecho?

Oí al maligno farfullar algo, atónito.

«**¡Qué has hecho tú!**», repetía una y otra vez.

—¡Yo he preguntado primero!

—¿Su alteza?

El cementerio estaba oscuro como boca de lobo y completamente desierto. Entrecerré los ojos y pude ver las luces de la cercana hilera de casas con fachada de ladrillo, donde se había celebrado el mercado callejero Bazaar of the Bizarre. Unos cuantos turistas se dirigían lentamente a la estación de tren. Me di la vuelta, en busca del origen de aquella voz. Tenía un acento extraño, como el que podría esperarse en un leprechaun.

Noté un tirón en el bajo de mis calzoncillos de brujas y bajé la vista.

—¿Señor?

Unos ojos grandes y saltones me observaban sin parpadear. Al principio pensé que era un perro. En serio, pensé que era uno de esos bulldogs franceses haciendo equilibrios sobre las dos patas traseras. Tenía la cara como aplastada y una nariz roja, redonda y reluciente, como si fuera una ampolla. Entonces parpadeó y me fijé en el cuerno que le crecía en la cabeza, en forma de espiral. Aquella criatura no era más alta que un crío de uno o dos años, pues me llegaba justo por encima de la rodilla.

Gimoteaba y resoplaba sin descanso. Los sonidos que emitía parecían una especie de ronroneo, hasta que se sorbió los mocos azules que le colgaban de la nariz.

Me quedé mirando a aquel ser. Y aquel ser se me quedó mirando a mí. Noté que mi pierna derecha daba una sacudida y que la recorría una especie de cosquilleo abrasador. El grito de frustración de Alastor me perforó el cerebro. Traté de taparme los oídos con las manos, pero no sirvió de nada.

Alastor lo intentó todo: moverme la cabeza, los dedos, el brazo bueno y hasta los dedos de los pies. Pero yo estaba demasiado despierto. Ni siquiera me daba miedo mirar a aquella especie de mutante horrendo que tenía junto a los pies.

Y de repente me sentí muy pero que muy enfadado, aunque no hubiera sabido decir dónde empezaba mi rabia y dónde terminaba la de Al.

—No es mi señor —dijo la criatura abriendo aún más los ojos, si es que tal cosa era posible.

Durante un segundo, pareció encogerse y arrugarse como si fuera una bolsa de basura. Y entonces salió disparado.

Tendría que haberlo interpretado como una señal para gritar y salir corriendo en la dirección opuesta, pero en lugar de eso salté en plan superhéroe sobre la tumba más cercana y le hice un placaje a aquella cosa. Se defendió, se retorció y chilló como mi abuela cuando encontraba basura, pero lo tenía atrapado. Ni siquiera lo solté cuando me clavó los dientes en el brazo, aunque sí grité de dolor.

—¡Suelta a este duende! ¡Suéltalo ahora mismo! Mi señor, oh, alteza, este duende te ha fallaaaaado, te ha fallaaaaado...

—¡Cierra el pico! —Me lo cargué al hombro como un saco de patatas y

crucé el cementerio con la intención de volver a la casa—. ¡Basta ya! ¡Deja de...!

Tiene gracia. En algún rincón de mi mente, pensaba que me iba a meter en un buen lío si me encontraba en ese momento con un poli. Y no necesariamente un poli, sino cualquier adulto que pudiera avisar a un poli y denunciarme por estar en la calle a esas horas. Era la peor situación que podía imaginar, sobre todo tras la advertencia de no contarle a Barnabas nada que pudiera animarlo a encerrarnos en casa.

Pero mi cerebro no estaba programado para adivinar que los fragmentos del espejo roto empezaban a moverse a mi alrededor y luego se unirían. Ni tampoco estaba programado para imaginar un perro lanudo del tamaño de una vaca pequeña, con dientes largos como dedos, saliendo de un pequeño fragmento de cristal.

Ni siquiera fui capaz de gimotear.

El perro desprendía un olor fuerte y acre a la vez. Apestaba, como si se estuviera pudriendo por dentro: su aliento abrasador formaba volutas en torno a su cabeza y empañaba el aire. Cuando pasó junto a mí, se me revolvió el estómago. Pero lo peor de todo eran los ojos. Los tenía rojos, rojos, rojos.

—Tranquilo... perrito —dije retrocediendo.

Entre mis brazos, el duende se quedó inerte y se desmayó tras lanzar una exclamación de horror. Como si no bastara con eso, el monstruo abrió la boca y escupió unas palabras acompañadas de ácida saliva: «Encuentra a Alastor. Atrapa a Alastor. Encuentra a Alastor. Atrapa a Alastor».

«Corre».

Di un paso hacia atrás y el perro uno hacia delante. Y así seguimos —él avanzando y yo retrocediendo— hasta salir del cementerio y llegar a la acera. De entre los huecos de los dientes le goteaba saliva amarilla, que formaba una especie de espuma al tocar el suelo. El asfalto chisporroteaba y quedaba abrasado al instante. El hedor a huevos podridos impregnó el aire, aunque yo no tenía muy claro si procedía de aquel monstruo o de mí. Noté una mancha húmeda y caliente en la camiseta, justo allí donde la criatura se había meado encima.

Alucinante.

—¿Qué... qué es eso?

«Un aullador. No podrás huir».

—¡Gracias por el voto de confianza!

Eché un vistazo a mi alrededor para ver si alguien nos estaba observando, pero la calle estaba desierta. El perro gigante se acercó un poco más y olisqueó el aire.

«Déjame que nos lleve a los dos hasta la casa y la joven bruja. Solo podremos escapar si yo cojo el timón».

—Ni hablar —dije atragantándome.

El perro arqueó el lomo tan tranquilo, como si se estuviera desperezando. Entreabrió unos labios negros, en una especie de sonrisa, y dejó al descubierto las encías.

«Prosperity —dijo Alastor. Su voz sonaba serena, aunque percibí un tono algo cortante. El hecho de que me llamara por mi nombre solo sirvió para que me diera un vuelco el corazón—. **O trabajamos juntos o morimos juntos».**

«¿Nada de pactos?».

«¿Te parece que tengo tiempo de redactarlo ahora? Voto al diablo, Gusano...».

El perro saltó hacia delante, con las mandíbulas abiertas, y soltó un aullido que perforó la noche iluminada por la luna. «¡Encuentra a Alastor! ¡Atrapa a Alastor!».

Y eché a correr.

El abrasador cosquilleo se apoderó de mis piernas y me sentí como si me estuvieran clavando agujas, pero también noté el frío en la piel. Todo se volvió borroso a mi alrededor. Mis pies se movían más y más deprisa, hasta que tuve la sensación de que ni siquiera tocaban el suelo. No sabía muy bien si nos dirigíamos a la Casa de los Siete Terrores. Me limité a sujetar con fuerza a aquella criatura tan fea que llevaba entre los brazos y dejé que Alastor me bombeara por todo el cuerpo combustible para cohetes. El perro pisoteó la acera con las pezuñas y salpicó agua y barro en todas direcciones. Me cayeron en la nuca dos gotas de su ácida saliva y me dolió tanto que estuve a punto de tropezar.

Algo afilado me agarró la camiseta por detrás y me la rasgó de arriba

abajo. Noté en la piel el roce de aquella cosa afilada, fuera lo que fuera, y se me escapó un grito.

«Voy a morir. Voy a morir. Se me va a comer esa especie de Godzilla perruno y nadie sabrá nunca qué me ha ocurrido...».

«¡SILENCIO!».

Alastor me obligó a saltar una última vez desde la acera y, un instante después, todo mi cuerpo estaba en el aire. Estaba volando. Bueno, técnicamente me estaba cayendo. Pasé por encima de los jardines de dos casas. Desde allí arriba, los adornos de Halloween parecían más bien juguetes. Oí al perro gruñir y chasquear los dientes, rozándome el tobillo, y me arriesgué a volver la vista atrás.

El monstruo cayó al suelo como si fuera un fardo de pelo oscuro. Gimoteó igual que hubiera hecho cualquier otro perro al estrellarse contra los nudosos arbustos y aplastarlos. Se retorció para librarse de las luces en forma de calabaza que se le habían quedado enredadas en el cuello, hasta que consiguió soltarse. En el porche, un gato observó la escena sin inmutarse siquiera, mientras golpeaba mansamente con la cola el felpudo de la puerta.

No volví a mirar hacia atrás para comprobar si nos estaba siguiendo, sobre todo porque en ese momento estaba en pleno salto del ángel.

Alastor me obligó a encoger el cuerpo justo antes de golpear la hierba seca con el hombro y rodar hasta detenerme, esquivando por muy poco el sendero de cemento pintado. El maligno en forma de croqueta fea que llevaba entre los brazos salió volando y aterrizó en el porche con un golpe sordo.

Era una sensación muy extraña: estaba agotado y me dolía todo, pero aun así Alastor me obligó a ponerme en pie y a seguir caminando. Me derrumbé en los escalones del porche y tuve que arrastrarme el resto del camino.

«Entra en la casa, Gusano. Y no te olvides de mi sirviente».

«Pero... ¿Y si nos sigue hasta...?».

«Mira, se ha quedado en la valla, ¿lo ves? Pero... ¿por qué...?».

Una parte de mi mente reconoció el crujido de los escalones, en lo alto. La puerta principal seguía abierta de par en par y me ofrecía una inmejorable perspectiva del enorme perro lanudo paseando de un lado a otro de la acera, justo enfrente del jardín.

La bola peluda que era Sapo se había transformado en un perro aún más grande que el que estaba al otro lado de la valla y gruñía, ansioso por empezar el combate. De no haber sido por aquellos ojos redondos y centelleantes, ni siquiera habría reconocido al suplantador. Salió disparado con un rugido y persiguió calle abajo al otro perro, hasta que este empezó a ladrar aterrorizado.

Nota: no molestar a Sapo.

—¿Prosper?

El pelo ya de por sí encrespado de Nell lo estaba aún más después de una noche de sueño. Se frotó los ojos y dio un brinco cuando su cerebro finalmente procesó lo que estaba viendo, a saber:

1. Yo, despatarrado en la entrada, con las piernas aún temblando.

2. Mi pijama hecho jirones.

3. El perro sediento de sangre que nos había estado observando a los dos.

—¿Qué has hecho? —me preguntó—. ¿Te has escabullido en plena noche con el maligno para invocar al aullador? ¿Has firmado un pacto?

—No... —la advertí—. No te acerques más.

Nell no me entendió y yo no conseguí hablar lo bastante rápido. Antes de que pudiera impedirlo, Alastor se adueñó de mi brazo primero y de mi mano después, y agarró a Nell por la garganta.



Secretos y babas

—No... ¡No!

Las palabras me abrasaron la garganta. Nell intentaba apartarme el brazo, con los ojos a punto de salirse de las órbitas. Movía los labios, pero yo no pude oír lo que decía, porque los latidos de mi corazón me martilleaban el cerebro y porque el maligno se estaba riendo a carcajadas.

«**Ahora ya sabes de qué soy capaz** —dijo Al en un tono extrañamente agudo. Percibí su miedo y su desesperación como si fueran míos—. **Afirmas que lo único que quieres es salvar a tu familia. Pero tu única esperanza de que sobrevivan es firmar un pacto conmigo. Acepta, Gusano... ¡Acepta!**».

—¡Vete por ahí! —le dije entre dientes.

«No habrá pacto, ni ahora ni nunca».

«**Morirá, igual que toda tu familia...**».

Una descarga de cálida energía me golpeó en todo el pecho. Noté el cuerpo entumecido mientras aquella fuerza me obligaba a bajar de nuevo los escalones y cruzar el jardín.

«No —pensé aturdido aún por el golpe—. No conoces a Nell».

—¡Y aún tengo más, parásito! —estaba diciendo Nell mientras se dirigía hacia la verja, con un reluciente puño todavía alzado.

El aullador chasqueó de nuevo los dientes y soltó un aullido que no tuvo nada que envidiar al de Sapo.

Noté de nuevo un abrasador cosquilleo en piernas y brazos. Mi mano se movió hacia una piedra afilada y comprendí que Alastor se disponía a usarla para atacar a Nell o a Sapo.

«¡No!».

Fue como volver a ponerle el tapón a un refresco previamente agitado. La horrible sensación de burbujeo fue remitiendo y la sustituyeron los gritos de Alastor.

—¿Estás bien? —me preguntó Nell.

—Lo siento —dije yo al mismo tiempo—. Lo siento mucho, mucho, mucho.

—¿Qué está pasando? —preguntó Nell, que parecía a punto de pegarme—. ¿Eres tonto o qué? ¿Por qué has salido de casa?

Y entonces le solté la verdad.

—¡No ha sido decisión mía!

Retrocedió un paso con los ojos muy abiertos.

—¿Qué quieres decir?

—Que ha... que ha estado sacando mi cuerpo a pasear por las noches —admití—. Sin que yo lo supiera.

—Es evidente —dijo Nell, mientras se pellizcaba el puente de la nariz—. Vale... Vale. Ya encontraremos la solución...

Ya casi ni me acordaba del feo monstruito que me había traído a casa. Estaba despatarrado en el porche y Nell no lo veía, pero sí lo oía resoplar y sorberse las babas y los mocos de color azul eléctrico.

—¡Abandona la sombra —susurró Nell— y muéstrate ante quien te nombra!

Una bola de luz se situó sobre la criatura y, por mucho que esta intentara apartarse, no se separó de ella. Me fijé en la expresión de Nell cuando finalmente vio a la criatura. No pareció especialmente sorprendida y sacudió la cabeza de un lado a otro.

—¿Un duende? —preguntó mirándome abiertamente—. ¿No podías sobrevivir ni unas pocas semanas sin un sirviente a tus pies?

—Eh, que yo nunca...

Ah. Vale, le estaba hablando al mimado del maléfico, no a mí.

«Ni siquiera me voy a dignar a responder. Soy el príncipe del Tercer Reino».

—Tenemos que ir a buscar al tío B —dije cuando por fin me sentí lo bastante fuerte como para levantarme del suelo.

—¡No! —susurró Nell—. ¡No! No podemos contarle nada de todo esto. No podemos decirle que el maléfico controla tu cuerpo, ni que has visto a un aullador. Ya te lo he dicho, nos encerrará en casa...

—Y ¿qué más da, si estamos muertos? —le pregunté—. ¿Todo esto es por la obra?

Una sombra de dolor le cruzó el rostro.

—Pues claro que no. Pero, si no puedo salir de casa, tampoco puedo... ir a buscar ciertas cosas que mi madre me pidió que cuidara. Cosas que podría usar para protegernos.

Parecía tan angustiada que creí sus palabras.

—Vale, pero... ¿qué vamos a hacer con... eso? —dije mientras señalaba al pequeño maligno y su abultado estómago.

Nell se inclinó y lo cogió como si fuera un peluche gigantesco.

—¿Puedes andar? —me preguntó.

No con demasiada elegancia, pero sí. En lugar de llevarnos arriba, Nell nos condujo escalera abajo. Era la primera vez que yo entraba en el sótano y supe al instante que sería la última. Estaba abarrotado de trastos, barriles llenos de sal, cajas de cartón y, sobre todo, muebles rotos.

Se dirigió a la otra punta de la habitación, hacia algo largo y rectangular oculto bajo una sábana sucia. Al pequeño maligno —duende o lo que fuera— lo había dejado tumbado sobre la superficie de una cómoda, al otro lado del sótano.

—Dile a tu amigo que tenemos que hablar —dijo Nell al tiempo que apartaba la sábana de un tirón.

Lo que se ocultaba debajo era un largo y recargado espejo de marco dorado. Muy bonito, muy antiguo y... muy prohibido.

—El tío Barnabas dijo que había que destruir todos los espejos —empecé

a decir—. El aullador ese ha salido de un trozo de espejo. ¿No será peligroso?
Nell vaciló un instante.

—Si el maléfico es lo bastante poderoso para controlar tu cuerpo, también es lo bastante fuerte para retener a quien intente salir del espejo para atraparlo. Interrumpiremos la conexión a la primera señal de problemas —dijo—. Voy a buscar una vela. No te muevas.

«Como si sus deseos pudieran ser órdenes para mí».

Volví a notar en el brazo bueno la sensación de cosquilleo y picor. Sin embargo, lo único que tuve que hacer para cerrarle el pico fue imaginar el rostro de Nell cuando Alastor me había obligado a atacarla. Supongo que mi rabia era más fuerte que todos los poderes que él pudiera tener.

Después de eso, Al ya no respondió. Al parecer, no le apetecía nada hablar.

No sé cuánto tiempo nos estuvimos contemplando los tres a través del espejo, pero fue el suficiente como para que la cera blanca me empezara a gotear en las manos. Sujeté la vela con fuerza entre los dedos, tratando de alejar la desagradable sensación que me había invadido al darme cuenta de que el zorro blanco había crecido. Ya no era un cachorrillo peludo. Aunque su voz sonaba joven, Alastor parecía... más viejo.

—¿Qué estabas haciendo? —pregunté al fin—. En el cementerio, quiero decir.

Nell volvió rápidamente la cabeza hacia mí.

—¿Cuál? Describe exactamente qué estaba ocurriendo.

Obedecí y vi cómo, en cuestión de segundos, el rostro de Nell pasaba del blanco al rosa y luego a un rojo rabioso.

—Estabas intentando mangar magia de bruja. Y ¿creías que te iba a funcionar? ¿Pensabas que te bastaba con utilizar nuestros poderes para despertar los tuyos?

El zorro se limitó a observarnos. Tenía un ojo azul y otro negro. Y ninguno de los dos parpadeaba.

—¡Vale, pues no te habría funcionado! —exclamó Nell—. La magia de las brujas no puede mezclarse con la de los malignos. No sé de dónde has sacado esa información, pero te han mentado.

—Y yo no sé quién te ha dicho a ti que no podemos controlar vuestros poderes si se dan condiciones especiales —replicó Alastor. Me resultó agradable oír su voz fuera de mi cabeza, por una vez—. Pero son los demás los que te han mentido a ti.

—¿Cuántas veces? —pregunté—. ¿Cuántas veces has salido de casa en plena noche?

El zorro se lamió una pata con gesto inocente.

—¿Una? ¿Dos? —me aventuré—. ¿Más? ¿Desde el principio?

Alastor bajó la barbilla y asintió casi imperceptiblemente.

—Ay, madre.

—Y ¿tú no te acuerdas de nada? —me preguntó Nell—. ¿No te has sentido cansado últimamente?

—Bueno, me he fijado en que tenía bastantes cortes y moretones, pero me siento bien. Me sentía bien.

—Y podrías sentirte mejor que bien. Intenté firmar un pacto contigo. Intenté razonar contigo. Podrías disponer de tu propio poder. Y lo único que yo te hubiera pedido a cambio, aparte de la servitud eterna de tu espíritu, claro, habría sido la libertad necesaria para hacer lo que debo hacer y comprender qué está ocurriendo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Nell—. ¿Qué está ocurriendo?

—Su alteza, el príncipe oscuro del Tercer Reino, se refiere a los misteriosos, ah, sí, muy misteriosos sucesos que se han producido en el reino humano y en el nuestro —dijo a nuestra espalda una voz temblorosa.

Giré sobre mis talones. El pequeño maligno estaba ahora sentado, muy tieso, y las piernecillas le colgaban por el borde de la cómoda.

—¡Silencio! ¡No es asunto de los humanos! —dijo Alastor.

—Dado que ha faltado esto para que ese perrito monstruoso me despedazara, ¡yo diría que sí es asunto mío! —le espeté entre dientes—. Dinos qué está pasando. Si yo muero, tú también mueres, colega. ¿O es que ya no te acuerdas?

El zorro se puso a cuatro patas y empezó a recorrer el espejo de un lado a otro. Al verlo, al duende se le iluminó la mirada.

—Alteza, mi amo y señor, qué forma tan hermosa, qué elegancia. Supera a

la de todos tus hermanos. La liebre, el felino, el cuervo, la serpiente, el lagarto y el erizo... ¡Bah!, no son nada comparados contigo.

—¿Erizo? —repitió Nell—. ¿Uno de ellos se aparece a los humanos en forma de erizo?

—Silencio, brujita. No te esfuerces en hablar de cosas que no entiendes, ignorante. No elegimos nuestras formas. Nuestro padre las eligió por nosotros —dijo Alastor.

Arqueé una ceja.

—Pues tú no debías de caerle muy bien, bola de pelo.

Al parecer, los zorros también pueden parecer absolutamente escandalizados. De no haber sido porque el duende se plantó ante el espejo y acercó las manos a aquel animalillo peludo, seguro que nos habría lanzado alguna invectiva más.

—¿Te importaría... no hacerlo? —dije tratando de apartar al duende para que dejara de babosear el espejo.

Nell me había explicado vagamente que los duendes eran sirvientes en el Mundo de Abajo, pero o este sufría un trastorno de ansiedad por separación, o estaba obsesionado con los animales monos.

Nell desapareció un segundo y empezó a apartar las cajas cercanas. Abrió una etiquetada como «JUGUETES DE NELL». Rebuscó en el interior hasta que encontró un gato gris de peluche y un peludo osito de color rosa.

Por la forma en que el duende cruzaba a toda prisa la habitación e intentaba quitárselos de las manos, deduje que efectivamente estaba obsesionado con los animales monos. Tendríamos que esconder a Sapo, pues.

Nell sostuvo en alto los peluches, lejos del alcance del duende, y tuvo que contener la risa al ver cómo el pequeño maligno saltaba para intentar cogerlos. Las largas orejas le caían hacia atrás y los mocos salían disparados en todas direcciones.

—¡Dámelos, dáselos a este duende!

—Dime qué es lo que habéis descubierto y podrás tener todos los que quieras —trató de engatusarlo Nell—. Mira qué monos son. Mira qué suavécitos.

—¡Ni se te ocurra! —dijo Alastor entre dientes pegando el rostro al

espejo—. ¡Nightlock!

—¿Ese es tu nombre? —le preguntó Nell con la misma voz dulce—. Nightlock, ¿quieres a la señorita Kitty y al osito Growley?

El duende asintió con los ojos muy abiertos y bañados en lágrimas.

—Por favor —gimoteó.

—Pues dinos qué está pasando.

Alastor dejó escapar un suspiro, derrotado, mientras el duende lo soltaba todo.

—Mi amo y señor intenta adivinar cuál de sus hermanos lo ha traicionado ante los Redding, sí —dijo Nightlock—. Uno de sus hermanos, su auténtico rival, debió de revelarle a la bruja Prufrock el verdadero nombre de Alastor, porque es la única forma de controlar a un maléfico... Sí, sí, la única forma. Y ella necesitaba el nombre para lanzar el conjuro que controlaba sus poderes, para controlarlo y destruirlo.

—¡Traidor! —dijo Alastor entre dientes.

Me volví rápidamente hacia Nell.

—¡Te lo dije! ¡Estabais equivocados!

Nell palideció.

—Ah, sí, un traidor... Pero... ¿qué hermano? ¿O quizás es la hermana? —dijo el duende.

—¿Hermana? —exclamamos Nell y yo al mismo tiempo.

—¡No fue Pyra! —exclamó Alastor—. Mi hermana es inocente y demasiado joven para esa clase de artimañas... Hasta es demasiado joven para coleccionar almas. Ella jamás haría daño a los de su propia sangre, ni tampoco puede heredar el trono. Fue uno de mis hermanos: yo soy el legítimo heredero del Tercer Reino, del Mundo de Abajo, y el traidor no pudo soportarlo.

—¿Que tu hermana no puede heredar? —preguntó Nell—. ¿Qué caca de regla es esa?

Nos estábamos desviando un poco del tema.

—O sea, ¿que os habéis estado reuniendo para que tú pudieras absorber poder de la luna? —pregunté—. ¿Y para averiguar quién traicionó a Al? ¿Habéis descubierto algo?

Finalmente, Nightlock apartó la mirada del gato de peluche.

—No, es una lástima pero no. El soberano del Trono Negro ha lanzado una maldición: todos los malignos desterrados o huidos del Mundo de Abajo, incluido este duende, tienen prohibido pronunciar su nombre en voz alta. Si lo hacen, morirán fulminados al instante. ¡Al instante!

—¿Sabes quién es? —lo presioné—. ¿No será el padre de Al? ¿Está muerto?

El duende temblaba ligeramente.

—No puedo pronunciar su nombre en voz alta, no puedo. Intenté servir a un amo elfo, para que él pudiera pronunciar el nombre, pero los aulladores... los aulladores lo mataron antes. He preguntado entre los trols de por aquí, he recurrido a un Dama Blanca, a un enano desterrado..., pero ninguno de ellos puede pronunciar el nombre. Está protegido. Está protegido.

Intercambié una mirada con Nell. La cosa era mucho peor de lo que yo había imaginado.

—¿El aullador que nos ha perseguido iba a por Al? ¿Y dices que aún hay más?

—Sí y sí —respondió el duende—. Y ahora, la señorita Kitty y el osito Growley, desdichada bruja. ¡Dámelos!

Nell hizo un gesto de impaciencia.

—Ya que me los pides tan amablemente...

Nightlock se abalanzó sobre los animales de peluche antes incluso de que tocaran el suelo. Los recogió y se los llevó al pecho; luego empezó a mecerlos, aunque en realidad eran casi tan grandes como él. Les habló en susurros, embobado, y los empapó en mocos azules. Hasta le lamió una de las patitas a la señorita Kitty.

—Al, estás metido hasta el cuello —dije volviéndome hacia el espejo—. Y me vas a arrastrar contigo. No era solo Honor quien te quería muerto, sino también alguien de tu familia. Y, entre mi familia y la tuya, estamos apañados, como no trabajemos juntos.

—Prosper... —me advirtió Nell.

—Yo te ayudo a salir de mi cuerpo o, por lo menos, a estar a salvo hasta que consigas salir por ti mismo, y a cambio tú te comprometes a no asumir el

control sobre mí sin pedirme permiso y, sobre todo, a no hacer daño ni a mi familia ni a mis amigos.

—¿Me estás proponiendo un pacto? —preguntó Alastor.

—¡No! —respondí. ¿Por qué para él todo se reducía siempre a la servitud eterna o como se llamara?—. Te estoy proponiendo una tregua para mantenernos con vida a los dos el máximo de tiempo posible. Podemos ser amigos.

—¿Amigos? —dijo Al asqueado—. Un maléfico no tiene amigos y menos aún amigos humanos, que son peores que los gusanos. Si te niegas a firmar un pacto de verdad, entonces no te debo nada. Si te niegas a firmar un pacto de verdad, entonces estamos en guerra.

Nell apagó de un soplo la vela que yo tenía en las manos en cuanto oyó pasos en el piso de arriba. La imagen de Al se fue difuminando entre las volutas de humo.

—¡Ayúdame! —susurró Nell mientras inclinaba el espejo y le daba la vuelta para que quedara bocabajo.

Por seguridad, lo cubrimos con una sábana.

—¿Cornelia? —dijo el tío Barnabas en lo alto de la escalera, mientras tiraba del cordel que encendía la luz—. ¿Qué estáis haciendo ahí abajo a estas horas?

Miré a Nell, indeciso. ¿Cómo íbamos a arreglar las cosas sin la ayuda del tío B?

—El maléfico no deja dormir a Prosper, así que estábamos probando unos cuantos conjuros —dijo Nell—. No queríamos despertarte.

El tío Barnabas entornó los ojos hasta convertirlos en dos estrechas rendijas. El pelo, justo debajo de la vetusta bombilla, le brillaba.

—Se está volviendo más poderoso, ¿verdad? Ya te dije que los conjuros básicos no eran suficiente. A lo mejor así te inspiras y recuerdas dónde escondió tu madre el grimorio.

Pero... Nell sabía perfectamente dónde estaba el grimorio. Missy me había contado que estaba en la tienda. Entonces..., ¿por qué no iba a recogerlo y buscaba un conjuro que funcionara, si de verdad quería ayudarme?

Moví la cabeza de un lado a otro. No. Seguro que Nell ya lo había

comprobado y no había encontrado nada. Nell había dicho que los grimorios no eran solo libros de conjuros, sino que eran más bien diarios personales. Por mucho que estuviera intentando proteger la intimidad de su madre, Nell podría haberle dicho a Barnabas que no había encontrado nada.

Pero estaba claro que no le costaba mucho mentirle a su padre o, al menos, ocultarle secretos. ¿No?

«Tienes toda la razón, Gusano. Me pregunto..., ¿cómo puedes confiar tu vida a dos personas que se empeñan en ocultarse secretos? Porque, si se mientan el uno al otro..., lo más probable es que te mientan también a ti».



Campanas, libros y velas

Las cosas se pusieron feas. Y muy deprisa.

Lo que aprendí enseguida fue que podía enfrentarme a Alastor y recuperar el control de mi cuerpo cuando él estaba cansado. Pero solo cuando estaba cansado.

Tras dejar a Nightlock en el sótano y cerrar la puerta con llave, Nell y yo volvimos al desván. Ella permaneció despierta el resto de la noche para asegurarse de que Al no intentara nada. Yo estaba demasiado cansado para hacerme el valiente y permanecer despierto también, así que me quedé frito nada más apoyar la cabeza en el cojín del sofá.

Pero tuve pesadillas. Pesadillas muy muy espantosas. De esas en las que ves morir a tu familia con todo lujo de detalles sangrientos. En las que ves arder tu casa hasta quedar reducida a cenizas. En las que caes al vacío desde lo alto de un rascacielos. En las que te persiguen demonios y malignos de ojos rojos que te despedazan. Tan espantosas fueron que hasta eché de menos a la pantera y su hueso que canta.

Nell y yo fuimos al instituto el sábado para los ensayos de la obra. Los de la clase de arte se dividieron en grupos y se turnaron para ir terminando el trabajo. En una ocasión, la mano me tembló «accidentalmente» y a punto

estuve de volcar una lata entera de pintura sobre el nuevo decorado, que representaba una clase y nos había costado muchas horas de trabajo. Después de eso, tuve que hacer de tripas corazón y mentir, diciendo que me encontraba mal y que necesitaba dormir durante el ensayo, lo cual me hizo sentir como un vago y un inútil. El domingo me quedé en casa con el tío Barnabas, oyendo las mil y una formas en las que Alastor iba a desintegrar a mi familia en cuanto se librara de mi cuerpo.

El lunes llegó como una serpiente, arrastrándose sigilosamente hasta nosotros cuando ni siquiera estábamos aún preparados. Una capa de escarcha cubrió el mundo y las pocas hojas que aún seguían aferrándose a las ramas de los árboles cayeron de la noche a la mañana, lo mismo que las temperaturas. No podía quitarme de encima la sensación de que aquello era una especie de final.

Intenté mantener el ánimo bien alto, pues sabía que el miedo y la desesperanza solo servían para alimentar al maléfico. El fracaso no era una opción, no cuando la vida de mi familia estaba en el punto de mira. Pero no conseguía evitar los escalofríos de miedo que me corrían por la sangre.

—¿Y si le hago daño a alguien? —susurré mientras esperábamos el autobús.

Alastor estaba en silencio, pero no dormía. Más bien daba la sensación de que estaba... esperando.

—Yo estaré a tu lado —me prometió Nell—. Vamos juntos a casi todas las clases. Si crees que las cosas se están poniendo muy feas, me lo haces saber. Y nos escaqueamos. Todo irá bien.

Pero no todo iba bien. Y lo supe nada más entrar en tutoría, cuando vi a la señora Anderson llorando porque la tarántula de la clase, Eleanor, había desaparecido.

—Por favor, si la encontráis... Si alguien la ha cogido, que la devuelva, no haré preguntas...

Me volví a mirar a Nell, pero ella se limitó a encogerse de hombros. Puede que el suplantador hubiera regresado finalmente con Missy, pero no dejaba de ser raro que se marchara sin más cuando su misión era, precisamente, vigilar a Nell. Pero era evidente que a mi prima bruja no le

parecía raro.

En clase de mates, Alastor me hizo darle patadas a la chica que se sentaba delante de mí, hasta que la pobre gritó y el profesor me mandó castigado al pasillo «por maleducado e indisciplinado». Y, como Nell no podía acompañarme, me pasé el resto de la hora dando puñetazos con la mano buena a la pared del edificio, hasta que me empezaron a sangrar los nudillos y no me cupo duda de que me había roto algo. Nell se quedó horrorizada, pero no podía hacer gran cosa por mí, aparte de llevarme a la enfermería.

Alastor, sin embargo, aún no había terminado.

En clase de humanidades, el señor Gupta nos tenía preparado un examen sorpresa sobre las deidades griegas. Yo estaba cansado y me sentía un poco aturdido, pero sabía todas las respuestas. O, por lo menos, creía saberlas. Al final de la clase, el profesor me hizo un gesto para que me acercara. Entrecerró sus oscuros ojos al fijarse en mi maltrecha mano vendada, que me temblaba sin control. No ayudó mucho que utilizara el otro brazo, también vendado, para tratar de sujetarla.

—No sabía que hablaras griego —dije.

Se me hizo de nuevo un nudo en el estómago.

—No lo hablo...

—¿En serio? —me preguntó el señor Gupta mientras me mostraba mi hoja de examen—. En ese caso, te agradecería que no me tomaras el pelo ni me hicieras perder el tiempo. Si no sabes la respuesta, límitate a dejar la pregunta en blanco.

Le eché un vistazo a mi primera respuesta. Sí, era mi caligrafía llena de borrones, pero... no estaba escrita en inglés, desde luego.

«Mi respuesta es perfectamente correcta —dijo Alastor—. No entiendo por qué está tan molesto».

—Me sorprende que conozcas tantas letras griegas —dijo el señor Gupta—. Supongo que debería ponerte buena nota por tu creatividad.

—Yo... ¿lo siento? —dije, porque no sabía qué otra cosa podía decir.

Nell fue lo bastante lista como para alejarme de los otros chicos a la hora de comer. Comimos en la pista de baloncesto y luego, cuando varios chicos se acercaron a la pista para jugar un partidillo antes de que sonara el timbre, nos

fuimos al campo de al lado.

—¡Nell!

Nos volvimos los dos a la vez y vimos a Norton, que corría hacia nosotros por el césped. Iba vestido de rojo de pies a cabeza.

—¿Por qué estás tan enfadado? —le pregunté contemplando lo que parecía una especie de acolchado mono de esquí.

Si he de ser sincero, en aquel día tan gélido Norton era sin duda quien menos frío pasaba de todos los que estábamos al aire libre. Detrás de él, una de las chicas que jugaban a baloncesto se distrajo tanto al verlo que lanzó la pelota con demasiada fuerza y le dio en toda la cabeza a Parker, que estaba siguiendo el partido desde la banda.

Norton arqueó las cejas.

—¿Por qué crees que estoy enfadado? El rojo es el color de la pasión. En fin, da igual. ¡Toma! Me he acordado.

Llevaba en la mano un iPod bastante viejo y hecho polvo.

—¡Gracias!

Nell le echó los brazos al cuello y, de repente, a Norton se le puso la cara del mismo tono rojo que la ropa.

—De... de nada —dijo—. Quédatelo, a mí me regalaron otro por mi cumpleaños, hace unas semanas.

Antes de preguntar, esperé hasta que sonó el primer timbre y Norton empezó a alejarse.

—¿Para qué es eso?

En lugar de responder, Nell me puso los auriculares y empezó a bajar por el menú hasta encontrar lo que estaba buscando. Pero no estaba en la carpeta de música, sino en la de alarmas. Antes de que me diera tiempo a repetir la pregunta, empecé a oír sonido de campanas, unas enormes y alegres campanas metálicas.

Al empezó a chillar. Literalmente.

Me quité los auriculares y disfruté un poquito más de la cuenta del patético gimoteo del maléfico.

Nell pulsó de nuevo la alarma y bajó el volumen.

—Se me había olvidado por completo este truco, lo siento. Los malignos

odian el sonido de las campanas, porque es demasiado puro y hermoso. Cada vez que te haga algo, se las enchufas un ratito. Por la noche, lo puedes poner en modo repetición para que no pueda dormir. Y así por la mañana estará tan cansado que no podrá hacer nada.

Era como darle una pequeña descarga eléctrica. Cada vez que sonaban las campanas, Alastor se encogía y se estremecía dentro de mí. La presión que notaba en las piernas y en el brazo bueno desapareció, como si Alastor me hubiera soltado.

—Si no duerme de noche, tendrá que dormir de día, porque si no estará demasiado agotado para hacerse con el control. Nell, eres un genio.

—Me acordé la semana pasada al oír el timbre del cole. Lástima que el timbre sea solo un molesto pitido y no el sonido de una campana de verdad —dijo sonriendo—. Bueno, es un apaño temporal, pero procura que no te vea ningún profe con el iPod porque te lo quitará.

Yo, encantado de la vida con aquel apaño temporal. Cuando un corte sangra, hasta el vendaje más pequeño sirve.

El día mejoró mucho en cuanto supe que podía darle una amistosa sacudida a Alastor. Me ponía el auricular en una oreja cuando los profes no me veían y me lo volvía a quitar enseguida. O entre clase y clase. O cuando me apetecía hacer que se retorciera de dolor.

La única clase que supliqué que me perdonaran fue educación física, cosa que al entrenador no le gustó mucho. Pero... ¿cómo iba a correr, con aquellas heridas en la mano?, le había preguntado Nell. ¿Y si su futura estrella del atletismo no se recuperaba del todo? ¿Y si no podía correr cuando empezara la temporada? (Nell era una excelente actriz, en serio.)

Me senté junto a Parker en la banda y guardé un incómodo silencio, hasta que reuní el valor necesario para hablar.

—¿Qué tal el tobillo?

—¿Es que te importa?

—Solo quería... Bueno, da igual. Me siento fatal por lo que pasó, ¿vale? —dije con la mirada fija en los chicos que corrían por la pista—. Tengo la sensación de que fue culpa mía.

«Lo fue».

Esas dos palabras de Alastor me sentaron como una patada en el pecho.

—Qué va —dijo Parker con un profundo suspiro—. No lo fue. Me comporté como un idiota, no sé, como si quisiera demostrar algo, supongo. Solo ha sido una desgracia más en mi racha de mala suerte.

«Ejem».

Se me hizo un nudo en la garganta al preguntar:

—¿Qué quieres decir?

—Mi padre se ha quedado sin trabajo, él y mi madre se van a divorciar, y puede que me tengan que operar del tobillo, lo que significa que a lo mejor no puedo correr cuando empiece la temporada de atletismo, dentro de unos meses —admitió Parker con voz tensa—. Pero todo se arreglará. Todo se arreglará.

«Al —dije incapaz de apartar el pensamiento que se estaba adueñando de mi mente—: ¿has sido tú?».

«Pues claro que he sido yo, Gusano, y tú también. La suerte no es infinita. Incluso en mi forma actual, limitado a tu cuerpo, puedo manipular a los humanos de tu alrededor. Para poder regalarte suerte a ti, antes tendré que quitársela a alguien..., ¿no?».

Durante un segundo, pensé que iba a vomitar.

«¡Yo no te pedí que lo hicieras!», pensé furioso.

«Pero lo disfrutaste, ¿no? —dijo Al en un tono que casi parecía nostálgico—. Dime, ¿de verdad crees que eres un gran artista? ¿No será más bien que yo he colocado correctamente las piezas para convencer a otros de que estaban viendo algo excepcional cuando en realidad no eran más que trabajos mediocres?».

Me puse en pie de repente y me noté la cara ardiendo. Me excusé con Parker y el entrenador diciendo que tenía que ir al lavabo. Una vez en el vestuario vacío, me apoyé en la pared más cercana temblando.

«¡Deja de fingir que lo sientes! —dijo Al entre dientes—. ¡Dejar de fingir que no eres un maldito Redding, porque eso es lo que eres!».

—Ojalá tuviera el hueso que canta —murmuré—. Para poder averiguar cuándo dices la verdad...

«¿Qué acabas de decir?», preguntó Al con voz aguda, como si estuviera alarmado.

«Hueso que canta —repetí—. ¿Por qué?».

«**No, por nada... Por nada** —dijo. Parecía aliviado—. **Pero... ¿dónde lo has oído? ¿En un sueño, quizás?».**

Ahora era yo el que estaba alarmado.

«Sí. ¿Es que no lo sabías?».

«**No puedo ver tus sueños si yo también estoy durmiendo**».

Un momento... ¿Qué era lo que me habían dicho el tío B y Nell sobre los malignos y su reino? Que viajaban a través de los espejos...

Y que usaban los sueños para comunicarse.

—¿Crees que puede haber sido alguno de tus hermanos? —susurré—. ¿Que intentaba decirme algo? Algo como, no sé, ¿tu verdadero nombre? ¿Tengo que encontrar un hueso que canta para descubrirlo? Estoy seguro de que el tío B y Nell nos podrían echar una mano también con eso...

En lugar de animarlo aún más, mis palabras más bien desinflaron la rabia y el regocijo que yo había notado correr por mis venas y nervios durante todo el día.

«**Prosperity** —empezó a decir adoptando un tono aún más formal si cabe—. **Hay algo que deseo contarte: te pido un momento de reflexión, pues creo que corremos un grave peligro**».

Al oírlo, me costó reprimir un gesto de impaciencia.

«¿Me estás pidiendo una tregua?».

Alastor resopló.

«**Si quieres llamarlo así... Digamos un acuerdo temporal**».

«Vale. ¿De qué se trata?».

El maléfico se tomó su tiempo para asegurarse de que su discurso sonara lo más dramático posible.

«**Dado que la vida de ambos depende de ello, debo pedirte que reconsideres la confianza que has depositado en la brujita y en tu tío. No creo que su objetivo sea ayudarte**».

«Pues está claro que tampoco es ayudarte a ti —me defendí—. ¿Por qué se supone que debo confiar más en ti que en ellos?».

«**Porque tu vida y la mía están unidas. Lo que me ocurra a mí te ocurrirá también a ti. Estoy siendo absolutamente sincero contigo, como si**

fueras mi propio hermano».

—Tú odias a tus hermanos —murmuré.

«Bueno. No podemos escoger a nuestra familia, como muy bien sabes. Anoche se demostró que mis sospechas son ciertas... Como te dije, no creo que quieran ayudarte. Creo que más bien quieren mantenernos encerrados en esta ciudad mientras esperan a alguien... o a algo».

—¿Qué te hace pensar eso? —susurré.

«El aullador. Los controla quien sea que ocupa el Trono Negro en estos momentos. ¿Te has dado cuenta de que aún estamos vivos? El maligno repitió su orden de encontrarme y atraparme. Esas bestias están entrenadas para matar o recuperar a malignos díscolos que se han colado en el reino humano y ponen en peligro el equilibrio de la vida».

¿El equilibrio de qué? ¿Cómo era posible que las cosas empeoraran aún más? ¿Es que lo terrible de aquella situación no tenía límites? ¿No había un fondo que pudiéramos tocar antes de empezar a subir de nuevo?

«Todos los seres —humanos, malignos, espectros o Antiguos— deben permanecer en su propio reino, porque, cuando muchos de una misma clase pasan a un reino que no es el suyo, el equilibrio se altera y los reinos podrían venirse abajo. Esa es la única ley que todos debemos cumplir y el único motivo de la existencia de los aulladores».

«El perro podría habernos matado anoche sin problemas —pensé—. O habernos llevado al reino de los malignos, ¿verdad?».

«En cuanto cruzamos el umbral de esta casa, se retiró, antes incluso que el suplantador, ¿no es verdad? Ha recibido órdenes de no atacarnos mientras residamos aquí. Eso solo demuestra que la bruja y tu tío quieren algo de mí. Dado que ellos no pueden controlarme, se han aliado con el único que puede hacerlo».

—Son mi familia.

«Ah, sí, familia. Tú y yo sabemos lo peligrosa que puede llegar a resultar la familia».



El terror de los muertos

Después de educación física, Nell se fue a su última clase, teatro. En lugar de dirigirme a clase de arte, volví a mi vieja amiga la biblioteca.

—Hueso que canta —murmuré mientras me sentaba ante uno de los ordenadores encendidos y me identificaba—. Hueso que canta, hueso que canta, hueso que canta...

«Déjalo ya de una vez, Gusano. Te estás entrometiendo en cosas que no entiendes».

«¿Por qué iba a querer contactar conmigo uno de tus hermanos? ¿Por qué iban a usar esa frase?».

«Es tal y como ya te he contado: mi hermano, el que me traicionó ante la bruja Prufrock, pretende asegurarse de que yo no regrese al Mundo de Abajo para reclamar el trono».

«Y están tratando de guiarme hacia tu verdadero nombre».

Como era de esperar, Alastor no dijo nada, pero, mientras esperaba a que cargara el buscador de internet, me di cuenta de que él también pensaba a mil por hora.

Bueno. Tres personas —o, mejor dicho, tres seres vivos— conocían el verdadero nombre de Alastor: su hermano, que luego se lo había revelado a

Goody Prufrock. Y el propio Alastor.

«Y mi madre, Gusano, que me lo susurró al oído cuando era niño. Aunque ya hace siglos que está muerta».

Y la única persona que conocía a Alastor —o al menos, que sabía de la existencia de Alastor— en nuestro reino era... Honor Redding.

Dado que no podía acceder el grimorio de Goody Prufrock, en la Casita, quizá lo más parecido fueran los diarios de Honor.

Tecleé rápidamente la dirección del Museo de Redhood y entré en la sección de colecciones especiales. Mi tatarabuelo había donado al museo los diarios de Honor Redding para que los conservara y preservara; al personal del museo le había llevado casi diez años escanearlos y ampliarlos para que los visitantes pudieran leerlos. Yo no los había visto nunca, básicamente porque jamás me había interesado mucho el tema.

Alguien, por lo menos, se había tomado la molestia de transcribir la minúscula y desteñida caligrafía de las páginas escaneadas, por lo que debajo podía leerse en letra de imprenta: «Llegamos a América ayer mismo y ya estamos rodeados de dificultades...».

Fui avanzando y saltándome una serie de entradas que hablaban con todo lujo de detalles acerca de epidemias mortales y frío, pero también de la incapacidad de los colonos a la hora de conseguir que prosperaran sus cosechas. La primera alusión a un posible cambio en la situación aparecía garabateada a toda prisa. «El destino nos ha enviado una bendición. Sobreviviremos, sobreviviremos, ¡sobreviviremos!».

Y luego cuatro semanas sin ninguna entrada. Si aquella «bendición» era Alastor, los detalles del pacto entre ellos habían sido arrancados del diario..., si es que Honor había llegado a escribirlos alguna vez.

«¿Cómo era?».

«¿Te refieres a Honor?».

Me sorprendió que Al se dignara responderme.

«Sí. Debió de ser un tipo muy malo para hacer todo lo que hizo».

El maléfico guardó silencio durante largo rato, pero al fin habló:

«Aquel hombre era un erizo tramposo de penacho abatido, pero... Cuando nos conocimos, me cayó bien. Respetaba su ambición y la forma de

sacar adelante a sus colonos... No son cosas fáciles, supongo que lo entiendes. Pero resultó ser igual que todos los hombres; su interés por el poder acabó por convertirse en sed y fue tan débil que no supo contenerse. La debilidad forma parte de la naturaleza humana».

«¿Erais amigos?», le pregunté. El retrato de Honor Redding que colgaba en la Casita mostraba a un hombre de mirada adusta, pero lo habían pintado casi una década después de su muerte. Parecía el típico tío que va por ahí pisoteando a todo el mundo. No me lo imaginaba manteniendo charlas íntimas con un zorro de sedoso pelaje blanco, la verdad.

«¡No! —dijo Alastor, que esta vez respondió muy rápido—. ¡Yo no establezco lazos duraderos con mis futuros esclavos!».

—Ya, ya —murmuré.

«Prosperity, aún no es demasiado tarde para que abandonemos este lugar. Dentro de cuatro días, mi poder alcanzará su máximo nivel y yo seré libre..., lo cual significa que quien sea que está intentando matarme y, por tanto, también a ti, se dejará ver antes de que eso ocurra. Estoy dispuesto a llegar a un acuerdo contigo... No un pacto en el sentido estricto del término, sino un pacto entre caballeros. Si accedes a escapar de este pueblo y de esta gente, le concederé a tu familia un año para que disfrute de su poder antes de destruirlos para siempre».

—¡Por fin te encuentro!

Cerré rápidamente la ventana del buscador antes de girarme en la silla y ver a Nell. Estaba jadeando y el pecho le subía y bajaba mientras trataba de recuperar el aliento. Abrí la boca para preguntarle qué ocurría, pero ella misma me lo impidió al darme una colleja en la nuca.

—¡Te he buscado por todas partes!

—¿No tenías teatro?

Me obligó a volver la cabeza hacia el reloj de la pared. Solo entonces me di cuenta de que la biblioteca estaba vacía: solo quedaba yo, aparte de la bibliotecaria que en ese momento devolvía los libros a sus estantes.

—He perdido la noción del tiempo —me disculpé.

—No me digas —respondió ella mientras cogía mi bolsa—. Vamos, tenemos que correr para no perder el autobús.

Pero los autobuses ya se habían marchado, hasta el último de ellos. El cielo estaba oscureciendo rápidamente y lo único que relucía era mi aliento blanco al empañar el aire.

—Vaaaale... Ya sé que dijiste que tú nunca pedirías un taxi... —empecé a decir con los brazos cruzados sobre el pecho. Solo llevaba uno de aquellos viejos forros polares de Nell, que no es que me abrigaba mucho precisamente—. ¿Y si llamamos al tío Barnabas? ¿O a Missy? ¿O a la señora Anderson?

—Barnabas no tiene coche —dijo Nell—. Tuvimos que alquilar uno para ir a rescatarte.

La señora Anderson, claro, ya se había ido a casa. Y Missy no contestó al teléfono, a pesar de que lo intentamos varias veces.

—Bueno, podemos ir andando hasta la parada más cercana y coger el autobús urbano —dijo Nell.

Si ella era valiente, yo no estaba dispuesto a ser menos. Recorrimos unas cuantas manzanas desde el instituto y la caminata me sirvió para recordar que la presencia de Alastor en mi cuerpo era como llevar dentro una especie de horno incorporado. Sí, vale, olía que apestaba, pero al menos desprendía tanto calor que los copos de nieve que caían de los árboles se fundían al tocarme.

Nos detuvimos en una esquina y esperamos a que cambiara el semáforo. Pasaron unos cuantos coches y dos de ellos aminoraron la marcha para entrar en un aparcamiento cercano. Cuando entraron, vi perfectamente al feroz aullador negro que nos esperaba al otro lado de la calle.



Huida en plena noche

«**P**or todos los reinos...».

El semáforo de peatones se puso en verde y Nell bajó del bordillo. Extendí rápidamente una mano, la cogí del brazo y la obligué a subir de nuevo a la acera.

—¡Eh! Pero ¿qué...? ¿Prosper?

«**¡Corre, corre, corre, corre!**», exclamó Alastor. Apenas oí el grito que reprimió Nell.

—¿Qué hacemos? —susurré.

El semáforo de peatones se puso naranja y empezó a emitir una señal acústica. Se había formado ya una línea de coches, que esperaban a que el semáforo cambiara a verde. Empecé a alejarme de la acera, arrastrando a Nell conmigo. El motor del coche blanco que estaba en primera posición rugió en cuanto el semáforo se puso verde y salió lanzado hacia delante. Cuando terminaron de pasar todos los coches, descubrí que no solo nos estaba esperando un aullador, sino tres.

Se lanzaron al ataque los tres a la vez, sin hacer ni caso de los coches que pasaban a toda velocidad. Los conductores ni siquiera los vieron, pues los aulladores saltaron de techo en techo para cruzar la calle. Dentro de los

vehículos, que salían despedidos como si fueran de juguete, los pasajeros gritaban aterrorizados al ver abollarse el metal.

Fue entonces cuando echamos a correr.

«Deja... ¡déjame asumir el control, Prosperity! Puedo volver a sacarnos con vida de esta situación. ¡Dámelo! ¡Dame el control!».

—¿Y Nell? —dije sin aliento.

—¿Yo qué? —gritó ella.

Teníamos casi encima al primero de los perros, que gruñía sin descanso. Noté en la espalda de la camiseta el ácido de sus gotas de saliva, pero Nell necesitaba que se acercara mucho. Se volvió, se metió la mano en el bolsillo y le lanzó justo a los ojos un puñado enorme de polvo mareante.

El perro frenó en seco, sacudió la enorme cabeza y se la frotó con una pata. Los otros dos pasaron de largo y recibieron el mismo trato, pero no estuvieron mucho tiempo fuera de combate.

—¡Escucha las palabras que salen de mi boca y convierte a esta criatura en pura roca!

Si era una especie de conjuro, no hizo nada de nada.

«Los conjuros no pueden hacerles nada, hay que enviarlos de vuelta al Tercer Reino! ¡Díselo!».

—¿Y tú... tú crees en lo que dice? —dijo Nell jadeando—. Tenemos que volver al instituto o llegar a casa... O a casa de Missy. ¡A cualquier sitio que tenga un conjuro de protección!

—¡La casa de Missy está más cerca! —grité haciendo eses entre los árboles.

«¡Déjame correr a mí! ¡Déjame correr a mí! Puedo salvarnos, solo necesito que...».

—Vale, vale —dije—. ¡Nell, súbete a mi espalda!

Me miró extrañada.

—¿Perdona?

—¡A caballito! ¡Ya!

Resultaba un poco raro, teniendo en cuenta que Nell era como unos cinco centímetros más alta que yo, pero, en cuanto me rodeó el cuello con los brazos, supe que Al estaba listo.

Yo no estaba por la labor de hacer preguntas, ni tampoco Al, pero la sensación era como ir al volante de un coche a toda velocidad. Al era el motor y yo el conductor; por algún motivo, juntos funcionábamos a la perfección.

No me volví cuando empezaron los aullidos. En cuanto mis pies tocaron la siguiente calle, di un salto: Al entendió lo que me disponía a hacer y me proporcionó la energía que necesitaba. Pasamos volando por encima de una casa y de varias personas que apartaban la nieve de sus jardines traseros, para luego trazar un arco por delante de la mismísima luna y aterrizar al otro lado.

A oscuras, todo parecía distinto. Nell nos guio en la dirección correcta y a través del bosquecillo correcto. Me abrí paso entre los árboles y algunas de las ramas me arañaron la cara. La vieja casa de estilo victoriano apareció ante nosotros como un resplandor difuso, pero rápidamente fue aumentando de tamaño.

Las ventanas estaban iluminadas, pero las cortinas cerradas. Subí los escalones a toda velocidad y agradecí que el conjuro de protección de Missy me dejara pasar sin problemas. Nos estrellamos contra la puerta de entrada, que se abrió, y nos precipitamos al suelo entre las pilas de libros.

—...atreves a contárselo, te destruiré...

—¿Destruirme? Como si tú pudieras hacer tal cosa.

Aquella voz parecía la de...

—¿Barnabas? —murmuró Nell al tiempo que cerraba los ojos.

Pero, en lugar de oír el gimoteo de un perro grande y feo al salir despedido gracias a los rosales de Missy, se oyó el clic, clic, clic, de unas garras que arañaban el porche. Cuando Nell y yo nos volvimos a mirar, vimos a uno de los aulladores sentado sobre las patas traseras, observándonos a través del cristal de la puerta de entrada. Un segundo aullador se encaramó al primero para echar un vistazo al interior de la tienda.

—¿Quién anda ahí? —dijo una voz de mujer—. ¿Eres tú, Nell?

Nell se lanzó hacia delante y corrió el cerrojo. Los aulladores golpearon la puerta con todas sus fuerzas y astillaron la madera.

«Vienen a por mí».

—A por nosotros —murmuré.

No me había equivocado: era el tío Barnabas, que bajaba deprisa la

escalera, detrás de Missy. Estaba muy rojo y pareció furioso al vernos allí, en la tienda, pues le había prohibido terminantemente a Nell que entrara.

—Puedo... puedo explicarlo —empecé a decir—. Pero...

La puerta de cristal reventó en mil pedazos cuando el primero de los aulladores se estrelló contra ella.

«**¡Date prisa!** —gritó Alastor—. **¡Huye de este lugar!**».

El tío Barnabas se pegó a la pared y a punto estuvo de caerse con las prisas de huir escalera arriba. Missy se precipitó hacia delante para ayudar a Nell, que en ese momento estaba prácticamente trepando por una montaña de volúmenes.

—¡Nell!

—¡Aquí! Missy, ¡necesito tu ayuda! No puedo cogerlo...

El aullador gruñó pisoteando los cristales. Los otros dos, con sus tensos músculos y sus dientes blancos como la luna, lo siguieron al interior.

—Nell... —la llamé—. No sé qué es lo que te propones, pero sea lo que sea, ¡date prisa, por favor!

—¡Tú distráelos!

—¿Hablas en serio? —exclamé—. ¿Hablas en serio?

Hice lo único que podía hacer: tirarles lo primero que encontré, que en este caso fueron libros. Muchos libros. Pero fue como si les estuviera lanzando almohadas de plumas. Los libros les daban en todo el cráneo, sí, pero los aulladores ni se inmutaban. En realidad, hasta tuve la sensación de que se estaban... riendo de mí. Emitían un sonido horrendo, una especie de «ju, ju, ju», mientras sacudían la cabeza de un lado a otro. Uno de ellos hasta cogió un libro con los dientes y lo partió limpiamente en dos.

El líder de la manada se quedó quieto y levantó las orejas. Y entonces se me echó encima. Me di con toda la cabeza en el suelo de baldosas y vi las estrellas. Ya daba igual. Tenía justo encima cientos de dientes babosos y afiladísimos. El aullador me inmovilizó en el suelo clavándome las garras en los hombros, hasta que ya no pude reprimir un grito de dolor.

—Quienes entren en nuestra propiedad —dijo la voz de Nell, que sonaba alta y clara detrás de mí. Missy repetía las mismas palabras—, serán expulsados sin piedad.

Intenté girar el cuello, para averiguar qué estaba ocurriendo. Y allí estaban las dos: Missy con una campana de plata en la mano y Nell con un gran libro encuadernado en piel entre las manos.

Se produjo una pausa y la campana sonó tres veces. Alastor gimoteó dentro de mí, pero eso no fue nada comparado con la reacción de los perros, que aullaron y gritaron como si los estuvieran apaleando. Hasta el aullador que tenía encima retrocedió. Nell, sin embargo, aún no había terminado.

—¡Os devuelvo a vuestro reino, os envío de vuelta a vuestro reino, os destierro a vuestro reino!

La campana sonó otras tres veces y fue como si un tornado descendiera sobre mi cabeza. Se formó un negro remolino de viento salvaje y huracanado, que lanzó libros en todas direcciones, levantó a los aulladores del suelo y se los fue tragando más y más, hasta que se perdieron en una negra oscuridad. Luego ya no vi nada más porque me desmayé.

Me despertaba y volvía a dormirme. Tan agotado estaba que apenas tenía fuerzas para abrir los ojos, pero oí a Nell y a Missy hablando en susurros.

—Vámonos mientras sigue ahí arriba, por favor, aún no es demasiado tarde. El aquelarre te protegerá. Podemos poner fin a todo esto ahora mismo...

—No quisiste hacer nada, te negaste a ayudar, esta es la única forma de...

—Si temes a ese hombre, márchate. Acude a nosotras, nos ocuparemos de ti...

—No puedo hacerlo. Ya sabes... —dijo Nell, que por el tono de voz parecía estar llorando—. Ya sabes quién es. Tengo que quedarme.

—Y este chico —empezó a decir Missy con voz temblorosa—. Este no es el objetivo de nuestra magia. ¿Por qué dices que no puedes apartarte de todo esto?

—No puedo —dijo Nell—. Ya es demasiado tarde.



Dentro y fuera

Nell tenía razón: en cuanto el tío Barnabas descubrió lo que estaba pasando, todo cambió.

—¡Habéis traicionado mi confianza! Y no solo eso, sino que también habéis puesto en peligro vuestras vidas y todo aquello por lo que hemos estado trabajando. ¿Cómo os atrevéis? ¿Cómo os atrevéis, sabiendo cuáles son las consecuencias?

Puesto que durante los últimos días nos habíamos estado escaqueando a escondidas, era justo concederle unas cuantas horas para que nos sermoneara. Por lo que a mí respecta, seguramente esa decisión me habría parecido más acertada de no ser porque me dolía tanto la cabeza que creía que me iba a explotar.

—¿Sabéis qué es lo primero que pensé cuando supe que estabais visitando a esa bruja en secreto? ¿Y cuando vi que os perseguían los aulladores? — prosiguió paseando de un lado a otro por delante de nosotros.

Nell y yo estábamos tirados en el sofá, con pinta de haber sido arrastrados por el barro antes de vernos atrapados en mitad de una tormenta eléctrica.

—Lo siento —dijo Nell por enésima vez—. Los dos lo sentimos mucho. Pero es que tú ya tenías bastantes cosas en la cabeza y no queríamos

preocuparte todavía más. No esperábamos que...

—¿No esperabais que os atacaran los malignos? ¿No esperabais que acudiera nadie en busca del maléfico? ¿En busca de Prosper?

Aún no se lo habíamos contado todo y ya estaba que se subía por las paredes. No le habíamos dicho lo de Rayburn, ni tampoco que Al tenía control sobre mi cuerpo. Ni siquiera habíamos mencionado al duende.

Nell se encogió en el sofá.

—Y ahora ¿qué hacemos? —pregunté yo tratando de cambiar de tema.

—Si os hubierais tomado la molestia de volver a casa sanos y salvos, ya lo sabríais.

El tío Barnabas se dirigió al escritorio, que volvía a estar casi tan abarrotado de cosas como antes, pese a haber sido despejado sin piedad. Cogió una caja pequeña de puros, levantó la tapa y nos mostró tres ciruelas minúsculas y arrugadas.

No, no eran ciruelas.

Eran dedos de los pies.

—¿Los dedos de los pies de un muerto? —dije poniéndome en pie de un salto. Le cogí la caja—. ¿Por fin han llegado?

Con la suerte que estaba teniendo últimamente, no esperaba que los dedos llegaran antes de final de mes, y menos aún antes de mi cumpleaños, que era el viernes.

Nell se hundió aún más en el sofá y dirigió la mirada al techo.

—Sí, bueno, parece que el destino está de tu parte —dijo el tío Barnabas. Me quitó la caja y la depositó sobre un paño suave—. Dedicaremos los próximos días a los últimos preparativos.

«¿Últimos preparativos?».

A mí tampoco me gustaba mucho cómo había sonado eso.

—Mañana por la noche tengo ensayo de la obra y las representaciones empiezan el miércoles. Si yo no voy, fastidiaré a todo el mundo —protestó Nell.

—No quiero oír ni una palabra más de esa estúpida obra tuya, Cornelia —dijo el tío Barnabas. Se volvió hacia ella y le acercó un dedo a la cara—. La Casa de los Siete Terrores queda cerrada hasta nuevo aviso. A partir de ahora

mismo, ninguno de los dos saldrá de aquí.

Transcurrieron unas cuantas horas más hasta que me di cuenta de que faltaba algo. O, mejor dicho, alguien.

—¿Dónde está Sapo? —pregunté—. No lo he vuelto a ver desde... desde que apareció el primer aullador.

Nell, que estaba tendida en su cama con la cara enterrada en la almohada, se sentó de golpe. Tenía la melena oscura y rizada de punta, formando una especie de aureola en torno al rostro. Al girar la cabeza de un lado a otro, inspeccionando la habitación, los rizos siguieron el movimiento.

—Bah —dijo reclinándose de nuevo—. A veces se escapa para visitar a Missy o para ir a cazar su cena. Yo no me preocuparía mucho.

«¿No había desaparecido también el otro suplantador?».

Estaba a punto de comentarle a Nell ese detalle, pero la expresión de su rostro, tan cansada y abatida, me obligó a morderme la lengua.

En la calle, la nieve se había fundido, pues el lunes por la noche había empezado a llover y seguía haciéndolo el martes por la mañana. Era como si el mundo estuviera llorando, empapado en su propia tristeza. Una escena que solo podría haber pintado con acuarelas. La frontera que separaba las calles de la naturaleza se había convertido en una borrosa línea oscura.

Al otro lado de la puerta del cuarto de baño se oía el irregular chorro del agua de la ducha. Por las rendijas del marco torcido de la puerta se escapaban volutas de aire húmedo y caliente.

—Prosper —susurró Nell—. Creo que deberías marcharte.

—¿Marcharme? —dije. Me incorporé un poco para poder verla mejor por encima del respaldo del sofá—. ¿Qué quieres decir?

—Irte —dijo con la vista clavada en las desnudas ramas de los árboles, al otro lado de la ventana—. Volver con tu familia.

—¿Con las personas que intentan matarme? —pregunté—. Se te olvida que vosotros también sois mi familia.

El ruido de la ducha cesó abruptamente. Entre Nell y yo, el silencio era tan absoluto que oí al tío Barnabas mientras se vestía y se afeitaba rápidamente.

Cuando salió al desván, aún tenía los cristales de las gafas empañados por el vapor. Llevaba bajo el brazo un enorme libro encuadernado en piel que me resultaba bastante familiar.

El grimorio de la madre de Nell.

Había estado bajo su custodia desde que habíamos salido de la casa de Missy y no lo había perdido de vista ni un solo segundo: cuando no lo llevaba en la mano, estaba leyendo las páginas que no habían sido encantadas para desaparecer y preservar así la intimidad de quien las había escrito. Había tenido la sensación, en varias ocasiones, de que Nell estaba a punto de arrebatárselo, pero una y otra vez se echaba atrás.

—Cornelia —dijo el tío B—. Tengo que hablar contigo. A solas.

Hicieron ademán de salir al pasillo, pero yo me puse en pie rápidamente y aproveché aquella oportunidad para tomar el aire y disfrutar de un poco de libertad.

—Voy a ver si Sapo, eh, se ha escondido en el jardín trasero.

—No creo que sea buena idea... —empezó a decir el tío Barnabas.

—Solo voy al jardín trasero —prometí—. Puedes vigilarme desde la ventana.

—Entonces será mejor que te pongas los brazaletes de hierro.

Algo en mi interior se encogió de miedo, pero no hubiera sabido decir si era yo o Alastor. Missy le había dado al tío Barnabas cuatro viejos brazaletes de hierro, bastante oxidados, que según ella producían el mismo efecto que el corte de un cuchillo maldito. Eran finos, por lo que no resultaban pesados ni incómodos, pero la simple idea de llevarlos en muñecas y tobillos me hacía sentir como un prisionero, lo cual no me gustaba mucho.

Los dejé con sus caras serias y su conversación, aunque me sentí un poco culpable cuando Nell se quedó a solas con el tío Barnabas. No porque pensara que el tío Barnabas podía hacerle daño, sino más bien porque tenía la sensación de que la noche anterior no le había pegado ni la mitad de la bronca que tenía planeada. Una cosa era gritarle a un sobrino y otra muy distinta, disciplinar a los propios hijos.

Cuando salí al jardín y se me hundieron los pies en el barro, volví la vista hacia la ventana del desván, pero solo vi las cortinas corridas.

«No tendrías que haberte marchado. Podrían estar tramando un nefando plan».

—Se llama confianza. Tendrías que probarlo alguna vez —murmuré. Me coloqué las manos junto a la boca para hacer bocina—. ¿Sapo? ¡Sapo! ¿Ya has vuelto?

La lluvia y la nieve habían convertido un jardín ya de por sí inmundo y lleno de maleza en una especie de pantano que parecía decidido a tragarme. Me abrí paso entre las piedras y lo que quedaba del césped para echar un vistazo a las ramas del arce. Igual que una llave al introducirla en la cerradura, cada espacio que encontraba vacío le daba una vuelta más a mi corazón.

Con suerte, Sapo estaría a salvo y calentito en algún lugar. Quizás en el regazo de Missy, echando una cabezadita frente a un alegre fuego.

Una especie de roce me llamó la atención. Giré sobre mis talones, hacia los cubos de basura que el tío Barnabas aún no se había acordado de sacar a la acera.

—¿Sapo? —dije mientras otro negro pensamiento me cruzaba la mente—. ¿O eres tú, Nightlock?

La noche anterior habíamos dado de comer al duende y lo habíamos encerrado de nuevo en el sótano. Me pregunté qué planeaba hacer Nell con aquella criatura después de que yo volviera a Redhood y Alastor desapareciera para siempre.

«¿Crees que es tan sencillo como eso?».

Sin hacerle ni caso, me dirigí al cubo de la basura y levanté las bolsas negras para asegurarme de que Sapo no se hubiera quedado atrapado debajo. Y, como siempre tengo tanta suerte, una de ellas se rompió por el centro y esparció basura por todas partes.

Levanté el rostro hacia la fina lluvia que caía y traté de no soltar un grito de frustración. Lo único que pude hacer fue volver a meter los papeles y envoltorios en las otras bolsas, no tan llenas. Casi había terminado cuando me encontré en la mano un sobre acolchado, vacío y bastante arrugado.

Iba dirigido al tío Barnabas y el remitente era alguien llamado John Smith, de Sídney, Australia.

Debía de ser el sobre en el que habían llegado los dedos... Pero no, no podía ser. El sello de la aduana de Estados Unidos decía que había llegado el día 1 de septiembre, no ayer. Puede que el paquete se hubiera perdido de camino a Massachusetts, o que el sobre fuera de otra cosa. Sí, eran las dos únicas posibilidades con un poco de sentido.

Porque si, durante todo ese tiempo, Nell y el tío Barnabas ya tenían todos los ingredientes necesarios para el conjuro que podía expulsar a Alastor, ¿por qué fingían que debíamos esperar?

«**Te lo advertí** —dijo Al. Y ni siquiera se estaba riendo de mí. Me invadió el miedo como si fuera una sombra y me heló hasta lo más profundo—. **Aún tenemos tiempo. Podemos escapar**».

«¿Para ir adónde?».

Horas más tarde, Alastor estaba despierto y abrió los ojos del muchacho para contemplar a través de la ventana una luna cada vez más grande. El chico no había dejado las campanas sonando. No hacía falta. Cada vez que Alastor intentaba mover sus brazos o piernas, los brazaletes lo obligaban a bajarlos de nuevo.

El débil corazón del muchacho se había convertido en una espinosa maraña de culpa, frustración y nostalgia. Alastor despreciaba el sabor de la culpa: era como la fruta demasiado madura, insoportablemente dulce. La culpa era señal de que en algún lugar, por recóndito que fuera, quedaba algo de bondad, que el humano aún era capaz de distinguir entre el bien y el mal.

El maléfico soltó un larguísimo suspiro a través de los labios del muchacho. Tenía que aceptar que sus métodos convencionales para conseguir el pacto habían fracasado y lo seguirían haciendo. El corazón de aquel muchacho, al parecer, era muy poco usual: la avaricia no podía corromperlo, ni los celos adueñarse de él. A diferencia de Honor, Prosper sabía que la buena fortuna que podía proporcionarle Alastor acabaría sembrando destrucción entre los demás. Pero, lo mismo que Honor, tenía una debilidad: su deseo más sincero era la supervivencia y el éxito de su familia.

Si Alastor quería firmar un pacto —su última y desesperada oportunidad

de abandonar el cuerpo del muchacho antes de que la bruja lo expulsara a la fuerza y lo destruyera para siempre—, no le iba a quedar más remedio que pasar a la acción. Dicho de otro modo, que tendría que recurrir a medidas un poco drásticas.

—Siervo —susurró.

Los ojos de Nightlock aparecieron a los pies del sofá.

—Coge el cuaderno del chico —dijo—. Te daré instrucciones para que se lo entregues a alguien, por el método que sea.

Una mirada de entusiasmo centelleó en los ojos del duende.

—Acércate. Te diré cómo llegar a Redhood.



Preparando el escenario

Finalmente, el tío Barnabas cedió.

No estoy muy seguro de por qué me sorprendió tanto. Después del sermón que nos había soltado el día anterior acerca de lo inseguro que era salir de casa antes de que él y Nell pudieran lanzar el conjuro para expulsar a Alastor, yo estaba convencido de que nos íbamos a quedar en casa por lo menos otro día entero. No sé muy bien de qué habían hablado entre ellos mientras yo estaba abajo, pero era como si Nell hubiera accionado algún interruptor en él.

—Buenos días, buenos días —canturreó el tío Barnabas mientras salía de la ducha—. Voy un momento a buscar unos donuts, ¿queréis algo? ¿Una taza de chocolate caliente, por ejemplo?

Ya, ya, conque tratando de suavizar las cosas con un montón de azúcar, ¿eh? Vale, pues yo no era tan orgulloso como para rechazar un soborno de esa clase.

—Déjate de donuts, hombre, yo mataría por un pastel de Silence —dije.

Unió sus rubias cejas en un gesto de perplejidad.

—¿No te acuerdas? —pregunté—. ¿Las hojas de calabaza?

—Ah, sí, sí. Madre mía, hará siglos que no me como uno. Por desgracia, solo se encuentran en Redhood. Voy al Witch's Brew, ¿qué os traigo?

—A mí me gustaron los donuts glaseados —dije— y también me tomaría una taza de chocolate caliente. ¿Y tú, Nell?

Nell aún estaba en pijama. Se había puesto a hacer los deberes antes incluso de que yo me levantara y no se había apartado ni un centímetro de su cama.

El tío Barnabas cogió su abrigo y su gorra, bajo la cual se remeti6 el pelo aún mojado.

—Mientras voy a comprar, puedes contarle a Prosper la buena noticia —dijo.

La noticia no debía de ser tan buena, porque Nell se estremeci6.

Esperé junto a la ventana hasta que vi al tío B salir por la puerta y dirigirse calle abajo. La cafetería solo estaba a una manzana, lo cual significaba que no teníamos mucho tiempo para hablar.

—¿Qué está pasando? —pregunté—. ¿Por qué se comporta como si le hubiera tocado la lotería?

Nell se encogió de hombros, con la vista aún clavada en sus deberes.

—Anoche le expliqué lo importante que es la obra para nosotros. Y lo convencí para que nos deje ir a la representación de esta noche.

«¿A cambio de qué?».

—¿A cambio de qué?

—¿Por qué crees que he tenido que prometerle algo? —me preguntó con voz más aguda—. Ha dicho que nos acompañará esta noche y tampoco era plan de llevarle la contraria. Ni siquiera te obliga a ir hoy al instituto. Deberías estar contento, ¿no crees?

¿Estaba contento? Bueno, en realidad me gustaba ese instituto.

No es tu instituto, me dije. Y esta tampoco es tu vida.

—Hasta se quedará a ver la obra —prosiguió Nell—. Estaba... No sé, raro. Están echando a gente en uno de sus trabajos.

Así que lo que pasaba era que el tío B estaba de mal humor y por eso nos había echado la bronca. El pobre debía de dormir poco y saber que un maligno acechaba a un par de metros de él tampoco debía de ayudar mucho.

Nell cerró de golpe su libro de texto y se levantó de un salto de la cama. Ni siquiera me miró cuando pasó junto al sofá. Cerró de golpe la puerta del

cuarto de baño.

Pensando que aún no le habría dado de comer al duende, cogí una bolsa de patatas y un plátano y bajé al sótano. Pero, cuando abrí la puerta, ya no estaba.

—¿Nell? —dije desde el otro lado del cuarto de baño. El grifo de la ducha estaba abierto, así que tuve que levantar la voz—. ¿Sabes dónde está nuestro pequeño maligno?

—No —gritó ella—. ¿Por qué?

Alastor estaba muy silencioso. Lo cual solo podía significar una cosa.

—¿Dónde está el duende? —le pregunté—. En serio, Al. ¿Dónde está?

Pero lo único que obtuve fue silencio. Silencio y la horrible sensación de que todos los actores estaban subiendo al escenario y nadie se había preocupado siquiera de darme un guion.

El tío Barnabas lo había organizado todo de manera que la mismísima Madam Drummer viniera a recogernos aquella noche.

—Yo tengo que hacer unos cuantos recados para la aventura de esta noche, pero os veré allí —dijo cuando hice una mueca—. Arriba ese ánimo, Prosper. Todo acabará dentro de unas cuantas horas.

O antes, si saltaba de la furgoneta para huir del largo y poético discursito que Madam Drummer le estaba soltando a Nell acerca de lo especial que era aquella noche, y que era algo que todos debíamos atesorar porque nos dejaría unos recuerdos maravillosos, pero sobre todo no os equivoquéis con el guion, en serio, y que cada uno ocupe su marca y ni se os ocurra improvisar, ¿vale?

Sentí un enorme alivio cuando por fin pude escaparme y dirigirme al auditorio vacío. Llegábamos con dos horas de adelanto, cosa que nos había parecido absurda al salir de casa. Sin embargo, al ver a Madam Drummer sobre el escenario, gritando «luces, más luces, ¡luces dramáticas!», tuve la sensación de que dos horas no era tiempo suficiente. Nell se volvió para decirme algo: me fijé en que tenía una expresión extraña en el rostro, pero uno de los tramoyistas se la llevó para que la maquillaran y la peinaran antes de que pudiéramos hablar. Oculté bajo las mangas del suéter los brazaletes de hierro y recé para que no se me vieran bajo los calcetines y pantalones.

Me mantuve ocupado ayudando a los tramoyistas en el último ensayo de

cambio de escenarios entre escenas. En realidad, yo no tenía ningún motivo para estar allí excepto ver la obra, pero de todas maneras me vi absorbido por la voráGINE teatral. Todo el mundo hablaba y reía con nerviosismo, e iba de un lado a otro del escenario.

Unas chicas me saludaron y me preguntaron dónde habíamos estado Nell y yo los dos últimos días y por qué no habíamos ido al instituto. Hasta Norton vino a sentarse conmigo en el borde del escenario para ponerme al día de lo que me había perdido y ofrecerme sus apuntes. Los otros alumnos también se fijaron en mí y se interesaron por mi telón de fondo. Se comportaban como si yo llevara años en aquel instituto, y no tan solo un par de semanas.

Y por eso me fastidiaba tanto ser Ethan White para ellos, y no Prosperity Redding.

«Podrías quedarte aquí para siempre. Tu vida podría ser siempre así...».

«Sí, sí —pensé mientras me frotaba la nuca—. Sigo sin creerte, amiguito».
—¿Quién es esa?

La voz suave de Norton me obligó a levantar la mirada. Vi un destello rojo al fondo de la sala. Rojo cobrizo, para ser más exactos. Habría reconocido aquella melena en cualquier parte.

Tuve la sensación de que el corazón se me iba a salir del pecho y se me iba a escapar por la boca abierta.

No.

No.

NO.

Supe de inmediato que Prue me había visto. La expresión decidida de su rostro mientras escudriñaba el escenario se convirtió en puro fastidio.

«Es tu hermana, ¿no?».

—¿Qué has hecho? —le susurré.

«Creo que la verdadera pregunta, Gusano, es: ¿qué vas a hacerle tú a ella? ¿Qué te obligaré a hacerle?».

Me cruzó la mente el espantoso recuerdo de mi mano en torno al cuello de Nell. Subí apresuradamente al escenario y me dirigí al ala derecha. Aparté con las manos el telón negro y a todo el que se me puso por delante. Luché contra

el cosquilleo cada vez más intenso que se iba adueñando de mis piernas y me golpeé el costado con el brazo bueno para que Alastor dejara de movérmelo. Él, sin embargo, trató de ganarme por la fuerza.

«Lo único que tienes que hacer es firmar un pacto, Gusano, y los dos saldréis con vida de aquí».

—Creía que... —dije.

Cerré los ojos con fuerza, tratando de respirar con calma.

«¿Qué creías? ¿Que éramos amigos? ¿Que yo había olvidado mi propósito inicial? Firmarás el pacto, Gusano, o perderás a tu hermana para siempre. ¿Acaso no recuerdas la hoja de papel, la que encontraste en el escritorio de tu padre?».

Era evidente que Alastor la había visto en mis recuerdos. Cuando Prue estaba más delicada de salud, el publicista de mi abuela había redactado un borrador del comunicado de prensa que podían enviar a los medios si no sobrevivía. Porque así «no tendrían que preocuparse por ese tema» en un momento tan trágico de sus vidas.

—¿Por qué lo haces? —dije casi sin aliento—. Las cosas no tienen que ser así.

Esta vez, noté estallar en mi mente la rabia y la frustración de Alastor.

«¡Porque es la única forma! Si no me alimento de la energía de ese pacto, ¡nunca seré lo bastante fuerte para huir a tiempo de tu cuerpo!».

Avancé tambaleándome por el corto pasillo que conectaba con los bastidores. Las palabras de Alastor aún resonaban en mi mente cuando encontré a Nell aplicándose maquillaje con una pequeña esponja.

—¿Qué...?

Me abrí paso entre los demás actores que estaban preparándose a su alrededor y la cogí del brazo.

—Pros... ¡Ethan! —dijo entre dientes mientras yo la sacaba a rastras de la habitación—. Para... ¿Me oyes? ¡Eh!

Pasamos por la sala verde que, por desgracia para mí, ya estaba ocupada por los tramoyistas. Abrí frenéticamente las demás puertas, una tras otra. Nell me cogió del hombro y me obligó a pararme. Estábamos casi a oscuras, pero aun así pude ver que tenía los ojos muy abiertos tras las gafas.

—Es Prue, ha venido —intenté explicarle—. ¡La he visto! Al la ha traído para obligarme a firmar un pacto...

Nell no reaccionó como yo esperaba. En lugar de adoptar una expresión de pánico como la mía, endureció las facciones hasta que su rostro adquirió el aspecto de una máscara. Miró por encima de mi hombro. Me di cuenta de que se retorció la tela de los pantalones.

—Tú... Creo que...

Se alejó unos pasos por el pasillo hasta llegar a la última puerta, un antiguo camerino que habíamos utilizado como almacén temporal. Cogió la llave plateada que llevaba en el bolsillo y la introdujo en la cerradura.

Me dejé empujar al interior de aquella habitación.

—Nell, ¿qué pasa si Prue se acerca? ¿Y si le ocurre algo y...?

Nell cerró la puerta a nuestra espalda. Oí el clic cuando cerró de nuevo con llave.

—Espera. —El corazón me latía tan deprisa que pensé que me iba a reventar las costillas—. ¿Qué ocurre? ¿Nell?

—Prosper... Ojalá... Ojalá las cosas hubieran salido de otra manera. Ojalá no hubiera terminado todo así. Yo solo...

Hablaba con voz débil, temblorosa. Tanteé la pared en busca del interruptor de la luz. Nell chasqueó los dedos, pero las luces no se encendieron. En lugar de eso, cobró vida un círculo de pequeñas velas blancas.

Había espejos por todas partes, en la pared del fondo y también en las laterales. Reflejaban la luz de las velas e iluminaban la habitación entera.

«Prosperity. Sal de aquí. Sácanos de aquí ahora mismo».

—Nell... —empecé a decir retrocediendo hacia la puerta.

Nell, sin embargo, llegó antes y apoyó en ella una mano para que yo no pudiera abrirla.

—Ve a sentarte en el centro —dijo.

Al ver que no obedecía y que intentaba abrir la puerta a la fuerza, Nell extendió una mano y me lanzó volando hasta el fondo de la habitación. Me estrellé contra el suelo y expulsé de golpe todo el aire del pecho. Me di contra el suelo con la cabeza y, por un momento, se me quedó la vista en blanco.

—¡Dime qué está pasando! —le exigí—. ¡Nell!

Alguien llamó bruscamente a la puerta. Nell se apresuró a abrir y dejó entrar a dos figuras. Volvió a cerrar la puerta con llave, pero dejó una mano apoyada en el tirador metálico, que se puso al rojo vivo en contacto con sus dedos.

—¡Prosper!

Prue dejó caer su mochila al suelo y echó a correr hacia mí. Me levanté justo a tiempo de que me echara los brazos al cuello.

—¡Estás bien! ¡Estábamos tan preocupados! ¿Qué está pasando? ¿Quiénes son estas personas?

La aparté de un empujón.

—¡No puedes estar aquí, tienes que marcharte!

Pareció dolida durante un segundo. Y luego solo enfadada.

—¿Me tomas el pelo? Pero ¡sí eres tú quien me ha pedido que venga!

—¿De qué... de qué estás hablando? —susurré—. ¡Yo no te he pedido que vengas!

—Y, entonces..., ¿esto qué es?

Prue rebuscó en el bolsillo delantero de su mochila y sacó mi cuaderno, el que estaba lleno de bocetos del instituto, de la Casa de los Siete Terrores, de mí y de Nell. Hasta del enano había hecho un pequeño boceto.

—Lo encontré encajado en mi ventana —dije—. Ordené enseguida tus dibujos y pensé que... que estabas intentando guiarme hacia ti. Que querías que te rescatara.

—¡No! —exclamé—. ¡No entiendes lo que está pasando! Prue, no sabes lo que llevo dentro.

—¿Te refieres al maléfico?

Vale. Al parecer, sí sabía lo que yo llevaba dentro.

—La abuela me lo ha contado todo. Bueno, entre todos me lo han contado: lo de la maldición, lo de los Bellegrave y lo que la abuela intentaba hacer aquella noche.

—Un montón de mentiras, seguro —dije mientras cogía la última hoja del cuaderno.

En ella no había ningún boceto, solo un mensaje con la misma caligrafía

llena de borrones: «VeenN AjoooRA. Y VeenN túU SooLa».

—¿Crees que eso lo he escrito yo? —le pregunté—. ¿En serio? ¿No me consideras capaz de escribir correctamente?

—Fue una suerte que yo estuviera en casa cuando Prudence llamó al timbre —dijo el tío Barnabas con su voz engolada—. Me enseñó tu foto del instituto y me preguntó si te había visto. Me alegra que os hayáis podido encontrar.

Nell, a su lado, guardaba silencio con la vista clavada en el suelo.

—¿Ya sabías quién era? —le preguntó Prue a Barnabas antes de volverse hacia mí—. ¿Prosper? ¿Quién es este hombre? ¿Quién es esa chica?

—No pasa nada —dije—. Prue, es el tío Barnabas. El hermano de papá, ¿vale? Y esa es Nell, su hija.

Prue se apartó de nuevo de mí y se dio la vuelta. Traté de seguirla, aunque se me doblaban las rodillas.

—Este no es el tío Barnabas —dijo—. No sé quién eres, pero nuestro tío de verdad vino la semana pasada a la Casita para ayudar en la búsqueda de Prosper. Igual que el resto de la familia.

—Eso es... imposible —dije volviéndome hacia él.

Barnabas se apoyó tan tranquilo en la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho. Vestía pantalones de pinzas y una camisa con botones en las puntas del cuello. Nunca lo había visto tan elegante.

«Te lo advertí —rugió Al—. ¡Te dije que no confiaras en ellos!».

¿Por qué había confiado? Me había parecido todo muy extraño cuando me había salvado, pero luego me había mostrado la carta de mi padre...

Y Missy me había enseñado lo fácil que resultaba copiar la caligrafía de alguien con un sencillo conjuro.

Noté la bilis ardiente que me subía hasta la garganta.

—Es una verdadera lástima —dijo Barnabas—. Nadie habría descubierto nuestra artimaña si ese idiota se hubiera quedado en Las Vegas, que es donde tendría que estar. Pero, en fin, supongo que este momento es tan bueno como cualquier otro para empezar a aclarar las cosas. Adelante, Cornelia, si no te importa...

Nell parecía muy incómoda, como si quisiera que se la tragase la tierra. Se

sentó junto al caldero que hervía alegremente en el centro de la habitación. A su alrededor, vi frascos vacíos, el cadáver de una anguila...

«Tres dedos de los pies de un hombre ahorcado por sus crímenes, la baba regalada de una anguila recién nacida, las alas de un escarabajo negro arrancadas en pleno vuelo, dos huevos de víbora robados de noche, una piedra brillante lanzada desde la luna. Todo eso hervido en un caldero a mediodía...». El conjuro. Nell había empezado a preparar el conjuro, seguramente antes de que saliéramos del instituto el lunes. Si se había hecho con la llave de aquella habitación y la había reforzado con algún tipo de hechizo, era más que probable que nadie hubiera podido entrar.

—¿Quién eres? —le exigí—. ¡Contéstame!

—Qué típico. Un Redding que grita y patalea para salirse con la suya. — El hombre al que hasta entonces había creído mi tío Barnabas apoyó un pie en la pared para apartarse de ella y saludó con una sarcástica reverencia—. Me llamo Henry Bellegrave. Mi hija y yo estamos aquí para recuperar todo lo que tu familia le arrebató a la mía.



Embrujado y traicionado

Durante un segundo, me sentí como si mi cerebro hubiera dejado de funcionar. Una niebla oscura me fue empañando la vista y me sentí acelerado y mareado al mismo tiempo. No me recobré hasta que noté que Prue extendía una mano para empujarme tras ella. Para protegerme.

«Esta vez no», pensé mientras daba un paso al frente.

—¿Eres una Bellegrave? —le pregunté a Nell.

Mi cerebro empezó por fin a encajar todas las piezas. Qué imbécil había sido.

—No, soy una Bishop —dijo ella—. A él... a él no lo conocí hasta que murió mi madre.

—Fue un inesperado giro de los acontecimientos —dijo Henry—. Conocía a la madre de Cornelia y estaba enterado de su... talento. Contacté con ella cuando estaba investigando para mi doctorado, viví con ella, la estudié a fondo. Ella, por su parte, había estudiado a Goody Prufrock y me había dicho cuáles eran los ingredientes necesarios para el conjuro de Prufrock. Pero necesitaba el hechizo, las palabras que había pronunciado, para completarlo. Me marché para investigar por mi cuenta, y, una década más tarde, me llegaron rumores de que la buena de Tabitha había encontrado un registro escrito del

hechizo. Cuando regresé a Salem a buscarlo, vaya, qué lástima, Tabitha había muerto y su grimorio, el libro en el que lo anotaba todo, había desaparecido... casualmente. Pero, cosas de la vida, me estaba esperando una hija que ni siquiera sabía que tenía. Y poseía el mismo talento que su madre.

Nell se volvió hacia mí con la voz quebrada.

—No pude... Prosper, me dijeron que, si los ayudaba, me devolverían a mi madre. Que el maléfico con el que firmara un pacto la liberaría del reino de los fantasmas.

«Ah —dijo Alastor—. **Qué débil es el corazón humano**».

«¿Qué quieres decir?».

«Dile a la señorita Cornelia que le han contado una sarta de mentiras. El reino de los fantasmas se puede abrir, pero no sin poner en peligro el equilibrio de la vida. Peor aún, quien regresaría junto a ella no sería su madre. Sería el fantasma de su madre, un necrófago famélico que la acosaría durante toda la eternidad. ¡Díselo!».

—Te mintieron —le dije—. Nell, lo siento, pero no es posible. Al dice que...

—¡Me da igual lo que diga! —gritó ella—. ¡Me dijeron que podría recuperar a mi madre! Missy no quería ayudarme y yo no podía hacerlo sola. ¡Me lo prometieron! ¡Tienes que entenderlo!

—Sí, vale, lo entiendo —dije—. Eres una estupenda actriz, ¿sabes? Me engañaste como a un tonto y me hiciste creer que éramos amigos.

—Jamás habéis sido amigos —intervino Prue al tiempo que le lanzaba a Nell una mirada más propia de la Muerte en persona—. Interrumpieron a la abuela en mitad de la ceremonia que había organizado para ayudarte.

—¿Ah, sí? ¿Intentar apuñalarme con un cuchillo es ayudarme?

—Tenía que hacerte un corte en cada extremidad para asegurarse de que el maligno no pudiera controlar tu cuerpo ni defenderse. Y luego se disponía a terminar el conjuro que aquella bruja, Goody Prufrock, había empezado.

Jolín. Vale.

—Si eso era lo que se proponía, entonces es mucho más estúpida de lo que creía —dijo el tío Bar..., o sea, Henry Bellegrave, con una risa áspera—. El objetivo del conjuro original era encerrar al maléfico en el cuerpo de la

sirvienta, pero eso también significaba despojarlo de su poder y pasárselo a otro maligno. Lógicamente, nuestro querido Alastor se lanzó una maldición a sí mismo para que eso no ocurriera y el resultado es que aquí estamos.

«Ahora lo entiendo —dijo Alastor, que parecía aún más enfadado que antes—. Si aquella noche no hubiera hecho lo que hice, mi hermano me habría robado mis poderes y me habría convertido en mortal. Y las llamas hubieran hecho el resto».

—Empieza, Cornelia —le ladró Henry—. Ahora.

La observé mientras se acercaba y cogía el grimorio de su madre. Prue y yo intentamos impedirselo, pero Nell nos lanzó a ambos contra la pared con un movimiento de la mano.

«Deja que te ayude. Podemos salir de aquí juntos».

«No necesito tu ayuda», le dije. De repente, estaba tan enfadado que no veía las cosas con claridad. Todo aquello, hasta el último detalle, era culpa de Alastor. Nada de todo aquello —los ataques, el secuestro, el hacerme sentir que encajaba en aquel pueblo— habría ocurrido de no ser por él. Apreté los puños a ambos lados del cuerpo. La sangre me latía con tanta fuerza en los oídos que no entendí las palabras que Nell estaba pronunciando.

«Ahora, Prosper, ¡AHORA! Está invocando a mi hermano... ¡Lo traerá a este mundo y entonces todo habrá acabado! ¡Te matará para matarme a mí!».

Prue gritó mi nombre cuando me lancé hacia delante, derribando velas y salpicando cera caliente en todas direcciones. Henry, sin embargo, sabía lo que estaba haciendo. Me rodeó la garganta con un brazo y me dobló uno de los míos a la espalda, en un ángulo más que doloroso.

«¡Aún podemos salir de aquí! ¡Quítate los brazaletes de hierro! ¡QUÍTATELOS!».

—Y ahora fijate bien, maléfico —me susurró Henry al oído—. He firmado mi propio pacto. Todo lo que los Redding les arrebataron a mis antepasados, gracias a ti, volverá a ser mío.

Me volvió hacia el espejo más próximo y me sujetó allí. Prue dio un paso al frente, con el puño alzado. Lo único que tuvo que hacer Henry para que retrocediera de nuevo fue retorcerme el brazo y hacerme gritar.

—¡Eh, tío! —dije tratando de liberarme—. ¡Supéralo ya! ¡Han pasado trescientos años, jolín!

—¡Pero yo tengo que vivir con las consecuencias día tras día! —dijo—. ¡Las consecuencias de lo que hicieron tus antepasados! Es un milagro que hoy esté aquí.

«Sí —acordó Al—. Está claro que no hice el trabajo tan a conciencia como yo pensaba. Me preguntó qué Bellegrave huyó de la colonia antes de que yo pudiera ponerle las garras encima».

El suelo tembló bajo nuestros pies. Se oyó un golpe sordo, luego otro y otro.

«Oh —se limitó a decir Al—. Jolín».

—¿Qué ha sido eso? —dijo alguien al otro lado de la puerta—. ¿Lo habéis oído?

Abrí la boca para pedir ayuda a gritos, pero Henry se echó a reír.

—Nell ha encantado la puerta. Nadie puede entrar.

—¿Qué... qué es eso? —dijo Prue con voz temblorosa.

Seguí la dirección de su dedo, que señalaba de nuevo el espejo grande, y traté de ignorar la voz de Nell.

—Adelante, adelante, adelante, entrad en nuestro reino —repetía una y otra vez.

Empezó con tres luces borrosas en el espejo, que subían y bajaban suavemente. Una de ellas era blanca, las otras dos de un verde siniestro. Y aumentaron de tamaño. Más. Y más. Hasta que ya no eran lucecitas, eran...

«Ogros —dijo Alastor—. Son más estúpidos que paletos criados en los pantanos, pero también son rozagantes guerreros».

«Y eso ¿qué significa?».

«Permíteme que te lo explique en términos que puedas entender: significa que estamos SENTENCIADOS».

Eran feos: tenían la piel de un sapo viejo y medio podrido, y un afilado pico amarillo del que ya goteaba una espuma amarilla. El olor a huevos podridos impregnó de inmediato la atmósfera, pero esta vez no venía de mí. Los ogros tenían unas orejas largas y puntiagudas que sobresalían de un cráneo por lo demás liso, de un tono gris verdoso. Nunca había visto unos ojos de un

tono dorado tan refulgente. Aquellas dos criaturas nos observaron con miradas famélicas desde el otro lado del espejo.

Uno de ellos levantó una robusta manaza y llamó.

Prue gritó.

Pero aún no habían terminado. El mismo ogro apoyó la enorme mano de afiladas garras en el cristal y empujó. El espejo se fue estirando más y más, como si estuviera hecho de goma. Pero hasta la goma llega a un punto en que se rompe. Y, cuando eso sucedió, fue como si hubiera sonado un disparo. La mano del ogro apareció al otro lado y tanteó el suelo en busca de algo que agarrar.

—¡Nell! ¡Basta! ¡Acaba con esto! —grité.

Pero ya era demasiado tarde. El primer ogro se abrió paso con sus anchos hombros por el marco dorado, gruñendo por el esfuerzo. El metal se dobló y se agrietó, deformándose para permitir que el ogro y su hermano gemelo pudieran atravesarlo. Cuando finalmente se pusieron en pie, me di cuenta que eran mucho más altos que cualquiera de nosotros: más de dos metros de alto. Y los mismos de ancho.

—Sigue —le gruñó Henry a Nell, que se había interrumpido y estaba contemplando a los dos malignos con una expresión de absoluto terror—. ¡Aún no has terminado!

Nell me miró y luego miró el grimorio de su madre. Las manos le temblaban tanto que apenas podía sostener el pesado libro.

—Adelante, adelante... —susurró—, entrad en nuestro reino.

La última luz empezó a cobrar forma. Era una luz blanca que rápidamente se convirtió en un enorme felino negro: una pantera.

La pantera de mis sueños.

Su sedoso pelaje centelleó cuando atravesó el espejo y caminó con sigilo hasta detenerse entre los dos ogros. Solo entonces se sentó. Tenía un ojo de un azul brillante y el otro negro.

«Un ojo que nos permite ver en este mundo y otro para ver en el Mundo de Abajo».

Recordé que Nightlock había mencionado la forma que adoptaban en nuestro mundo. Había una serpiente, creo. Del único que me acordaba era del

pobre al que le había tocado ser un erizo. ¿Quién era aquella pantera, entonces?

Antes de que pudiera hacer nada para impedirlo, noté un burbujeo que me subía por la garganta y de mis labios salió la remilgada voz de Alastor.

—¿Quién eres? Y ¿cómo te atreves a entrar en este reino y romper el equilibrio?

La pantera sonrió. Lo juro, sonrió.

—Bueno, hermanito —dijo una refinada voz femenina—, ¿ahora me vas a decir que no reconoces a tu propia hermana?



Que el pasado sea nuestro prólogo

—P yra.

Tuve la sensación de que el mundo temblaba bajo nuestros pies.

«¿Pyra? O sea, ¿tu hermana Pyra? ¿Aquella hermanita tan frágil que, ay, no, nunca se vería mezclada en algo así?».

La pantera dio un paso al frente y le hizo un gesto de asentimiento a Henry, que de inmediato me soltó y me empujó hacia el felino. Prue llegó antes y me cogió del brazo.

—Alastor, qué agradable sorpresa. Has hecho un amigo —ronroneó Pyra—. Me apena verte en esa forma, rodeado de criaturas como estas.

—¿Qué haces aquí? —La voz de Alastor salió de entre mis labios y sus palabras retumbaron en mis oídos. Prue pareció sobresaltada, pero no me soltó el brazo—. ¿Has venido a llevarme a casa? Finalmente has manifestado tu forma animal... ¡Genial! Te aseguro que tus protectores no serán necesarios en cuanto esté libre.

«Al —le dije con el pensamiento—, esta es la criatura que vi en mis sueños».

Pero estoy seguro —segurísimo— de que noté a Alastor hinchar el pecho de orgullo en mi interior. Noté un picor en la piel, una especie de estática que

me recorría los brazos, el cuello y la cara.

«¡No! Piénsalo bien, Al... Si ella está aquí, ¡significa que es la que está detrás de todo esto! Ella ha firmado el pacto con los Bellegrave, ella te traicionó a Honor. ¡Hazme caso!».

—Ay, mi pobre y estúpido hermanito... —dijo Pyra, que había empezado a pasear entre las velas y a dar vueltas alrededor de los ogros. Las dos criaturas permanecían inmóviles como estatuas, custodiando el espejo. El cristal formaba ondas, lo cual significa que el portal seguía abierto—. No he venido a llevarte a casa. He venido a recuperar lo que debería haber sido mío desde hace más de trescientos años.

Si Alastor hubiera controlado mi cuerpo, habríamos podido..., no sé, al menos podríamos haber impedido que los ogros me levantaran del suelo y me colgaran cabeza abajo, cogido por un pie, como si fuera una especie de bicho que se disponían a devorar. Tendría que haberme quitado los brazaletes de hierro cuando se me había presentado la oportunidad.

—¡Prosper!

Obligué a Al a estarse quieto.

—¡Apártate, Prue! No pasa nada, pero... ¡apártate!

Durante un segundo, creo que hasta me sentí mal por Alastor. Noté la tormenta de emociones que se había desatado en mi pecho y supe que todas le pertenecían a él. La sangre se me subió a la cabeza, pero también la rabia, la vergüenza y la confusión. Alastor estaba atónito. Tanto que ni siquiera podía hablar.

—Debes de estar preguntándote cómo. ¿Cómo hemos podido llegar a esto? —dijo Pyra, que seguía dando vueltas y sacudiendo la cola entre el aire y el humo—. Empezó cuando Padre anunció que tú eras su heredero. Cuando permitiste que nuestro padre me encerrara en la torre, en una cárcel. Os avergonzabais de mí, ¿no es así?

—¡Nunca! —dijo Al—. Nunca. Si estuve de acuerdo con nuestro padre, fue solo para protegerte... De no haberlo hecho, ¡Bune y los otros te habrían matado!

—No me fue del todo mal. Hice muchísimos amigos, de esos a los que vosotros despreciabais porque eran sirvientes o porque nuestro padre les

había asignado tareas indignas. De esos a los que había esclavizado para que lucharan sus batallas e hicieran su trabajo. ¿Recuerdas a nuestra niñera duende? Ah, no sabes hasta qué punto te odiaba. No necesitó ni un empujoncito para revelar tu verdadero nombre, que había oído pronunciar cuando naciste. En aquella época, no tenía el poder de manifestar mi forma animal porque tú y nuestros queridos hermanos no me permitíais firmar pactos. Pensé que, si podía adueñarme de tu magia y de tu poder, sería suficiente para conseguir transformarme.

—Pyra... —dijo Alastor con voz quebrada, como si se le estuviese partiendo el corazón—. ¡Solo tenías que pedirme ayuda y yo te la hubiera ofrecido!

—¡Mentiroso! —gruñó la pantera—. Me llevó tiempo, porque desbarataste mi plan original, pero, en cuanto conseguí el poder necesario para transformarme, reuní a los demás prisioneros y los liberé en el Mundo de Abajo. Guiados por mí, el más bajo de todos ellos se elevó más y más, hasta acabar con todo aquel que se interponía en nuestro camino. El Trono Negro es mío, y no solo eso, sino que le he demostrado mi poder a todo el reino. Me llaman Pyra la Conquistadora. Yo conseguiré todo lo que vosotros no habéis sido capaces de hacer.

—Felicidades, Pyra la Conquistadora —le solté—, pero... ¿a qué viene armar tanto jaleo ahora? Si ya tienes todo aquello con lo que soñabas, ¿por qué no hiciste que Henry nos matara desde el principio?

Se detuvo justo delante de mí y me lamió la punta de la nariz con la lengua.

—Porque, humano, tenía que esperar a que mi hermano recuperara todo el poder que pudiera. De otro modo, ¿qué sentido tenía robárselo?

—La magia del reino de los humanos va disminuyendo con cada año que pasa. Los malignos necesitan una nueva fuente de poder, más pura, así que Pyra se propone abrir la puerta del reino de los Antiguos y encontrar allí el poder —dijo Henry con el tono de voz de un padre orgulloso—. Para obtener la llave necesaria, tenía que sacrificar las vidas y la magia de sus hermanos.

Traté de recuperar la posición vertical, pero el ogro me sacudió y me obligó a permanecer cabeza abajo.

—¿De qué estás hablando? —preguntó la pobre Prue—. ¿Qué reino?

—Eso no es lo que me dijiste —la interrumpió Nell—. Me dijiste que... ¡Me prometiste que ella iba a usar el poder para ayudar a los malignos del Mundo de Abajo, para convencerlos de que no escaparan a nuestro mundo!

—Bueno, quizá tendrías que haberle pedido que te dejara leer el verdadero pacto, brujita —dijo Pyra—. Y ahora sigue. El conjuro tendría que estar escrito en ese libro, ¿no?

—¿Me enviaste tú el cuaderno? —interrumpió Prue. Era evidente que se estaba adaptando a aquella situación mucho más rápido que yo. Ni siquiera había parpadeado al ver a aquella pantera parlante—. Me engañaste para que viniera aquí. ¿Por qué?

—Yo no hice tal cosa. Mi hermano te jugó una mala pasada, seguramente porque pensaba que podía convencer a ese humano en el que vive para que firmara un pacto con él. Un intento desesperado de salvarse, sin duda. Y ahora yo puedo utilizarlo en mi favor —dijo Pyra—. Para infundir auténtico terror en el corazón de tu hermanito, si se atreve a desobedecerme. Sal, querido amigo, porque te mereces el reconocimiento. Saluda al público después de tu espléndida actuación.

Lo primero que vi fue el cuerno, cuando el duende apareció tras uno de los muchos espejos que nos rodeaban. Había permanecido oculto a la vista, pero ahora que se dejaba ver me pareció casi irreconocible. Iba muy limpio, llevaba las garras arregladas y el cuerno reluciente. Vestía una túnica de seda dorada que centelleó cuando se acercó a la luz de las velas.

—¡Tú! —salió de mi garganta la voz de Alastor—. ¡Te atreves a traicionar...!

—¿A mi amo y señor? —dijo Nightlock. De repente, hablaba con voz suave y casi refinada—. Mi único amo y señor es su majestad Pyra la Conquistadora. Me ordenó que siguiera tus movimientos en este reino y la informara, ah, sí. ¡Qué fácil fue engañarte, qué rápido supusiste que yo era un débil mental! Y, sin embargo, no sospechaste que era yo quien le había pedido a su majestad que enviara a los aulladores para controlarte, para impedir que permanecieras demasiado tiempo aquí y pudieras escapar del cuerpo del chico. Eliminé todos los obstáculos que pudieran interponerse en su camino hasta aquí, incluidos los suplantadores.

No... ¿Qué había querido decir con eso? ¿Qué le había ocurrido a Sapo?

Nell contuvo un grito angustiado y apartó de nuevo la vista del grimorio. Traté de darle una patada al ogro con el pie libre para que me soltara, pero era como darle patadas a un muro de cemento.

—¿Sabías desde el principio lo de Nightlock? —dije volviéndome hacia Henry.

Hasta Nell parecía sorprendida ante aquel giro de los acontecimientos.

—Pues claro —dijo Henry—. Se quitó el glamur hace meses, durante los preparativos. La misión de Nightlock era vigilaros a los dos cuando yo no pudiera. Todo estaba planeado para asustaros y conseguir que... y haceros pensar que la única manera de seguir con vida era permanecer a mi lado.

—¡Imbécil! —aulló Alastor—. ¡Traidor asqueroso! ¡Te arrancaré el cuerno por esto!

—Ah, no —dijo el duende con una sonrisita torcida—. Yo creo que no.

—Ahora ya puedes volver, Nightlock —dijo Pyra—. Te has vuelto a ganar tu puesto en palacio.

Los ogros lo dejaron pasar y el duende ni siquiera se molestó en volver la vista atrás cuando atravesó el espejo y desapareció por completo.

«Vale, Al, y ahora ¿qué hacemos?».

«No lo sé... Solo necesito un momento para pensar, para poner en orden..., ¡para poner en orden las ideas!».

No teníamos tiempo para eso. Me palpitaba la cabeza y no era fácil poner las ideas en orden cuando me sentía tan desorientado. La luz de las velas se había vuelto borrosa y parpadeé para ver mejor.

Pyra levantó una pata y me toqueteó la cara, aún cabeza abajo. Más bien «jugueteó con mi cara».

—Este conjuro —prosiguió Nell—, ¿qué es lo ocurrirá realmente cuando lo hagamos? ¿Es cierto que Alastor será transferido a otro ser vivo?

—No exactamente —dijo Henry—. Despojará a Alastor de sus poderes y lo atará a Prosper para siempre. Recuerda lo que te dije, Cornelia..., que ahora nuestras vidas también dependen de esto.

—Pero dijiste que se necesitaban las vidas y la magia de tus hermanos — empezó a decir Nell.

La luz de las velas se reflejaba en sus gafas.

—Una brujita muy lista —dijo Pyra volviéndose hacia ella—. Tienes razón. Pero, dado que has sido tan leal y tan buena conmigo, haré todo lo posible para que no sufra mucho. Con esta garra, lo rajaré desde aquí —dijo señalándome el estómago primero y la barbilla después— hasta aquí.

—Atrévete —le soltó Prue—, ¡y te convierto en una alfombra!

—Por todos los reinos, qué miedo —dijo Pyra mientras me guiñaba un ojo a mí o, mejor dicho, a Al—. Hermanos que se quieren. ¿Te imaginas lo espantoso que debe de ser?

El otro ogro dio un paso al frente, creando una pared entre Prue y yo. Cuando mi hermana trató de esquivar aquellas patas robustas y peludas, el otro ogro la cogió del pelo y la sujetó. Prue gritó de dolor.

Forcejeé de nuevo con el ogro. El maligno, sin embargo, me sacudió como si fuera una alfombra y finalmente me dejó caer de cabeza al suelo. Vi las estrellas. Una explosión de estrellas muy muy negras.

—Termina, Cornelia —dijo Henry—. Ya.

—Me llamo —dijo con los dientes apretados— Nell. Prosper..., ¡cógelo!

Mi cerebro reaccionó dos segundos tarde para evitar coger el pesado libro que Nell acababa de lanzarme. En cuanto lo rocé con los dedos, en cuanto percibió que se hallaba en manos de un maligno, el grimorio de Tabitha Bishop empezó a arder y a consumirse a sí mismo.

—¡NO! —aulló Pyra al tiempo que saltaba.

El libro se convirtió en cenizas entre mis dedos.

—¿Qué has hecho? —rugió Henry.

Alzó una para mano para atacar a Nell, pero ella fue más rápida. Lo lanzó al otro lado de la sala, donde Henry se estrelló contra la pared.

Hasta Pyra salió despedida hacia atrás, por la fuerza del remolino que se estaba formando en torno a Nell. Las cenizas y el humo se convirtieron en un tornado que la ocultó.

—Quienes entren en nuestra propiedad —repetía Nell una y otra vez—, serán expulsados sin piedad.

Los ogros empezaron a gimotear, tambaleándose de un lado a otro. Se cogieron la cabeza el uno al otro y se la golpearon. En lugar de abrirse el suelo, como había ocurrido con los aulladores, del espejo salieron unas manos plateadas que los sujetaron y, de uno en uno, los obligaron a cruzar de nuevo el marco, esta vez hacia el otro lado. No tardaron en desaparecer en la oscuridad.

—¡Basta! —le susurró Henry—. ¡Basta ya! ¡Tenemos que concluir el pacto! ¡Tenemos que conseguirlo o lo perderemos todo! ¡He incluido tu vida en el pacto, no solo la mía!

Me puse de pie como pude. En torno a Pyra, el aire parecía temblar y su cuerpo humeaba. Un segundo después, ya no era solo humo: de las garras le salieron llamas que fueron directamente hacia Nell. La empujé al suelo, apartándola así del camino de las llamas. Yo también caí y me golpeé con la suficiente fuerza como para que me vibrara el cerebro.

«¡Ya es suficiente! Déjame hablar con mi hermana, esto es un malentendido. Seguro que uno de mis hermanos la ha convencido para que lo haga».

—¡Cierra el pico, Al! —grité—. Nell, ¡acaba de una vez!

—Te envió de vuelta a tu reino, te destierro a tu reino...

—Buen truco, bruja —gruñó Pyra mientras arrastraba la cola por el suelo. El fuego la siguió—. Tendremos que hacerlo por las malas, Alastor.

Fue como ver el sueño de otra persona. El aire me abrasaba los pulmones, deformaba la habitación y se extendía por todas partes. Durante un segundo, tuve la sensación de que Pyra había mordido a Prue. Tuve la sensación de que arrastraba a mi hermana hacia el agrietado espejo.

Tuve la sensación de que empujaba a Prue hacia la oscuridad.

El tiempo se aceleró entonces y me alcanzó de nuevo. Oí mi propio grito al cruzar corriendo la habitación tras ella.

—Prue... ¡Prue! ¡Devuélvemela! ¡Devuélvemela!

Golpeé el cristal con los puños y Prue hizo lo mismo desde el otro lado. La vi mover los labios y gritar algo, pero solo me llegó la voz de Pyra.

—Si quieres que te la devuelva, tendrás que seguir jugando en mi reino —dijo a través del cristal—. ¿Qué será? ¿La vida de tu hermana o la de mi

hermano?

La voz de Alastor me subió de nuevo a los labios.

—¡Pyra! ¡Detén esta locura! Aunque consigas abrir la puerta del reino de los Antiguos, ¡lo único que conseguirás es que todos los mundos se vengan abajo! ¡Imperarán el caos y la oscuridad!

—Eso ya lo veremos —dijo Pyra mientras la oscuridad avanzaba hacia ella y hacia mi hermana y las devoraba a las dos.

—¡No! ¡No, por favor! ¡Devuélvemela! ¡Devuélvemela! —grité sin hacer caso de las llamas que me lamían los pies—. ¡Prue!

—¡Suéltame! —chilló Nell. Al volverme, vi a Henry echarse a su hija al hombro y huir a toda prisa de la habitación—. ¡Prosper! ¡Prosper!

Al abrirse la puerta, el humo salió al pasillo. La alarma de incendios empezó a sonar y el sistema de rociadores se puso en marcha. Oí gritos de sorpresa en el auditorio, pero todo el mundo se estaba dirigiendo ya a las puertas. Los bomberos llegarían en cualquier momento.

Volví a entrar corriendo en el camerino y me fijé en los pequeños focos de llamas que aún ardían bajo el agua, en las velas, en las cenizas empapadas de lo que en otros tiempos había sido el libro de conjuros de una bruja.

Desesperación. Por primera vez, comprendí el verdadero significado de esa palabra. Significaba manchas de ceniza negra como el carbón, significa el corazón azul de una llama. Significa Prosperity Oceanus Redding completamente solo, contemplando una decena de versiones de sí mismo en los muchos espejos de aquella sala.

Excepto que... no estaba solo y, de repente, supe exactamente qué debía hacer.

—Al —susurré—. ¿Sigues ahí?

«Sí».

Su voz sonaba profunda. Tal vez porque ya sabía lo que yo iba a decir.

—Quiero un pacto. —En vista de que no respondía, proseguí—. Estas son mis condiciones: si me ayudas a ir al Mundo de Abajo para rescatar a Prue, yo te ayudaré a derrocar a tu hermana. Hasta... hasta te cedo mi espíritu, si hace falta.

Me di cuenta de que estaba temblando, pero me obligué a seguir en pie.

Estaba convencido de que Alastor se reiría de mí, me soltaría algún ridículo insulto de los suyos o se daría palmaditas en la espalda porque finalmente había conseguido pescarme.

«Lo hago por Prue —me dije—. Por favor, por favor, por favor, que no sea demasiado tarde para salvarla».

—¿Al? —susurré.

Lo noté moverse dentro de mi pecho, como una tormenta eléctrica.

«Enciende una vela y acércate al espejo. Tenemos poco tiempo y no podemos desperdiciarlo».

Di un paso al frente, chapoteando por el agua que cubría el suelo. El poder de Alastor me recorrió por dentro y, cuando vi mi brazo en alto y toqué con un dedo la temblorosa superficie del espejo, no supe muy bien si lo había hecho yo o si lo había hecho Alastor. Mi reflejo se distorsionó, estirándose y temblando, cuando una onda recorrió el espejo como si fuera de plata líquida.

Tal vez sea cierto que nunca podemos escapar del todo a nuestra historia. Que la venganza es un veneno que anida en el corazón de las familias y renace con cada generación. Yo no era como mi familia, pero no por ello dejaba de ser un Redding. No había elegido a mi familia, ni tampoco aquella maldición, pero ahora ya no podía escapar de ninguna de las dos cosas. Honor había tratado de eludir las consecuencias de su mala elección, pero lo único que había conseguido había sido causar dolor a los demás al traer a este mundo miedo y sufrimiento. Nada más.

El espejo escupió una especie de cálido vapor cuando la superficie se abrió lo justo para permitirme ver la oscuridad del otro lado. Me envolvió un hedor a azufre y a basura podrida. Debería haber tenido miedo, pero no era así. En lo único que pensaba era en la frase que Nell había escrito en la bolsa gris que me había dado. Ahora me parecía más una advertencia que una simple cita de Shakespeare: «Que el pasado sea nuestro prólogo».

Al otro lado del espejo, la negrura me observaba como un cielo sin luna. Respiré hondo y di un paso al frente.

Había llegado, finalmente, la hora de escribir un nuevo capítulo de esta historia.